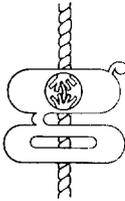


**LA OBRA DE
VICENTE MARRERO
VISTA POR LA CRITICA**

por

MIGUEL AYUSO TORRES
PROFESOR DE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA
UNIVERSIDAD DE COMILLAS (MADRID, ICADE)

LA PUBLICACION DE ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE GRACIAS A LOS ACUERDOS ADOPTADOS POR LA FUNDACION MUTUA GUANARTEME Y LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA EN COLABORACION CON LOS COSTES DE SU IMPRESION. PARA AMBAS INSTITUCIONES QUE PATROCINAN CON LARGUEZA VARIADOS PROGRAMAS CULTURALES EN LAS ISLAS, LA GRATITUD DEL AUTOR.



Fundación
Mutua
Guanarteme



Real Sociedad Económica
de Amigos del País.
Las Palmas de Gran Canaria

INDICE

PAGINA

Prólogo	9
I.— La persona	15
II.— Su obra desde su primer libro, <i>Picasso y el toro</i> (1951), y otros dedicados al arte	23
III.— Maestros y otras figuras señeras	47
IV.— La trascendencia de un magisterio trinitario	83
V.— Introducción a su pensamiento político	97
VI.— Réplicas y polémicas al margen	121
VII.— La hora de la poesía	129
VIII.— <i>Punta Europa</i>	143
IX.— Puente hacia el futuro	153
Curriculum vitae	159
Libros	163
Traducciones y publicaciones en otros idiomas	164
Prólogos. Prólogos y publicaciones canarias	165
Artículos de revista (selección) y otros estudios	166
Artículos de periódico (notas para una selección)	167
Traducciones	168
Libros inéditos	168
Bibliografía sobre la obra de Vicente Marrero (selección)	168

PROLOGO

Una obra tan variada, fecunda, actual y en el fondo intensa como la de Vicente Marrero no puede sino llevar, desde sus momentos iniciales, el cuño de una impronta inconfundible, pues se trata de la labor de un escritor de raza y, por más señas, de padres conocidos o de meridiana y muy elaborada forja académica. Sin embargo, no es menos evidente que, por no pararse en ello su autor —ya sea por modestia, elegancia, excesiva confianza o falta de malicia—, su aportación no ha sido vista a estas alturas, y menos aún valorada, en sus justos términos. Sin duda, ha contribuido a encubrir su verdadero objetivo el carácter inquisitivo, acusadamente ensayístico, itinerante y en buena medida novedoso del que hace gala aun a la hora de vindicar y resaltar implicaciones incuestionables. Por lo que no lucen como debieran la rica y pletórica intención y la unidad que indudablemente laten en tarea tan singular. Con todo, no han faltado críticos a los que no ha escapado esta proyección a que acabo de referirme: Werner Beutler en su prólogo a la traducción alemana de Picasso y el toro; Melchor Fernández Almagro al comentar su visión de la danza española; Pemán enjuiciando su biografía de Maeztu; Santiago Ramírez en sugerencias de la más elevada entidad intelectual...

Pero lo que Vicente Marrero no ha destacado de manera expresa —ni evidentemente tenía por qué hacerlo—, es lo que, en buena medida, intento hacer aquí, tras haber seguido de cerca sus pasos y después de haber atendido cuidadosamente —lo que no siempre ha sido fácil— al desenvolvimiento de las visicitudes internas de su actitud, al margen de interpretaciones tendenciosas, tergiversadoras o alicortas, y en el marco tanto de las circunstancias patrias desde 1936 como de las internacionales desde que finalizó la sangrienta guerra

ción más sintética, y también más firme, sobre todo en su encuentro con la más específica entidad del hombre en cuanto tal. Especificidad un tanto desconocida todavía, de forma más precisa o, al menos, más liberada de vacías y desnortadas controversias en diversos descubrimientos de su personalidad.

Quien se manifiesta de este modo en su escritura, desea estar en el corazón del hombre, bien porque añora comunicarse con todos los seres humanos, bien porque trata —en definitiva— de estar ante el corazón de Dios. De ahí también que no le sea ajena la ilusión de verse tratado por sus lectores como un amigo, por la auténtica y espontánea relación con que valora lo más común como lo más supremo.

Desde un ángulo de mira más regional, ha de añadirse que en la breve nota preliminar de la Historia de la literatura canaria de que son autores Joaquín Artiles e Ignacio Quintana Marrero (Plan cultural Cabildo de Las Palmas, bajo la dirección de Agustín Millares Carló, 1978, pág. 8) única en su género, se lee lo siguiente: “Entra en nuestro propósito el proyecto, ya en marcha, de continuarlo, tomando el hilo donde lo hemos interrumpido, desde Julio Tovar, José María Millares en el verso, Vicente Marrero Suárez en el ensayo y Francisco Morales Padrón en la investigación histórica, hasta los más jóvenes”. Interés y reconocimiento de una labor a la que, con alcances más modestos, desea también contribuir el autor de esta recopilación y selección, aunque sólo sea por su voluntad de aclaración expositiva y de fidelidad a unos hechos, cuya objetividad he procurado —sobre todo— presentar de la manera más fidedigna y ordenada.

El camino, pues, que aquí —y por ahora— he seguido austeramente, se limita a una presentación más sistemática de algunas de las críticas de que ha sido objeto tal obra, con ánimo de resaltar, por más que levemente, la incidencia de su acento propio y de centrar su significación. Así se nos ha revelado una ejecutoria tan viva e interesante como incesante, pues no se aprecian en ella pausas a la hora de escribir —aunque últimamente se hayan producido mayores cesuras a la hora de publicar—, lo que hace que nuestro autor se sienta, en la actual coyuntura por que atraviesa su patria y en gran medida el mundo entero, abrumado por el peso de una cuantiosa obra inédita y prometedora.

En conclusión, y sin entrar en lo que, a estas alturas, se ve como elementales distinciones entre el contexto cultural, el contexto ideológico y el contexto histórico..., toda una problemática que ha preocupado últimamente a los estudiosos desde un ángulo de mira más formalista —si bien han estado muy lejos de resolverla de forma satisfactoria—, considero que tales formalidades no constituyen obstáculo serio a la exposición de lo que aquí más interesa.

INTRODUCCION Y SELECCION

I. LA PERSONA

Se reúnen en este primer apartado algunos artículos, notas o meras referencias dadas a la publicidad en los que salen a relucir la persona o figura de Vicente Marrero, tal como ha sido vista por los demás. Resaltan en toda su significación, en primer lugar, dado el carácter impersonal de la gran mayoría de sus escritos, y, en segundo término, por no ser el mismo Marrero —tan parco en este tipo de manifestaciones—, quien habla. Cuando ha hablado lo ha hecho siempre indefectiblemente, y en profundidad, en lo que ha escrito, y de tal manera que no deja lugar a dudas. Hombre de fidelidades, está todo él en lo que escribe por pertenecer a esa estirpe de escritores que ponen toda la carne en el asador.

Aunque tal vez hoy pueda sorprender a algunos, Vicente Marrero ha sido en múltiples ocasiones visto y juzgado en papeles públicos de los que, además, aunque desperdigados por las hemerotecas, desafortunadamente no muy conocidos y divulgados, un buen número sin embargo lleva la firma de representantes muy significativos de nuestra vida cultural contemporánea. Resulta obvio añadir que lo que han visto los demás responde a un sentido de la calidad, por activa y por pasiva, que ha de salpicarse con la anécdota *ad hoc* en toda su amplitud. Pues, hablando inclusive con algunos de sus mismos paisanos, he tenido ocasión de comprobar que si bien reconocen que el nombre de Vicente Marrero no es tan conocido como debiera, tampoco suelen acertar del todo a explicarse el alcance de su significación, singularmente por desenvolverse su actividad de publicista extrarradios de lo que constituye el marco regional, desbordándolo.

Por lo demás, a estas alturas, ya perfiladas los trazos más definitorios de su actividad, y más desarrollado el *pondus* que apuntaba desde los comienzos de su obra, se impone inequívocamente dar paso a lo que revela su labor —fruto de su vocación y entrega—, que trato de reflejar brevemente en este apartado inicial.

HOMENAJE DEL HOGAR CANARIO DE MADRID

por Francisco Aguilar y Paz

Me corresponde el honor de ofrecer el homenaje que el Hogar Canario, tributa a Vicente Marrero, por el Premio internacional con que ha sido galardonado su trabajo inédito sobre *Nuestro Rubén*, en la ciudad de Sao Paulo, Brasil.

En la coyuntura y para cumplir el cometido que se me ha confiado, quiero decir unas palabras, lo más precisas posibles, en torno a la personalidad de nuestro homenajeado. Digo lo más precisas posibles y quizás exagere, pues siempre las palabras son aproximaciones a la realidad y nunca la realidad misma. Por eso sabreis perdonarme, mis posibles desviaciones.

Vicente Marrero es un canario no solo esencial, sino existencial. Canarios esenciales somos todos, en mayor o menor parte. Existenciales, si se me permite la expresión, lo aplico solo a aquellos que conservan su espíritu canario, su estilo canario en un medio distinto y a través del tiempo lo acentúan en vez de extinguirlo, en contacto con otras maneras de ser.

Y me preguntareis: ¿cuál es el estilo canario? ¿Es que hay un estilo canario de existencia? Es atrevido decirlo, pero creo que lo hay. ¿Y cuáles son las notas que lo distinguen? A esta pregunta contestaría de la forma siguiente.

Las notas que caracterizan un "tempo" canario de existencia, son: Primera: el ensimismamiento. Ensimismarse es vivir desde sí mismo, estar en sí mismo, el "en sí" sartriano cambiado de signo. Y se está en sí mismo, cuando lo exterior ya no nos llama con sus voces múltiples, porque el exterior no tiene sino una voz. Siempre la misma. Y esto acaece en la Isla. En la Isla, en nuestras Islas, el paisaje exterior es siempre el mismo. Se sabe ya de memoria cada uno de sus accidentes. Se conoce a toda su gente. Hombres y cosas nos son tan conocidos, que ya no los vemos, sino que nos los representamos. Germinan siendo para nosotros no individualidades sino géneros. Se nos hace uniforme el monte y el mar. El llano y la cumbre. La flor del almendro y la rosa. La pitera erguida y afilada y la hoja cansada del plátano. Hasta las estaciones que se turnan, en un clima de primavera, insensiblemente. No hay cambios bruscos.

El ensimismado es hombre dado y preparado para el pensamiento. Por eso en el ensimismado, se da ese estilo de vida, que produce la expresión lírica. La expresión poética con la que eternizamos nuestro sentir ante las cosas, que son siempre las mismas y ante las cuales lo verdaderamente pasajero somos nosotros. No es la novela, ni el teatro que es acción, la normal manifestación del espíritu isleño, sino la poesía o la pintura. Es decir aquello que es reflejo de uno mismo, y que se refleja en la pantalla del alma.

Así en Vicente Marrero, observamos ese ensimismamiento. Esa caída de pronto en sí mismo, que le aleja como si entrara en una a manera de *trance*, o como si algo trascendente se asomara a su mente y la retuviera ausente.

La segunda nota, corresponde al silencio. El silencio, se da normalmente en quien tiene la capacidad de ensimismarse. Esos largos silencios, como los del Coronel Bramble de Maurois, que siluetea el alma canaria. Silencio que nos hace oír a los demás, oírnos. El silencioso parece que está oyendo, oyendo no se sabe qué cosas. Es tan nues-

de Europa. Un templo que revela también ensimismamiento, silencio, en las columnas que sostienen sus bóvedas de crucería, en la dulce luz que se filtra, tamizada, por las vidrieras. Es el pasado hecho realidad. Re-vi-vi-do. De esta etapa deja su confesión en ese breve libro de *La voz que no conoce*. Versos en los cuales suena la canción del agua, la lluvia, alegría de la tierra, de la infancia lejana, que todavía resuena en sus oídos. Breve libro de versos en que la emoción estalla como la yedra entre las piedras. Un libro que es una cala de ensimismamiento lejano, recogido ahora en el espejo de estos versos.

De Arucas, adolescencia a la juventud. Universidad. Estudios en La Laguna. La Laguna que marca con su sello a quien la vive. Es la única ciudad del Archipiélago canario, donde las estaciones se han dado cita. El invierno con sus lluvias y nieblas. La primavera con el perfume de las rosas. El verano con el oro de sus trigales. El otoño con el zumo de la fruta.

De La Laguna a la Península. Universidad de Salamanca, Renacimiento y Barroco español. Ciudad teológica, que teologizó hasta Unamuno, a pesar de su aparente anti-teología. Y Vicente Marrero también es teólogo, católico, religioso, en suma. Madrid, la capital. Castilla. Y aquí adquiere universalidad el pensador isleño, canario. Todo lo que no es Castilla, es en España, Provincia, es decir limitación. Y de Castilla a Alemania. Allí donde la vida universitaria tiene todavía su encanto de saber y no de examinarse. Este joven español, Lector de Español en la Universidad de Freiburg, donde profesa Heidegger, pasea la andadura de su meditación sobre el destino, el misterio de España, a la luz del método alemán, que le hace *gründlich*, es decir profundo. De Alemania de nuevo a Madrid. Y ya en Madrid la tarea creadora.

En ella muestra la expresión de su personalidad, en lo que el mismo llama “trilogía”, y que responde al boceto que hemos trazado de su “como es”. La vena poética y religiosa es el trasfondo en que se desarrolla toda su actividad creadora.

La sensibilidad despierta y aguzada, en sus obras sobre *Danza Española*. Premio 18 de Julio. O bien *Picasso y el Toro*, o *La escultura en movimiento de Angel Ferrant*. O en su estupendo artículo sobre *Inocencio X de Velázquez*, publicado en ABC.

La Filosofía, en sus trabajos sobre Guardini y Heidegger. O el *Ortega filósofo ‘mondain’*. El *Maeztu* Premio Nacional de Literatura.

Su preocupación española le lleva a meditaciones sobre el acontecimiento político de nuestro tiempo. Sus libros, *La guerra de España y el trust de cerebros* o *La consolidación política. Teoría de una posibilidad española*, son su aportación más entera al entendimiento del presente y futuro español. *El poder entrañable*, cuyo mismo enunciado, revela esa interioridad de pensamiento abierto y cordial.

Toda la obra de Vicente Marrero, ha exigido una larga meditación. No son resultado de erudición sino de pensamiento. De valoración. Solo se puede valorar cuando se está dentro de lo que se valora. Ahí teneis la dimensión última de una personalidad.

Y ahora una pregunta indiscreta, pero estamos entre amigos. ¿Ocupa Vicente Marrero, entre la juventud intelectual de nuestra Patria, el puesto que le corresponde? Me temo que quede silenciado en esa clasificación a la que todo intelectual está sometido. Derechas e izquierdas. Reaccionario o progresivo. Los españoles tenemos una facultad de “dosificación” de los otros, de convertirlos en objetos muertos, clasificados,

ENCUENTRO BREVE

por Hebrero San Martín

Encuentro breve con Vicente Marrero. El escritor ha pronunciado una conferencia en el Ateneo sobre “Debussy”. Marrero nos habla con “suspense”.

— ¿Cuál será su próximo libro?

— No lo sé... Tengo varios entre manos.

— ¿Algún título?

— Realmente, ocurre que siempre tiene uno varios libros sin terminar. Publicaré el que madure antes.

Ahora se dedica intensivamente a preparar la segunda edición de su último libro publicado, corrigiendo, puliendo y ampliando. Después iniciará las faenas de recolección de los libros maduros. ¡Buena cosecha, amigo!

(Madrid, 23-III-1962)

II. SU OBRA DESDE SU PRIMER LIBRO, *PICASSO Y EL TORO* (1951), Y OTROS DEDICADOS AL ARTE

Antes de aludir a cada una de las publicaciones que Vicente Marrero comenzó a dar a la luz en 1951, una vez incorporado a la vida pública española tras su larga y fructífera estancia de cerca de seis años como lector de español en la universidad alemana de Freiburg im Breisgau, es preciso referirse a un rasgo que es predicable de todas y cada una de ellas, aun dentro de su apariencia dispersa, con libros dedicados al saber, al amor, al poder, o bien consagrados al arte, al pensamiento o a la realización histórica o política. En líneas generales, responden a una concepción de la vida que no se agota en la unilateralidad de una sola dimensión intelectual, afectiva o meramente social. Y si bien la poesía o en general el arte se sienten dignamente vindicados en su obra, esta especificidad se arraiga en el abierto y amplio reconocimiento —que lleva el sello de un inconfundible realismo— de que el hombre, en definitiva, no es una figura angélica sino *realmente* humana, consciente de su plenitud pero también de la modalidad de su realización temporal. Entendimiento tanto histórico como absoluto de la existencia que está en el fondo de tantas insoslayables y, más que aparentes, fecundas o intrincadas bipolaridades: verdad y libertad, ontología e historia, ser y tiempo, proposición y adecuación, eternidad y aceptación voluntaria.

Excuso añadir, igualmente, que en casi todos sus escritos late una gran pasión por las cosas de España, ajena, sin embargo, al más mínimo acento chauvinista, convencido como está Marrero del sentido universal y católico de nuestra cultura y, por lo tanto, escasamente nacionalista, si nos atenemos a la acepción que ha ido adquiriendo esta palabra en los tiempos modernos. Proyección universal que, a su vez, ha dejado huella también en las sumidades de nuestro arte más apreciado, por lo que Marrero muestra especial empeño en distinguir su validez universalmente aceptada de la meramente nacional o popular. Distinción que no ha solido hacerse con el esmero requerido entre los estudiosos de nuestras manifestaciones artísticas más señaladas.

Así, y sin que se pase por alto el hecho tan singular de que Marrero ha culminado buena parte de su labor como profesor ordinario de la Universidad Complutense y en una asignatura de tan nueva factura como la de Movimientos Artísticos Contemporáneos, por él inaugurada en la Facultad de Ciencias de la Información, considero suficientemente indicativo recoger bajo la rúbrica de este epígrafe una muy ilustrativa cala, que trata de alcanzar el hondón de los propósitos de nuestro autor, con los diversos comentarios vertidos sobre su dedicación a campos muy variados del mundo del arte, entre los que sobresale su reiterada atención a Picasso, desde el inicial *Picasso y el toro* (1951)

cista, de brutal, de adoradora de ese dios materialista que es la fuerza bruta, de fetichismo del poder y de culto al lujo y a la suntuosidad ostentosa. Picasso simboliza, o más bien encarna plásticamente, pues Picasso no es propiamente un simbolista, todas esas características propias de nuestro tiempo, en el “toro”, representación de lo sombrío, oscuro e inhumano de la vida en la mitología de los más antiguos pueblos del contorno mediterráneo y en la misma Iberia. Picasso, como gran artista que es, ha acertado a fundir ese mito ancestral con la tradición viva de la fiesta española, por un impulso típico suyo de partir de una base vital y concreta para sus ulteriores elucidaciones artísticas.

No es posible detenerse, en el espacio de que disponemos, a analizar, como se hubieran merecido, todos los interesantes puntos de vista que ofrece este libro, en el que, por encima de posturas y hechos personales de Picasso, no siempre explicables, y muchos de ellos recusables enteramente, se cala hasta lo más profundo de una actitud humana íntima y veraz, preñada, en lo bueno y en lo malo, de todas las angustias y zozobras, así como de todos los rencores, de todas las pasiones, de todas las inquietudes peligrosas y terribles, pero, Dios lo quiera, también acaso fecundas, que agitan y conmueven el corazón del hombre en esta dolorosa época.

(Índice, Madrid, n.º 48, 15-II-1952)

ESE TORO QUE PINTA PICASSO

por Rafael Vázquez-Zamora

Los toros no sólo son peligrosos para el torero. También el escritor, el artista que se ocupa de ellos, ha de sufrir sus cornadas. Es decir, errores de interpretación y caídas en la vulgaridad. El pobre toro ha sido tan traído y llevado por los poetas, dibujantes, escultores y articulistas, que es muy posible prefiera a los picadores, los cuales le permiten, por lo menos defenderse. En el caso de los interpretadores o, más bien, copistas del toro, la única venganza de éste consiste en el mal resultado que ellos puedan obtener con su trabajo; pero, siendo infinito el número de vanidosos, todos se creen con derecho a hablar del “torito fiero” y a ponerle alas, rimas y perendengues al formidable animal. En la poesía española de los últimos treinta años, los toros circulan por los versos como en una inmensa ganadería. En cambio, los novelistas españoles le tienen mucho miedo al toro. Así, es sorprendente que las mejores novelas taurinas sean de autores extranjeros y, hemos de reconcerlo, no son siempre españoladas, como queremos creer para consolarnos. Quizás para ver bien al toro, para entender lo que él simboliza en el espíritu español, sea preciso tomar distancia, añorar a España. Quizás por eso haya dado Picasso en el mismísimo testuz de la cuestión al pintar esos monstruosos toros que parecen unos fabulosos personajes de una inédita novela de caballerías. Y quizá también por esa razón haya acertado de tal modo Vicente Marrero con la interpretación de Picasso en su libro *Picasso y el toro*. Este es un estupendo ensayo escrito por un español que ha permanecido mucho tiempo en el extranjero, lo cual se nota en su prosa. No que ésta abunde en barbarismos, pero si se nota a veces un cierto rechimiento que podría ser de origen germánico. No importa, sin embargo, la prosa, que es perfectamente clara para su finalidad. Importa el estilo, que es vigoroso, adaptado

EN EL CENTRO OSCURO DE NUESTRA FIESTA

por Luis Rey Altuna

Se abre paso la Editorial Espandian con su primer volumen dedicado a un tema artístico, por múltiples conceptos actual: Picasso y el toro. Para que nadie se llame a engaño sobre su contenido, nos advierte el autor en su Introducción: “Hemos elegido la pintura como el camino más corto, seguro y quizá menos complicado, que nos acercará al centro oscuro de nuestra fiesta brava” (pág. 23). Y entre los pintores, Picasso.

Escribir literariamente, aunque sea a propósito de toros, constituye un mérito, máxime cuando se va a lo más profundo, a ese “centro oscuro”, en busca de explicaciones últimas de orden estético, histórico y filosófico. Porque de todo esto participa el estudio de Marrero Suárez.

El toro no es sólo un cornúpeto, naturaleza viva, objeto de cualquier lidia torera o pictórica. Encierra también un elemento mítico en los pueblos antiguos, perpetuado de alguna forma en el rito de una fiesta nacional. Por ello, teniendo en cuenta lo sugestivo del tema, no extraña la incorporación del mismo a los motivos picassianos y el interés que despierta la monografía que hoy se nos presenta.

Picasso, por así decirlo, ha cogido por los cuernos al toro y lo ha “tratado” a su antojo, distorsionando las líneas, a tono con el genio maligno de nuestra época. El —el toro—, acometedor y brutal, frente al caballo, estilizado y suplicante, compone un perfecto simbolismo, no sólo de un arte, sino también de una ideología, definida por sus caracteres antagónicos.

“La relación que guarda la visión del toro en la pintura de Picasso —escribe Marrero en el capítulo central— con el mundo mítico antiguo, con la tauromaquia española en su forma actual, y aún con el cristianismo, es una relación sui-generis, pero de todo hay elementos y rasgos más o menos fieles en su pintura; de tal modo, que sin ellos no se comprendería” (pág. 59).

Todo lo cual se pone de manifiesto en la ejemplificación que realiza Vicente Marrero, con gran estilo hermenéutico y criterio constructivo, pese a las dificultades que nos ofrece la disposición y limitación de las láminas.

Mas las especulación típicamente personal en torno a ese epígrafe misterioso de Picasso y el toro —y que es, precisamente, el toro de Picasso a través del autor— culmina en un epílogo, a modo de conclusión final del picassismo, bajo el ángulo visual del feísmo. Aquí se analiza el sentido de una manera pictórica o de varias maneras en un mismo pintor, buscando en él una trascendencia, mejor ultranaturaleza, que pudiera coincidir con lo subconsciente o lo espiritual. Ello no impide —entiédase bien— que los arlequines y aún toros picassianos sobrepasen las meras formas naturales para adoptar actitudes, gestos y anatomías, producto de ensoñación o extorsiones fantásticas.

“Pero este mundo de Picasso —viene a precisar Marrero—, además de ser enigmático, misterioso, espiritual, es un mundo oscuro, hasta repelente; expone la fealdad misma” (pág. 114).

A lo largo del estudio de nuestro ameno escritor, uno acaba por identificarse o al menos por acercarse a las desilusiones picassianas para ver en ellas la mejor expresión de las inquietudes actuales. Por esto, sin duda, ha encontrado Pablo Ruiz Picasso

alma, fructificándola y sacudiéndola de tal suerte que los españoles no tienen necesidad de que se hable de ello continuamente ni que el fenómeno se alimente con aclaraciones para darnos cuenta de lo que en lo hondo se trata.

Pero así como la fe en el solar español está fuertemente desarrollada y ha fructificado en un sentido cultural bastante amplio; el pensamiento, por el contrario, la especulación sobre la fe y en la fe misma —ese pensamiento que en los siglos de oro, XVI y XVII estaba a su altura— se ha empobrecido extraordinariamente en los últimos siglos, de tal modo que la cultura española vive del capital acumulado por los “siglos teológicos”. Así puede decirse que en España el hombre que reflexiona sobre sí mismo se encuentra en un caso complementario distinto, incluso inverso, del que se da en Alemania. En España hay un vacío de ideas ante un mundo de creencia, en nuestro país vacío de creencias ante un mundo rico de ideas.

La tarea capital del espíritu europeo y también, por consiguiente, del español la ve Marrero en unir estos dos mundos, el de las creencias y el de las ideas. La superación de la escisión planteada por el problema de las dos Españas, las dos corrientes más caracterizadas del espíritu español de nuestro tiempo (Vid, sobre el particular el trabajo de Franz Niedermayer en la revista “Saeculum”), incluso, lo que ha sucedido con las obras de Unamuno y Ortega es a este respecto bastante significativo. Unamuno busca la superación de la decadencia española en el chapuzamiento en lo originario español, en lo que hay de no europeo en su alma; Ortega por el contrario, queriendo ayudar al renacimiento español, propone la superación de la frontera espiritual de los Pirineos, el estar abierto al espíritu europeo. Pero la lucha por el “puesto” de España dentro o fuera de Europa es en cierto modo, paralela a la de las ideas y creencias si se tiene en cuenta que el centro de lo propiamente español es su religiosidad y si se contempla como europeo todo lo concerniente a las nuevas ideas.

Pero las dos direcciones, según Marrero, son unilaterales y, por tanto, falsas. Representan una imagen de España y de los españoles que no se corresponden con la realidad. Ello ha contribuido a desfigurar la imagen que de España se tiene en el extranjero invirtiéndose el orden de las relaciones. Ortega, que en España se ha caracterizado por su repulsa a las grandes tradiciones patrias, se le considera en el resto de Europa como al representante de lo español. Unamuno que creía caracterizar al hombre español, en realidad estaba haciendo un boceto literario a través del médium Kierkegaard, de tal modo que hoy, después de unos años de influencia existencialista y especialmente de Kierkegaard sobre Europa, se ha visto que donde Unamuno creía dar con el hombre español encontraba el hombre kierkegaardiano.

Marrero ve la verdad no en la exclusiva glorificación del pasado o en su grandeza; él no se ocupa de lo que fue —actitud muy frecuente después de las consecuencias que provocaron la ruptura espiritual de la generación del 98— ni tampoco la ve en la exclusiva glorificación de los “progresos europeos”. Tanto lo uno como lo otro tiene un sabor muy de siglo XIX. La solución la ve en la indagación de aquello que es en un sentido amplio la “creencia” española, allí donde ella es viva, tanto en viejas como en nuevas formas si se hubiese encarnado en éstas. Pero no se trata sólo de indagaciones, sino de elevarse a una preocupación espiritual tan necesaria en el mundo de las ideas. No es cosa sólo de investigaciones, sino de vida. Así la España espiritual de hoy debe preocuparse como puede hacer fructíferos a los viejos valores de su religiosidad,

PICASSO Y EL MUNDO DEL TORO

por Germán Bleiberg

Sin ninguna pretensión erudita, pero con un sólido bagaje cultural, el joven canario Vicente Marrero aparece en el campo de las letras españolas con un breve volumen que le acredita como buen arquitecto del ensayo. Y el ensayo que nos ofrece suministra, por un lado, una ágil visión de la significación mítica del toro —en sus vertientes histórica y cultural— y, por otro, una interpretación original de la pintura de Picasso, circunscrita al tema de la tauromaquia. En la introducción —que pone de manifiesto el carácter misterioso del toro, captado en su misterio por los pinceles y lápices picassianos, pero no por los de Goya, Manet, Vázquez Díaz, Zuloaga o Solana—, Marrero nos sitúa en el campo de la mitología antigua, revisa la “trabazón íntima de la corrida en su forma actual”, y dedica un importante y muy logrado capítulo a la relación entre el cristianismo y los toros; a este propósito, Marrero su hemisferio por los pinceles y lápices picassianos, puntualiza con muy personal criterio: “Tan grande ha sido la unión entre el cristianismo popular español y la corrida, que el elemento mítico sólo late en el fondo de la fiesta y sobre ella rebrillan las notas cristianas del triunfador y burlador de la muerte, de la soltura de la personalidad individual que avanza en el centro de una conciencia libre, de la gracia, garbo, elegancia espiritual, del dominio sobre el mundo natural, del hombre como rey de la creación...” (pág. 55).

Sólo gracias a esta extensa introducción podemos llegar al núcleo central del libro: la interpretación de la obra de Picasso en relación con el mundo del toro. El autor estudia la tauromaquia de Picasso, y en especial 21 obras que reproduce al final del libro. Marrero llega a la conclusión de que “Picasso sin recurrir a alegorías, ha visto como nadie una realidad concreta, la corrida, con tal fuerza y profundidad, que al rozar lo último que en ella hay, ha logrado exponer y hacer hablar la universalidad última de lo que existe” (pág. 70-71). Comenta Marrero con acierto la ausencia del torero en las versiones del tema dadas por Picasso que concreta su interpretación en dos polos: el caballo y el toro, como los elementos simbólicos de la corrida. Pero el ensayo no agota sus posibilidades en el comentario ligado a la corrida en sí; el autor de la trascendencia de la imagen taurica en muchas figuras humanas de Picasso. Un epílogo —análisis del feísmo— con un capítulo muy sugestivo. —La fiesta— cierran el rico ensayo de Marrero. Este señala que los toros de Picasso son ajenos a la “fiesta”, que se agudó en “la mala tarde de Occidente”; esta conclusión, que acredita en Marrero a un autor familiarizado con lecturas clásicas y modernas y de experiencias muy recientes y trágicas, nos revela el carácter esencial del libro: una interpretación del presente europeo desde el punto de vista de dos temas tan hispánicos como lo son el toro y el arte singular de Picasso.

(Clavileño, Madrid, n.º 16. Julio-Agosto, 1952)

Picasso, puede decirse, se ha convertido casi un símbolo de su época de tal modo que siempre es bien venido todo lo que nos aproxima a su comprensión, en especial si esta empresa la acomete un compatriota suyo como Marrero”.

(Herbert Martín: *Picasso und die brutalität der Welt. In einer Dsutung Vicente Marreros. Die Zeit*, Alemania, 21-XI-1957)

“El toro, tan significativo y simbólico en la obra de Picasso, como sugiere mister Elgar, es el tema de este documentado y fácilmente legible libro de Vicente Marrero”.

(Howard DEVRE, *Vision of the Artist, New York Times*, 16-XII-1956)

“El señor Marrero es profundamente consciente de las investigaciones modernas sobre el origen de los mitos y sobre su penumbra filosófica de las nuevas psicologías, especialmente de Freud y Jung, y puede notarse, de paso, que todo esto está asimilado dentro del marco de un robusto catolicismo tan consciente de Maritain como de Romano Guarnini”.

(Picasso y el toro: Edward Sarmiento: *The Month*, Londres, agosto, 1952)

“Con el análisis de Marrero, su grandiosa obra (la de Picasso) gana no sólo bajo un aspecto sorprendente, sino también convincente...”. Finalmente se nos dice algo esencial sobre Picasso.

(*Neuer Zugang zu Picasso*: Baseler Volksblatt, Suiza, 27-V-1958)

(*Algunos juicios sobre Picasso y el Toro*, (2ª ed.) reproducido en el *Boletín Bibliográfico de Ediciones Rialp*, S.A.

EL ESCRITOR Y LA DANZA

por Domingo Paniagua

Cantarle las cuarenta al lucero del alba apenas si tiene importancia; quién más, quién menos, se divierte de lo lindo alzando el gallo en este cotarro literario. Pero cantarle las cuarenta a un tema que en España resulta casi tabú y no salirse por peteneras en un libro de más de trescientas páginas, tiene miga.

La literatura española de danza es casi inexistente; hay libros de folklore de carácter erudito y libros preciosistas que relacionan la historia del “ballet” dedicándole breves líneas a la danza española. Pero instrumentos ideológicos que sirvan para desvelar los valores de la danza artística, escasean por estos pagos donde los hombres de pluma encuentran demasiados discos rojos para poder circular. Las escuetas referencias a un García Lorca escribiendo algunos “ballets” para “La Argentinita”, a Eugenio Montes —que hizo el elogio de “La muñería”— o Ortega —que escribió el *Elogio del Murciélago* y prometió escribir literatura de danza en *Meditaciones del Quijote* son bastante significativas, pero insuficientes.

Ahora, un escritor español, Vicente Marrero, acaba de publicar un interesante ensayo sobre el particular: *El enigma de España en la danza española*, casi un mirlo blanco, por la intención y por la hondura, en la bibliografía hispana.

(Arriba, Madrid, 31-V-1959)

o paseo, entre las barracas de la feria. Baile y cante popular, y por los mismo, “cosa de gente baja”, solían decir a no ser que se tratase de alguna gran familia extravagante, donde las hijas aprendían a tocar la guitarra, o de algún músico tan raro como el malagueño Ocón, que se dedicaba a al tarea extraña de oír, anotar, reconstruir, conservar, lo que esa gente del campo o de los barrios viejos cantaba y bailaba.

La reelaboración y revaloración del cante andaluz, transpuesto del tablado del café cantante a los escenarios más encumbrados del mundo, se debe principalmente a Manuel de Falla, y cuantos tuvimos la memorable satisfacción de oírle, no ya en su música, sino en su conversación nos podemos imaginar cuánto le satisfaría que un escritor, preparado en el tema, como Vicente Marrero, haya situado la danza española, en general, y la andaluza, por tanto, en su adecuada perspectiva, si bien no dejaría su subrayar con su disentimiento algún pasaje, como el alusivo al célebre concurso del cante “jondo”, en Granada, “mal enfocado —dice Vicente Marrero— en el sentido de que se partía de un flamenco popular, y el flamenco no lo es”. En primer lugar, Falla distinguió, quizá demasiado tajantemente, el cante “jondo” como manifestación auténtica y primitiva del pueblo andaluz, y el advenedizo y contrahecho flamenco; popular también, a no dudarlo, pero bastardeado como la descendencia de un oscuro el ilustre linaje: arte popular degradado en artificio, que es precisamente de lo que ahora se nutre el llamado “folklore”, en los teatros.

“Los escritores no saben lo que pueden contribuir para que el baile no se pierda o se transforme, empeorando”, oímos decir a Falla alguna vez, aludiendo a la conveniencia de descripciones o glosas, de interpretaciones literarias, que fijen en letra de molde, sus formas, necesaria y fatalmente huidizas. Sin haber oído a Falla, juicios como el transcrito en esas o en parecidas palabras, Vicente Marrero dice: “la música puede conservarse escrita; el romancero, también; pero los bailes hay que conservarlos en descripciones minuciosas e incluso en películas cinematográficas”.

Escritor, excelente escritor, Vicente Marrero no se ha propuesto hacer el catálogo descriptivo de la danza española, sino lo que procede en visión intelectual de abierto horizonte: una aguda exégesis de lo que nuestro baile es, en las distintas regiones que integran España, y las esencias, raciales y universales a la vez, lo impregnan, hasta darle una fragancia singularísima, muy dilatada, transfigurando sus elementos en algo que no es ya, aunque fuese más que bastante, mero folklore, de pintoresca sugestión. De ahí que uno de los problemas que plantea Vicente Marrero y que trasciende del tema, en su intransferible esencia, es el que formula en esta afirmación: “el acierto de la danza española está por encima de sus fronteras geográficas”. Afirmación de la que derivan, por fluidas sugestiones, estas preguntas: “¿En qué consiste su acierto? ¿Es un acierto universal, aunque parezca limitado al marco nacional? ¿Qué es lo que hay de español y qué es lo que hay de universal en nuestras danzas? ¿Qué tienen en común con otros modos de danzar y cuál su diferencia de otras danzas nacionales...?”.

Son esas preguntas de las que muy difícilmente hallarán contestación satisfactoria. Como que se cifra en ellas y en las que paralelamente pudiéramos lanzar en relación con las artes plásticas, con la literatura, con el carácter español, con la historia misma de nuestra Patria; se cifra, decimos, en todo esto nada menos que el secreto, sugestivo y tentador como pocos, de España. No en vano Vicente Marrero titula su ensayo “El enigma de España en la danza española”. Y al hilo de sus disquisiciones

danza, la más rica de Europa, hay también elementos suficientes, quizá más preciosos que en ningún otro arte, para averiguar la índole del espíritu ibérico. En principio, esta es la gran novedad que aporta Marrero, y es verdaderamente una desdicha que no se haya puesto mientes en ello con la gravedad que requiere.

Ese deseo de concreción individual frente a la exposición abstracta y genérica, ¿no es palpable, por ejemplo, en algunas de nuestras bailarinas, y sobre todo en algunas de nuestras “bailaoras”? Yo lo he observado, y Marrero lo ha observado mucho mejor que yo. Hay momentos en sus danzas que lo que menos importa es la danza, precisamente. “Sus emulaciones —dice Marrero al hablar de una de estas bailarinas— nos dan una especie de furor sagrado”. Lo que se ha propuesto no es la expresión de un arte, no es el simple agrado, sino la exaltación de los ánimos. ¿Y cuál es el modo más idóneo de exaltar el ánimo ibérico? Exaltando la propia personalidad. España es el país de los héroes populares.

El hecho de que la danza española y los bailes españoles son una expresión de nuestra vida, es lo que viene a decirnos Vicente Marrero en este libro único. “Reconforta saber —nos dice— que en Cataluña, en el País Vasco, en Navarra, en los Picos de Europa, pueblos enteros bailan sus viejas y bellas danzas, no para enlazarse suberóticamente unos a otros, ni para el público que mira, ni por pasatiempo, sino por euforia vital, por sentirse unidos a toda la agrupación social en la plenitud de solidaridad, que es sexo, pero que es también familia, trabajo, felicidad”. En las descripciones e interpretaciones de Escudero, de Antonio, de Rosario, de Pilar López, de Mariemma, del ballet español, de las danzas regionales —¿qué bien está analizado el “pericote” llanisco!— del flamenco, de nuestra danza fuera de España, Marrero acierta a capturar el canon vital o respuesta española a los restantes modos de ser. Magnífico bocado el que digerimos al leer y meditar este libro.

(Punta Europa, Madrid, n.º 47, Noviembre, 1959)

SU “TIC”

por Rafael Vázquez-Zamora

Se deforma y adultera tanto la danza española por esos escenarios, que hace falta cada vez más “vista” y agudeza sus características esenciales. Por otra parte, no hay que despreciar todo lo que en nuestras danzas actuales pueda haber de nuevo, de adaptación inteligente y artística de nuevos modos de expresión que el mundo ha puesto en uso. Y esta actitud de discriminación perspicaz y de comprensiva aceptación para las innovaciones justificadas y convenientes en la evolución de todo arte, es la que nos revela Vicente Marrero Suárez en el segundo buen libro de ensayos que de él he leído. El otro era *Picasso y el toro*. A este joven español, que ha residido largamente en el extranjero, le interesa entrañablemente todo lo español. Y, en una época de tópicos dichos y escritos con la epidermis —y, a veces, qué epidermis tan dura!— resulta un consuelo y un aliciente que un escritor dedique sus primeros libros a desarrollar con el corazón en la mano los temas esenciales del espíritu hispánico, temas que le preocupan y hasta le angustian. Lo cual me parece muy bien pues detesto la frivolidad

pleto al demonio de la danza. Es decir, que *El acierto de la danza española* —a la vez título y esencia del libro— es el estupendo fenómeno racial que nos hace expresar todo un mundo de vitales abismos y de ensartar en esa dinámica exteriorización anímica a los espectadores. El baile español sale ya, pues, con su música, sus colores, su marco escenográfico y hasta con su teatro. El bailarín flamenco monta un espectáculo sin moverse apenas de una loseta.

Y, ¿cuál es esa gracia inconfundible de nuestra danza? ¿Cuál es su imponente fuerza alada, que está como pegada al suelo en el flamenco y que, sin embargo, levanta un vendaval? Vicente Marrero le llama a esto, el “tic” de la danza española. Naturalmente, Marrero no sabe exactamente en qué consiste el “tic”, porque esto es lo inefable, el secreto motor de cada arte o cada artista. Quizá pudiéramos comparar ese “tic” a lo que en Andalucía el “aque!” o el “ángel” y a esa chispa indefinible pero poderosa que distingue a una persona de otra una vez que les hemos quitado diferencias de clase, de posición, de talento..., en resumidas cuentas, lo que hace que una cosa o una persona sean lo que son y no otra cosa y otra persona distintas. Para Marrero Suárez, el “tic” “no es algo exclusivamente temperamental o unido a la transfusión de sangre, o algo así como una intuición que hay que mamar no sabemos en qué pezón misterioso, telúrico”, sino una especie de quintaesencia de la intuición, un soplo de gracia que opera durante el baile y se manifiesta por pequeñísimos detalles de una elocuencia fulminante. No sé si con estas palabras sintetizo bien lo que Vicente Marrero Suárez ha desarrollado en su libro *El acierto de la danza española*, libro que es a su vez un acierto.

(Destino, Barcelona, 1952)

EL ACIERTO DE LA DANZA ESPAÑOLA

por Juan Plazaola, S.J.

Vicente Marrero Suárez, ha sabido revelarnos en este libro el acierto de la danza española, teniendo el mismo acierto de situarse en el verdadero punto de vista de este siglo. Todos hemos podido constatar que si otros siglos han sido quizás más prodigos en la producción de obras geniales, nunca se ha sido tan exigente como hoy por llegar a la ciencia pura de cada arte. Este parece ser el destino de nuestra época: la regeneración de la cultura a través de una sincera decantación de los valores estrictamente artísticos. Depuración total: lo mismo en Religión que en Arte, el gran crimen es la clasificación, la amalgama, el meter gato por liebre. Hoy se exige a la música que sea sólo música, a la pintura, que sea ante todo pintura; al cine, hijo de nuestro siglo parece habersele cogido a tiempo para evitar que se descarríe entre bambalinas teatrales y cantinelas sonoras. Vicente Marrero tiene ante la danza la misma acertada exigencia: que sea “danza ante todo, danza”. Esto significa comprometerse a hacer sobre ella (sobre la danza española, en particular) un análisis delicioso y difícil y Marrero cumple airosamente su compromiso.

Presenta la danza española en su raíz original: la danza como expresión de vida, como fruto de euforia vital, estudiándola, para más claridad, al lado del “ballet”, rico de formas y desnudo de contenido, y presentándola como función social, como explo-

españolas revelan en todo momento la personalidad individual del artista por encima de las siglas de escuela mostrando el tic especial que las caracteriza. Pero es preciso deslindar la validez universal (lo popular, lo enraizado a la tierra, si es arte, es universal) de la danza española, lo que puede hacerse por ser algo auténtico y vivo. “Más significativo todavía es la preponderancia del flamenco en el repertorio de nuestros bailarines universales, por si solo argumento en contra de los que se empeñan en considerar a nuestros bailes como estrictamente locales”. La clave la encuentra Vicente Marrero en la consideración de que el baile español es uno de los modos de bailar mejor cultivados y, en cierta manera, más asequibles a todo el mundo. Ello es debido a que, en la danza española, el paso se trueca en paso de baile por cargarse de ritmo, que “acierta con la verdad de la vida, con el ser, con el fondo de las cosas”.

Como decía d’Ors, es elevando la anécdota a categoría como se construye la Teoría. No puede encontrarse mejor fórmula para explicitar la Teoría de la Danza española, arte que se hallaba capitidismuido en la consideración de los intelectuales españoles, pero del que ya no podrá decirse lo mismo en el futuro.

(Revista de Ideas Estéticas, C.S.I.C., Madrid, n.º 43 -t-XI-1953)

ALMA Y DANZA DE ESPAÑA

por Angel Benito

Decano de la Facultad de Ciencias de la Información

Sobre este tema, la presencia de “lo español” en las danzas de España, acaba de publicar un libro extraordinariamente sugestivo Vicente Marrero. En él, toda la geografía festiva de España danza sus danzas y, al hilo del ensayo, de la penetración seria y documentada, el misterio español se va desentrañando como otros tantos pasos de danza que nos descubre su secreto. Como la letra archisabida de una canción que cuenta cosas que todos saben sin saberlo.

No todo lo que se danza es danza. Ni todos los que danzan, danzan. De aquí que sea preciso tratar de rastrear qué sea eso de la danza, para ver dónde y cuándo España está presente en ella. Vicente Marrero ha ido derecho al problema y concluye desde el primer momento en que la danza no es algo separado de la vida. No es una ocupación meramente estética. La danza no es un coto cerrado ahora y abierto luego. No es danza lo que sólo hace a unas horas, para que luego quede tiempo para hacer otras cosas. Podría decirse que se danza de la mañana hasta la noche o no se danza, porque “danza y vida se confunden. La danza no es otra cosa que la vida misma en sus más originarios movimientos”.

Así las cosas, la danza es tan antigua como el hombre mismo. Algo hay en ella del *nomos* de la vida, esa ley primera que no se formula en palabras pero que a todos comunica un mensaje que sólo es susceptible de comunicarse a través del gesto más primitivo y espontáneo. Por eso en la danza puede estar el alma de un pueblo, que queda aprisionada más en el mimo que en la voz, como si la imagen del hombre que dibuja un gesto fuera más penetrante que el más profundo de los discursos.

Con su obra, y dentro del baile español en el medio que lo produce, Marrero intenta —y creemos que lo consigue— zanjar el divorcio que se acusa en nuestra patria —que se ha acusado siempre— entre los hombres de letras tras con austero sentido de su responsabilidad y los grandes artistas de los géneros más diversos.

Creemos que es verdad añeja, muy añeja, el que la música española de Falla tuvo que arribar a los medios intelectuales patrios avalada por la sanción extranjera; sólo así pudo encontrar la exaltación la comprensión de su propia tierra. Cosa parecida sucedió con Granados y antes de Pedrell.

Con la danza española ha acontecido también algo análogo; se hizo menester que nada menos que un Levinson —el lanzador de los “Ballets Russes”— consagrada en París a Antonia Mercé para que nuestra patria se la liberarse —destacándola con gloria— del ambiguo estamento de “troteras y danzaderas” tan caro a la España de las dos décadas iniciales del siglo. Los hombres de letras franceses se movilizaron y el resultado fue que “La Argentina” se convirtió en dignificadora insuperada hasta hoy de la danza española. Gracias a sus éxitos de Francia el mundo admitió la existencia de un espíritu señorial y exquisto dentro del baile español, un baile que desde entonces fue más allá del flamenco vulgar. Y esta victoria, lograda por la conjunción del hombre de letras y el artista excepcional, es lo que ha permitido el presente de nuestro baile y lo que es más prometedor aún, el futuro del gran ballet nacional a que España tiene derecho.

Pero el “ballet” nacional —“un” ballet nacional” es lujo que sólo pueden permitirse las grandes naciones, las naciones fabulosamente poderosas en su economía.

Del talento, de la fina observación, del sentido universal de Vicente Marrero, tenemos pruebas —entre otras muchas— en dos volúmenes suyos tan dispares, pero tan dentro de lo esencial del tiempo nuestro, del tiempo en que vivimos, como son “Maeztu” y la obra que aquí comentamos.

En “Maeztu” con un ágil sentido crítico se lleva a cabo una necesarísima tarea: fijar a través de un completo ensayo biográfico los matices más esenciales del escritor español, del pensador español que con tan poca suerte —como autor y hombre de letras— corrierá en vida; con la danza española, Vicente Marrero ha logrado hacer otro tanto. Su propósito ha sido descifrnarnos el enigma de España dentro de su propia danza y lo ha conseguido. Y enaltecer, dentro del mundo del pensamiento, lo esencial y eterno —el enigma— del baile español.

Pero lo verdaderamente extraordinario de este caso —concretamente, del concepto crítico y filosófico del baile español que sustenta Vicente Marrero— es que haya sido un hijo de nuestras islas, tan aparte, étnica y geográficamente de la piel de toro ibérica, el que haya sabido enfrentarse con tema tan disímil como es el del danzar —la filosofía del danzar— de España y dentro de ella, de la crítica filosófica del baile español.

Un fenómeno extraño y un problema apasionante que ha obtenido dentro de la obra del muy sagaz escritor español y de la isla, la categoría de triunfo claro, lleno del mejor aliento.

(Diario de Las Palmas, 24-IV-1960)

APELACION A VICENTE MARRERO

por Diego Belalcazar

Que en un país como el nuestro nos preciásemos de entender el flamenco y de sorprender el “duende” de nuestros “bailaores” sería normal en teoría. Pero... ¡eso! no pasa de ser pura teoría. Vicente Marrero ha tratado de analizar el enigma de España en la danza española. Ya no sé si Vicente Marrero tiene televisión. Pensemos en que sí. Y pensemos en que ha visto bailar a la Singla en la última edición de los “Amigos del Lunes”. Yo me decidiría a preguntarle: “Señor Marrero ¿qué le pareció...?”.

No voy a ser yo más papista que el Papa ni tan intrépido que me juzgue a mí mismo capaz de enjuiciar un zapateado por el hecho de hacer crítica de televisión. Pero sí creo desempeñar mi papel al reclamar que, en lugar de tanto “traquilo” y tanto “pseudoflamenco”, se dedique al menos un espacio semanal a explicarnos nuestro folklore sin pintoresquismos ni ditirambos, como solemos hacerlo, sino con auténtico conocimiento de causa. Televisión Española encontraría de este modo el auténtico significado de muchos programas de variedades en los que abunda el género o de programas estrictamente turísticos o musicales, como “Viaje con música”. Confiemos en que se recoja la idea.

(Ya, Madrid, 21-VII-1960)

LA ESCULTURA EN MOVIMIENTO EN ANGEL FERRANT

por J.A. Gaya Nuño

El autor era ya conocido en la bibliografía artística por aquel su “*Picasso y el toro*”, lleno felices intuiciones que no habrán desplacido al propio Pablo. Más y mas intuiciones hay en el libro ahora comentado en el que se plantean problemas tan actuales y eternos como el del tiempo y movimiento en el arte. Eternos, porque, como Marrero anota muy justamente, la muñeca romana, articulada, del Museo Paleocristiano de Tarragona puede servir de precedente a la plástica en movimiento novecentista. Sobre otros antecedentes hemos de andar menos de acuerdo, cuales son los referibles a Alonso Berruguete. No, no por ese lado de la danza —tema de un libro que ha de calificarse, por lo menos, de irrespetuoso—, es por donde debe ser señalada la dinamicidad de Berruguete, sino por su genial anticipo del Barroco, tesis que yo he defendido por palabra y por escrito.

Pero no sería honrado destacar aquí las discrepancias de doctrina, cuando todo el libro está ahito de observaciones más que interesantes sobre el gran Ferrant, sus móviles, sus bajorrelieves y otras muchísimas cosas, que en estas muchísimas cosas reside el mayor encanto del libro. Ciñendo el comentario a cuanto responde a la titulación, destaquemos la exactitud de la diferencia establecida por Marrero entre Calder y Ferrant, así como su perfecta observación de las constantes formales de éste. En la cada día más. cuantiosa bibliografía sobre Ferrant (Gasch, Gullón, Vivanco, Westerdahl, etc.), el libro de Marrero será utilísimo reservorio de ideas, ideas también “en movimiento”.

(Insula, Madrid, n.º 113, 15-I-1955)

III. MAESTROS Y OTRAS FIGURAS SEÑERAS

De sobra es conocida la constante y noble preocupación —de agradecido— de Vicente Marrero por señalar el campo propio de realizaciones, distinguiendo en él el magisterio recibido desde que comenzó sus andanzas por el campo de las letras. Y se comprende igualmente que no mida a los verdaderos maestros —por reconocimiento y devoción— con el mismo rasero que suele usarse para valorar al resto de los mortales o a otros escritores, intelectuales o meros amanuenses librescos que, por lo común, figuran más bien como bienes mostrencos en el área cultural de todo país desarrollado. Con la importante particularidad, además, de que en el nivel del magisterio reclamado se revela del mejor modo el nivel alcanzado por el mundo cultural en cuestión y por quienes se preocupan de su progresiva dignificación.

Es precisamente desde este ángulo de mira desde el que ha de enfocarse la significación última que da Marrero a tales maestros y se advierte en rememoraciones más bien episódicas de sus primeras lidias en la arena de las letras y del pensamiento que, al paso de los años, precisaría —como veremos— en formulación más concretas y más dentro de nuestras propias latitudes espirituales.

La rapidez vertiginosa con que últimamente se ha sucedido el predominio de modas y tendencias, en medio de pluralismos y polarizaciones de las más diversas facturas, ha contribuido mucho a desdibujar el perfil de los focos más conocidos o vigentes culturalmente en nuestro tiempo y —a su vez— a fomentar una paralizadora ambigüedad. El desprestigio o la decadencia del verdadero magisterio no es la menos grave de tales consecuencias y aun de las causas originarias de un proceso sobre el que ya tanto se ha escrito. Piénsese tan sólo a qué ha quedado hoy reducida la significación de nombres entre los más señeros de nuestro mundo cultural contemporáneo; o en el simple hecho de que en una situación socio-cultural como la española actual se aireen, un tanto indiscriminadamente, nombres como los de Picasso y Ortega, totalmente al margen de las contradicciones que se dan entre sus mundos respectivos, por citar uno de los últimos trabajos de Marrero y dedicado a una materia en la que se halla bien impuesto.

No creo, por tanto, que sea preciso aludir a otros fenómenos secundarios, aunque no menos elocuentes y preocupantes, para probar el anterior aserto, pues atañe a un suceso mundial que, en última instancia, afecta a ese descrédito del magisterio a que he aludido y que viene siendo denunciado desde hace ya tiempo por las voces culturalmente más autorizadas de nuestra época.

Por donde llegamos al tema de los grandes maestros, sobre el que aún tendré ocasión de volver con ánimo de ir centrando —de modo tan perenne como actual— el pensamiento y la manera de proceder itinerantes que caracterizan a Vicente Marrero como escritor.

Pero al abrirse como un abanico, las trayectorias varias de los que arrancaron de una misma crítica, la de Maeztu queda en el libro clara, henchida, acumulativa. Durante mucho tiempo los diarios españoles no abrían, hacia afuera, más que una ventanita que daba a París. Allí tenían un corresponsal que hablaba de cosas superficiales. Hacia Alemania no fueron periodistas, sino filósofos comisionados para importaciones especulativas, desde Sanz del Río a los alumnos de Marburgo. Pero Maeztu tomó otra dirección. Maeztu fue el primer corresponsal de un diario madrileño en Londres. Ser periodista y en Inglaterra son dos razones que, equilibrando frivolidades galas e idealismos germanos, acumularon sobre su mente toneladas de exigencias concretas y realistas. Todos —novelistas anárquicos; pensadores agónicos; filósofos rancio vitalistas— habría de escribir sobre política. Pero Maeztu había ido a la fuente misma de la sabiduría política, al país temperamentalmente mejor dotado para esa cosa muchos menos brillante que la filosofía o la mundanidad, que es gobernar o dejar que nos gobiernen. Maeztu va a venir del único país europeo que frenó y resolvió en equilibrio su propia revolución, no trayendo a España, que hubiera sido cándido, fórmulas institucionales, sino fundamentos vitales y psicológicos mucho más profundos, de vida pública. Inglaterra, que se estremece porque un día de verano se quitó un juez la peluca, le enseñó esa correosa estabilidad de la sociedad y de sus instituciones que él definió en su fórmula: “ser es defenderse”. Este es el verdadero heroísmo de la vida pública: la defensa constante del “ser” social y nacional. Esto es lo heroico. Las revoluciones no son nunca heroicas. Si se estudian con agudeza histórica, los “fastos” que se inventan para conmemorarlos en sus almanaque cívicos, son siempre puras inflaciones. La toma de la Bastilla, donde había hasta media docena de presos de delitos comunes, vale apenas lo que el asalto a una comisaría de barrio. Las sublevaciones de los marinos en Rusia son puros motines.

De acuerdo con la teoría del relativista Heráclito de que la cuesta arriba no es distinta a la cuesta abajo, las revoluciones son mucho más cuesta abajo de un poder que se entrega, que nos cuesta arriba de una fuerza que asalta. Las revoluciones no son un heroísmo de los que llegan sino una dejadez de los que se van. Nadie ha asaltado nunca un trono. Son los reyes los que han descendido de ellos. Las revoluciones se producen porque el “ser” deja de defenderse. No porque el “no ser”, que es la esencia revolucionaria, tenga fuerza para nada. Por eso, como liquidación de un siglo de pensamiento revolucionario, cuyo apóstol máximo, Kant, había escrito dos libros con título de “Crítica” (de la Razón Pura y de la Razón Práctica) Maeztu escribió dos libros con título de “Defensa” (“Defensa de la Hispanidad”; “Defensa del Espíritu”). Y todavía se le queda sin escribir su tercer anunciado proyecto: “Defensa de la Monarquía”.

Maeztu emprendió en su juventud su excéntrica travesía a gatas de la Cibeles, por pura exuberancia vital, por “llamar la atención”, sin saber, claro, adónde iba. Pero poco a poco, entendió la responsabilidad contraída con aquella “atención” que había convocado y comprendió adónde iba: iba a escribir mil artículos rotundos y a morir por lo que en ellos había afirmado. Mientras tanto las otras convocatorias de excentricidades —boina, chaleco, paraguas— revelaban que habían “llamado la atención” para ofrecerles a los atentos un gran éxito literario y una gran defraudación política.

hoy, Maeztu actúa como un despertador de conciencia. Con estremecedor espíritu profético Maeztu escribe sus mejores artículos y concibe el ideal de la Hispanidad y sueña volver a realizar la unidad del género humano a través del cristianismo universal.

Muy interesante esta biografía que ha escrito Vicente Marrero; apasiona y remueve, como apasionaba Maeztu cuando predicaba con voz conmovida: “Sed buenos y trabajad”. Escrita con muy buen estilo, con exaltado entusiasmo, que disculpa algunas injusticias menores en el juicio de algunos contemporáneos, esta biografía ha merecido uno de los premios nacionales de literatura de 1955.

(Rev. **Teresa**, Madrid, Noviembre, 1956)

OBLIGADO PUNTO DE REFERENCIA

por *Melchor Fenández Almagro*
de la Real Academia Española

La figura de Ramiro de Maeztu necesitaba de un libro como el que acaba de publicar *Vicente Marreo*, muy documentado y agudo, puesta la mira en una reconstrucción de conjunto: hombre y obra, por supuesto, en consustancial relación. Pero también fondo de época, paisaje político, social y literario. Si el ambiente, en todo caso, es necesario para entender cualesquiera personas y cosas, en el caso concreto de Maeztu es de todo punto indispensable, dada la constante vinculación del gran periodista a las preocupaciones que le brindaba la inmediata realidad de su patria y de su tiempo. Precisamente porque Maeztu procuró poner a España —la que él concebía y amaba— en directa relación con el espíritu de Europa, en auge espléndido, hay que contemplarlo a la luz de los problemas, cuyo planteamiento habría de dar al paso del siglo XIX al XX un marcadísimo carácter de transición.

Pocos intelectuales —Maeztu lo fue por típico— representan, con tanta autenticidad y persuasión, el “antes” y el “después”: entre medias, como punto esencial de referencia, está la primera guerra mundial. Con esta piedra de toque, cabe contrastar, no ya dos siglos, sino dos Europas, incluso dos Américas; dos modos distintos, cuando no contrarios, de vivir; dos diferentes tipos de convivencia en sociedad... Y es claro que no hemos llamado periodista a Maeztu con la intención de poner, a descuento su prestigio de ensayista y pensador, sino porque su entrega profesional a la Prensa, dentro y fuera de España, le puso en condiciones de tomar todos los días el pulso al mundo aquél, tan confiado y próspero, pero no adormecido sobre las rosas de su bienandanza, sino más bien vigilante de sí mismo e inducido por una exasperada crítica.

Señalar hasta qué punto Maeztu representó la inquieta conciencia de la brillante Europa en nuestros periódicos, un tanto vueltos de espaldas a las realidades internacionales, sería un modo de fijar la extraordinaria significación de quien obtuvo de la corresponsalía y crónica extranjera máximas calidades.

El periodismo es un miradero que permite, al que sabe ganar altura, contemplar los más extensos panoramas, descubriendo en los hechos e ideas del momento su dimensión histórica. Del ejercicio periodístico, al hilo de los días, fue surgiendo flúidamente, el ensayista que Maeztu llegó a ser, con toda la fuerza de estímulo y sugestión

Nadie menos gregario que Ramiro de Maeztu, y porque siempre aspiró a vivir en paz consigo mismo, se pudo costear el lujo exquisito de su desprendimiento. Influyó y a su vez fue influido. pues no en vano se participa en las batallas de la inteligencia, como él hubo de participar, con la más noble inquietud mental y con la mayor generosidad: dando y recibiendo, leyendo y escribiendo, reelaborando con especial conocimiento y creando con certera intuición; viajando por Europa y América; tratando diversidad de gentes; dogmatizando y discutiendo, en pie de guerra, aprestada el arma ardiente de su palabra y de su pluma.

Muy español e hispánico, muy europeo, muy universal, Ramiro de Maeztu, como gran periodista que era, se condujo al modo del más diligente y sagaz de los vigías. Vio venir muchas cosas y alejarse otras. La clarividencia de su espíritu, reproduciendo en cierto modo el caso de Donoso Cortés, le devolvió la fe perdida. Mejor dicho, nunca perdida del todo, como él tuvo siempre el noble empeño de afirmar. Y así le fue dado decir, “en violenta y enérgica réplica”, a la cuadrilla roja que le insultara en vísperas del martirio, que él, a lo largo de toda su vida, jamás había dejado de creer en Dios.

De libro en libro, a través de los miles de artículos que Maeztu produjera, circula una misma corriente, espiritual, y, por lo que hace a un determinado orden de problemas, Maeztu pudo decir: “Ya en mi folleto de 1989 “Hacia otra España” estaba el pensamiento de mi “Defensa de la Hispanidad”, de 1934”. Esas líneas que se entrecuzan, fijando los puntos de vista del autor sobre multitud de cuestiones con armónico criterio, apuntan en el estudio de Vicente Marrero, bien pertrechado de datos y asistido por agudo juicio, sin olvidar el fondo de la vida intelectual europea sobre el que Maeztu proyectó su vida. Pero es España y el Maeztu español —sin redundancia españolista— la materia que da contenido a este primer volumen. La biografía enlaza sus elementos psicológicos e históricos de tal suerte, que la vida de Maeztu, tal y como nos la cuenta Vicente Marrero, constituye un obligado punto de referencia para todo otro trabajo ulterior. Y no sólo en funciones de ese concreto objetivo, sino de cuanto afecte a los otros grandes escritores de su generación, la consabida del 98, y el grupo posterior, en muy pocos años, que viene a ser, cronológicamente, apéndice de aquélla. Es decir, que Vicente Marrero, al retratar a Maeztu, se ve obligado a enfocar también, en momentos determinados, las figuras de Unamuno y Valle-Inclán, “Azorín” y Machado. Ortega, D’Ors y Pérez de Ayala. Naturalmente, no siempre comparte el lector las opiniones de Marrero, ni podría ocurrir de otra manera, dado el extenso desfile de valores intelectuales y el abigarrado conjunto de circunstancias históricas que evoca: pero la verdad es que el autor procura en todo momento coordinar su juicio y la objetividad que cabría exigirle. Objetividad no quiere decir neutralidad ni inhibición. Marrero ha acertado a dar estado literario a un trozo palpitante y tornasolado de la historia contemporánea de España.

Recoge esta decisiva anécdota Vicente Marrero en su reciente libro “Maeztu”, señalado con un número ordinal, I, que permite esperar el desarrollo en el segundo volumen de los temas que en éste sólo apunta: concretamente, los que se refieren a las fuentes y enlaces de su formación cultural y de su obra, ya que de esta manera quedará claramente situado en la perspectiva del pensamiento contemporáneo, dentro y fuera de España, en el grado a que antes nos referíamos. No dejemos de considerar que si Maeztu importó muchas ideas, exportó otras de inequívoca divisa nacional. El concep-

bala fundida en plomo de linotipia”. Y en cuanto a los otros dos caminos, permíteme que cite a Marrero: 1) “Han pasado veinte años desde su muerte, y durante todo ese tiempo no ha aparecido una biografía suya; ni siquiera hasta hace muy poco un bosquejo extenso”. 2) “Sus mismos admiradores, en ocasiones, han sacrificado su obra en aras de un utilitarismo político, tanto más peligroso por vaporoso y por los sambenitos que le cuelgan”. Sí, la verdad es que no le faltan razones a Marrero para formular esa paradójica pregunta: “Las derechas ¿querían a Maeztu?”.

Pero he aquí que tras veinte años de muerte y de olvido de unos y otros, un escritor que por su edad no vivió las jornadas de su biografiado le acaba de consagrar un libro rebosante de vida, y he aquí que ese libro lo dedica “a la juventud de esta segunda mitad del siglo”. ¿Qué piensa de Maeztu la juventud de esta segunda mitad del siglo? Hasta ahora parece que no pensaba casi nada. Es de esperar que este libro señale la hora de una revisión y, sobre todo, de una meditación. La trayectoria de Ramiro de Maeztu, su acción intelectual a lo largo de una vida intensa, lo que logró y lo que no logró, todo esto hay que considerarlo despacio entre todos para sacar, también entre todos, la oportuna lección. Marrero considera —creo que acertadamente— que la posición doctrinal de Maeztu hay que tomarla en bloque, pese a la evolución evidente de su pensamiento.

Confieso francamente —aunque tal vez muchos discreparán de esta opinión— que lo que me parece más interesante en el pensamiento de Maeztu y lo que encuentro más útil para alimentar a la juventud de esta segunda mitad de siglo es el segundo acto: la estancia en Londres y el regreso a España. Substancialmente, lo que Marrero llama su purgatorio. Y es que tal vez la hora española que vivimos precise más de una mentalidad de purgatorio que de otra cosa. Bienvenidas sean, en este sentido, las reflexiones purificadoras del Maeztu de aquella época. Por ejemplo esta que a ti, como marciano, puede ayudarte a entender un poco muchas cosas que no entiendes. Habla (en 1910) Ramiro de Maeztu: “Frecuentemente reparamos en que los escritores extranjeros no comprenden las cosas de España. Pero, ¿cómo es posible que nadie comprenda discusiones que carecen de sentido? Lo específico del régimen español no es la oligarquía. Este mal de la oligarquía lo comparte España con casi todos los pueblos del mundo. el mal específico de España consiste en la baja calidad de las oligarquías”... clima en el que Maeztu, por ejemplo, no pudo desarrollar cumplidamente, ni siquiera entre los que tenía al lado, el aspecto tal vez más original y constante de su actitud ideológica: la preocupación social. Lee, por favor, lo que apunta Marrero: “En su mismo partido de Renovación Española, Maeztu se sentía incómodo. Quienes lo trataron de cerca no se han olvidado de sus quejas sobre su falta de sentido social, ni sus críticas al conservadurismo trasnochado de que hacía gala”.

(El Ciervo, Barcelona, Febrero, 1956)

cuyas indudables calidades lo convierten en punto de partida indispensable para aquel rescate preciso. Escrito con método, con buen estilo, con entrañable devoción y comprensión, nos devuelve a Maeztu a quienes ya lo conocíamos y amábamos, y lo presenta vivo, en genio y figura, a la juventud, que no tiene de él más que unas ideas simplistas y por extremo incompletas. Viva alabanza merece esta labor que Maeztu necesitaba urgentemente, no por otra cosa, sino por lo que todos necesitamos de él, de su concepción del ideal, de su actitud ética ante la vida.

(YA, Madrid, 13-XI-1955)

RECUERDO DE MAEZTU

por Julio Irazusta

Nos llega de España una extensa biografía del más olvidado entre los grandes escritores de su generación. Su autor es uno de los nuevos valores literarios peninsulares, *Vicente Marrero*, cuya flexibilidad de espíritu y cuya erudición en la materia lo señalan como el insustituible analista del pensamiento de don Ramiro de Maeztu.

En efecto, el autor de *Defensa de la Hispanidad*, pese a su incesante labor, nos dejó apenas cuatro o cinco libros, y no se ocupó en recoger su inmensa obra periodística dispersa. Para colmo, su pensamiento no dejó un partido interesado en mantener vivo su recuerdo como glorioso representante de una tendencia espiritual del país. La izquierda odiaba la memoria del hombre que mejor la había combatido, tratando de asimilar lo que ella tenía de asimilable para una reflexión sin manos, y la derecha, triunfante con Franco, no podía en los primeros tiempos exaltar al teórico de la monarquía, en la que no se podía haber pensado desde el principio, como en solución permanente.

Parece que las circunstancias han cambiado, y que la España actual piensa reparar el olvido en que tuvo a uno de los espíritus que más hicieron por la España eterna, editando las obras completas de Maeztu. Por lo tanto, el libro que comentamos cumple importantísima parte en aquella empresa de reparación. Nos muestra de modo exhaustivo la evolución del gran escritor. como hasta ahora no habíamos podido conocerla, a falta de indispensables elementos de juicios. Con un admirable arte de citar, Marrero ha seguido la trayectoria recorrida por el espíritu de don Ramiro, entre sus comienzos periodísticos y la época de la *Defensa de la Hispanidad*, en que elaboró su pensamiento más original. Marrero aprovecha un riquísimo archivo de recortes periodísticos que nos da idea anticipada del valor inapreciable que tendrá la complicación que se anuncia.

Esa evolución intelectual, una de las más atrayentes entre los hombres de su generación, cambió mucho las posiciones del escritor. Pero fue tan razonada, tan sincera y tan independiente del afán de servir al interés público y la verdad que el cambio fue gobernado por la unidad del propósito y dejó intactos, al final de la curva, muchos puntos esenciales del principio. Imposible detenernos en los detalles de esa evolución. Más vale recordar las mejores salidas de Maeztu en su campaña inicial, de la europeización de España. Como aquella de cuando decía: "Pretender que nuestro pueblo ignore las corrientes del mundo es como poner puertas al mar, o como meterse en una cueva para poder negar el sol, la luna y las etrellas". Y esta otra: "Un pueblo vive cuando

SUS OBRAS COMPLETAS

por José María García Escudero

Maeztu.— Gamallo Fierros hizo público hace unos meses su propósito de recoger en 76 tomos cinco mil de los trece mil artículos que escribió Ramiro de Maeztu.

Y Vicente Marrero se preguntaba si es hacerle un favor a un autor publicarle el cuarenta por ciento de su obra cuando ésta se ha producido en circunstancias que impedian una calidad suficiente a la mayor parte de aquélla.

Uno, que no ha leído los cinco mil artículos, ni quinientos siquiera, no se atreve a opinar, y se limita a aplaudir el propósito de Gamallo Fierros, cuya misma limitación significa probablemente que se ha tenido en cuenta la calidad.

Pero Marrero hace una sugestión que me parece muy atendible y no incompatible con el otro proyecto, que lógicamente tiene que ser a largo, plazo un “Diccionario de ideas”, como el de Maurras, que recoja lo mejor de Maeztu en unos pocos volúmenes.

Porque yo creo, por ejemplo, que si los treinta y tantos volúmenes de las Obras Completas de Mella, o los treinta y tantos de las Obras Completas de Balmes, en la edición de la Balmesiana, hubiesen sido cuatro o cinco, Mella o Balmes serían más conocidos; no sólo de los especialistas. Y no quisiera que por querer recuperar a Maeztu para unos pocos fuéramos a perderle para los más.

(Arriba, Madrid, 13-XI-1953)

UNAMUNO

“LLAMAD A BIANCHON”

por Carlos Luis Alvarez (Cándido)

El ensayo de Vicente Marrero titulado *El Cristo de Unamuno* se divide en las siguientes partes: “Unamuno “clergyman””; “Cristo en la poesía de Unamuno”; “Don Quijote y Cristo, o el quijotismo de Unamuno y el de Dostoyevsky”, y “Cristo y Mito. El pensamiento mítico de Unamuno” se añade un epílogo bajo este epígrafe: “¿Duda o rebeldía?” El primer capítulo, que fue publicado en el número 4 de la revista *Punta Europa* (1956), viene a mostrarnos de modo indubitable lo que Unamuno tenía de cura laico, desde su vestimenta hasta sus más íntimas costumbres; su tendencia al “sermón” y al “apostolado”, y aquella conciencia, presionando sobre toda su obra, de que había torcido el verdadero curso de su vida. El segundo capítulo en que está el meollo del ensayo, reúne una exposición amplia y un análisis no menos amplio de los diversos “cristos” de Unamuno, todos ellos cantados —realizados— a su imagen y semejanza. El tercero nos enseña y descubre lo que pudiéramos llamar el “principio orgánico” de la cristología unamuniana, principio que origina también su Quijote. Finalmente vemos cómo a Unamuno no le importan demasiado las individualidades históricas de Cristo y de don Quijote, a los cuales transforma en Mito. Aunque el resumen del libro de Marrero sea excesivamente sucinto, supongo que el lector de estas notas caerá en la cuenta

EL CRISTO DE UNAMUNO

por Rafael Morales

Sabido es que Miguel de Unamuno persistió toda su vida sobre el tema de Cristo, tanto en su poesía como en su prosa, hasta el punto de obsesionarle. Con dicha tema está relacionada la mayor parte de su obra, ya trate ésta de don Quijote, de España o de otras variadas cuestiones. En medio de sus contradicciones y abundantes paradojas, de su agónica rebeldía, de sus pasiones, Unamuno, en lucha con los otros —conocida es su falta de amor al prójimo, su egolatría— o consigo mismo, siempre venía a situarse ante la figura del Salvador. Fue su obsesión, pero su cristianismo deja mucho que desear, como es evidente, y desembocó en una atormentada heterodoxia, lo que confirma Marrero documentalmente, aunque sea algo que, como él dice, ya nadie discute. Pero cuetión tan sabida no es, claro está, el tema central del profundo estudio de Marrero, sino una línea tangencial del mismo. Lo esencial en el ensayo que comentamos es evidenciar como tema eje unamuniano el de la figura de Cristo y demostrar que si bien la angustiada heterodoxia de Unamuno no admite discusión ni paliativos, sí se han sostenido muchos equívocos en lo que atañe a su actitud ante la fe. En realidad, Marrero llega a la conclusión —a nuestro juicio, acertada— de que Unamuno en vez de entregarse a la vivificante luz de Cristo, lo que hizo fue fojarse un mito, un falso Cristo a su propia medida, es decir, una visión herética, frecuentemente falta de piedad como se ve en su “Cristo yacente de Santa Clara” y en otros trabajos en prosa o verso.

Es cierto que algunos comentaristas de Unamuno han querido ver en su famoso poema “El Cristo de Velázquez” un “auténtico espíritu religioso y cristiano”, como afirmó Julián Marías en su obra *Filosofía actual y existencialismo en España*, o, como Luis Felipe Vivanco en *Antología Poética*, que lo demonima un “salmo tranquilo y creyente”, pero Marrero niega tal actitud, conforme con las afirmaciones de los padres Luis de Fátima Luque y Oromí, así como con la de Aranguren, pese a las superficiales apariencias. Marrero, apoyándose en diversos textos de Unamuno y en los propios versos del famoso poema, confirma su teoría de que el Cristo aquí cantado por Unamuno sigue siendo el mítico por él forjado y no la del divino Redentor.

Este interesantísimo ensayo con el que tan profundamente ha calado Marrero, deshaciendo documentadamente muchos equívocos, podría ser analizado conforme a otros puntos importantes, pero no nos es posible. Sólo nos resta, pues, decir que lo tenemos por el más completo y exhaustivo de los muchos que se han dedicado al mismo tema.

Con este volumen se inicia la colección “Libros de Bolsillo Rialp”, dirigida por Amalio García-Arías, que nos parece agradable de presentación y, por la muestra, de un indudable interés.

(El Alcázar, Madrid, 9-VII-1960)

no son más que licencias poéticas o alardes estilísticos—, que se prestan a conjeturas temerarias, para distinguir y utilizar solamente los conceptos y juicios que por su formulación precisa y su reiteración en el tiempo deben ser considerados como los más representativos de los sentimientos religiosos de Unamuno.

El lector no se ve constreñido a dar su asentimiento a las conclusiones tajantes que encierran el libro. Puede disentir de ellas porque el autor le ha informado antes objetivamente con su trabajo de investigación y con un gran acopio de citas, a las que cabe oponer el leve reparo de que por no aparecer a veces acompañadas del correspondiente distintivo tipográfico o de la obligada referencia, suscita la duda sobre la paternidad de algunas frases.

(Informaciones, Madrid, 2-XII-1960)

UNAMUNO Y LOS CATOLICOS

por Francisco Umbral

Quizá fueran los poetas quienes iniciaron la galvanización de don Miguel de Unamuno hace unos cuantos años, no muchos, desde luego. O quizá fueran los pensadores, los ensayistas, los filósofos. Entre unos y otros nos han reinventado la figura de Unamuno, y ha sido éste uno de los fenómenos más singulares en la vida intelectual española de después de la guerra.

Así, los libros sobre los españoles Unamuno es una figura demasiado apasionante para que no deseemos salvarle o condenarle a toda costa.

De muy reciente actualidad es la obra de Vicente Marrero *El Cristo de Unamuno*. Acreditado entre los ensayistas católicos de última hora, Marrero tiene difundida su teoría del *Ortega mondain* y el *Unamuno clerygman*. Partiendo de este puesto, que hace de Unamuno, muy gráficamente, un “cartujo laico y ermitaño civil”, como él se llamó a sí mismo. Marrero llega a descubrir lo que hay tras esa mera apariencia del vasco existencial. Su tesis previa es que Unamuno dejó de creer muy pronto y que toda su vida fue una simulación de esa lucha interior que ya se había resuelto en él de modo negativo. Para matizar su afirmación, Vicente Marrero retorna la poesía de Unamuno, estudiando el Cristo lírico que don Miguel nos ofrece en sus versos. En principio, la pesquisa favorece a Marrero, porque los Cristos castellanos, solanescos, desdivinizados, que canta Unamuno, están muy lejos del Cristo teológico.

Hay un paralelismo en el último libro de Marrero —reflejo del intentado también por Unamuno—, que se establece entre la figura de Cristo y la de Don Quijote. Este emparentamiento nos lleva muy directamente a una de las más sagaces conclusiones de Marrero: la de que Unamuno quiso hacer de Cristo un mito nacional, terreno, muy semejante al mito que es Don Quijote. El Cristo de Unamuno quería para España —y el querer para España una Cristo particular es ya síntoma alarmante— no era el bíblico y evangélico, sino un Cristo nacional, muy español, mítico, aglutinante de las fuerzas de la raza, y al cabo, un Cristo unamuniano. La verdad es que don Miguel dedicó mucho tiempo a estas falsas interpretaciones y elaboraciones pseudoreligiosas. Lo único que parece desmentir a Marrero, en su tesis es “El Cristo de Velázquez”, tenido

a su lectura insolvente de Renan. Leyendo a Renan, Ortega perdería la fe, pero adquirió el gusto de un estilo esmeradamente acicalado, sensual y fascinador. Su primera posición filosófica fue simpatizante con el racionalismo neokantiano de la escuela de Hermann Cohen, todo ello simultaneando con la continua lectura de los grandes prosistas franceses; en cambio, en su edad madura, ya casi proveyecto, Ortega profesó un vitalismo, el mito de la "razón vital", un a modo de existencialismo vitalista. Claro está que con esta posición tuvo que apartarse de los grandes temas filosóficos y desembocar en temas mucho más allegados y asequibles, temas típicos de un ensayista que se complace en poner prólogos a un libro de la caza, en comentar el embeleso de una partida de golf.

Después de la muerte de Ortega, hay que subrayar que se han publicado varias obras sobre su figura, algunas de ellas apoloéticas, pero otras objetivamente críticas; citaríamos las del P.J. Iriarte, S.J., quien ha escrito la mejor biografía de Ortega, y la serie de estudios que le ha dedicado el P. S. Ramírez, O.P., quien ha tenido que dejar bien sentada la heterodoxia impaliabile de muchas obras de Ortega, frente a un confusionismo que quería disimular tales sirtes y peligros en el pensamiento de nuestro filósofo, quien, precisamente, ya años antes no había tenido empacho en escribir que hacía tiempo que había cesado de ser cristiano.

Ultimamente el ágil y joven escritor Vicente Marrero, director de la revista madrileña *Punta Europa* y autor de una serie de obras, como *El Cristo de Unamuno*, *La guerra española* y *el trust de cerebros*, acaba de publicar en la Biblioteca Rialp una obra con el título de *Ortega, filósofo 'mondain'*, en la que hace un fino estudio de la posición que llamaremos específica de Ortega y Gasset, la de ser, sobre todo, un filósofo "mondain", de presentar en la mayor parte de sus escritos una temática "mondaine", como por ejemplo: "Paisaje con una corza al fondo" ("La vie amoureuse de Lady Hamilton"), "Introducción a Don Juan", "La estrangulación de Don Juan", "El tipo gentleman", "Esquema de Salomé", "La moral del automóvil en España", "Para una psicología del hombre interesante", "Tres cuadros del vino", "Notas del vago estío", "Como nos vemos nosotros", "La mujer y su cuerpo", "Estudios sobre el amor", "La necesidad de la embriaguez", "Propaganda del buen humor", "Física y guardarrropía", "Los escaparates mandan", "Paréntesis sobre la estupidez", "Sobre el vuelo de las aves anilladas", "Para una ciencia del traje popular", "La bicicleta, el pie y el pseudópodo", "Estética del tranvía", etc.

Como dice muy bien Vicente Marrero, "hay en la temática de Ortega demasiada influencia sedante de la grata vida, demasiada devoción por su haz externo, tan a tono con su prosa delicada y refinada y con la limpieza de su expresión. Demasiada condición de "dandy" que se rebela disgustado contra el contorno patrio, que, por lo general, juzga agrio e hisurto. Demasiado "tratamiento de belleza" y amaneramiento que, en algunos casos, produce por su afectación efectos irrisorios.

Toda la atracción que pueda ejercer sobre el espíritu esta aristocrática mundanidad de los temas preferidos por Ortega queda, por otra parte, contrariada por su cerrado agnosticismo, de modo que, en el binomio orteguiano definidor del hombre: "yo soy yo y mi coyuntura", todo es concedido a esta coyuntura y nada a la libre espontaneidad del hombre, negada absolutamente por Ortega.

moral le resulta incómoda. El “mondain” no es serio, y tiende a confundir la seriedad con la tristeza y la frivolidad con la alegría...

Pero lo que específicamente caracteriza al “mondain” es el buen tono cuando éste carece de sentido, pues no hay duda de que lo más positivo del “mondain” es su buen tono... Buena educación, buen gusto, buenas maneras, estilo exquisito... Al “mondain”, más que los seres le preocupan los quehaceres, y en esto suele ser brillante” (pp. 264-266).

Y aunque el autor no pretenda ni mucho menos atribuir en bloque a Ortega todas esas cualidades del *mondain* (p. 266), sin embargo el análisis atento de su vida y de su obra le obliga a atribuirle las fundamentales. Porque Marrero conoce como pocos todos los escritos de Ortega y todo cuanto se ha dicho sobre él, además de su peculiar manera de ser y de conducirse. Información de primera mano, avalada por un sentido crítico y psicológico de gran penetración. Lo que él recomienda a todo el que escriba sobre Ortega, es decir, “que procure escribir, al menos la mitad de lo que escribe, con la nariz” (p. 18), se aplica perfectamente a él mismo, que con olfato finísimo ha rastreado todos los pasos y vericuetos por donde ha circulado su vida y su obra.

La principal obra filosófica de Ortega es *La idea de principio en Leibniz*, que dejó inconclusa al morir, y que ha sido publicada después de su muerte; pero es también la que más le compromete. Anteriormente y en vida se había entretenido casi exclusivamente con asuntos circunstanciales y de escasa envergadura filosófica. Por eso un tan buen catador de valores filosóficos como Bergson pudo decir de él: se cree un filósofo, cuando en realidad no es más que un periodista de talento.

Ortega poseía una extraordinaria habilidad de ocultación, pero a pesar de ello es evidente que debe mucho a franceses y alemanes: a Renan y a Goethe, a Nietzsche y a Bergson, a Dilthey y a Scheler, a Le Roy y Heidegger. Es marcadamente antiespiritualista, y en su obra escrita destaca la ausencia de Dios y de los valores religiosos, salvo quizá en sus últimos escritos y en los postreros momentos de su vida, en donde parece descubrirse algún rayo de luz.

Pero todo esto no es suficiente para dar una idea siquiera aproximada del valor excepcional de esta obra que reseñamos. Lo mejor es leerla directamente. Su estilo y ágil y elegante, y su presentación tipográfica esmeradísima invitan a ello.

(*La Ciencia Tomista*, Salamanca, n.º 90, 1963)

ORTEGA. NO NOS ES INDIFFERENTE

por Carlos Luis Álvarez (Cándido)

Sobre la obra de Ortega va edificándose con rapidez toda una catedral de libros. La polémica más ardiente de estos últimos años en el área intelectual española, ha tenido como base a Ortega. Los poderosos y voluminosos argumentos del padre Ramírez; el libro nítido de Gonzalo Fernández de la Mora; el brillante opusculo de Fernando Vela y estas páginas que vamos a comentar hoy, son las aportaciones a Ortega más cercanas en el tiempo. En general, podemos decir que Ortega no nos es indiferente. Nos movemos dentro de su campo magnético. Es natural, ya que todos hemos aprendi-

puesto, en varias ocasiones, desarrollar su pensamiento desde el punto de vista de los jóvenes con los que adopta un tono de halago que debía sonar muy bien en tiempos del nazismo y del fascismo; sobre todo cuando habla de que juventud es, ante todo, culto de cuerpo y victoria de la vida sobre el espíritu. En la misma línea ilustradora pueden agruparse sus estudios sobre el amor, la mujer, el “hombre interesante”, la técnica, su intento de sustituir la definición de hombre como animal racional, por la de “animal fantástico” teniendo en cuenta, nos dice, que la fantasía no cosiste sino en “sensaciones liberadas”. Y no es Marrero el primero que observa que en semejante hombre, para quien el intelecto no es esencialmente constitutivo, parece haberse borrado toda huella de chispa divina. En estos y otros aspectos finamente denunciados por el director de *Punta Europa*, la instancia moral se volatiliza hasta que al fin leemos sin mucha indignación una frase que condensa varios capítulos: “Me irrita este vocablo *moral*” (*Por qué he escrito “El hombre a la defensiva”*, (1930) IV, 72). A ese punto le lleva su fidelidad a Nietzsche en el deseo mundano, si los hay, de “darse una buena vida”, más allá del bien y del mal.

Pero a medida que el libro avanza, crecen también las ambiciones del autor que da la impresión de ir descubriendo profundidad en su propio tema. Tributando siempre una admiración no desmentida a la obra de Ortega, ésta se le presenta no sólo fragmentariamente frívola y demasiado elegante para ser verdadera, sino toda ella limitada desde su base por una postura *mundana*, cargado ya este adjetivo con todos los sentidos que desde el Renacimiento le prestaran las diversas corrientes filosóficas. A esta segunda parte, se refiere la frase del prólogo: “Es también este ensayo, por consiguiente, un ensayo sobre la ausencia del ser”.

Lo había dicho el mismo Ortega en muchas ocasiones y finalmente en frases acucidas y juzgadas por Marrero: “Se trata nada menos, que de invalidar el sentido tradicional del concepto ser... se invita, pues, a Vds. para que pierdan el respeto al concepto más venerable, persistente y ahincado que hay en la tradición de nuestra mente: el concepto de ser. Anuncio jaque mate al ser de Platón, de Aristóteles, de Leibniz, de Kant y, claro está, también al de Descartes” (“¿Qué es filosofía?” Madrid, 1958). Por eso el hombre es para él insustancial, no tiene naturaleza, consiste sólo en ser su historia. Y como frente al ser, a lo que ontológicamente es pueden adoptarse —aparte de la sencilla y fecunda aceptación— muchas posiciones, Marrero descubre que las negaciones orteguianas pretenden refugiarse en el buen tono “mondain” que inspira y recubre un pensamiento que no pasa, de estetizante.

Por eso estaba, sin remedio, abocada al fracaso su anunciada aventura de superar la antinomia clásica de sujeto-objeto, idea-realidad, yo-mundo. Ya que el raciovitalismo orteguiano que quiere hacerse cargo de la Vida y de la Razón no deja de ser una forma sutil de idealismo, o lo que es igual, de negación del ser. Ni se puede impunemente intentar resolver con términos de un orden vital y extracognoscitivo, un problema que pertenece esencialmente al orden del conocimiento. Esta desaprensiva adulteración de términos —entre otras— justificaría bastante la curiosa sospecha de Marrero, a saber: que el orteguismo sea principalmente un problema de profundidad. Es decir, de poca profundidad, al pagarse de aparentes claridades allí donde se ocultan transgresiones de todo punto inaceptables.

ni mucho menos precosista. Dibuja con estilete, sin utilizar ni el pastel, ni el difumino. Su afición a la escolástica le ha dado esa nitidez de ideas características de quienes pasaron por tan dura como eficaz escuela. Añádase una información abundantísima, puesta al servicio de un entusiasmo desbordante y tendremos una idea de este volumen tan interesante. De sus méritos: una biografía y una síntesis doctrinal de primera categoría. Y de sus posibles defectos: el entusiasmo le lleva en ocasiones demasiado lejos (véase el epígrafe sobre la influencia del P. Ramírez en la Universidad española y compárese con el contenido), y en otras (como al hablar del orteguismo católico) le hace penetrar en el ámbito de lo polémico, con todo el lastre que eso lleva consigo. Pero el asiduo trato, la documentación abundante, la lectura asidua de sus obras, hacen de Vicente Marrero un biógrafo excepcional y de su biografía una buena aportación a la historia intelectual española de estos últimos tiempos.

Historia que, notémoslo bien, en el caso del P. Ramírez es profundamente salmantina. Si es cierto que durante 22 años ejerció su magisterio en Friburgo, a “su San Esteban de Salamanca venía en cuanto podía, como enamorado de este convento dominicano, único en la historia, cuyas glorias cantó enalteciéndolo por encima de los de París, Bolonia y otros. Aquí se vino en cuanto pudo, residiendo en él aún mientras fue director del Instituto “Luis Vives”, del Consejo de Investigaciones. Y aquí murió, quedando su cuerpo entre los de los grandes teólogos que habían honrado el convento. No omite Marrero tratar ampliamente de su libro sobre Ortega, y de la controversia que le siguió. Confirma con reiteración que el P. Ramírez lo escribió por obediencia y con repugnancia, pues otros estudios le atraían muchos más le estaban ocupando por aquellas calendas. Para Marrero fue un acierto de los que así lo decidieron. Otros quedarán con sus dudas. Y pensarán que si Ortega se había abstenido reflexivamente de ocuparse del cristianismo, de la Iglesia y de los dogmas sin poner su influencia y la magia de su estilo al servicio de una tentadora actitud de demolición, antes habría que agradecerse lo que reprochárselo. Y que si en la mente de algunos el estudio se enderezaba a una posible inserción en el Índice, era llevar al P. Ramírez a una actitud inquisitorial, bien ajena a sus modos de vivir y de pensar. El obedeció como buen religioso que fue siempre. Trabajó con honradez y objetividad. Pero seguiremos preguntándonos si por formación y estilo era el más llamado a esa labor. Harto más clara vemos la que desarrolló en el Concilio, o sus magistrales lecciones en el Valle de los Caídos. Y decimos esto por la insistencia de Marrero en valorar por lo alto la controversia sobre Ortega, de la que fue obediente protagonista el P. Ramírez.

Pero hora es ya de dejar el libro de Marrero, brillante y limpiado como un diamante, y por eso también a veces algo cortante, para comentar la grata noticia de la iniciación de la edición de las obras completas del P. Ramírez. Después de la de las de Unamuno, preparada con tanto esfuerzo y empeño por Manuel García Blanco, vuelve a emprenderse en Salamanca una empresa editorial de altos vuelos. También esta vez, como es natural, se trata de un discípulo fiel que toma sobre sí la ingente y pesada tarea. El P. Victorino Rodríguez se está empleando a fondo, con el íntimo convencimiento de realizar una gran obra, y está empleando a fondo, con el íntimo convencimiento de realizar una gran obra, y está dispuesto a coronarla la más pronto posible.

Advirtamos que las obras completas exigirán unos cuarenta volúmenes, y nos daremos cuenta de la ambición de la empresa. Tres han aparecido ya, y los tenemos

sentir de manera importante en los países de lengua castellana. Los comentarios del padre Ramírez sobre la segunda parte de la Suma Teológica en especial los dedicados a la Etica y al Derecho, no debe causar extrañeza que, por el momento, haya dejado sentir su influencia en autores que tengan la preocupación por esos dominios, como N. Derisi. Quien, por lo demás, haya hojeado los libros del P. Ramírez encontrará en ellos un pensamiento volcado del todo hacia la comprensión de las cosas en sí mismas, sin huella alguna de idealismo. Pero lejos de ceñirse a una exégesis exclusiva del texto, el P. Ramírez sustenta constantemente su reflexión en la tradición de los Padres y de los más importantes escolásticos, sin que descuide la elaboración de soluciones personales para la mayor parte de las cuestiones disputadas en la escuela. Este es el interés de la obra de V. Marrero, que nos hace gustar los trabajos del maestro que él nos presenta.

(Archives de Philosophie du Droit, París, tomo 32, 1987, pag. 434)

EL SENTIDO DE TODA UNA OBRA

por Gabriel de Armas

El Instituto de Filosofía Luis Vives, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ha publicado una extensa biografía del eminente teólogo y filósofo de nuestros días, el dominico P. Santiago Ramírez, muerto santamente, en Salamanca, el 18 de diciembre de 1967; es decir, justamente hace cuatro años. Obra extensa a intensa, viva y compacta desde el principio hasta el fin, es fruto de la pluma del máximo ensayista canario, Vicente Marrero, Premio Nacional de Literatura en 1955.

Dividida en tres partes y un epílogo, su lectura nos lleva, desde los inicios de la vida de este famoso personaje, gloria de España y de la Orden dominicana, hasta sus grandes concepciones magisteriales, en plena madurez de doctrina, pasando por todas las incidencias de una vida llena de fecundidad, consagrada enteramente al estudio y a la docencia. Estudio y docencia transverberados, claro está, por un encendido amor a la Iglesia, prolongación de Cristo en el tiempo, reflejado en la aceptación rendida y voluntaria, al Magisterio visible...

La obra que Vicente Marrero ha llevado a cabo es ardua y digna de su empeño. No se trata, como pudiera creerse, de un ditrambo ininterrumpido, que nos deja el regusto de una simple loa que, en sí misma, estaría más que justificada. Se trata de una aportación científica, investigadora, a la historia de un hombre de ciencia, repensada, llena de equilibrio, animada, serena y vivaz, densa de doctrina, testimoniada con datos de primera mano, y escrita que suma dilección hacia el personaje biografiado, lo que, sin duda, la hace subir en interés a medida que uno se adentra en su lectura.

Tras un paciente análisis de las obras publicadas por el P. Ramírez, Marrero nos regala con un bien cortado epílogo lleno de sugestivas consideraciones. La obra termina con la cronología del biografiado y una bibliografía considerable y muy completa.

En resumen. Estamos ante una obra seria, importante, muy oportuna, bien trabajada, que nos describe, con trazos firmes, a esa gran figura de indudable talla ecuménica que fue el P. Santiago Ramírez. Obra, por tanto, que no debería faltar en la biblioteca de cualquier español medianamente preocupado por la cultura patria, o de cualquier católico que se interese por la marcha actual de los acontecimientos eclesiales.

(Diario de Las Palmas, 7-II-1972)

Rubén era el *poeta supremo*; y que aquél sintió y declaró por éste “una admiración sin límites, una veneración incondicional”. Y añade Marrero: “Tal vez a muchos les sorprenderá hoy esta admiración de Machado, poeta de palabras humilde y verdaderas por Rubén, tantas veces considerado grandilocuente y polifónico”. Y ya ganado, y centrado, por un entusiasmo particular, añade algo ya más discutible: “Si se estudia de cerca la filiación de Juan Ramón Jiménez y Machado con respecto a Rubén, resulta innegable”, Juan Ramón, a mi juicio, se alejó en seguida del modernismo rubeniano para discrepar en un posmodernismo peculiarmente obsesivo y muy contagioso. Y Antonio Machado no llegó jamás a quedar afectado, siquiera mínimamente, por la obra de aquel nicaragüense a quien tanto admiraba.

La primera parte del ensayo de Marrero es una breve y sutil biografía del poeta, y de sus andanzas en países de Europa y América. En la segunda parte, Marrero resume con sagacidad las más agudas críticas que levantó la obra de Rubén en varios idiomas, firmadas por C.M. Bowra, Juan Valera, Unamuno, Erwin K. Mapes, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Hugo Friedrich, Luis Cernuda... En la parte tercera: vigencia de Rubén, Marrero vuelca sus mayores entusiasmos, bien pertrechado para mantenerlos válidos en las opiniones categóricas de Menéndez y Pelayo, Eugenio d’Ors, Federico García Lorca y Pablo Neruda. Eugenio d’Ors escribió con su ingeniosa solemnidad acostumbrada: “Si en las horas más recientes muéstrase en la poesía castellana una renovación, de él proviene. Caso singularísimo podría decirse si por acaso en ella floreciera algún poeta que no tenga a Rubén por maestro. De la boca de este hombre brota la poesía como río que fertiliza campos inmensos”. Y Pablo Neruda y Federico García Lorca, en su famoso discurso al alimón, pronunciado en el Pen Club de Buenos Aires en 1933, afirmaron: “Como poeta español enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle-Inclán y a Juan Ramón Jiménez y a los hermanos Machado, y su voz de fuego fue agua y salitre en el surco del venerable idioma”. Y de colofón cierra el entusiasta Marrero: “¿Acaso tenemos algún otro poeta a lo largo del siglo que haya ocupado su lugar, superado su mensaje y del que podemos decir que sea tan *nuestro* (y esto a todo lo ancho del mundo hispánico) como cuando decimos *nuestro Rubén?*”.

En gran ensayo de Marrero contribuye con amenidad y entusiasmo puestos al día a la significación y a la importancia que sigue teniendo Rubén en la lírica hispana.

(Madrid, 27-IV-1971)

RUBEN Y LA CRITICA

por Arturo de Villar

Vicente Marrero, autor de ensayos políticos, nos sorprendió hace pocos años con unos puñados de versos que le editó Angel Caffarena; el año pasado aumentó su bibliografía con un libro de poemas más extenso —o, por mejor decir, dos libros unidos en la misma edición— y con un ensayo en torno a Rubén Darío, que había obtenido en São Paulo el premio del centenario, en 1967. *Nuestro Rubén* lo ha titulado, y justifi-

HISTORIA DE UNA AMISTAD

UN EXAMEN NECESARIO

por Emilia de Zuleta

Catedrático de la Universidad de Cuyo (Mendoza, Argentina)

Es esta la historia de una amistad ejemplar que ya había sido motivo de atención —elogio asombrado o molesta comprobación, según los casos— pero nunca objeto de un examen como el que aquí realiza Marrero. Son sus protagonistas las figuras centrales de la Restauración —Pereda, Galdós, Menéndez Pelayo, Valera, Clarín, Rubén Darío—, y su principal escenario, la ciudad de Santander. Allí, pasada la primera mitad del siglo, aparece el primero y el mayor entre estos amigos, José María de Pereda. Su relación con Galdós y con Menéndez Pelayo, primero, y luego la de las restantes figuras del grupo, se va anudando entrañablemente como una red de coincidencias y de disidencias. Porque toda amistad verdadera —y más aún si se trata de hombres de genio—, no se hace sólo de acuerdos y adhesiones, sino que también, por la discusión y clarificación de posiciones contrarias, parece que va anclando con mayor firmeza aquella raíz de simpatía inicial. Es así como se profundiza y fortalece la amistad entre Galdós y Pereda, tras episodios de enfrentamiento ideológico bien documentados en cartas que Marrero transcribe y comenta; o entre Clarín, Valera y Menéndez Pelayo. Pero el signo de máximo relieve en esta historia es lo que el autor llama el *monumento de una amistad*, constituido por los discursos leídos en la Real Academia en 1897, cuando Menéndez Pelayo contesta a Galdós y éste a Pereda.

Luego se produce la incorporación al mundo peninsular de Rubén Darío, en gran parte por obra de Menéndez Pelayo y Valera. Unos años después, tras la crisis del 98, los nuevos escritores forman un núcleo de figuras aisladas entre sí y, hasta cierto punto, enfrentadas con la promoción anterior. Como bien señala Marrero: Hay, sin duda, momentos de la historia literaria con verdaderos núcleos de amistad entre sus hombres más representativos (pág. 319). El último tercio del siglo XIX parece haber constituido uno de esos momentos ejemplares. Si se tiene en cuenta que en esa misma etapa se producen formas antes desconocidas de pugna ideológica, este hecho resulta aún más excepcional.

El autor acierta a señalarlo en su libro; pero, sobre todo, consigue rescatar en sus perfiles vivos y matizadísimos lo que fue la relación humana entre personalidades tan ricas como intelectuales y como hombres. Finalmente, diremos que Marrero tiene unas convicciones muy precisas, expuestas en numerosos libros, acerca de España y de Hispanoamérica, de sus ideas, de su historia, de sus gentes, de su porvenir; todo ello lo ha explorado por vía erudita, filosófica, histórica, literaria, poética. En el proceso de esta indagación. *Historia de una amistad* queda como un nuevo enfoque valioso y como uno de los mejores testimonios de la inteligencia y de la pasión española de su autor.

(Señales, Buenos Aires, n.º 172, 1972)

LA GENERACION PERDIDA

por Alfonso Paso

Me gusta, me conforta, me alegra, que de pronto una intuición mía, más o menos probada, se pruebe con exceso por gente con mayor conocimiento y mejor talento que el mío. En esta misma columnilla mía he hablado muchas veces de cómo la generación del 98 me dejó siempre frío y daba cumplidos testimonios de cómo al pueblo español le pasó por encima, le resbaló y tuvo poco eco en su tiempo. La vitalización del 98 artística y literaria es producto de una situación histórica parecida a la que originó la mencionada generación. La exhumación del 98 es obra de la gente del 35. Hay en estos grandes escritores una condición que me resulta especialmente penosa. Su alejamiento, su falta de raíz, de amistad. Vicente Marrero, el formidable escritor de Arucas —¡Ay, Arucas, en la montaña, al pie de la catedral con cantería propia!—, ha escrito un libro fundamental para lanzar un presupuesto sobre la generación del 98. En *Historia de una amistad*, Marrero cuenta lo que unió a gente tan diversa como Clarín, Pereda, Galdós, Valera, Darío y Menéndez Palayo. Entre todos ellos hubo una buenisísima amistad, una cortesía sin límites y hasta cuando se enfadan Pereda y Galdós, epistolariamente, lo hacen como entrañables amigos, sin desdeñar jamás la cordialidad y la comprensión. Todos son elogios, todos son reconocimientos de mérito. Menéndez Pelayo, encarcelado por la izquierda española que no admite más valores que los surgidos al compás de su batuta, reconocía que incluso en las más graves polémicas siempre eran de destacar los buenos modos, las ganas de unirse en amistad al contrario y al aliento y el ánimo que unos se prestaban a otros.

Pero llegó la generación del 98. Llegó Baroja, el gran escritor español que fue el primer escritor de lo huraño. Llegó Azorín, inteligente y lejano. Llegó Gavinet, más inteligente y más terriblemente lejano aún. Llegó Antonio Machado. Llegó el propio Valle-Inclán. Y empezaron, sin que sepamos a punto fijo por qué —yo sí lo sé, pero no viene a cuento—, la falta de amistad literaria, la emponzoñada crítica acerba y despiadada de unos escritores ante otros, el odio profesional, el desplazamiento. Empezó, en fin, el síntoma clásico de toda literatura en decadencia: el tenebroso pesimismo. El propio Unamuno llega a preguntarse a sí mismo por qué escribe desde la tristeza. Valle-Inclán, incuestionable, es discutible sólo, a mi entender, en su visión parcial del mundo que le rodea. De acuerdo con él en que las derechas y las izquierdas de su tiempo eran de agárrate y no te menees. Pero había muchas más cosas que las izquierdas y las derechas. Galdós, salvado de la criba liberal por el mero hecho de ser anticlerical, o al menos de creérselo él, recibe el severo palmetazo de la derecha española, que le evitó con sumo cuidado el premio Nobel. Pero dentro de su pesimismo, Galdós es infinitamente alegre. Galdós es entrañable, animoso; Galdós es otra cosa. Es como el hijo último de un padre que ha tenido muchos y que salió un poco tristecillo.

La generación del 98, no. Quitando a don Pío, genial por muchos conceptos y vagamente afincando en la tradición española —me refiero a la literatura—, el pesimismo de la generación del 98 es envolvente, terrible, extremoso. La falta de amistad literaria entre sus componentes resulta hasta cierto punto patética. Valle-Inclán se hace célebre por sus dicitos contra lo divino y lo humano. Y lo humano eran Benavente y otros muchos compañeros.

como algo sagrado a cualquier actitud que pueda dar al traste con la amistad. Hay temas y puntos de vista sobremedida vidriosos; en ocasiones los criterios son inconciliables; sin embargo, no sobreviene la discordia ni encontramos asomos de apartamientos o rupturas. Marrero concluye: “Se trata de una cumbre de entereza y cordialidad”. Hay mucha historia de España en estas páginas, literariamente brillantísimas, y humanamente ejemplares. La lección que ofrecen, y que Vicente Marrero recoge y glosa con oportunidad y acierto singulares, es la de la auténtica convivencia: la que se basa en el mutuo y hondo aprecio, el cual hay que mantener vivo, sin mengua de la libertad personal. El aire irrespirable de la actualidad literaria encuentra en estas páginas su más concluyente repulsa.

(Blanco y Negro, Madrid, 23-X-1971)

LA HISTORIA DE UNA AMISTAD EN SANTANDER

por Leopoldo Rodríguez Alcalde

Vicente Marrero ha publicado, en la colección “Novelas y Cuentos”, editada por Magisterio Español, un libro que, además de su interesante aportación a la historia literaria, ha de tener singular atractivo para Santander por el afecto que muestra hacia la ciudad, y por el conocimiento puntual de uno de sus mejores momentos intelectuales. El libro lleva por título *Historia de una amistad*, título conmovedor si pensamos que los amigos cuyos sentimientos nos refiere son nada menos que don Marcelino, don Benito Pérez Galdós, Rubén Darío, Pereda, don Juan Varela y Leopoldo Alas.

¡Qué conjunción de grandes hombres, tan profundamente dispares entre sí, y tan unidos por la entrega a las letras, por el amor a España, y en resumen por el mutuo afecto, por la cálida simpatía humana, superior a todas las divergencias y a todos los partidismos! Aquella amistad, con su gesto de suprema comprensión, con su coincidencia en ideales superiores, pudo pulverizar el nefasto concepto de las dos Españas, ya entonces en plena y desdichada vigencia combativa. Como el tiempo en que vivimos no suele destacarse, ni mucho menos, por su espíritu de tolerancia o de transigencia (nunca muy ejercitado por quienes más los predicán), la historia de la amistad, tan lealmente compartida, entre aquellos espíritus superiores adquiere para nosotros carácter de lección y de ejemplo. Aunque todos se mostraron firmes en la defensa de sus respectivas convicciones, y aunque más de una vez les cegara su ímpetu, como a cualquier ser humano, todos alcanzaron, en el punto maduro de su vida, aquella serenidad que conduce al mejor conocimiento de los hombres y de sus obras, y al nobilísimo apaciguamiento del espíritu.

Y es el cielo de Santander quien preside la límpida aventura de esta relación ejemplar: en las páginas de Marrero se evocan sucesivamente y con un acento de leal cariño que merece nuestra gratitud, el chalet de San Quintín, la morada y la biblioteca de la calle de Rubio, la finca de Polanco, la guantería de Juan Alonso, el viejo centro de enseñanza donde transcurrió la adolecencia, ya infinitamente curiosa, de don Marcelino. Escenarios y tiempos que ya han sido objeto de innumerables glosas, casi siempre debidas a escritores montañeses, y que cobran nuevo valor en la pluma de Vicente Marrero

IV. LA TRASCENDENCIA DE UN MAGISTERIO TRINITARIO

Desde muy temprano, y coincidiendo con los inicios de sus primeras publicaciones, se fija Marrero en el carácter trinitario de lo existente, lo que supone un ángulo de mira de innegable resonancia religiosa pero proyectado y vinculado a una explicitación no menos innegable en la realidad histórica humana.

Impregnación trinitaria —con que ha solido siempre distinguir para mejor unir— que enlaza, en un estrato amplio y profundo, con el sentido diversificado del magisterio que también siempre ha practicado. Ya se trate inicialmente de Guardini, Picasso y Heidegger —a los que entrevistó, reuniendo después los materiales en un folleto publicado *hace ya tiempo* (*Tres visitas*, 2ª ed. 1959)—, o, más dentro de sus últimas dedicaciones Ramiro de Maeztu, Santiago Ramírez o el mismo Pablo Picasso, sobre los que ha vuelto con múltiples y reiterados estudios, nos ha dado una visión conjuntada y a la vez diversificada a través de la que se nos hace patente lo acendrado y persistente de su vocación, unida, por supuesto, a padres conocidos, pero sobre todo a esa explicitación trinitaria que trata de ser satisfactoria y convincente, aunque ofrezca aspectos de apariencia inusitada y —a los ojos de algunos de sus lectores— en cierta medida desconcertante.

Sentido trinitario el suyo en el que, últimamente, a juzgar por las figuras sobre las que ha escrito de forma más saliente, descuellan tres nombres cimeros, y los tres por vías aparentemente diversas —la intelectual, la afectiva, la socio-política—, que, con el correr de los años, han perfilado de mejor modo el seguimiento de un magisterio tan vindicado por Marrero. Pero, en esos tres nombres ya mencionados —Santiago Ramírez, Picasso y Maeztu—, ¿puede verse contradicción de fondo con los anteriormente citados? Creo, cabalmente, que no hay tal, sino una mayor precisión de conceptos. Al fin y al cabo, si la concisión y la forma marcan a los progenitores, también impregnan la labor de quienes tratan de seguir sus más notorias indicaciones y enseñanzas.

Su encuentro con Maeztu es muy temprano y coincide con sus primeras lecturas de adolescente. Con Rubén Darío va a ser la figura de la literatura hispánica del siglo XX que más ha conseguido copar sus admiración. Pero, a diferencia de lo ocurrido con Rubén —pues ciertos defectos o porciones más endebles de su arte le hicieron vacilar momentáneamente en su devoción inicial, años después recuperada—, la admiración y estima por Maeztu se ha mantenido siempre incólume y de forma creciente en su espíritu. De tal modo que el conocimiento cordial y creciente de su obra le ha convertido en una de las pocas autoridades que señorean por su sorprendente conocimiento de una pro-

editado por el C.S.I.C.—, en su campo, sólo guarda cierta similitud en nuestra área cultural con la que se impuso y representó Menéndez Pelayo en el suyo.

Según Marrero, lo logrado por el P. Santiago Ramírez, si no quiere contemplarse en última instancia como el pensamiento ideal o más atinado para desentrañar los problemas que intelectualmente acucian a nuestro tiempo, cuando menos ha de admitirse que supone un estadio imprescindible —y de verdadero rango internacional— por el que ha de pasar inevitablemente el pensamiento que nos aguarda en el futuro, aunque sólo sea por habernos dado una visión sólida e inequívoca de Santo Tomás y del Magisterio intelectual más habitual del que ha hecho gala la Iglesia. Su exposición de Santo Tomás supera con mucho la de Garrigou Lagrange y ha puesto en sus justos términos las bases que impiden desviaciones como las de otros muy celebrados o titulados tomatistas, llámase Maritain —con su muy endeble por no decir inexistente distinción entre individuo y persona— o llámese Rahner —con su acusado antropocentrismo de cuño kantiano o heideggeriano—, por sólo citar a dos conocidos pensadores del catolicismo contemporáneo. Sin que, finalmente, se pase por alto que el P. Santiago Ramírez fue el único teólogo español que, durante la celebración del Concilio Vaticano II y ya antes en su período preparatorio, figuró como uno de los pocos y contados miembros de su Comisión teológica, la de rango más elevado de aquella asamblea conciliar.

Picasso, sin embargo, es el nombre que se repite más insistentemente en las reflexiones, con visos de ultimidad, que ha cultivado Marrero. Es, también, sin duda, la referencia que más ha desconcertado a algunos de sus lectores, que no han acertado a comprender su interés por el arte de Picasso. No en vano se trata de una de las figuras más paradójicas, contradictorias y desconcertantes del mundo moderno. Y es esto, cabalmente, lo que más ha interesado a Marrero: el sentido al par que el contrasentido de un arte que se muestra como símbolo establecido de nuestro siglo, el eco enigmático —en esa especie de filo de la navaja— que nuestro artista ha encontrado en la época que vivimos. Lo que, sobre todo, obsesiona a Marrero es que Picasso se autodefina como realista a la española, así como su empeño —al que no obsta su innegable repercusión internacional— de sentir en español, pese a todas las ruinas y frustraciones que puedan advertirse en su visión, tan apasionada como exorbitada, de España. Porque para Picasso, España ha seguido siendo una nación con estrella en el panorama internacional, y españolas son las cosas que suele brindarnos abundantemente en su arte.

Como Goya, figura la más gigantesca y aislada en el arte del siglo de la Ilustración o de las Luces, Picasso —aunque por motivos más mentalmente análogos que pictóricamente similares a los del genial aragonés— ha sido reconocido, y son los franceses quienes lo han propalado, como un símbolo es-

Guardini, Picasso y Heidegger responden cada uno y cada uno es cabeza de las preguntas y de las respuestas que en nuestro siglo el hombre puede hacerse. Vicente Marrero no entra en sus problemáticas, sino que penetra viva y sagazmente en sus figuras. Nos recordarían estas tres visitas aquellas admirables páginas de Eckeman hablando con Goethe y las de Charles du Bos conversando con Gide. Es un nuevo y auténtico modo de contar y comprender el contorno de una personalidad. Marrero va de la anécdota a la esencia y recorre en la casa de Guardini en las afueras de Tübingen, en la villa de Picasso en Vallauris y en el Todtnanberg de Heidegger, en el silencio aislado de la Selva Negra, las tres conciencias acaso más tentadoras de descifrar y más representativas de un histórico momento: el aliento cristiano y religioso de un insuperable pensador como Romano Guardini, la evolución de un genial artífice de la Pintura y el revelador fluir, fiel a las angustias y zozobras de este Tiempo, de Heidegger, ese condensador infantigable de todo lo que preocupa al Hombre.

Vicente Marrero, pues, presenta un sugestivo e interesante libro. Su entrevista con Picasso, por ejemplo, es la primera que se publicó en la Prensa Española después de 1936. Marrero mismo se confiesa con la Introducción unido en alguna parte de su espíritu a estas tres figuras y promete, tarde o temprano, volver a ellas con el impulso y la decisión de un más claro y largo testimonio.

Hasta ese esperado momento, su libro "Guardini, Picasso, Heidegger" (Tres visitas), representa uno de lo más fértiles y atentos esfuerzos del escribir descubriendo.

(*La Estafeta Literaria*, Madrid, 15-XII-1959)

FIGURAS DE ALCANCE MUNDIAL

por A. Hermenegildo

En este folleto se recogen tres artículos sobre Romano Guardini, Picasso y Heidegger, aparecidos anteriormente en publicaciones periódicas. Marrero intenta plasmar la semblanza de cada una de estas figuras de alcance mundial, con las que ha tenido relación de discípulo y a quienes promete dedicar estudios más extensos. De forma paralela en las tres partes, contemplamos las principales facetas del poderoso vivir de estos personajes.

(*El libro español*. Repertorio bibliográfico, 1959)

TRES ENSAYOS RELÁMPAGOS

por Federico Carlos Sáinz de Robles

Con muy elogiable modestia, Vicente Marrero calificó de "visitas" sus tres brevísimos ensayos acerca de tres figuras contemporáneas de valor y proyección sensacionales: las de los filósofos Guardini y Heidegger, y la del pintor Picasso. Pero me importa advertir que, para mí, la palabra "ensayo", aplicada a dichas tres visitas, no significa intento, prueba ni adiestramiento, sino "camino" que abre el ensayista hacia una meta

le enajenó la simpatía de la opinión pública liberal y le acarreó el odio de la izquierda, que lo perseguiría hasta asesinarlo en 1936, víctima del baño de sangre de la Guerra Civil. Mientras Maeztu iba perfilando su ideario tradicional e hispanista, se iba encoñando en su contra la conspiración del silencio de sus adversarios y la hostilidad de quienes se decían partidarios de la tolerancia y la libertad de pensamiento. Hasta hoy, señala Marrero, persiste en muchos ese sectarismo que trata de impedir el conocimiento y el aprecio de su obra y su personalidad.

A pesar de que Maeztu no se preocupó nunca por publicar libros o trabajar a favor de su fama literaria, consagrado como estaba al periodismo de ideas y a la regeneración de la vida espiritual española, dejó una obra ingente por su tamaño y valiosísima por su contenido, que permite advertir fálcimente la esencia de un pensamiento defensor de la hispanidad, del espíritu católico y de la monarquía, que para Maeztu eran los valores esenciales de España. Al final de su vida, cuando ya reposaba en una base ideológica que le permitía comprender el pasado y el presente de su patria, Maeztu, desde las páginas de la revista "Acción Española" y desde todas las tribunas que se le podían brindar, sostuvo que era urgente devolver a España la unidad espiritual que había sido su patrimonio tradicional. A partir de allí, pensaba, había que trabajar en favor de la defensa del orden público, de la armonía de la clases sociales, del progreso y la afirmación de una política exterior. Contra la utopía de la revolución, decía Maeztu, había que restaurar la conciencia moral y el sentido de la autoridad, que se fortalecía cuando el Estado tuviera el apoyo popular que le prestaría un sistema de representación auténtico. La monarquía social que reclamaba Maeztu, le daría a España la posibilidad de proyectar lo que había sido su más grande y original creación histórica: la hispanidad, es decir la comunidad espiritual que comprendía a todos los pueblos de una misma estirpe. Así pudo escribir Maeztu su obra *Defensa de la Hispanidad* (1934), que hasta hoy y hacia el futuro proyecta su grandeza de pensador político.

El estudio de Vicente Marrero es una pieza digna de la obra compilada en el presente volumen. No se podía haber hallado mejor guía para orientar su lectura y meditación

(Boletín de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, n° 20, 1977)

AL PIE DE LAS LETRAS, LA FRAGUA LITERARIA

por Rafael Vázquez Zamora

Su vocación literaria se concentró en el género ensayo, abordándolo con una actitud seria y dentro de un sistema y de unas constantes espirituales.

— ¿Cuáles son las figuras que en el mundo literario, intelectual y artístico le han interesado a usted más señor Marrero?

— A esto puedo responder con absoluta seguridad: Romano Guardini, Heidegger y Picasso.

— Un cóctail explosivo, en apariencia.

— Yo lo presento como periodista, ante todo. En España se ha presentado excesivamente al Ramiro de Maeztu de última hora. En cambio, lo más interesante es su producción periodística de “El Sol” y “Nuevo Mundo”. No debemos olvidar, además, que fue el primer europeísta español. Lo que me interesa fundamentalmente en Maeztu es su denuncia de la ausencia de grandes ideales en la sociedad española. Claro que en este hombre no se pueden separar biografía e ideas. Yo hago su biografía pero sin dejar a un lado la evolución de sus ideas.

— ¿Qué otras actividades le ocupan, Vicente Marrero?

— Estoy preparando la aparición de una revista cultural que se llamará “Punta Europa” y que voy a dirigir:

— Aparte de lo mucho y tan original que dice usted en su libro sobre Picasso, ¿podría resumir su actitud ante nuestro gran pintor y su obra”.

— Creo que si un espectador permanece insensible ante la obra de Picasso, puede afirmarse de él que carece de toda aptitud para el arte. Lo que más me atrae de él son las posibilidades espirituales de su nuevo lenguaje plástico. Su pintura demuestra que el espíritu tiene una mayor importancia en nuestro tiempo que en el siglo XIX. Es más, este pintor vale incluso si se considera demoníaca su pintura. Por otra parte, su españolismo es cada día mayor. Cuando estuve recientemente en su casa (en la “Villa Californie”, que acaba de comprar por veinticinco millones de francos), su hija Maya estuvo poniendo discos de saetas. Y Picasso se pasa grandes ratos por las tascas donde hay españoles y gente de toros. Cuando le presenté a mi mujer, me dijo con un gran acento de sinceridad: “¿Su esposa es española? ¡Hombre, qué suerte!”.

(Destino, Barcelona, 13-VII-1955)

TRIPLE SIGNIFICADO DE ESTE HOMENAJE

por el Conde de Ruiseñada

Los Amigos de Maeztu nos hemos apresurado a rendir homenaje íntimo, cordial y sencillo, como queremos sea nuestra forma de hacer, a quien ha actualizado el pensamiento de don Ramiro, al que hemos querido poner a la cabecera de nuestra Asociación.

Al elegir a Maeztu para dar nombre a esta Asociación, hemos buscado intencionadamente el resumen de un quehacer genuinamente español, que fundamentado en la conciencia nacional española, tal como nos la formuló Menéndez Pelayo, lo desplegó Maeztu como bandera de acción y de pensamiento en aquellos años de la Revista “Acción Española”, de cuya fundación hemos celebrado el 25 aniversario esta misma semana.

Nosotros pretendemos hoy continuar ese hacer netamente español y europeísta, que resume el título de la revista dirigida por Vicente Marrero, en la que vela sus armas una juventud con afanes intelectuales y literarios.

“Amigos de Maeztu” es una Asociación apenas nacida, joven y limpia de compromisos; pero que hereda un patrimonio intelectual que la enriquece y la conmina a realizar los ideales que la definen.

Maeztu ha sido uno de los pensadores españoles —por su reciedumbre hispana y por cristiano— más señudamente perseguido por esa coalición de fuerzas secretas, que por ser de todos sabidas no es necesario nombrarles, conjuradas a lo largos de nuestra historia contemporánea para borrar recuerdos históricos, deformar hechos, denigrar personas y obras, en servicio de la Antiespaña. Poderes siniestros, triunfantes y poderosos unas veces, derrotados otras, se ocultan o esfuman para reaparecer favorecidos por las más extrañas complicidades y los más increíbles patrocinios. Soy un apestado, clamaba don Ramiro en los años republicanos al ver el vacío que se hacía en su derredor, provocado por los que un día le tuvieron por amigo y aliado. No se debe de olvidar que Maeztu fue el filósofo-político de la generación del 98 y que partiendo del anarquismo intelectual y pasando por Nietzsche, el socialismo gremial y el liberalismo, como dice Salvador de Madariaga, fue a parar al sentido de autoridad y de la ortodoxia católica. De estos avatares y complejidades saldrá Maeztu para componer una trilogía, que, incompleta en su ejecución, estaba perfecta, perfilada y clara como un teorema en su mente vigorosa extralúcida: *Defensa de la Hispanidad, Defensa del Espíritu y Defensa de la Monarquía*. Palabras de Maeztu son estas: “El pasado se prolonga en el presente y es la mejor orientación que tenemos para crear el porvenir. Nada grande se ha hecho nunca en el mundo sin los ojos puestos en el pasado. Lo que no se inspere en el pasado no se puede inspirar sino en el nada”. Por eso con Maeztu se aprende todo aquello a que España no puede renunciar sin faltar a su carácter, traicionar a su misión y a su destino.

Sería atrevimiento imperdonable que tratará de explicar aquí la doctrina y la acción política de Maeztu en presencia de su primer y más autorizado comentarista y biógrafo, intérprete puntual y exacto del pensamiento del Maestro. El sabrá hacerlo revivir en sus palabras, en sus profecías, en sus arrogancias de gladiador intelectual y en su martirio. Por eso no es retórica ni ficción si con solemnidad que el anuncio requiere os digo.

¡Don Ramiro va a estar con vosotros!

(Fuerza Nueva, Madrid, 4-V-1974)

VICENTE MARRERO Y SU “PICASSO Y EL MONSTRUO”

Pese a ser Picasso, según se tiende a reconocer uno de los símbolos más representativos o establecidos de nuestro tiempo, se corre ahora el riesgo entre nosotros de que, a diferencia de lo que sucedía en décadas anteriores, se nos imponga una imagen impropia de él. Y esto en consonancia con módulos preponderantemente foráneos que no tienen siempre en cuenta la personalidad y la obra tan sui generis de nuestro artista. Particularidad que de modo especial se evidencia en su visión o concepción de su pintura de los monstruosos, objeto debidamente matizado del libro Picasso y el Monstruo, publicado por la Editorial de la Universidad Complutense, del que es autor Vicente Marrero, profesor titular de la asignatura Movimientos Artísticos Contemporáneos de nuestra Facultad de Ciencias de la Información, de cuya labor docente en su rama de imagen son otras obras ya acabadas y anunciadas en la portada del presente libro sobre el genial pintor malagueño.

Enfoca su ensayo en distintas perspectivas, tanto en lo que respecta a la realización plástica como a sus exploraciones en el subsuelo del arte de Picasso, lo que demuestra y lo que se oculta en sus figuras dislocadas. Cree que en cierto sentido entrañan un valor moral que, traspasando los límites estrictamente estéticos, se sitúan en “*las lindes de lo eminentemente ontológico*”. Advierte que estas figuras horrendas y despiadadas reflejan una preocupación obsesionante por las expresiones del rostro humano, como respuesta flageladora a la degradación de la sociedad en el mundo occidental en una época de crisis. En este juego de aproximaciones y contactos, Marrero intenta captar los valores trascendentales, incluso metafísicos, de la pintura teratológica y destructora de Picasso y analiza, entre las interpretaciones de su significado, las que considera claves para un conocimiento más aproximado: la de inspiración marxista, de un marxismo ambiguo que en opinión del teórico Lukács, se reduce a “*una experimentación problemática*” y la del españolismo que Picasso mantuvo siempre con orgullo. Otra de las claves, a juicio de Marrero, es la impronta que un cristianismo, aunque repudiado, dejó en el alma de Picasso.

Los estudios de Vicente Marrero en torno a Picasso, tanto los hasta ahora publicados, entre los cuales “*Picasso y el monstruo*” es de los más logrados, como los que están pendientes de publicación, constituyen una de las más relevantes aportaciones de un escritor español a la bibliografía del gran pintor malagueño.

Son cuantiosos los estudios, ensayos, catálogos de exposiciones... en torno a Picasso y su obra, hasta el punto de que resulta verdaderamente difícil recomendar alguno de ellos en concreto, pero esto se puede hacer ciertamente con los estudios que ahora nos ofrece Vicente Marrero.

(“YA”, Madrid, 11-6-1988)

EN LA ENCUESTA DE “ABC” SOBRE SANTO TOMAS, HOY

El pensamiento de Santo Tomás —preciso es repetirlo— resulta un alimento demasiado sano para los gustos y hábitos mentales que ahora imperan. El mayor escollo que su vigencia encuentra hoy estriba precisamente en su acrisolada elementalidad, que le hace Doctor Común por antonomasia. Piénsese, sin ánimo de perdernos en sutiles disquisiciones, lo que significa el espíritu de un simple artículo de la “Suma”, la más asequible a la par que rigurosa versión de “Diálogo” platónico. Ejemplar por su forma de escuchar y de decir, si consiguiéramos que sus reglas de juego se impusiesen, aunque sólo fuese por breves momentos, en extensos sectores de nuestra clase dirigente, muy en especial de la universitaria, transformaría la faz de nuestro tiempo. Y lacosa es sencilla: antes de contestar procura repetir con exactitud las propias palabras de su interlocutor. No se dirige de entrada a sus pasajes débiles ni trate inmediatamente de refutar sus argumentos. Tiende primeramente a la más profunda comprensión del asunto, sin olvidar el principio de quien quiera refutar una opinión lo primero que ha de hacer es apropiársela un poco mejor que aquel que la defiende. Y todo esto no por un mero prurito de buen tono, ni por decoro, comedimiento o moderación. Tampoco porque quien se manifiesta así es un santo. Por el simple hecho de considerar a su interlocutor como persona.

V. INTRODUCCION A SU PENSAMIENTO POLITICO.

Es esta una materia, mucho más en la actual y tan agitada vida política moderna, que se presta a las más variadas y diversas interpretaciones, a juzgar sobre todo por la facilidad y frivolidad con que se cuelgan etiquetas y escapularios. Sería el cuento de nunca acabar si sacáramos a relucir las incomprendiones más burdas y los enjuiciamientos más desenfocados de que ha sido objeto en algunas ocasiones la producción intelectual de Vicente Marrero en este campo tan vidrioso. Actitudes comprensibles, en cierta medida, cuando se advierte la aleación de dudosa entidad que suele aflorar en este tipo de intercambio de pareceres.

El sentido de la política, además, encuentra en Marrero una escritura más bien distante de la que ha solido brindar como modélica en escritores, por lo general extranjeros, muy citados en las Facultades de Derecho. De forma distinta, ha venido a coincidir o se siente más próximo —seguramente sin habérselo propuesto previamente— con modelos brindados por la Antigüedad clásica y luego seguidos hasta nuestro Barroco. Se advierte en ellos como nota diferencial, pero sustantiva, una estrecha o nunca disimulada vinculación entre el campo de los principios más universales y el de la concreta realización histórica. Particularidad que se aprecia de modo especial en *La guerra española y el trust de cerebros* (3^a ed. 1963), *La consolidación política. Teoría de una posibilidad española* (1964), y *¿España, en el banquillo?* (1973).

Pero tal vez haya sido en su primerizo *Poder entrañable* (1952) donde ha reflejado mucho de su más honda, fresca, abnegada y a su vez desinteresada, aunque un tanto original visión de la política al margen siempre de cualquier tipo de partidismo u oficiosidad. Y, tal vez por ello, a juzgar por lo que he tenido ocasión de oírle a Marrero en diversas circunstancias, este libro juvenil parece haberle cohibido, dado su carácter un tanto genialoide y hasta con ciertos visos de subyacente romanticismo, pese a que abiertamente haya marcado en sus propias páginas su distancia ante la actitud romántica en política. Y tal vez haya sido también la frescura un tanto adolescente de este libro de lo que más ha contribuido para que Marrero se resista a su reedición, si bien hizo una nueva versión que, por muy diversos motivos, no le satisfizo y aún sigue inédita. En cualquier caso, no ha cesado, desde variados ángulos de mira, de enfocar el problema planteado inicialmente en este breve volumen.

Por lo demás, su preocupación por la proyección socioeconómica, en las múltiples ocasiones en que ha salido a relucir en sus escritos, ha de verse sobre todo por elevación, aunque de manera acendrada. Piénsese tan sólo en lo mucho que Marrero ha publicado en su afán por presentar dignamente “el sentido reverencial del dinero” según la concepción de Maeztu, habiendo sido él

Todos estamos, de una forma o de otra, en una o en otra trinchera, comprometidos. Y este compromiso con su tiempo y con los demás hombres, es lo que impulsa al escritor, al poeta, al artista, al intelectual a buscar, en la comunicación la trascendencia...

En un mundo en el que el intelectual se siente desairado, es necesario revalorizar su misión, enaltecer su vocación; rehabilitar sobre la acción del hierro el principio inalterable y vecendor de la mente. Napoleón, al que debe entenderse, pese a todas las exégesis liberatorias, como un hombre de hierro y para el hierro, acabó por confesar que al final las espadas terminan abatidas por la mente...

Y las palabras de Vicente Marrero, dichas con la serena altivez del que conoce no tan solo sus resonancias, sino sus raíces, nos traían a la memoria otras, escritas el mismo día, por otro intelectual, Guillermo Díaz Plaja:

“...preguntándoles si lo definidor del hombre-escritor no sería justamente este predominio de la de la esperanza sobre la dureza de la realidad... Seamos los escritores gentes no de hierro, sino de esperanza, porque, en fin de cuentas, aunque el hierro encarcele, la esperanza alienta y vivifica por sí sola: es ya un goce en sí”.

Vicente Marrero, escritor bien fundamentado; hombre sabedor de lo que en realidad importa; ávido, generoso y esperanzado, dejó en la vieja ciudad el pozo fecundo de sus pensamiento, ordenado al día; “en línea”, que diríamos con expresión comprometida.

Tangencialmente el título de la Revista que dirige, “Punta Europa”, sonó, por su presencia, como algo real y también importante... Que no hay que olvidar que, aunque, como afirmó el novelista Juan Antonio de Zunzunegui, en su reciente discurso ante la Real Academia Española, al ser admitido como miembro de número de la docta Corporación, “el hombre es siempre inferior a su obra”, en el caso concreto de Vicente Marrero, el conocimiento del hombre, explica y categoriza una obra...

(Diario de León, 28-IV-1960)

EL PODER ENTRAÑABLE

EL PODER ENTRAÑABLE Y EL PODER TECNICO

por Gonzalo Fernández de la Mora

Vicente Marrero nos ofrece en “El poder entrañable” su tercer libro del año. Pero a esta fecundidad casi increíble no corresponde una prosa diluida y trivial, sino un decir denso y grave, rayano a veces en el conceptismo. La obra se inicia con un penetrante análisis de la idea de “pueblo”, contrapuesta con hábil dialéctica a la noción de “popular”. Y se establecen las bases para el resto de la obra: “el poder es popular, no en el sentido de que sea el pueblo quien se sienta originario y creador del poder, sino cuando una actitud superior en última instancia viene de arriba”.

La teoría del poder que nos brinda Marrero se apoya en la creencia en Dios, en una serie de creencias comunes entre los que conviven y en la afirmación de que la per-

cesariamente constituciones escritas —por ejemplo, la de Inglaterra hasta la aplicación en toda la línea del sufragio universal—, siempre vivas y fecundas, creadoras espontáneas de instituciones y poderes, brotan del contacto y de la relación entre personas, de la coordinación de sus aspiraciones y necesidades, de la comunidad de intereses y de las actitudes afectivas que inspira la convivencia. Los poderes verdaderos tienen su marco propio en estas instituciones espontáneas, a las que el Estado moderno, Estado de derecho, legalista e insensible, ha usurpado funciones en un proceso de centralización, del que han surgido indistintamente las democracias y las dictaduras. Una política entrañable consiste en utilizar el poder como instrumento al servicio de la personalidad. Esta doctrina, aunque muchos lo hayan olvidado, es la cristiana y es también la tradicional española, a pesar de que España haya aceptado Constituciones políticas inadecuadas a su genio nacional. Y pocos países como España —advierte Marrero— tan ricos en los elementos necesarios a una Constitución propia y entrañable.

Marrero es escritor, un gran escritor, y como tal, cuanto trata lo pone al alcance de lectores que, siendo cultos, no necesitan estar especializados. La claridad de exposición y la abundancia y belleza del lenguaje recomienda la mayor difusión de este libro, que, en definitiva, viene ante sí el camino de regirse por sistemas orgánicos que correspondan a su manera de ser íntima. Y muy especialmente, España, pueblo cristiano por excelencia, creador de instituciones básicas y dueño de un cuerpo de doctrina política tradicionalista formulada por insignes pensadores.

(Informaciones, Madrid, 22-I-1953)

EL PODER ENTRAÑABLE

por *Francisco Elías de Tejada*
Catedrático de la Universidad de Sevilla

Este libro de Vicente Marrero posee, igual que su anterior consagrado a *Picasso y el toro*, la hoy tan rara virtud de la originalidad. Como todas las obras originales, la crítica se dividirá en dos bandos, según calibren o no el hondo sentido de sus páginas; solamente cuando el tiempo le roce con las alas depuradoras de encontradas perspectivas parciales, se comprenderá estamos delante de uno de los libros fundamentales del pensamiento político español actual.

Fue el genial don Miguel de Unamuno quien profetizó que los españoles andantes por Europa descubrirían la España incógnita de la Tradición oculta, del catecismo rabioso y universal de nuestros pueblos. Vicente Marrero, canario que consumió veladas de estudio en universidades alemanas, empieza a cumplir felizmente la profecía unamunesca. Los que, entre los escarnios y las alevosías, venimos sosteniendo dentro y fuera de la presente España la necesidad de un encuentro con la Tradición perdida, encontramos en este libro de Vicente Marrero, original, agudo y españolísimo, los mismos temas tantas veces mantenidos, con el mérito de que él vino desarrollando sus ideas de modo paralelo, desde la lectura de unos autores que erean los familiares míos.

La identificación del caudillaje carismático con premisas protestantes (pág. 60); la acertada concepción del poder a modo de punto de superioridad (pág. 4), junto con

La paradoja no se detiene aquí, por la que llaman algunos: la polémica española, que por la segunda gran guerra mundial, que estalló a los pocos meses de terminar la nuestra; por cada volumen publicado sobre la europea, se publicaron tres sobre la nuestra...

Afortunadamente, el desinterés de nuestras juventudes intelectuales, por nuestra Cruzada, no ha sido unánime y parece iniciarse una reacción contra el desdichado silencio. La discusión, anterior al año 1931, entre la Institución Libre de Enseñanza —Giner de los Ríos y Cossío—, y Menéndez Pelayo, Maeztu y Acción Española, algo más tarde, y en plena guerra se reproduce de nuevo en la controversia entre Maritain y Menéndez Reigada, y en otras menos nombradas; la mayoría de las cuales sólo enfocaban una de las caras del polifacético problema. Sólo hace pocos días se ha publicado un libro que es una verdadera historia de la Cruzada: “La guerra española y el trust de cerebros”, que yo recomiendo calurosamente a mis lectores. Su autor es Vicente Marrero. Su documentación completísima. Un estudio bueno.

(Diario de Barcelona, 27-I-1962)

NUESTRO MOVIMIENTO

por Alfredo Kindelán

Siempre me preocupó saber cuál sería el vocablo más adecuado para designar a la lucha cruenta, sostenida entre españoles, a la que por comodidad venimos llamando Movimiento. Hay quien opina que las palabras poco valen; olvidando la importancia social, e histórica que adquirieron algunas; de las que se apropiaron regímenes y grupos, que las defienden con tenacidad: Democracia, Libertad, Pueblo, Masas, Proletario, Cultura, Autodeterminación. Con la misma que rechazan otras: Reacción, Imperialismo, Colonialismo, Fascismo...

Algo ha de significar la importancia que la Biblia concede a la palabra: *In principium erat Verbum*; y el Verbo estaba con Dios. Y, cuando tras la Crucifixión, vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, eligió, entre sus Dones, el de Lenguas, para hacer de unos incultos pescadores elocuentes oradores, políglotas y buenos escritores.

El desprecio de las actuales juventudes por la palabra, puede explicar la situación paradójica que atravesamos. Se escriben muchos más libros en el extranjero que en España sobre nuestra guerra. Nuestros escritores apenas han desbrozado el tema, alegando que nuestra intelectualidad, en su nueva ola, ha superado el tema de aquella lucha.

Tal desinterés por el tema de nuestra reciente guerra promete ser pasajero; ya se inicia la reacción y estos días acabo de recrearme con la lectura de un magnífico libro, que trata con extensión y profundidad de concepto de historiar nuestra lucha civil; libro ricamente documentado, debido a la bien estilada pluma de Vicente Marrero, director de la revista Punta Europa. La interesante obra se titula *La guerra española y el trust de cerebros*.

Su lectura me ha decidido a tratar un tema que conozco bien, por haber intervenido en la guerra de Liberación desde su preparación hasta la victoria final. Conoci sus planes iniciales y las razones que obligaron a cambiarlos posteriormente.

DANDO CUENTA DE SI

por *Lamberto de Echevarría*

En 1956 aparecía una revista, de clara ambición intelectual, con el significativo título de "Punta Europa". Desde entonces la revista viene dando buena cuenta de sí en una serie de números, todos ellos interesantes, y con una orientación bien definida y clara. Si algún artículo suelto ha hecho concesiones a la estridencia, o si algunos otros han descendido algo de calidad, eso no quita para que la revista, en su conjunto, se haya mantenido en una línea de sostenido interés, de calidad intelectual, de apertura a la actualidad, que le honra. Y hay que decir que, sin regatear méritos a los demás que en la misma han trabajado, gran parte de este mérito se debe a Vicente Marrero. El es quien ha conseguido aliar un estilo literario digno, una preocupación intelectual de primer orden, con un afán de ortodoxia y una línea que podríamos llamar conservadora, dando a esta palabra el recto sentido. "Punta Europa" no ha sido la revista desmelenada, puramente negativa, a que nos tienen acostumbrados los conservadores a ultranza, aunque haya sido una revista polémica, con directrices fuertemente tradicionales.

Precedida por una serie de artículos en la revista, apareció el año pasado la primera edición del libro que hoy comentamos. Y decimos la primera, porque en el momento de trazar este comentario se está ya preparando la segunda, lo cual, en una obra de 683 páginas de amplio formato, es ya un buen síntoma.

El libro es un intento de estudiar el aspecto ideológico de la guerra española y las diferentes direcciones doctrinales que han intentando captar su significación. Como es sabido, la literatura es inmensa acerca de este tema. Sin embargo, la producción interna, dentro de España, era de escaso valor por tratarse en muchísimas ocasiones de propaganda oficial o semioficial.

Vicente Marrero ha escrito el libro con aliento polémico. Como él dice, tiene preocupación por la objetividad, pero sin confundirla con la neutralidad. A veces, sin embargo, ese afán polémico le lleva a ser reiterativo, por ejemplo en las continuas alusiones a Laín Entralgo, y en otras ocasiones, las menos, le creemos poco objetivo. Acaso influya en esto el hecho de haberser publicado el libro dentro de España, sometido, por tanto, a la censura oficial, lo que pesa insensiblemente sobre el lector. Una afirmación cierta, aunque realmente lo sea, pierde algo de su fuerza cuando el lector piensa que el autor no podría haber dicho lo contrario.

El libro no es sólo ensayo, sino que es también una mina de noticias interesantes, muchas de ellas que muy difícilmente pueden encontrarse en otros sitios. Es un libro claro, bien escrito, sin necesidad de acentuar la nota literaria. El lector va constantemente dialogando con el autor; no permanece inerte. Nosotros mismos protestábamos al leer algunas frases, rectificábamos otras, asentíamos calurosamente a otras muchas. Es lo que importa. En un terreno hartamente fosilizado, encontrar un aliento de vida como el que aquí se encuentra.

En síntesis: un libro que merece la pena leer, ya sea porque se esté de acuerdo con él, ya porque no se comparta su tesis. En ambos casos actúa como revulsivo, ayuda a pensar, es instrumento de buena siembra intelectual.

(*Incunable*, Salamanca, n.º 161, Octubre, 1962)

liberal y de un cristiano democrático (vamos a llamarle así), todos ellos españoles. Y unos y otros han colaborado en el funcionamiento de la actual situación española. Podíamos decir que es una Construcción de derechas, pero tropezaríamos con la resistencia de determinados grupos, de falange, por ejemplo. Se podría decir que es una Construcción cristiano-occidental-española-hitórica (ligada a una determinada circunstancia de tiempo). Pero a cada uno de estos adjetivos honorables y honrosos querrá clavar un arpón de muerte esa oposición antes calificada de “plenamente aceptable y que *a priori* tiene que existir”, cuyo calibre y mensaje sólo conocemos muy imperfectamente desde la mitad de la naranja. Este es el nudo de la cuestión en el que Marrero se debate, procura resolver, aunque sin conseguirlo por completo. Es una tarea que exige una plenitud e imparcialidad de cerebro que aún no se ha dado entre nosotros.

Tal es la contextura del libro. Por eso nos hemos referido a ella preferentemente soslayando la crítica circunstanciada de la reforma o esterilidad de esta u otra Institución, asunto de política especializada.

El interés que despierta toda la obra se ve frenado, a veces, por la forma literaria. Marrero cuando narra es ágil, luminoso. Ha dado pruebas de ello. Pero cuando discurre políticamente lo hace de forma lenta. Insiste, se resuelve sobre el mismo terreno. Parece que nunca termina de pasar todo el toro por la muleta de su faena. Hace falta un esfuerzo para sostener su lectura que luego, es cierto, no defrauda.

(Razón y Fe, Madrid, Diciembre, 1964)

PUNTOS DE VISTA ESPAÑOLES SOBRE LA GUERRA CIVIL

por J. P. Donnelly

Una obra completamente diferente de esas dos que hemos citado *Historia de la persecución religiosa en España*, de A. Montero y *Un millón de muertos*, de J.M. Giromella), es *La guerra española y el trust de cerebros*, de Vicente Marrero. Su propósito es examinar la guerra civil desde puntos de vista ideológicos. La tesis que propone es sorprendente. Mantiene que la fuerza vital que unía los grupos considerablemente diferentes del bando nacionalista era la fe católica. La guerra fue una Cruzada y marcó la derrota del ateísmo militante. Fue también algo más que todo eso: la victoria de 1939 marcó el final de una larga época liberal que databa de los primeros años del siglo XIX, en el curso de los cuales la fe estaba a la defensiva. En realidad, la guerra abría una nueva etapa de la historia de España y marcaba la derrota final de los liberales. Las actitudes actuales deben ser determinadas a la luz de esta verdad.

El liberalismo en España, la doctrina política a la que Marrero se refiere, corresponde plenamente a la descripción que el profesor H.A. Rommen hace de él:

“La vida social y política debe ser dirigida, consecuentemente, sin consideraciones de cristianismo absoluto o de ley revelada por al divinidad, y exclusivamente por las reglas inmanentes de la ciencia política, social e incluso proletaria... Tal religión de indiferentismo hace del Estado un instrumento de los creyentes racionalistas de las clases intelectuales dirigentes, para destruir la religión tradicional del pueblo todavía cristiano”.

Estos escritores de la generación de 1936 son católicos y empezaron como un grupo fuertemente pro-falanguista. La paradoja es que en la actualidad ellos mismos se proclaman discípulos de Ortega y admiradores de Unamuno, ambos favoritos del desastroso régimen de los años "treinta"; ambos heterodoxos en religión, anticlericales y antimilitaristas. Un punto común a Unamuno, Ortega y Machado en su fe católica abandonada; pero la generación de 1936 se decidió a publicar a esos escritores en las Facultades de su Universidad, en libros y en revistas, hasta tal punto que sus ideas dominaron en las Universidades españolas de los años cincuenta. Tradicionalistas como Menéndez y Pelayo, Mella, Maeztu y Pradera sufrieron el olvido correspondiente.

La generación de 1936 se ve a sí misma como una minoría torturada y angustiada. Han declarado su vocación a ser los que "construyen puentes" y los que "estrechan la mano" a los exiliados de la oposición política ha ido evolucionando en los pasados veinticinco años hacia una frialdad nítida con respecto al régimen. Sus propósitos neutrales y temporizadores han sido expuestos por Laín en su libro *España como problema*, de la forma siguiente:

"Queremos una España ideal en la que, bajo la presencia suprema y consoladora de la verdad de Cristo, fielmente aceptada por la mayoría, respetada estrictamente por todos, puedan coexistir en un sistema de pensamiento amistoso y benéfico, Santo Tomás y Ortega, la Teología de Fr. Arintero y la poesía de Machado, la herencia de San Ignacio y todo lo que hay de valioso en la obra de Unamuno; el espíritu de Menéndez y Pelayo y de Ramón y Cajal".

Marrero condena esta predisposición a aceptar esa relación de igualdad entre la verdad católica y los sistemas intelectuales que niegan esa verdad. Los intelectuales españoles exiliados adoptan un punto de vista diferente, a juzgar por las observaciones de Sánchez Barbudo en *Ibérica*, de Nueva York, en 1959. Elogia a la generación de 1936 y estimula a los exiliados españoles para que colaboren con este grupo contra los "frailes furiosos".

Para la generación de 1936 la guerra se ha convertido en algo que debe ser relegado al pasado, algo que debe ser olvidado o, al menos recordado no como una cruzada, sino como una pesadilla. Marias, en *Cuadernos* (París), otra revista de los exilados españoles, escribió: "La guerra ha sido sobreseída entre los intelectuales españoles". Esta aseveración está muy lejos de los puntos de vista de Marrero sobre la nueva época en que la victoria tenía que ser iniciada.

(Boletín de Información y orientación bibliográfica, Madrid, Febrero, 1963)

Traducción del artículo publicado en The Moth, editada por las inglesas en su de diciembre de 1962

EN EL MOMENTO MAS OPORTUNO

por Fr. Santiago Ramírez, O.P.

Este libro viene en el momento más oportuno. Veinticinco años después del Alzamiento de 1936 ofrecen una perspectiva suficiente para hacer de él un examen certero y objetivo, analizando su sentido profundo, sus causas y sus consecuencias. El autor ha logrado hacer una verdadera filosofía de nuestra guerra de Liberación.

El autor gusta de repetir que el problema de España no era sino el problema que Europa no se ha querido plantear rigurosamente. La idea es exacta; tanto, que bien podría decirse que durante aquella guerra, España no fue sino un miembro vital de Europa en el quirófano. Toda la península fue entonces, en realidad, una inmensa cama de operaciones donde se pudo ver, bajo potentes focos, la grave enfermedad occidental. Muy oportunamente a este respecto, encabezan el libro las conocidas palabras de Chesterton señalando a España, mejor que ningún otro país, como el campo de batalla entre las fuerzas espirituales de nuestra época, el país donde podría observarse — ¡estupenda profecía de 1933! — el retroceso de la ola tremenda y el retorno de Europa a la verdad.

Veo, entre otras, como consecuencias más trascendentales de este libro, deducidas de unas tesis difícilmente rebatibles, las siguientes:

Lo que se ha hecho en España desde 1936, en lenta pero incesante evolución, constituye todavía un período muy corto para el cumplimiento de su misión histórica superadora del ciclo liberal. Durante éste, los sucesivos “proyectos de convivencia” no hicieron sino demostrar la incapacidad del sistema liberal para mantener la trascendental unidad hispánica tan lograda —para su época— por la cultura barroca.

La integración fecunda de las parcialidades monárquicas al servicio del Bien Común está condicionada al abandono de tendencias mesiánicas o dinásticas de clara etiología romántica o liberal. La posibilidad de “utopía” latente en la entraña del sistema republicano, que el espíritu radical de los españoles se encargó de poner al desnudo en las dos experiencias de 1876 y 1931, se expone en el libro como contrapunto y aun elemento dialéctico de la necesidad histórica de la coronación monárquica del Movimiento español.

Se trata, por lo demás, de un libro abierto a la más total y generosa comprensión, pese a su aire polémico general, de pura cepa menendezpelayesco. Hasta ciertas alusiones a “grupos de presión” que puedan parecer injustas o peyorativas, de nobilísimos empeños, orgullo de nuestro país, tienen una significación positiva en la visión que da el autor del proceso institucionalizador del nuevo Estado, como “símbolo de una vitalidad política” y, por consiguiente, elementos fecundantes de la sana y necesaria evolución preconizada y puesta en acción incesante no demasiado rápida por la máxima representación del Movimiento español.

Al hilo de este libro trascendental, y a modo de eco que llegue hasta el autor, pudieran engarzarse múltiples cuestiones, todas ellas, de seguro, interesantes. Creo que a Marrero le agradaría percibir estas resonancias de su voz lo que es natural en una obra de su dimensión y cometido.

La impresión que al final deja este libro, que califico de reconfortante, es de que nada de cuanto ha ocurrido fue inútil, aunque sí, mucho, doloroso; y de que en ningún otro momento anterior podía producirse una plenitud que requiere necesariamente el concurso condicionante de circunstancias cuya conjunción es obra de los hombres y Dios.

Sin duda que todo esto requiere no pocas explicaciones. Y que hay quehaceres inagotables a la vista. El libro de Marrero señala cauces y rumbos. De aquí que pueda saludarse como una bandera que se clava. Si la revista “Punta Europa”, en cuyas páginas germinó, fue hace seis años una bandera que se desplegaba al viento para señalar

El autor ha sabido extraer la quintaesencia del Movimiento Nacional, proyectándola hacia el futuro, con un sentido de españolismo auténtico y ponderado que convence y arrastra.

Podrán discutirse detalles más o menos importantes, pero el conjunto de la obra me parece perfectamente logrado. Su lectura será muy provechosa para todos los que sienten verdaderamente a España.

(La Ciencia Tomista, Salamanca, (XCII), 1965)

MEDITACION SOBRE LA ESPAÑA FUTURA

por Bartolomé Mostaza

En el largo e intencionado prólogo, dice el autor de este libro: “Sin una referencia continua al significado de nuestra guerra, no se entenderá el movimiento político español del último cuarto de siglo ni tampoco nuestro futuro, cualquiera que sea su perfil definitivo”. Tal es el eje de marcha en el que se mueve el pensamiento de Marrero en toda su extensa teoría o adivinación del porvenir político de España. Al lado de este eje mental traza Marrero una que podríamos llamar línea de conducta: “No puede ponerse unilateral y doctrinalmente el acento en una política de liberalización si no se pone igualmente en aquellos principios que definen específicamente a todo el orden político y que impiden que su sentido de la autoridad no se agote en un sistema de fuerzas”. Y en relación con el régimen existente en España, dice Marrero: “No puede crearse impunemente... una política de distanciamiento y aun de desentendimiento de lo que en lo más hondo sustenta la situación presente sin que ello implique una querencia autoaniquiladora”.

Pero Marrero no se satisface con esas definiciones, de cara al futuro. Advierte el peligro de una política de inmovilismo a ultranza: “La aspiración de perfilar nuestro futuro político no tiene forma concreta; todavía es tan sólo una idea borrosa”. Y de ahí que “nos veamos reducidos a una especie de perpetua minoría de edad política”. Marrero escribe poseído de inquietud. Le preocupa España. Y le ocupa el corazón y la cabeza. Esta es la condición humana más simpática de su libro. Se puede disentir de este o del otro criterio sustentados por Marrero; pero uno se nota contagiado por la pasión política con que Marrero piensa y configura a la Patria como continuidad en desarrollo.

Coincidiendo con Unamuno, nos recuerda Marrero: “No han de olvidarse en la historia del constitucionalismo español que fueron los liberales exaltados quienes organizaron sociedades secretas... e invitaron a los no conformistas en una conocida y popularísima canción (el “Trágala”) no a que acepten la Constitución, sino a que la “traguen” en calidad de serviles”. Agudamente señala Marrero la importancia del cambio histórico del partido político como “minoría selecta” a partido social como organización de masas; ese cambio rompió el régimen liberal, aplastándolo bajo el peso de movimientos clasistas o unitarios: partidos marxistas, comunistas, nazistas. El peligro de hoy lo ve Marrero: “La impesonalidad; los esquemas anónimos, urgidos por partidos, “trust” y poderosos medios de difusión, con los que se obliga al hombre a pensar,

Marrero hace una defensa del sentimiento monárquico y llega a escribir: “Cuando la adhesión a la Monarquía haya dejado de ser una creencia, un sentimiento, y se la quiera conservar como una idea, los primeros en sentirlo serán los propios tronos”. No puedo compartir tal criterio. El monarquismo, acaso más que ninguna otra actitud política es susceptible de albergar una gran carga patética. Y entiendo que ello es una virtud. Pero, además, la monarquía es una idea, una fórmula para resolver la sucesión de la suprema magistratura y, según los casos, una pieza capital para la articulación de los poderes máximos. Por eso tiene un valor lógico universal. Conceptualmente la monarquía no es menos racional que una ecuación matemática. Que, además, los pueblos puedan apasionarse por ella, es otra cuestión.

Su estilo es claro y epistolar, es decir, no parece responder a un esquema previo y a una minuciosa elaboración. Más bien produce la impresión de que Marrero se ha puesto a pensar sobre nuestro Estado y su posible evolución sin pretender hacer ciencia política rigurosa. Estamos, pues, ante un testimonio o, si se quiere, un voto de calidad.

(ABC, Madrid, 26-III-1964)

LOS SUPUESTOS DE UNA OBRA

por Emiliano Aguado

El lector medio que viva con alguna preocupación política o intelectual y que guste de echar de cuando en cuando una mirada a lo que se hace y a los que se piensa en la sociedad española de estos días, a buen seguro que tiene ya una idea de este libro, sin más que conocer su título y su autor. Vicente Marrero tiene ya una obra considerable a sus espaldas, y ella le presenta a la opinión de los que todavía leen por acá no como un intelectual puro que se complazca en hacer combinaciones con las ideas —las combinaciones que pueden hacerse con las ideas son aún más numerosas que las combinaciones que pueden hacerse con las cosas—, sino como hombre de su tiempo, atento a los grandes temas de la convivencia y con una fe muy clara, que no permanece inerte al lado de otros estados de ánimo, sino que conforma la obra entera del autor.

Y es lo primero que se echa de ver en este libro, cuyo título no puede ser más sugerente. Vicente Marrero lo ha escrito para responder a una de las preguntas más graves que le ha hecho ese presente de la política española, que, mientras no haya otra palabra más a mano, podríamos llamar liberalización. Es, pues, esta realidad del presente la que hace meditar a Marrero y la que le inspira la cautela del subtítulo, en donde sólo se habla de una posibilidad española. Pero como el presente, y menos aún el porvenir, que es lo que realmente nos importa, no puede explicarse sin recurrir a la historia, Marrero retrocede al pasado, al pasado que está incitándonos, el de la guerra del 36, sobre el que Vicente Marrero aporta su interpretación como fundamento, no sólo del presente, sino del porvenir que está a la vista. Fundamento no quiere decir cimiento, inercia, sino inspiración, camino. Y se conocen las ideas de Marrero en este punto, expuestas en otros libros suyos, así como su interpretación de la guerra civil.

El libro que ahora ofrece al público es más “actual”, si por actual se entiende lo que se refiere al presente y lo que suscita en nosotros adhesión o polémica. Porque

— Tus últimos libros están especialmente dedicados a la política, a la situación encrocenta que vivimos actualmente en España. ¿A dónde quieres ir a parar con ellos?

— En primer lugar, me limito a seguir un dictado de mi conciencia como español amante de mi patria y como cristiano preocupado por el bien del prójimo. Pese a las muchas dificultades, creo también que en la situación presente puede ensayarse también una forma política configuradora, en buena medida original por estar en consonancia con nuestro modo de ser más genuino. Prefiero arriesgarme intelectualmente ahora en ese cometido que no votar después en una democracia cristiana dedicada a parar golpes o en un naserismo posiblemente más demagógico que popular.

— ¿Piensas seguir publicando libros políticos o proyectas volver a tus otras ocupaciones puramente intelectuales o de creación?

— Tal vez publique todavía, sobre política, un folleto titulado: “La institucionalización del Movimiento, ¿como partido o como ordenación político-nacional?”. Ya metido en estas faenas, me resultará difícil no publicar de tarde en tarde alguna que otra cosa sobre el particular.

(El Norte de Castilla, Valladolid, 31-V-1964)

¿ESPAÑA, EN EL BANQUILLO?

ESPAÑA POLIFACETICA

por E. de Asís

Otro libro con la tesis de la España actual. Esta España polifacética, excepcional, diferente, incomprensible para los que sólo miran con los medios ópticos naturales. Pero no un libro de tantos, de fácil lectura, de deslumbrante aparato crítico, de sugestionante atractivo, sino que, conteniendo todo esto, ahonda con certero juicio en los problemas planteados en el momento presente en nuestra España, aclara y define su contextura espiritual y pone en claro la verdad española ante la confusión y vocerío contestario universal. Por todas estas razones es libro que invita a sucesivas lecturas, encontrando en cada una de ellas nuevos pensamientos que meditar, variados puntos de vista que esclarecer y enfoques luminosos de las actuales crisis del poder civil y religioso.

Un primer plano sobre el estado actual de la cuestión con los últimos datos aportados por los inquietos por el español problema: Américo Castro, Laín Entralgo, Sánchez Albornoz, Maeztu, Ortega y Gasset, Unamuno..., de dentro; Parker, Maritain, Marcel Batlaillon..., de fuera, controlando el sujeto España en la doble y a la vez una vertiente patria - religión, realidad histórica, se quiera o no, de la nación española. Afortunadas pinceladas llenas de erudición y de lógica argumental para dejar sentado el interés del España por conseguir el anhelado equilibrio entre Estado e Iglesia, política y religión.

Un segundo plano de análisis sobre el Estado moderno y sus características, confrontándolo con la realidad española. Examen profundo y diríamos exhaustivo de las

un ideal de vida y un paradigma humano decrepito y en curso de corrupción, en virtud de la dialéctica del liberalismo euro-americano.

La obra de Marrero es inicialmente polémica. Lo declara el propio autor en el preámbulo: frente a aquéllos que pretenden sentar a España en el banquillo de los acusados, Marrero se esfuerza en demostrar que el puesto de España en la actual y caótica situación mundial, más que el de acusada sería el de acusadora. La tesis de Marrero, ampliamente demostrada a lo largo de todo el libro (que, si peca de algo es de riguroso, de premioso, en gracia a la indispensable documentación y a los obligados raciocinios, que hacen prolijo todo libro de esta naturaleza), es una tesis que, para los espíritus verdaderamente liberales ha de merecer respeto y atención y, para los espíritus católicos, este libro ha de encontrarse de alto valor. En efecto, la densidad y profundidad de esta obra de Marrero entre los católicos habrá de considerarse como una apología actual de la España que, por eterna, viva en muchas almas españolas de hoy y es capaz de entusiasmar a muchos españoles como proyecto de vida en común, a poco que consideren los valores imperecederos de esa España, que algunos desdeñan porque la ignoran.

Hasta “los ingleses, enemigos de la soberanía del pueblo, sostendrán que la doctrina española minaba la base de la autoridad regia”. En este punto, como en muchos otros, Marrero sale por los fueros de la verdad, disipando la leyenda negra que, en tantos temas, oculta la verdadera faz del pensamiento religioso y político típicamente español. Estudia aquí la cuestión del Estado confesionalmente católico y de las relaciones entre la potestad eclesíástica y la civil, haciendo ver cómo continúan vigentes las razones y conveniencias del Estado confesional en España.

Como en todos los capítulos, la erudición y preparación de Vicente Marrero se ponen a contribución para hacer evidentes las razones que militan contra esa adulteración del catolicismo que es el progresismo.

La parte más positiva y acaso más original del libro es la cuarta, titulada “El estado de la cuestión”. Aquí se aborda el acceso de España al Mercado Común; el predominio de la sedicente tecnocracia, contra la cual se pronuncia y finalmente las razones que asisten al Estado español actual para ser como es. En este punto, Vicente Marrero hace una sabrosa y amena disquisición a través del pensamiento político de todos los tiempos, partiendo de Aristóteles y haciendo escala, sobre todo, en Santo Tomás, para demostrar cómo el mejor régimen político es el mixto de monarquía, aristocracia y democracia, que es precisamente lo que se propone como ideal el Régimen español vigente. De este modo, el libro se convierte en un ensayo de teoría del Estado para responder al desafío de estos tiempos.

(IIIº Programa de Radio Nacional, Madrid, Septiembre, 1974)

EL SINDICALISMO ALEMÁN DE LA POSTGUERRA

por Raúl Chavarri

En este libro reproducción de una conferencia dada en el Ateneo de Madrid, se nos presenta una imagen clara y sencilla de los actuales problemas del Sindicalismo Alemán, con el propósito de que éstas experiencias y realizaciones puedan servir de ejemplo para el futuro de nuestra Organización Sindical.

VI. REPLICAS Y POLEMICAS AL MARGEN

La réplica no podía faltar, y menos aún en campos como el de la política o el de nuestras todavía recientes diatribas intelectuales, aquél a tan patético, y encubridoras éstas tantas veces de otras de índole interesada. Por lo mismo, no queda otro remedio —al margen de la norma aquí seguida— que hacerse eco mencionando al menos las propias réplicas de Vicente Marrero. De ahí que haya limitado este espacio a una breve y nominal reseña, excepción que, de seguir otra directriz en estas introducciones, habría podido ampliar mucho más. Pero ya sería la voz de Vicente Marrero la que hablase y no el eco recogido por los demás, a cuyo juicio o parecer me he sometido en el presente —y ceñido— trabajo.

Referencias mucho más nutridas, y en cierto aspecto más destacadas, de las aquí recogidas se encuentran en el capítulo de su libro *Santiago Ramírez, su vida y su obra*, que reseña de manera pormenorizada la célebre y trascendental polémica en torno a la obra de Ortega y Gasset y de los representantes del llamado orteguismo católico; o en su opúsculo (*De diálogo en diálogo*) (*Punta Europa*, nº 90, Octubre, 1963), que responde a algunas de las objeciones formuladas a su libro sobre la guerra y el “trust” de cerebros. En un terreno distinto podría acudirse también a su intercambio de pareceres con el profesor Elías de Tejada sobre el antieuropeísmo o con el director de *El Pensamiento Navarro* —desde el 9 de Septiembre de 1958— sobre aspectos salientes del tradicionalismo; a sus escaramuzas con algún que otro rútico musical en relación con su interpretación de la danza española, o a sus discrepancias con algún comentarista respecto de la visión de “El Cristo de Unamuno”...

Polémicas que Vicente Marrero —en líneas generales— juzga inevitables, y tan necesarias en ocasiones como superfluas, peligrosas y vitandas en aquellas otras en que acecha el demonismo de la diatriba o despunta una intención superfetada que no suele ser, además, la más noble y prudente.

Como una leve muestra de lo extensa y en cierto modo enrevesada que pudiera resultar esta materia de ampliarla más allá de la índole que he seguido en las recensiones insertas en anteriores capítulos, sirvan las siguientes palabras del profesor Javier Conde, a la sazón director del Instituto de Estudios Políticos, pronunciadas en el entonces llamado Estadio de Charmatín, hoy Santiago Bernabeu, con motivo de una gran concentración política que coincidió casualmente con la publicación de *El Poder entrañable*.

Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín.
Presidente del Consejo de Investigaciones Científicas.
Madrid.

Nuestro distinguido amigo: En el número 89 de ARBOR, revista general del Consejo Superior de Investitaciones Científicas, correspondiente al presente mes, se ha publicado una nota titulada *Ortega o "El estado de la cuestión"* y que se refiere al curso que, bajo ese epígrafe, estamos desarrollando con la colaboración de otros amigos.

No tenemos por qué comentar ni recoger las opiniones que nuestro esfuerzo merece al comentarista, el cual habla de "el espíritu desquiciado que anida en la introducción a estas conferencias" y otras cosas análogas. Pero no podemos dejar pasar por alto una frase en que se habla de "la obra de Ortega, en su conjunto y pese a sus muchas virtudes, como el esfuerzo encaminado a descristianizar a España, más inteligente, más sistemático y brillante que se ha visto en nuestra patria después de la aparición de la Institución Libre de Enseñanza". A lo cual se agrega "el temor de que crezca, o, mejor dicho, de que se sostenga por mucho tiempo el mal tonificante, la blandengue y envenenada confusión de la que tanto se habla también hoy, porque nos ronda ya con bastante poca fortuna desde unos años a esta parte".

Nosotros creemos que la imputación de que la obra de Ortega es un "esfuerzo encaminado a descristianizar a España" es una absoluta y gravísima falsedad, que no se puede tolerar. Es Ortega quien ha escrito:

"El catolicismo español está pagando deudas que no son suyas, sino del catolicismo español. Nunca he comprendido cómo falta en España un núcleo de católicos entusiastas resuelto a liberar el catolicismo de todas las protuberancias, lacras y rémoras exclusivamente españolas que en aquél se ha alojado y deforman su claro perfil. Ese núcleo de católicos podía dar cima a una noble y magnífica empresa: la depuración fecunda del catolicismo y la perfección de España. Pues tal y como hoy están las cosas, mutuamente se dañan: el catolicismo va lastrado de vicios españoles, y, viceversa, los vicios españoles se amparan y fortifican con frecuencia tras una máscara insincera de catolicismo. Como yo no creo que España pueda salir al altamar de la historia si no ayudan con entusiasmo y pureza a la maniobra los católicos nacionales, deploro sobre manera la ausencia de ese enérgico fermento en nuestra Iglesia oficial. Y el caso es que el catolicismo significa hoy, dondequiera, una fuerza de vanguardia donde combaten mentes clarísimas, plenamente actuales y creadoras. Señor, ¿por qué no ha de acaecer lo mismo en nuestro país? ¿Por qué en España ha de ser admisible que muchas gentes usen el título de católicos como una patente que les excuse de refinar su intelecto y su sensibilidad y los convierte en rémora para todo perfeccionamiento nacional?.. Se trata de construir España, de pulirla y dotarla magníficamente para el inmediato porvenir. Y es preciso que los católicos sientan el orgullo de su catolicismo y sepan hacer de él lo que fue en otras horas: un instrumento exquisito, rico de todas las gracias y destrezas actuales, apto para poner a España "en forma" ante la vida presente".

Esto escribía Ortega hace algo más de un cuarto de siglo. Era todo un programa, y no precisamente de "descristianización de España". Por desgracia, muchos de los defectos que señalaba existen hoy. Pero también existe ese núcleo de católicos entusiastas que deseaba, y del que nosotros formamos una exigua y modestísima parte. Y resulta al cabo del tiempo que los que llamamos a Ortega "nuestro maestro común", los que hemos recibido de él, en diversas proporciones y formas, doctrina filosófica y en-

“Larga ha sido la cita, pero no tiene desperdicio; a través de ella, ya que el ensayista es tan parco en estas materias, columbramos los minúsculos prejuicios que anidan en su inteligencia...”.

“Cuando salen al público las cuestiones religiosas, se las toca con vaguedad aérea, con imprecisión nebulosa; y nos parece que no dista mucho de este efecto Ortega y Gasset”.

“... Llámese esto en buen castellano tirar piedras al tejado ajeno, cuando el propio es de vidrio. No dudamos de que entre muchos católicos haya habido hermetismo y estrechez de miras. Mas ¿qué significa esto al lado de la cerrazón sistemática y del fanatismo exclusivista de los incrédulos? Éstos han hecho de España, o por lo menos han intentado durante muchos lustros, hacer un coto cerrado para sí y su clientela, y, sobre todo, si de medros personales se trataba, ha monopolizado la fama, los puestos y el incesario, en sociedades de estrepitosos bombos mutuos, extendidos desde los riscos cántabros hasta las playas de Cádiz; y apenas asomaba la obra o el nombre de algún autor católico, llovían sobre él los dardos de la insidia y del desprecio. ¡Si muchos que hoy bullen y vociferan y gesticulan en la plaza pública no han tenido ni tendrán jamás otro pedestal que el de su izquierdismo y el de sus patronos izquierdista!”.

Este comentario refleja admirablemente no sólo un punto de vista verdaderamente católico, sino algo muy importante y significativo que se echa de menos en otras actitudes: el estado de ánimo y sufrimiento de la Iglesia en España frente a la obra de aquellos intelectuales, de los cuales Ortega es por derecho propio la figura más representativa.

No parece, pues, que pueda ser interpretada en son de ejecutoria una página tan sospechosa como ese texto sobre el cual se argumenta, ya que en él lo que en sustancia se hace es deplorar sobremanera “la ausencia de... enérgico fermento en nuestra Iglesia oficial” (!!), que convirtiese a nuestra fe en “un instrumento exquisito”, pero instrumento al fin.

Por lo demás, el texto usado como argumento es una de las tres únicas páginas dedicadas al catolicismo —véase el índice de materias— en una obra de seis gruesos volúmenes.

Y en la primera de las dos páginas restantes se ve claramente (tomo II, pág. 454) que el catolicismo de Ortega coincide “con las geniales intuiciones que visitaron a Nietzsche” cuando éste, hablando del protestantismo frente al Renacimiento y de Lutero, que se subleva en Roma, decía: “¡La vida se ha sentado en la sede de los Pontífices! ¡El triunfo de la vida!”.

Hay, de todas maneras, en esas *Obras completas* otras muchas afirmaciones contrarias al catolicismo, que no es necesario reproducir en su totalidad. Algunas de las más representativas se copian a continuación:

“Yo, señores, no soy católico, y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles oficiales de mi vida privada queden formalizados acatólicamente”. (*Discurso en el cinema de la Ópera. Madrid, 6 de diciembre de 1931. Obras. Ed. 1932, pág. 1.395*).

“Yo dudo mucho que sea la mejor manera para curarse de tan largo pasado como es la historia del Estado eclesiástico en España, del Estado-Iglesia, esas liquidaciones subitáneas; no creo en esta táctica para combatir el pasado...”.

Haber desarrollado amplia y eficazmente un conjunto de ideas concorde con las arriba copiadas, y no de modo esporádico, sino persistente y tenaz, en la cátedra, en el periódico, en los libros en el Parlamento y en la actuación política, es lo que en ARBOR ha sido calificado sintéticamente como “esfuerzo encaminado a descristianizar a España”.

Finalmente, es también de justicia hacer constar que el reproche de ARBOR a Ortega y Gasset por su actitud ante el catolicismo, cuenta en la vida cultural española de postguerra con otros antecedentes, entre los cuales elegimos los siguientes, que pueden servir de ejemplos fácilmente ampliables.

En el núm. 7 de la revista “Escorial”, el señor Laín Entralgo, actual Rector Magnífico de la Universidad de Madrid, y uno de los firmantes de la carta arriba reproducida, escribía como comentario a *Historia como sistema*, lo siguiente:

“Se empeña Ortega en no entender el Cristianismo ni la vida religiosa, y de ahí procede todo. En este librito de ahora el Cristianismo viene pertinazmente interpretado como una doctrina sometida al fluir histórico. Al hombre “le pasa ser estoico, cristiano, racionalista, vitalista, dice Ortega una vez. Y otra: “Es imposible entender bien lo que es este hombre racionalista europeo si no se sabe bien lo que fue ser cristiano; no lo fue ser cristiano sin saber lo que fue ser estoico, y así sucesivamente”. O bien: “Me parece en alto grado sorprendente que hasta la fecha no existe una exposición del Cristianismo como puro sistema de ideas, pareja a la que puede sacarse del platonismo, del kantismo o del positivismo”. “De ahí la radical falsedad —comentaba Laín— de colocar el Cristianismo como un mudadizo eslabón histórico en la serie estoico-cristiano-racionalista-vitalismo”. “Estoy íntimamente persuadido de que si Ortega quisiera penetrar seriamente en el seno del cristianismo —corazón tiene para ello e inquietud: el *inquietum cor meum* agustiniano— no podría contentarse, no ya como cristiano, pero ni siquiera como hombre actual, con una antropología meramente historicista”. “La postura del historicismo puro se halla ya —al menos para los buenos catadores del pensamiento de este tiempo— sencillamente retrasada”.

En el núm. 13 de la misma revista, en cuya dirección estaba, como es sabido, el señor Laín, don José Corts Grau, actual Rector de la Universidad de Valencia, comentaba del modo siguiente los *Estudios sobre el amor*, de Ortega:

“Alardes de librepensamiento trasnochado en quien sigue siendo una lumbrera universitaria; a quienes nos duelen también las irreverencias, porque, sobre ser ofensivas, son superficiales. Presentar, por ejemplo, a San Juan Bautista como “un personaje, peludo y frenético, que vocea en los desiertos y predica una religión hidroterápica”, es de mal gusto y miopía. Ni Salomé siquiera pudo verlo así, porque en tal caso no hubiera pedido su cabeza. Hablar del *flirt* de Salomé princesa y San Juan Bautista intelectual, es hablar por hablar, y pasar por los textos de San Juan de la Cruz sin ver más que el pobre Baruzi, es, aparte la heterodoxia, lástima”. “A estas alturas es intolerable —califica Corts Grau— complicar a San Juan de la Cruz con la escuela Yoga y con Plotino y hablar de la confusión anárquica de los místicos frente a los teólogos como si la mística fuese un juego de monjas visionarias”.

VII. LA HORA DE LA POESÍA

Desde que Vicente Marrero iniciara sus actividades de escritor, no ha dejado de contar con una dedicación tan constante como primeriza a la poesía. Después de clausurar su estancia en la Universidad de Friburgo —lo ha confesado él mismo en las páginas preliminares de *Poesía* (1974)—, traía dos libros bajo el brazo: *Picasso y el toro*, que vio la luz en 1951, y otro de poesía del que, aconsejado por sus buenos amigos Rafael Morales, Carmen Laforet, Manuel Cerezales, Rafael Santos Torroella..., desistió de su publicación. Esta afición a la poesía había sido alentada por su consejero y amigo, el célebre catedrático de Friburgo, Hugo Friedrich, según ha expresado nuestro autor con más detalles en las ya mencionadas páginas preliminares de *Poesía* y, con anterioridad, en la entrevista que le hizo Carlos Murciano y que se reproduce más atrás en este mismo volumen. Luego —el propio Carlos Murciano es testigo de excepción—, cuando en el “Pliego literario” de *Punta Europa*, pilotado en buena medida por Murciano, se publicaron muchas y buenas poesías, Vicente Marrero no publicó ninguna suya.

Por eso, cuando hablo de lo que he llamado “la hora de su poesía” no pretendo negar o disminuir la antigüedad y permanencia de su aplicación poética. Sólo quiero subrayar una distinción entre lo que se escribe y lo que finalmente se decide a publicar, que, en el caso de Vicente Marrero, ha sido más bien tardíamente y, aun así, en sus inicios, a través de timidas y breves entregas que revelan la reelaboración a que ha sujetado su labor en este terreno.

Con su dedicación a la poesía, y, en general, al mundo del arte, que nunca ha cesado de interesarle y preocuparle vivamente, Vicente Marrero se ha internado por un campo de pura creación que —aunque con frecuencia haya seguido hablando en tercera persona— ha reflejado de forma inequívoca la impronta más personal del autor.

Su libre elección al reintegrarse —tras la reforma de la Ley de Educación— a la vida universitaria como profesor titular de la asignatura “Movimientos artísticos contemporáneos”, de la Universidad Complutense, así como su amplia obra poética inédita, habla con sobrada elocuencia de la perennidad de su compromiso. Por encima de la crisis que la poesía, y el arte en general, padece actualmente como sedimento último del mundo cultural y reflejo del alma de nuestro tiempo, lo delicado, difícil, arriesgado y comprometido de la situación ha concluido por poner en evidencia —en carne viva— muchas cosas a las que no ha sido indiferente Vicente Marrero.

Sí, Vicente Marrero, con tus mismas palabras, caminamos “por la urdimbre secreta con que la poesía teje sus misteriosos hilos, sus delicados velos”,

(*La Estafeta Literaria*, Madrid, 15-XI-1974)

AMAR Y CANTAR

por Carlos Murciano

En 1966, Vicente Marrero dio a la luz un breve cuaderno de poemas, “La voz que no conoces”, en las ediciones malagueñas de Angel Caffarena. Y esa voz suya que —acostumbrados a oír al ensayista, al biógrafo, al crítico— no conocíamos, sorprendió: por su buen timbre, por su buen tono. Tres años después, Caffarena publicaba otra entrega suya: “Con la mano en el pecho”, cinco sonetos que, escritos adrede el modo clásico y dedicados al famoso cuadro de El Greco, servían al poeta, al par que para cantar una motivación que le era muy grata, para rendir pleitesía a ese “siempre temible laberinto” de los catorce endecasílabos. Ambos poemarios vinieron a ser como una toma de contacto con este género difícil y tan ingrato, como unas sondas que el escritor lanzara antes de subir definitivamente a bordo de la mágica nave de la poesía. Despejado el camino, la colección “Arbolé”, de Luis López Anglada, recogió en un solo volumen —en 1970— dos libros inéditos de Marrero: “Las horas encontradas” y “Canción en Castilla”.

*“A los que llevan
el mar en la garganta,
el viento de Castilla
cómo les llama”*,

escribía el poeta grancanario, ganado por la geografía mesetaña. Y junto a la canción castellana, levantaba su isleña nostalgia, su paisaje y su gente de ayer, raíces de hoy.

Cuatro años más, y Vicente Marrero ha reunido en un tomo toda su poesía publicada, la reseñaba hasta aquí, y toda su poesía inédita: en total cinco libros y el mencionado sonetario, bajo el simple título de “Poesía”; por este orden: “Canción en Castilla”, “Las horas encontradas”, “Con la mano en el pecho”, “Rondan los alisios”, “Más allá de la paz y de la guerra” y “Viaje en carroza”. Prosista de los de muchos miles de páginas publicadas y muchos años de brega en el campo de nuestras letras (en 1955 obtuvo el Premio Nacional de Literatura por su “Maeztu”), Marrero ha llegado a su poesía actual a través de un larga serie de renunciadas, de luchar a corazón abierto con la forma, con el verso que se le resistía, hasta alcanzar unas excelentes maneras. Durante meses —¿años?— le hemos visto regresar a un poema, eliminar inoportunas asonancias, sustituir vocablos, corregir, depurar, en un incansable afán de llegar a la obra bien hecha. Recordemos a Juan Ramón: “Corregir es crear dominando”; y también: “depurar: recrear”. He aquí, para muchos, un lírico caballo de batalla: para muchos que defienden la espontaneidad, que confunden el “no le toques ya más” con el “no le toques ya nunca”; para muchos entre los que, por supuesto, no estamos.

*El ruiseñor de Keats, las frescas brasas
de Hopkins, el verano fiel de Stratford;
Ulises sobre el filo de las olas;
las rocas de oro del romance; el limpio,
rebotante jazmín del Cancionero;
mi viejo Don Quijote...*

(Págs. 98-99)

Así las cosas, no como lastre, sí como ímpetu, aceptamos que la personalidad ensayística de Vicente Marrero explica, como substracto, su obra poética.

SABIDURIA Y CANCIÓN.— Que retrocede gustosamente desde el plano de madurez intelectual al júbilo delgado de los cancioneros. Centrada, la primera parte de su libro, en la emoción del paisaje de Castilla, ¿qué mejor ejemplo de contrapunto estético que el que dan las viejas tonadas populares? “Estos mis cabellos, madre — dorados me los lleva al aire”; o, con mayor contenido autobiográfico. “A Salamanca, escolarrillo— a Salamanca irás”. Y así canta, a su vez, el poeta con voz propia:

*¿A dónde la vieja música
maestro Lucas Fernández?
Cubierto el laúd de polvo,
¿a dónde la de estos aires?
“Aires de mi tierra
venid y llevadme”.*

(Pág. 17)

CASTILLA.— La emoción castellan en este isleño de Gran Canaria continúa la que produjo en otros españoles periféricos, pues es verdad tónica que la “invención de Castilla” realizada por la “generación del noventa y ocho” se produjo en andaluces (Machado), levantinos (Azorín) o vascos (Unamuno).

De un modo explícito, Vicente Marrero construye su estética de tierra adentro, con expresa renuncia de la sensorialidad que emana de las tierras litorales (“No busques el mejor sol en las costas —que embriaga a los sentidos mientras deja— sin su conocimiento al alma” (Pág. 23). Y no aceptando, por tanto, la equivalencia entre lirismo e impacto plástico. Para el poeta, Castilla es, más que un paisaje, una luz (“Qué pugna puede haber —entre esta luz y el aire?” —Pág. 36—). “Toda la sangre desvivida, presa, —hoy, espera e incendio sobre el llano (Pág. 37). Luz, aire: “la castidad del aire” (Pág. 43). Así, no es un paisaje que seduce por sus policromías, sino por esa angélica cristalinidad sin peso; por su levadura de espíritu:

*Á los que llevan
el mar en la garganta,
el viento de Castilla
cómo les llama.
Y a los de tierra adentro,
a los del río y sierra
en las espaldas
—viento de corazón
de tierra llana—,*

simple, popular: canción, romance; alguna vez —dos veces— el soneto. Es un decir tranquilo, remansado, cristalino. Poesía limpia y honda.

(ABC, Madrid, 14-I-1971)

LA VOZ QUE NO CONOCES

por Francisco Umbral

Vicente Marrero, escritor y ensayista de larga y prestigiosa dedicación, ha vivido mucho tiempo dedicado a la especulación ideopolítica, con algunas fugas gozosas al mundo del ensayismo artístico. Ahora un tanto desengañado, quizá de la asechanza mundana, se recoge en su intimidad para cultivar el verso. Vicente Marrero, director que fue durante largo tiempo de la revista "Punta Europa", a la que le dio asimismo un cariz especial, viene apuntando como poeta desde hace muy pocos años. Y he aquí que ahora nos ofrece su primer libro.

Vicente Marrero empezó haciendo una poesía de precisión y perfección, de difícil exigencia formal e intelectual. Una poesía de hombre de pensamiento, en suma. Pero, de pronto a partir del poema, "Habla el padre", que nosotros sepamos, su voz poética empezó a humanizarse, a simplificarse. Y sospechamos que no ha sido ajeno a esta influencia nuestro entrañable Carlos Murciano, tan cercano siempre a Vicente Marrero. El endecasílabo blanco es la forma que Marrero cultiva con asiduidad en este libro. Y ha sabido darle a esta forma, con la que compone poemas de mediana longitud, pausados y serenos, una especial molturación, un interior ralenti que no deja de sugestionarnos y sorprendernos en poeta tan novel. Si bien hay que tener en cuenta, como explicación del fenómeno, la larga experiencia que como escritor de prosa y lector de poesía acompaña a Vicente Marrero.

"La voz que no conoces" es un libro de evocación de la tierra canaria del poeta. la evocación está hecha con sencillez, casi al hilo narrativo, muy a la manera de última hora. Y Vicente Marrero, tan frecuentemente encrespado en la polémica política, nos descubre aquí su otra mitad de hombre —la mejor—, en un quehacer sosegado y sincero, entrañable y bien medido. El continuado trasunto de la infancia no deja de comportar su simbolismo, su escondida enseñanza, su difuminada sentencia para el presente. Y esto potencia al libro, le da nueva dimensión: la dimensión inefable del desengaño y la melancolía.

No es, pues, Vicente Marrero, un intelectual que, fatigado de su quehacer, se pone a escribir versos, sino un poeta que había vivido ahogado por el político y ahora da el golpe de estado, se deshace de sus cadenas y viene a primer término para decirnos la verdad más honda de un escritor y un luchador que ya sólo quiere, quizá, escribir unas cuantas palabras verdaderas.

*Y también yo canté bajo la lluvia.
Eramos once niños, el balón
y, ansiosos, otros once que esperaban
en campo ajeno —en el estanque roto
de las Tres Cruces—, cuando de repente*

omisión: la del nombre de un poeta que, anticipándose a la redonda fecha, compuso tres años atrás todo un libro en homenaje, “desde Europa”, a Rubens. Su nombre, Vicente Marrero. Su título, “Viaje en carroza”. Tal libro venía a cerrar el volumen de Doncel que recogía su poesía completa hasta entonces (1974) y que se nominaba sencillamente así: “Poesía”. No conocemos empeño similar entre nuestros líricos. A lo largo de tres apartados, encabezados por otros tantos versos del casi homónimo Rubén, Marrero disponía una treintena larga de poemas, en los que glosaba con elegancia y alto tono —rápidas pinceladas, piezas breves, versos con frecuencia de arte menor— los lances más señeros de la vida y la obra de Rubens, de quien no vacilaba en escribir: “Pequeños, sí; pequeños / resultan a su lado / los reyes y los príncipes”. Por la “senda libre de Europa”, la carroza rubensiana, como un rosal soleado de roja y viva savia, aromosa y alegre, iba rumbo al Mediodía. Resuenan todavía sus hierros y cristales y cascabeles por esa senta tan hollada ya y herida: “divinidad lunar / que un toro se llevó sobre las aguas”, castigada Europa, velado el rostro por el luto, pero pujante siempre y renovada de ánimo en los lienzos que aquel coloso plasmara. Europa que él recorrió indesmayable:

*“A los palacios sube
por su buena crianza.
Han servido sus manos.
Mantua, Madrid, Holanda,
Londres, París, Amberes...
Cosas, cosas que pasan.
Pero todos —¿por qué?—
van rindiendo sus plazas
ante sus dos banderas:
presencia y confianza”.*

Un día se rinde él ante la que no conoce dignidades ni rangos. “Siempre el desvalimiento ocupa un sitio/al lado de la gloria”, apunta el poeta. Como la muerte. Solloza “la misma realeza ante su lecho”. Y la mano que conformara tanta belleza se detiene para nunca. Pero

*“la carroza entre llamas sigue,
atravesando desde aquella tarde
las barreras del tiempo”.*

Vivo su paso, como el de quien lo hizo posible. Quede constancia aquí de que un poeta español supo decirlo con justeza, con ejemplar devoción también.

(“YA”, 2 - XLI - 1977)

POESÍA NUESTRA..., Y UN VIEJO RECUERDO

por Luis Doreste Silva

Vicente Marrero es una de nuestras personalidades literarias jóvenes —aruquense nacido en 1922— de raíz selecta, vigoroso y vario, con puesto magníficamente ganado dentro del ruedo hispano.

LA GUERRA ESPAÑOLA Y LA LIRICA

por Jaime Caldevilla

La poesía patriótica o si se quiere política, aunque se conciba de la manera más noble no deja de ser con frecuencia muy expuesta. Otro tanto sucede con la religiosa y aún con la amorosa. A todas ellas les acecha un mismo peligro: su desvirtuamiento artístico. Riesgo, por supuesto, que acompaña a todo tipo de poesía, si bien se acentúa en aquellas donde el sentimiento, la voluntad o la pasión se personalizan en extremo.

Pero si en la poesía patriótica o política en general se corren muchos riesgos, estos se advierten con más facilidad cuando se centra en un tema como el de la guerra española. Y la explicación por, superflua, sobra.

Se lamentaba con razón D. Ramiro de Maeztu que Ruben Darío —primer eslabón de nuestro moderno renacimiento poético— si bien logró infundir a los poetas españoles su aristocracismo verbal, su espíritu de cultura, su cosmopolitismo..., no pudo, en cambio, infundirles el patriotismo hispano que a él le erigió en poeta de la raza. Dios nos libre de poner en tela de juicio la españolía o el patriotismo de la casi totalidad de nuestros modernos poetas, que a tan alto nivel han logrado levantar nuestra lírica, equiparándola a las mejores de Occidente. Creemos, sin embargo, comprender el lamento de Maeztu teniendo presente la dificultad que encuentra la poesía moderna, de fuerte tinte subjetivista para abordar un tema más o menos épico o colectivo. De ello ha hablado magistralmente y con agudo sentido crítico Sir C. M. Bowra, catedrático de poesía en Oxford, al ocuparse, en su obra *Poesía y Política*, de los poemas dedicados por egregios poetas españoles contemporáneos a nuestra guerra. Y de por sí una poesía acusadamente subjetivista, con irresistible proclividad al lirismo encuentra cierta dificultad para entrar en las concreciones y hechos propios de la épica. No es para extrañarse, pues, que veamos en la poesía moderna vencida hacia tales vertientes entremezcladas muchas cosas, de tal modo que se hace difícil una clara delimitación de sus campos y sus logros.

Vicente Marrero, conocido colaborador de esta revista, fecundo y vario autor de una obra galardonada en diversas ocasiones, entre otras con el Premio Nacional de Literatura (1955), sólo últimamente ha dado a conocer su producción poética, todavía en buena parte inédita. Primero, en distintas revistas específicamente literarias y, luego, con dos breves entregas de poesía en el Guadal-horce que dirige Caffarena en Málaga, y más recientemente, ya de lleno en el mundo de los poetas, con *Las Horas encontradas y Canción en Castilla* de la colección Arbolé. De este libro ha escrito Guillermo Díaz-Plaja, que su autor ha sabido retroceder gustosamente desde el plano de madurez intelectual al júbilo delgado de los cancioneros, con un decir tranquilo, remansado, cristalino, propio de una poesía limpia y honda, en la que no están ausentes las tonadas populares.

Del mismo poeta hemos seleccionado ahora los siguientes poemas que su autor, como si fuese la cosa más natural del mundo, nos ha dejado en la redacción al pedirle si tenía alguna cosa con que conmemorar nuestra gesta más cimera en este número de julio. A nosotros, no obstante, no nos parece su entrega nada fácil ni frecuente. Todos sabemos de lo difícil que resulta tratar un tema tan trillado como este, en el que, por

drid, donde realiza su trabajo profesional. Su poesía se refiere a los temas esenciales de la condición humana, contemplados desde una aceptación de la realidad, a lo que ve con toda su carga de trascendencia y de misterio; es poesía serena y honda, en la que se conjugan la anécdota y la reflexión de un intelectual formado en la mejor tradición de los valores europeos e hispánicos.

Canción en Castilla recoge la experiencia de un recorrido a pie por la meseta —un “tema trillado”, pero que se resiste a consumirse literariamente, escribirá Marrero—, en donde los temas literarios y populares del viejo cancionero se conjugan con la interpretación del ser de España, realizada desde el entusiasmo y la fe en su vieja grandeza. Aunque el libro se abre con un poema de clara influencia juan-ramoniana: “Se ha parado / la brisa / en el cielo / sin cortinas / de / Castilla”, combina el cantarillo y los metros de arte menor tradicionales con los endecasílabos blancos encabalgados y el verso libre.

La evocación de su tierra canaria, de su niñez y allí y de los recuerdos familiares se halla en *Las horas encontradas*; significa un modo de conocimiento del poeta, una toma de conciencia de sí mismo y de un descubrimiento para el lector de las raíces que sustentan a Vicente Marrero. Los cinco sonetos *Con la mano en el pecho* son interpretaciones del cuadro de El Greco, en el que el poeta cree encontrar “los signos inconfundibles del alma hispana de todos los tiempos”.

Rondan los alisios, aunque se refiere en su paisaje a Canarias, significa sobre todo una interpretación de la existencia; los sonetos que dedica a la paloma expresan el símbolo de la tensión humana tal y como la experimenta el poeta. *Más allá de la paz y de la guerra* es una obra en la que se refleja un hecho histórico: la guerra civil contemplada desde un “más allá”, quizás porque Vicente Marrero no cree en la poesía política ni en la encadenada a ningún compromiso que no sea el del hombre y la belleza.

Un homenaje a Rubens, y en él a Europa, es el tema de *Viaje a carroza*, el libro, por ahora, el más querido para el poeta; también el último de los que ha escrito.

(“YA”, Madrid, 26-VI-1977)

VIII. PUNTA EUROPA

Por tratarse de un revista cultural que contó con un amplio, selecto, rico y muy significativo elenco de colaboradores y seguidores, y en una circunstancia histórica muy concreta que, con los años, ha ido adquiriendo una mayor relevancia y más atinada presentación, podría pensarse que el tratamiento de esta cuestión excede del ámbito que intencionadamente nos hemos propuesto. Quien así discurriera, erraría gravemente, pues —como he escrito en otra ocasión— una revista es mucho más que la conjugación de diversas aportaciones o tradiciones intelectuales. Es también un lugar donde conviven distintos hombres y que requiere una dirección última, un trabajo intenso para aumentar sin descanso el cuerpo de colaboradores y el de lectores, una finalidad y estrategia cultural que todo equipo debe poseer y adelantar. Marrero no fue uno más entre quienes hicieron *Punta Europa*: fue su primer director y muy caracterizado exponente y, desde conseguir que el diseño de las letras del título fueran de Ángel Ferrant o que se tuviera también en cuenta el asesoramiento artístico de Manolo Millares, cuidó con cariño, amorosamente, tanto las preocupaciones más notables y relevantes como los detalles más ínfimos.

En cualquier caso, de *Punta Europa*, dentro del terreno más específico de las revistas de su índole, se han hecho ya estudios especializados y, en buena manera, imprescindibles, como la memoria presentada en la Universidad de Navarra por Beatriz Dutor Vidal, bajo la dirección del profesor y conocido historiador don Federico Suárez Verdeguer, para la obtención del grado de Bachelor (Pamplona, 1986). También se halla en vía de publicarse, una antología representativa de la revista, de parto un tanto disfósico con estudios introductorios de Lucas Oriol y Vicente Marrero. Estos estudios, unidos a otros de índole similar y aún no publicados o a folletos como el que Florentino Pérez Embid dedicó a las *Revistas culturales de la postguerra* (Temas españoles, Madrid 1956), por poner un ejemplo, sirven para colmar de manera más satisfactoria o apropiada lo que aquí sólo apuntamos con leves indicaciones.

Para más señas, Ediciones Punta Europa, puso especial empeño en cultivar, como primer estudio sistemático, el de nuestras revistas culturales contemporáneas, a las que el malogrado Domingo Paniagua —segundo director de la revista— dedicó dos volúmenes, el segundo de ellos concluido por su viuda, la profesora Luisa Santamaría, con prólogos de Camilo José Cela, Luis Granjel, Lucas Oriol y Fernando Ponce.

Sirva, finalmente, de apretado resumen, la reproducción del suelto que con motivo de la aparición de su número 100 publicó la propia revista.

“PUNTA EUROPA” (NUM. 100): LA CARA Y LA LUZ

por Florencio Martínez Ruiz

Pienso que el hecho de ser un mero colaborador ocasional de esta revista no me priva de zurrir un ligero comentario sobre ella en la fecha siempre feliz, para una empresa editorial, de llegar al centenario. He sido lector, prácticamente total, de estos cien números y quiero aventurarme a dar una radiografía todo lo objetiva que me sea posible. “Punta Europa” nació de un “mecenazgo” y de una inquietud intelectual. En su momento y en el momento actual representa el fiel de la balanza —es decir, el envidiable tono medio— de lo que debe ser una revista de tipo cultural en nuestro país. Ni sibilina, ni aséptica, ni avanzadísima. Nació para defender desde su grupo fundacional un tradicionalismo empapado de las mejores esencias patrias, bebido en Menéndez Pelayo, Maeztu, etc. (Tradicional) no quiere “tradicionalista”. Y en este caso, debido a una confusión lamentable, la revista no siempre fue bien comprendida. Unos la llamaron revista del “Opus Dei” —dejando aparte de que el epíteto no tendría nada de peyorativo—, mientras otros la calificaron sin más de “carlista”. Y no faltaron quienes dieron con una definición de esas que son difíciles de arrancar: “Punta Europa” reaccionaria.

Mi opinión personal, concebida a través de lecturas y de asistencias a muchas de sus tertulias, se reafirma en esta concepción: pretende reflexionar, arraigada en España —en el pequeño rincón o “punta de Europa” en que le dejen—, acerca de los problemas europeos, sin complejos ni papanaterías extranjerizoides, con una mirada constante al pasado, “curva de civilización y de espiritualidad”. En sus cien navegaciones estos ideales no han sido traicionados. “Punta Europa” posee una postura definida acerca de su confesionalidad, se afirma en los ideales creados el 18 de julio —clave para comprender tantos inhibicionismos de grupos nacionales de hoy— y no esconden su cara. ¿Acertó en su “táctica” a la hora de realizar ese centenar de navegaciones?

Veámoslo despacio, porque ello supone la cruz de este comentario. A mi entender se equivocó al intervenir exacerbadamente en la polémica sobre Ortega y en la defensa a ultranza del padre Santiago Ramírez. La verdad estaba como tantas veces en el medio, aunque el “entendido” y el teólogo era el famoso padre dominico y no sus contradictores. Horia Stamatou polemizó en algunas ocasiones sin caridad y con agresividad excesiva. Y no puede olvidarse que la revista acepta unos “enemigos” desde el momento en que no los cita sino cuando tiene motivos para atacarlos. Aunque es justo reconocer que estos ataques son más generosos que el “silencio” de los “otros”. “Punta Europa” tendrá problema de diálogo o incluso de actitud. Pero hay que reconocer que se trata de una revista bien concebida de estructura, desde la “lengua de fuego” hasta los “Horizontes abiertos”, con una importantísima sección, “Actualidad social y económica”, que ha destapado a un economista como Funes Robert y un “Pliego literario” siempre codiciadísimo, muy conseguido con agilidad y buena selección. Flaquea, a mi juicio, y muy alarmantemente, las secciones críticas por aquello de que no son ni carne ni pescado. Vicente Marrero debe atender estos espacios, ya que su revista, con firmas europeas y de amplia resonancia en el extranjero, no puede fallar en algo tan aleatorio. “Punta Europa”, en su número cien, aparece no sólo granada, sino quizá como la revista cultural —no especializada— de mejor calado entre las de su género.

(El Español, Madrid, 28-XI-1964)

blicista, leyó muy recientemente su tesis doctoral, y ojalá se decida a encaminar sus pasos hacia una cátedra de Universidad, lugar en donde tiene un puesto, por sus conocimientos y por la calidad académica de muchos de sus trabajos y preocupaciones. En la actualidad trabaja en la administración española, habiendo obtenido por oposición la plaza única en España de jefe de la Oficina de Prensa del Ministerio de la Gobernación.

No es extraño que iniciemos nuestra conversación recordando la primera época de *Punta Europa*.

— Yo respondo —dice— del tiempo que la dirigí: desde su fundación en enero de 1956 hasta diciembre de 1964; ciento cuatro números en total. Hoy la hubiese pilotado con más oficio, con menos inexperiencia. Con todo fue una labor difícil, para mi inesperada, que ha de juzgarse conociendo el ambiente de aquellos años, con una ley de imprenta distinta de la actual, un ambiente intelectual bastante desdibujado y una situación política en la que fuimos de los primeros que seriamente —desde un plano intelectual se entiende— contribuimos a configurar una situación que, dentro de un estado de derecho, ha cuajado después de alguna manera en Leyes Fundamentales. ¡Cuando pienso que editoriales preparados para el primer número por Federico Silva y Alfonso Osorio, después ministro uno y subsecretario el otro, los echó abajo la censura..! Podría contar cosas por el estilo, de unas plumas jóvenes y brillantes que entonces se aglutinaron en torno a la revista.

Tenemos un recuerdo entrañable para Domingo Paniagua, malogrado cuando más prometía, y ligado a la revista desde sus comienzos. Pregunto a Marrero por esa segunda etapa de *Punta Europa*, que pilotó precisamente Domingo.

— En principio, yo no tenía nada en contra de la conversión de la revista en una especie de *News Week*, en beneficio de lo popular y en detrimento de lo eminentemente intelectual. Pero un cambio de este tipo no podía hacerse con la misma plantilla de redactores y con los mismos medios de financiación. Tú sabes que ni en la idea ni mucho menos en la realización de lo que supuso ese período de la revista (enero 66 - diciembre 67), tuve parte activa.

— ¿Crees que sería posible la reaparición de *Punta Europa*?

— Ojalá dependiese de mí. Triste, lamentable, hasta suicida... es la orfandad en que han quedado muchas ideas, substanciales a nuestro modo de ser. Ideas que se han de presentar siempre con el debido decoro doctrinal y literario, dentro de una evolución realista y homogénea, y a cuyo servicio estaba la revista.

— Tanto de *Punta Europa* como de ti —bueno, y hasta de mí— se dijo y se repitió que pertenecíais al Opus Dei.

— Cuando yo la dirigía, *Punta Europa*, adelantándose a la avalancha epistolar que sobre el particular se ha puesto últimamente de moda, insertó una carta nada menos que del Consiliario Nacional del Opus en la que se reconocía que no era una revista de la obra. Por lo que a mí se refiere, cada vez que se me presentó ocasión para ello, manifesté públicamente que nunca he sido miembro del Opus. Y así lo ha reconocido, en una carta a *The Economist*, el jefe de la oficina de relaciones públicas del Opus.

Vicente Marrero tiene fama de hombre polémico. A raíz de la obtención del Premio Nacional de Literatura, en 1955, con su *Maeztu*, una serie de ensayos, tales como

*“Cada vez que una mano
toca algún cuerpo sano o desvalido
está tocando al cielo”.*

Pero al reanudarse la charla, la poesía va a dejar paso al ensayo. Ese ensayo que Marrero parece tener últimamente un tanto olvidado.

— Yo no he abandonado el ensayo ni pienso abandonarlo. Su estado actual entre nosotros no tiene el reconocimiento de nuestra poesía, la cual, en conjunto, ofrece las mejores y más nutridas calidades literarias cuando se la compara con la que se hace por ahí fuera. Pero en importancia le sigue, a mi juicio, el ensayo. De mejor calidad que la novela o el teatro. Tuvo no hace mucho, por la índole de su temática y el modo de tratarla, un buen momento y debemos hacer lo posible para que no pierda sus buenos reflejos. El secreto de su acierto estuvo en que se pensaba y se escribía desde dentro, en constante encuentro con la raíz. De pronto, por papanatismo y, en buena medida, por ligereza de los empresarios del libro y de las publicaciones, ha invadido nuestros escaparates la más desafortada ola de pedantería y sofisticación que conoce nuestra historia. Hay ya ensayistas que son traductores de oficio. Pero ¿cómo se puede pensar desde fuera, traduciendo las palabras y no los supuestos sociológicos, culturales y religiosos de otras latitudes de espíritu muy distintas a las nuestras? Y, por si esto fuera poco, encima más ignorancia o deformación de nuestras virtudes o desaciertos y más autoflagelación hasta los linderos de la más negra escatología.

— ¿No suena eso a demasiado nacionalismo?

— No soy nada chauvinista. Pero el término nacionalista no me asusta, como parece asustar ahora a la última hornada de colaboradores de diario, que le tienen declarada la guerra. Lo que se dice del patriotismo debe entenderse igualmente del nacionalismo, aunque, a veces, confundiendo lo que no debe confundirse, se toma este nombre en sentido peyorativo. Sin tergiversaciones, nacionalismo es a nación lo que patrimonio a patria. Es más, mi tradicionalismo y, en general, mi ensayo, no va más allá de un concepto de verdad muy preciso.

— Muchas veces te he oído hablar de ese concepto del ensayo. ¿Podrías abundar un poco en él?

A Marrero parece sorprenderle un tanto la pregunta, porque le veo concentrarse, seguramente para ser preciso y llano a la hora de responder.

— El hombre alcanza la verdad más bien imperfectamente, lo que está muy lejos de significar que no la alcance de algún modo. En sus respuestas —cuando son exactas, no cuando son erróneas— hay algo que expresa una conformidad con la naturaleza de las cosas, con lo que existe. Esto ha de permanecer como conquista válida para avanzar desde ella a nuevos descubrimientos de zonas inteligibles o de aspectos inéditos de la realidad. De este particular me ocupó con más extensión en mi obra sobre el P. Ramírez, a punto de aparecer. Pero por tener el ensayo sus fundamentos en los límites de la capacidad humana de nuestra inteligencia, su sentido de la aproximación suele resultar a veces más adecuado que el habitual entre los virtuosos del sistema, para exprimir la profunda realidad. Precisamente, por lo que tiene de vivo y auténtico, aunque no vaya más allá de la aproximación. Advierte además que el ensayo de los años veinte no es el que priva hoy. Aquél se vencía más por el lado estético.

es muchas veces más que amor propio contrariado; que la verdadera alegría es vivir según la voluntad de Dios, o que donde termina la palabra empieza el canto... Saber cosas como éstas es, para mí, algo mucho más importante que la política, sin que por ello pierda ésta su significado.

Nuestra conversación se prolonga, si bien por otros cacuces. Hablamos ahora de Canarias, adonde pienso volver muy pronto: de los amigos comunes, de los bellísimos paisajes isleños, de su actual pujanza literaria y artística... Ha oscurecido. El cielo del poniente es ahora de un azul casi negro. Surgen las primeras estrellas y me dispongo a marchar. Vicente Marrero me acompaña hasta la puerta. Por la cercana autopista cruzan —veloces, las luces encendidas— autos y más autos. Y vuela sobre nosotros, tonante, la mole inmensa de un *Jumbo*, camino de otras tierras y otros cielos.

(La Estafeta Literaria, Madrid, 1-VII-1971)

IX. PUENTE HACIA EL FUTURO

Aunque no se lo propusiera expresamente —como ya se dejó dicho—, se ha ido imponiendo por su propio peso en Vicente Marrero lo que, en buena medida inevitablemente, lleva camino de sustantivarse en un afán de perennidad y también de actualidad en este mundo que le ha tocado en suerte. Sobre él, vierte el autor sin descanso lo que lleva dentro y como no puede ser por menos: por la sencilla razón de que cada cuba huele al vino que tiene.

Y si modestamente se ha resistido a acentuar, por desinterés o por elegancia, cualquier prurito de originalidad o que pudiera parecer pedante, toda esa especie de temor o de exorbitación ha tendido a desaparecer por la fuerza misma de los principios asentados, difundidos y desarrollados en sus propios escritos, que le han salido sin más a la superficie con la naturalidad con que se revela el perfil más genuino.

El trato cordial, vital y, en cierta medida, similar al que se suele mantener con los padres y amigos, se trasluce de su contacto continuo y familiar con los maestros, que ha sido —como se ha visto— gozado y no ha dejado de dar sus frutos. Algo parecido a lo que pudiera advertirse, en un orden superior de cosas, que, por ejemplo, en el campo de la oración supone la asidua lectura de Santa Teresa o San Juan de la Cruz. Tipo de comunicación con el que se trata de expresar una fácil conexión entre vida y magisterio, un trasvase fluido entre el quehacer cotidiano y el estar en presencia de quienes, en cierto modo, nos orientan y guían en situaciones muy distintas a las que conocieron y vivieron ellos, los grandes maestros.

Así, se ha visto con razón que en la vida hay un perceptible deseo de soledad, y en la soledad un clamor urgente de vida, que los buenos y grandes maestros —de atalaya en atalaya— nos ayudan a vislumbrar, solidarios todos entre sí a la hora de fomentar la ineludible comunidad humana y de transformar, inclusive, la estructura de pecado que marca a las sociedades, que también, por otra parte, cuenta con obstinados valedores. Como se ve, nada nuevo bajo el sol.

Y nada nuevo, en el fondo, por muy novedoso que nos resulte en sus apariencias, es lo que se deduce de una actitud ante el mundo en general y la existencia en particular, como la reflejada en la obra ya publicada de Vicente Marrero, que quiere estar fundamentalmente arraigada en la realidad y que aspira a enlazar con un aliento universal. Y no son otros los móviles que impulsan el más genuino afán universal de la cultura hispánica, a tono con la realización histórica de un Cristo creciente que ha de encontrar su imagen en esta tierra,

Verdad, en última instancia, que no se extingue en lo que fue sino que más bien perdura en lo que es y aun condiciona el porvenir. Por eso, la “tradicción”, con su idea de transmitir —*tradere*— lo útil y aconsejable de cada época a la siguiente, no es una idea contraria a la idea del progreso, sino, al revés, su presupuesto necesario, constituyendo también una expresión típica de lo católico: no en vano nuestra religión siempre implica en sí una constante encarnación de lo eterno en lo contingente, de lo variable en lo que sucede. Perennidad que ya se advierte en las tan aireadas y trascendentales relaciones entre inteligencia y fe, naturaleza y gracia, ser y tiempo, historia y libertad..., con hondas repercusiones en el pensamiento filosófico moderno, sobre todo en el de inspiración protestante, influido en el fondo por la posición negativa del protestantismo ante una revelación natural y, en general, ante la actitud católica, libre siempre de tales fisuras o escisiones irreconciliables y que se ha caracterizado por su comprensión más universal, luminosa, inteligente y alegre de los imponderables de la vida.

De ahí, la significación de los escollos ya aludidos a la hora de levantar el puente por el que se ha de transitar hacia el futuro que nos aguarda, inconcebible sin una madurez centrada en la viva verdad de la vida que muy poco o nada tiene que ver con la ambigüedad tan paralizante de tantos ánimos desorientados que no saben ya qué hacer, pese al mucho ruido que ocasionan.

La conclusión final se resume en dos palabras claves, no sólo de nuestro tiempo, sino de la Historia de siempre. Según se mire, dos palabras de innegable atractivo, aunque de signo inverso: rebeldía y tradición. Muchas veces, como uno de sus *leitmotiven* más corrientes, le he oído a Marrero explayarse sobre el particular, por la insistencia con que resalta la ambigüedad que tan difusamente suele rodear a estos dos términos, cuya atracción depende mucho del ángulo con que se enfoque.

No cabe duda, ha de reconocerse, que para poder entendernos en un sistema de referencias imprescindibles, tanto en un plan legítimamente tradicional como rebelde, hay algo que Marrero llama la repetición distinta de lo mismo. Una suerte de persistencia, sin la cual tanto la tradición como la rebeldía en sus acepciones más admitidas dejan de tener algo de vivificante y, por consiguiente, de atractivo en lo que se desea renovar o atacar. Así, pese a lo mucho que últimamente se ha abusado de la palabra rebeldía, como si bastase ser rebelde para ser actual o tener razón, no ha de soslayarse, por ningún concepto, que hay rebeldes que se justifican por sí mismos, en la medida en que todos, de esta o de aquella otra forma, queremos luchar contra la mentira o contra la injusticia... Y lo que de manera inequívoca puede interpretarse como un encomiable y deseable talante tradicional, ¿acaso, no toma incondicionalmente también parte en esa clase de lucha? No obstante, el mero hecho de que

Por lo pronto, en una visión llana de las cosas, lo que en el fondo se dilucida entre rebeldía y tradición, no es un problema de habas contadas. Es más, al requerir de entrada la actitud tradicional más experiencia, capacidad de reflexión y aun de sabiduría, —a diferencia de la rebeldía, más proclive a la inclinación espontánea y a derribar vallas de una forma un tanto presurosa o impremeditadamente—, podría concederse, a juzgar sobre todo por el mundo que vivimos, que la rebeldía tiene por delante, al menos en apariencias, un camino más ancho o expedito que el de la tradición. Así se tiene la sensación, todo lo epidérmica que se quiera, pero cada vez más acuciante, de que va resultando más difícil contestar o calmar a un espíritu de extendida y progresiva rebeldía. Mientras más se medita sobre ello nos va ganando la impresión o convicción de que esa rebeldía viene historicamente desde muy atrás o como sobre ruedas. El hecho es que, hoy, palabras como opresión o negación de la libertad, pasan como fáciles o muy socorridos recursos, aunque no siempre hagan gala de sólidos fundamentos. En cambio, apenas se acierta, más allá de un mudo, aunque no por ello superficial pragmatismo, con los vocablos precisos que de forma atractiva tiendan a contrarrestar esa creciente ola protesta o de rebeldía, como si todo se encaminase más y más a respetar muy ambiguas debilidades o sucesivas claudicaciones humanas, en la medida que no se acentúa de forma adecuada lo que sirve de réplica o de antídoto.

Cierto que ninguna comunidad humana puede desenvolverse sin un sentido de la autoridad, aunque sólo se admita tácitamente. Pero, ¿quién habla hoy con soltura de la autoridad, al menos como suele hacerse de la libertad?

Cierto también que el panorama, en líneas generales, no se presenta de manera tan distinta y clara que pueda hablarse de libertad y autoridad como dos compartimentos estancos. Seguramente, en muy pocas épocas como en la nuestra se ofrece un tan abigarrado entretreído de interacciones, conexiones y alteraciones de todo tipo entre ambas denominaciones. Así parece hoy predominar el signo de una ambigüedad de tal índole que el mero término lucha tiende a ser rechazado por la actual sociedad. Pero, ¿acaso, por ello, pese a que su titularidad quede en la penumbra, ha desaparecido la lucha de nuestro presente horizonte?

No es otro el contenido de uno de los apasionantes libros que Marrero tiene desde hace tiempo en su fecundo telar de escritor, *Un nombre para la lucha*, del que aquí, por lo que le oído a su autor, sólo adelanto algunas primicias de su planteamiento. ¿O es que se puede conceder impunemente —para seguir el hilo de su argumentación— que, en estos momentos por los que atraviesa la humanidad, nadie vence ni saca tajada? Los más superficialmente optimistas o ligeros de espíritu, estarían prontos a responder: la saca, en definitiva, el hombre. Y es esto, en resumen, lo que deja oír la proclama más al uso. Y,

CURRICULUM VITAE

1922. El 16 de julio nace en Arucas (Trasmontaña), isla de Gran Canaria, Vicente Carmelo Marrero Suárez, hijo de don Manuel Marrero González y doña Rosario Suárez Marrero, acomodados agricultores de la misma localidad, vinculados al cultivo y negocio del plátano. Viven tres hermanos, hijos del mismo matrimonio, habiendo fallecido en 1929, a la edad de siete años, una hermana. El 21 de julio fue bautizado en la parroquia de San Isidro de Montaña Cardones y el 22 de mayo de 1929, confirmado en la de Arucas.
- 1923-1936. Durante la época de la Dictadura del General Primo de Rivera y de la Segunda República recibe su educación primaria con las Hermanas de la Caridad de Arucas hasta que ingresa en el Colegio de San Juan Bautista de la Salle de la misma localidad, famoso en todo el archipiélago canario y regentado entonces por un excelente elenco de buenos profesores de nacionalidad francesa. Cursa en él los años de Bachillerato y se examina anualmente en el Instituto Pérez Galdós de Las Palmas.
1937. Recibe el título de Bachiller. Desde poco antes, en los confines de la guerra española —que le sorprendió veraneando en la playa de Las Canteras (Las Palmas)—, apenas cumplidos los catorce años, figuraba ya en “el centro” de la Juventud Católica de Arucas, del que llegó a ser presidente, habiéndose alistado también en el Frente de Juventudes. Desde muy temprano, sin embargo, tuvo ocasión de vivir muy de cerca los problemas que agitaban internamente a la España que se batía en los frentes, llegando a ser expulsado del Frente de Juventudes, para ser, en breve, readmitido tras su apelación a la Junta Nacional de Burgos.
- Formado por excelentes maestros de juventud y por celosos sacerdotes, era ya, en aquel ambiente de encendido idealismo propio de aquellos años, un conocido orador juvenil, consagrado nada menos por los elogios aparecidos en la prensa local de obispo de la diócesis y extraordinario orador, monseñor Pildain, al que siempre guardó un gran cariño y una fervorosa adhesión.
- Durante ese año hace su primer viaje, en la bodega de un barco, a la Península con el Frente de Juventudes, con el fin de asistir a una gigantesca concentración que se celebró en Valladolid. Desembarca en La Coruña y, tras un largo recorrido por el interior del país en aquellos trenes de los años de nuestra guerra, regresa desde Cádiz a su isla.
1939. Abiertas las Universidades, ingresa en la de La Laguna, donde, con los episódicos cursos intensivos aprueba los dos primeros años de la Licenciatura de Derecho.
1940. Traslada su matrícula a la Universidad de Salamanca, en la que se licencia en 1941.
1941. Tras licenciarse cursa en Madrid los estudios de Doctorado de Derecho, donde se encuentra con buenos compañeros, algunos de los cuales, andando los años, alcanzarían gran relevancia en la vida nacional.
1942. Figura en la primera promoción de alféreces de la Milicia Universitaria (IPS).

1956. En enero se publica el número 1 de la revista "Punta Europa", de amplia proyección nacional, y figura como director de la misma. En ella colaboraron figuras de extraordinaria calidad, habiendo dibujado expresamente para ella las letras del rótulo Ángel Ferrant, colaborando como asesor gráfico su paisano Manolo Millares.
1957. Recibe una ayuda del C.S.I.C., Instituto Balmes de Sociología. Interviene en el diálogo sobre el libro de Camón Azanar *Picasso y el cubismo* en el salón de actos del Instituto de Cultura Hispánica, organizado por la revista "Cuadernos Hispanoamericanos", en el que también tomaron parte Gerardo Diego, Díez del Corral, Lafuente Ferrari, Gaya Nuño, Luis Rosales...
1958. En enero dirige también el número 8 y último de la revista "Reino", también con la valiosa colaboración gráfica de Manolo Millares, aunque no logra sobrepasar la crisis interna que padecía aquel grupo monárquico, pese a estar preponderantemente fomentado por los "Amigos de Maeztu".
 Por estas fechas, Vicente Marrero es ya colaborador de importantes diarios nacionales, solicitado como conferenciante y, además viajero por diversas partes del mundo. También por esas fechas ha sentido hondamente el impacto con que los Célebres Cursillos de Cristiandad marcaron a nuestra sociedad de entonces, en los que tomó parte activa.
 Según le he oído contar a Vicente Marrero, conserva como uno de los recuerdos más gratos de esos años haber figurado adscrito a la Dirección General de Información, con una bonificación irrisoria, como encargado de recibir a los conferenciantes extranjeros invitados por el Ateneo de Madrid y acompañarles en su visita a nuestro país. Igualmente, por sugerencia del Director General de entonces, Pérez Embid, hizo gestiones oficiosas acerca de Picasso, instalado aquel año en Vaullauris, acerca de sus relaciones artísticas con la Administración Pública de entonces, habiendo publicado en "Informaciones" (20-III-1954) la primera entrevista aparecida en la postguerra entre nosotros, si bien el texto estuvo retenido durante tres meses por la censura de prensa de aquellos momentos.
 En ese mismo año 1958 conoce también al P. Santiago Ramírez, del que sería gran admirador y amigo, volcando la revista "Punta Europa" en su defensa tras la campaña tan sintomática de que había sido objeto por sus famosos libros dedicados a Ortega y Gasset y al llamado orteguismo católico.
 Asiste como invitado al *Katholikentag de Bochum* (Alemania). Invitado por el Gobierno Alemán visitará en 1961 el Muro de Berlín, dando con esta ocasión una conferencia en la Universidad de Munich. En 1963 participará también como conferenciante en el *Incontro romano de la cultura*.
 Recorre como invitado en dos cruceros el Atlántico, visitando por primera vez América: el Caribe y Centro América. Posteriormente, en 1964, visitará también Norteamérica con motivo de la *New York World's Fair*.
 Interviene en el ciclo internacional de la Universidad de verano de Santander y en el plan para Ateneos y centros culturales de provincias.
1959. Obtiene el "Premio 18 de julio 1959", por su libro *El enigma de España en la danza española*. (Edición ampliada de *El acierto de la danza española*).

1976. Trata de hacer frente a la grave situación económica por la que atraviesa la hacienda familiar, de la que vivía un tanto apartado y confiado en la gestión de sus hermanos, por lo que prolonga e intensifica sus viajes y estancias en su isla.
1982. En el programa *A fondo* de T.V.E. de Canarias, dedicado a los canarios ilustres, fue objeto objeto, el dos de mayo de una larga emisión, entrevistado por Soler Serrano.
1984. Es nombrado profesor titular u ordinario de la Universidad Complutense.
1985. Pide la excedencia voluntaria como funcionario del Ministerio del Interior.
1986. Con motivo de la edición de su *Picasso y el monstruo* por la editorial de la Universidad Complutense, anuncia en la solapa la publicación de otros libros terminados sobre el mismo artista, fruto de la labor de la docencia y los seminarios de su Facultad.
- En el mismo año, en Munich y en el palacio de Eiferding (Austria), estrecha sus relaciones con el equipo director de la *Liga Europa*, que había tenido en Romano Guardini a uno de sus más caracterizados cofundadores.
1988. Ya jubilado como profesor, recibe de manos del Rector de la Universidad Complutense la Medalla de servicios prestados a la Universidad.

LIBROS

Ensayos sobre arte

- Picasso y el toro* (2ª ed., Ediciones Rialp. 162 págs. 16 láminas, traducido al inglés. Regnery (Chicago), y al alemán Glouk und Lutz (Nürenberg).
- El enigma de España en la danza española* (nueva versión, 1959). Premio 18 de Julio, 1959. Ediciones Rialp, 326 págs., 18 láminas.
- La escultura en movimiento de Angel Ferrant*, 1954, Ediciones Rialp, 115 págs., 32 láminas..
- La correntí delle estetica spagnola negli ultimi anni*, en la obra "Momento e problemi di storia dell'estetica", Marzorati, Milán, 1959, 90 págs..
- Nuestro Rubén* (premio Centenario Rubén Darío, Sao Paulo, 1967). Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1970, 136 págs..
- Picasso y el monstruo. Una introducción*. Editorial de la Universidad Complutense, 1986, 222 págs..

Biografía y pensamiento

- Maetzu* (Premio Nacional de Literatura, 1955). Ediciones Rialp, 755 págs., 8 láminas (agotado; 2ª edición, en preparación).
- Guardini, Picasso, Heidegger* (tres visitas). 2ª ed., 1959. Ediciones Punta Europa, 30 págs.
- El Cristo de Unamuno*, 1960. Ediciones Rialp, 274 págs.

- L'énigme de l'Espagne dans dans la danse*, en "La Table Ronde" (París) n° 144, diciembre 1959, págs. 134-141, trad. de Mathilde Pomés.
- La seconde patrie de Camus*, en "La Table Ronde" (París) n° 146, febrero 1960, págs. 144-153, trad. de Francois Goudrand.
- Panorama des Arts Plastiques contemporaines*, de Jean Cassou, Gallimard, París 1960, págs. 281-282.
- La destra spagnola negli ultimi anni*, en "La Destra" (Roma), enero 1973, págs. 15-29.
- Sei Klein Quijote*, en "Homo ludens", año 1959, págs. 28-30.
- Die Kanarieschen Insel, Weicher teppich aus reinsten Grún*, en "Marian".

PROLOGOS

- La democracia en el mundo moderno*, de Friedrich Heer, Rialp, Madrid 1955.
- Vázquez de Mella: su vida y su obra*, de Manuel Rodríguez Carrajo, Ed. Revista Estudio, Madrid 1973.
- Temas-clave de humanismo cristiano*, de Victorino Rodríguez O.P., Speiro, Madrid 1984.
- Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, Librería Huemul, Buenos Aires 1986.

PROLOGOS Y OTRAS PUBLICACIONES CANARIAS

I

- Siete entremeses de Pepe Monagas*, de Pancho Guerra, Ediciones de la Peña Pacho Guerra, Madrid 1962, reeditado en sus Obras Completas, Plan Cultural de la Excm. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, Las Palmas 1976, dirigida por don Agustín Millares Carló, y en otras reediciones posteriores. Esta edición de los *Siete entremeses...*, gracia a las valiosísimas aportaciones de nuestro insigne filólogo, ya fallecido, Miguel Santiago, cuenta con la transcripción filológica más cotizada del habla popular de las islas.
- Pepe Monagas: Literatura popular*, Estafeta Literaria, n° 282-83, 1964.
- Anecdotas de Gran Canaria*, de José Benítez Bravo de Laguna, Premio Ramón Roque, Ediciones Peña Pancho Guerra, 1967.
- El Mayorazgo de Arucas*, de Francisco Caballero Mújica, Ediciones de la Casa de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Arucas, 1975.
- Evocación y memoria de un paisaje*, de Francisco Rodríguez Batllori, Madrid 1978.
- Album de autógrafos*, de Francisco Rodríguez Batllori, Fundación de la Mutua Guanteme, Las Palmas 1986.
- La fundación social del heredamiento de aguas de Arucas y Firgas*, de Elías Rizkallal Santana (en prensa).

Proyección internacional de la danza española, en "Mundo Hispánico", n.º 298, enero 1973.

Introducción a los escritos de Maeztu, en *Obra de Ramiro de Maeztu*, Editora Nacional, Madrid 1974, págs. 11-56.

Tomás de Aquino, poeta (Reflexiones sobre una teoría de la comunicación), en *Comunicación y sociedad*, Homenaje al profesor D. Juan Beneyto, Editorial de la Universidad Complutense, Madrid 1983.

Ortega, Picasso y los complementarios, en *Estética y creatividad en Ortega*, Volumen de homenaje a José Ortega y Gasset en el centenario de su nacimiento, Sociedad Iberoamericana de Filosofía, Reus, Madrid 1984.

El Congreso de escritores y artistas y la luna de Valencia, en "Verbo", n.º 257-258, julio-agosto-septiembre 1987.

ARTICULOS DE PERIODICOS (NOTAS PARA UNA SELECCION) ⁽¹⁾

Renunciamos, porque resultaría muy extensa, a presentar una lista exhaustiva de sus artículos aparecidos en diarios como "ABC", "Ya", "Arriba", "Informaciones", al igual que antes hemos evitado presentar una lista completa de sus ensayos de revista.

En ocasiones, Vicente Marrero ha llevado periódicamente secciones, como la crónica cultural de la revista "Arbor", o la tercera página de "Informaciones", o la crítica de danza en este mismo diario.

Es cierto que, muchas veces, estos artículos han pasado a formar parte de su obra publicada en forma de libro. Pero no siempre, ni mucho menos, ha sido así. Hay series enteras de artículos dedicados, por ejemplo, a la gran literatura o a la política realista, que, sin embargo, no han adquirido todavía una notoria reelaboración posterior en forma de libros.

Por otra parte, son varios los artículos consagrados a Guardini, Maeztu, P. Ramírez, Picasso, o la danza o a las procesiones, etc., en los que desarrolla —sin repetir— ideas que ha expuesto en algunos de sus libros.

Finalmente, otro aspecto que merecería capítulo aparte es el de los artículos polémicos o el de sus prólogos en la edición de las obras de Maeztu, que, como tales, tienen entidad aparte.

(1) Como en la nota anterior, creo que ha de tenerse en cuenta, especialmente, algún que otro artículo como el de "Sin hipérbole y sin hiperborrea", en que comenta directa y abiertamente las declaraciones de Karl Rahner que se publicó en "Arriba" el 14-IV-1974; amén de otros como los muchos dedicados a Maeztu con motivo de las distintas efemérides conmemorativas, entre los que citaré el muy significativo "Maeztu", Antonio Machado y el Nacional-catolicismo publicado en "ABC" el 4-V-1974.

- ASIS, María Dolores B.: *Antología de poetas españoles contemporáneos*, Tomo II, pág. 161, Madrid 1977.
- BANDERA, Armando: *Presentación del libro El P. Arintero y Ramiro de Maeztu*, Salamanca 1986.
- BASTIT, Michel: *Santiago Ramírez, su vida y su obra*, en *Archives de Philosophie du Droit*, tomo 22, Sirey, París 1987.
- BENITO, Angel: *Alma y danza de España*, en “Nuestro Tiempo” (Pamplona), n.º 63, septiembre 1959, págs. 362-372.
- BEUTLER, Werner: *Picasso und der Stier. Über der Verfasser*, Nürenberg 1957 (traducido en “Punta Europa”, n.º 15, marzo 1957, págs. 114-120).
- BLEIBERG, Germán: *Picasso y el toro*, en “Clavileño”, julio-agosto 1952.
- CANO, José Luis: *Los cuadernos de Velingtoria. Conversaciones con Vicente Aleixandre*, Seix Barral, Barcelona 1986.
- CEPEDA CALZADA, Pablo: *Reflexiones sobre la estabilidad política ante la compleja alma hispana*, Fomento de Cultura, Valencia 1969, págs. 28-42; 124-132.
- CIERVA Y DE HOCES, Ricardo de la: *Cien libros básicos sobre la guerra española*, Publicaciones Españolas, Madrid 1966, págs. 159-161. *Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*, Madrid 1967, págs. 423 y 713.
- COLLIGITE: *La unión de los intelectuales católicos*, n.º 25, vol. VIII, 19-61.
- DIAZ, Elías: *Pensamiento español 1939-1973*, Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid 1974, págs. 134-140.
- DONNELLY, J.P.: *Puntos de vista españoles sobre la guerra civil*, en “The Month”, Londres, diciembre 1963 (traducido en el Boletín de Información y orientación bibliográfica n.º 2, febrero 1963, págs. 29-31).
- ELIAS DE TEJADA, Francisco: *El poder entrañable*, en “Anales de la Universidad Hispalense”, año XII, N.º III, Sevilla 1951, pág. 68.
- FERGOLA, GABRIELE: *Ramiro de Maeztu: Obra*, en “La Destra” (Roma), diciembre 1974.
- FERNANDEZ DE LA MORA, Gonzalo: *Pensamiento español 1964*, Madrid 1965, págs. 151-156.
- FOLLARI, Rodolfo S.: *La Hispanidad en Ramiro de Maeztu*, “Idea/Imágenes”, suplemento cultural “La Nueva Provincia”, Bahía Blanca, n.º 129, 20-XI-1986.
- FOX, Inman: *Ramiro de Maeztu y los intelectuales*, en “Revista de Occidente” (Madrid) n.º 51, junio 1967, págs. 369-377.
- FROAD, Douglas W.: *Ramiro de Maeztu y el fascismo*, en “Historia”, año IV, n.º 37, págs. 106-116.
- GALVAO DE SOUSA, José Pedro: *Un aspecto da propaganda: o controle dos cerebros*, en “Convivium” (São Paulo), enero-febrero 1963, págs. 32-43.
- GAMBRA, Rafael: *La polémica sobre Ortega como símbolo*, en “Nuestro Tiempo”, n.º 61, julio 1959.

- SOUTHWORTH, Herbert R.: *El mito de la Cruzada de Franco*, Ruedo Ibérico, París 1963, págs. 81-97 y 169-180.
- USCATESCU, George: *El tiempo de Ulises*, Editora Nacional, Madrid 1963, págs. 199-203.
- ZULETA, Enrique: *América en el pensamiento de Maeztu*, en “Atlántida”, nº 14, marzo-abril 1965.

INDICE

PAGINA

PROLOGO	9
INTRODUCCION Y SELECCION DE RESEÑAS	15
I.— LA PERSONA	15
Francisco de Cośío (16), Germán Lópezarias (16), Francisco Aguilar y Paz (17), Francisco Umbral (20), Hebrero San Martín (21).	
II.— SU OBRA DESDE SU PRIMER LIBRO PICASSO Y EL TORO (1951) Y OTROS DEDICADOS AL ARTE	23
Luis Trabazo (24), Rafael Vázquez-Zamora (25), Luis Rey Altuna (27), Werner Beutler (28), Germán Bleiberg (31), Rafael M. de Hornedo, S.J. (32), Domingo Paniagua (33), Melchor Fernández Almagro (34), Carlos Luis Alvarez “Cándido” (36), Rafael Vázquez-Zamora (37), Juan Plazaola, S.J. (39), Constantino Lascaris Comeno (40), Angel Benito (41), Néstor Alamo (42), José María García Escudero (44), Diego Belalcazar (45), J.A. Gaya Nuño (45).	
III.— MAESTROS Y OTRAS FIGURAS SEÑERAS	47
José María Pemán (48), Carmen Bravo Villasante (50), Melchor Fernández Almagro (51-52), Lorenzo Gomis (54), Nicolás González Ruiz (56), Julio Irazusta (57), José María García Escudero (59), Carlos Luis Álvarez (Cándido) (59), Rafael Morales (61), Manuel G. Cerezales (62), Francisco Umbral (63), José M. Millás Vallicrosa (64), Lucio Alamo (66), Fr. Santiago Ramírez (66), Carlos Luis Álvarez (Cándido) (67), M. A. Galindo (68), Lamberto de Echeverría (70), G. Perini (72), Michel Bastit (72), Gabriel de Armas (73), Federico Carlos Sáinz de Robles (74), Arturo de Villar (75), J.L. Vázquez Dodero (76), Emilia de Zuleta (77), Jaime Delgado (78), Alfonso Paso (79), Alejandro Fernández Pombo (80), J.L. Vázquez Dodero (80), Leopoldo Rodríguez Alcalde (81).	
IV.— LA TRASCENDENCIA DE UN MAGISTERIO TRINITARIO.....	83
José Julio Perlado (86), A. Hermenegildo (87), Federico Carlos Sáinz de Robles (87), Enrique Zuleta Álvarez (88), Rafael Vázquez Zamora (89), Conde de Ruiseñada (91), Joaquín Arrarás (92), “Gaceta Complutense” (93), Manuel Cerezales (94), “ABC” (95).	
V.— INTRODUCCIÓN A SU PENSAMIENTO POLÍTICO.....	97
Victoriano Cremer (98), Gonzalo Fernández de la Mora (99), Manuel G. Cerezales (100), Francisco Elías de Tejeda (101), Alfredo Kindelán (102-103), Lamberto de Echevarría (105), Nazario González, S.J. (106),	

DOCUMENTACION GRAFICA

mundial. No tengo, por tanto, y por lo demás, ni que subrayar lo que, en el posible acierto de la caracterización, se debe a las sugerencias del propio Marrero, pues, en última instancia, ha sido él quien ha desbrozado mucho terreno y disipado alguna que otra neblina.

Llámesese como se prefiera, intelectual o con otro nombre, su dedicación no tiene por qué extrañar en quien, desde temprana edad, había aceptado la disciplina del estudio. Pero a la par de esta innegable devoción suya por el cultivo de la inteligencia en su campo más específico, se advierte en Marrero, y también desde muy temprano, una paralela devoción hacia lo más popular que tiene su clave en el empeño —un tanto natural o ambiental— por aceptar esa veta que toca lo más sencillo. Todo acercamiento a la obra de Marrero deberá, pues, participar de ese sentido humano y nada pedante.

En cualquier interpretación, a juzgar sobre todo por el carácter y los meros títulos de muchas de sus publicaciones, su pensamiento o, si se quiere, su dialéctica y su estilo, se desarrollan —por este o por aquel otro motivo— con un esmerado sentido de la precisión y aplicación ante la realidad actual. Riqueza perceptiva con base fenomenológica que, por ningún concepto, da de lado a los principios más teóricos, poéticos e inclusive místicos, sino que sólo los presenta de otra forma distinta de la que suele ser habitual. Y esto, justamente, por su sentido de la realidad con un innegable trasfondo de lo concreto y de lo radical, con hombres y obras —en especial las más cotizadas artísticamente— que buscan y preguntan. Base de una reflexión y de una experiencia nada reñidas —sino todo lo contrario— con las vías tradicionales de más reconocido valor, aunque enriquecidas con tintes y matices muy de nuestro días.

Por más señas, esta temprana dedicación a materias que exigen una más esmerada y aun académica percepción de lo concreto se advierte ya desde los años formativos de su estancia en el ambiente universitario del Friburgo alemán, años en los que se decide de forma más perfilada su vocación, según me ha confesado en alguna ocasión el propio Marrero.

Hecho tan singular creo que ha de señalarse debidamente, sobre todo cuando ha de valorarse en todas sus consecuencias el esfuerzo desplegado por Vicente Marrero en los diversos campos de su actividad con ánimo de bordear los peligros de un irracionalismo, tan a la page hoy, aunque se reconozcan en él sus remotas fuentes románticas. Dicho de otro modo: aun cuando se trata de huir de una forma lógica global con el legítimo afán de comprender —de manera más integradora y hasta humanamente más sabia— la relación entre el concepto y la acción, no hay por qué acudir a ninguna inclinación irracionalista. Por eso, su actitud más básica no parte de una mera abstracción teórica; se halla más bien dispuesta a fomentar su sentido de la realidad en el amor, en tanto que ilumina las múltiples relaciones de esa realidad con una percep-

Además de las introducciones respectivas de cada capítulo, con los datos apretadamente reseñados en el curriculum vitae y en la bibliografía que adjunto al final de este volumen trato de aportar una visión más conjuntada, sirviendo al designio de presentar el perfil de la labor de Vicente Marrero de modo más completo o de una forma menos desdibujada y más a tono con lo que, en suma, he creído ver en ella.

M.A.

UN HOMBRE QUE SABE PENSAR Y VIAJAR

por Francisco de Cossío

Me acompaña en este largo viaje un escritor que sabe pensar, escuchar y viajar. ¡Cuánta es su pacencia para escucharme a mí, que me produzco, aún más que pensando y escuchando, hablando! Reconozco este defecto mío, que puedo llamar peripatético, y no sólo por seguir las doctrinas de Aristóteles, sino por lo que esta, palabra, en sentido figurativo, tiene de extravagante, en sus dictámenes y máximas.

Vicente Marrero, que este es el nombre de mi acompañante, es un joven serio en sus principios y exacto en sus palabras. Sus reservas de silencio son siempre elocuentes, y, a pesar de saber muchas más cosas que yo, pese a su juventud, me escucha con paciencia, tiene silencios sustanciosos y me llama, con respeto, don Francisco. Como no nos conocíamos personalmente, creo que, a lo largo de este viaje, terminará llevándome la contraria, en muchas opiniones, y llamándome de tú.

Marrero, premio nacional de Literatura en 1955, dirige en Madrid la revista *Punta Europa*, ha respirado aires de Europa y pertenece a esa juventud militante que somete el pensamiento sobre los más varios temas de nuestros días a una sólida cultura.

Mas no es el momento de trazar su silueta de ensayista y pensador, para quedarme en lo que me interesa más, en su calidad de acompañante y amigo, en sus cualidades humanas, en su sonrisa siempre abierta, en su cortesía y en su ponderación. Un buen compañero, en suma, para navegar junto a él, y todo esto matizado con su acento canario, tan acorde con las palmeras, tras de cuyas hojas se transparenta el mar, como un presentimiento de los verdes y los azules tropicales.

Buen amigo, en suma, de viaje, el que me ha deparado la suerte. Las amistades de los barcos nacen, se desarrollan y mueren con la misma despedida de la llegada. Con Vicente Marrero voy y regreso. Y, al despedirnos en la llegada, podré decirle: “Hasta luego”.

(Pueblo, Madrid, 9-IV-1963)

LA GRAN VIA SE RIE

por Germán Lopezarías

Vicente Marrero, el escritor que siempre está escribiendo, necesita estar fumando sin parar. Dos cajetillas de tabaco canario caen al día. Vicente empalma un cigarrillo con otro mecánicamente. El asegura que apenas se da cuenta cuándo los enciende. Y un día:

— Yo estaba escribiendo. No sé dónde dejaría el cigarrillo. Se me prendió fuego la mesa. Se prendió también una cortina. Seguí escribiendo sin darme cuenta, hasta que alguien lo advirtió...

Esto ocurrió cuando Vicente Marrero vivía en Pinar, 21, en la residencia del Consejo Superior de Investigación Científicas. Pero ahora sigue igual. Dice:

— Necesito fumar para escribir. Por eso, tal vez, mi hora inspirada sea cualquiera. Basta con que encienda un cigarrillo...

(El Alcázar, Madrid, 1959)

tra esta capacidad de silencio, que en nuestra tierra, se llama despectivamente “alegador” a quien se desangra en palabras, sin decir nada. (Este puede ser mi caso y representarlo en este momento). El silencio cuando habla no desangra la palabra, sino la consagra. Habla cuando tiene que decir algo, si no, calla.

Los que conoceis a Vicente Marrero, sabeis de sus silencios, en los que se ensimisma. Es cuando huye a su paisaje interior, un paisaje interior dormido, en el que hay que andar sin ruido. Es como la canción de cuna canaria, preludio del silencio.

Y junto a ese silencio de la pasión mediatubunda, la mirada que es como la cara, espejo del alma, queda perdida en el aire vacío. Los párpados semicerrados, como si todavía les deslumbrase la intensa luz que dora el paisaje y lo enciende en fuego vivo, de nuestras islas. Así Vicente Marrero, con su mirada que le hace lejano, como si se hundiera en un pozo de misterio.

La tercera nota es la del cansancio. La del suave cansancio. No la cansera de Vicente Medina, desesperada. Sin la cansera que se produce en un clima ideal. Cuando todo está quieto y tranquilo, “quieto el humo de la villa, quietas las voces de los perros” recordando el verso de Leopardi, cuando uno quisiera unirse al infinito cansancio de las cosas. Toda invita al descanso. Todo desfallece de tanto vivir. Cansancio no físico, no psíquico, sino espiritual. No consecuencia de un esfuerzo sino conNATURAL; CON UNO MISMO. Ese cansancio que es como una dulce llamada a no hacer. A dejar hacer. Y del cual se retorna con nuevas energías. Debe ser un sentimiento análogo al “cafard” del desierto. Un anhelo de fundirse con la tierra. Un anhelo de algo que se desea, y que no se sabe que es. En Vicente Marrero, se da igualmente esta manera de cansancio. Ese gesto de abandono, que contrasta con su energía.

La cuarta nota es, consecuencia de las anteriores, la ausencia de la prisa. El canario no tiene prisa. Bebe su vida a sorbos. Sabe que a la vuelta del camino no hay nada nuevo, para qué apresurar el paso. Lenta la palabra, lento el gesto, lenta la andadura. Esta ausencia de prisa la llaman los que nos entienden “aplatanamiento”. No, el canario es hombre de acción. Pero no de escandalosa acción. Es hombre de acción contemplativa. Ese tiempo “lento” lo percibimos hasta en Pérez Galdós. En su obra, en el ritmo de la acción, hay un no sé qué de esencia canaria. En su estilo. Por esta razón el canario nunca dice sí o no a las cosas, a los hechos, a las preguntas. Siempre dice: veremos, quizás. Cuenta naturalmente con el tiempo. No tiene prisa quiere decir que hay que hacer la obra bien hecha. Y este es el quehacer de Vicente Marrero. Al parecer no tiene prisa y por eso llegará lejos.

Andante. Hemos hablado de andante, de andadura. Una personalidad es más interesante para nosotros, por su andadura que por su “vividura”. Así el caballero D. Quijote de la Mancha, que vive a compás de su andadura.

Y la andadura de Vicente Marrero es conocida. Infancia y adolescencia en Arucas. Arucas es aquella parte de la Isla de Gran Canaria, en que inciden la montaña, el llano verde y el mar que se adivina allá a lo lejos. En Arucas se trezan esos primeros ritmos, en los que queda prendida luego la vida. En Arucas, con la piedra de Arucas, hecha geometría, se levanta la que llaman Catedral de Arucas, un templo gótico que es símbolo de universalidad y de cultura, de ideal religioso en una isla barroca, dionisiaca. Un templo cuya arquitectura es anterior al nacimiento de las Islas, a la cultura

como hace el entomólogo con sus mariposas. Con un letrado que ya le sitúa definitivamente, y le encasilla. Vicente Marrero no es fácil clasificar. Va desde Velázquez a Picasso o Ferrant. Desde Guardini a Heidegger. De Maeztu a la sensibilidad hodierna de un Trust de Cerebros.

Nosotros hacemos votos, porque Vicente Marrero, encuentre, sin prisa, el lugar que le corresponde, no por favor sino por merecimiento. Un lugar, en el que su trabajo logre la atención inteligente que merece. Y para empujarle en su andadura, el Hogar Canario de Madrid, le entrega mis tranquilas palabras. Para “consolidar”, si ello fuese posible, aunque no sea, creemos, necesario, su fe de “clerc” en la pura inteligencia, y en el más noble sentido de la palabra, de mis palabras.

(La Tarde de Tenerife, 10-II-1968; Diario de Las Palmas, 24-II-1968)

EL TIEMPO Y SU ESTRIBILLO

por Francisco Umbral

AYER pasó por nuestra ciudad Vicente Marrero, un intelectual católico de singular personalidad. Dió una conferencia en el Círculo Medina fijando lo que debe ser la posición del escritor actual que aún defiende en el mundo unos valores fundamentales. Marrero es director de la revista *Punta Europa*, una revista de pensamiento que —casi en solitario— mantiene en España el difícil reducto de la intelectualidad católica, cuando en el mundo intelectual está en baja lo católico y el catolicismo recela de los intelectuales. Todo ese sutil equilibrio, está en la obra y la persona de Vicente Marrero.

Sorprende, en la provincia, que un escritor tan explícitamente católico, nos venga diciendo que las minorías cultas del mundo han dejado atrás la cultura cristiana, y que la culpa es nuestra, y no hay sino luchar y ponerse al día. Si la batalla social empieza ahora a darla el catolicismo, la batalla intelectual, sólo grupos tan singulares como el de *Punta Europa* la intentan aquí y fuera de aquí. Sorprende en la provincia, ya digo, y casi asusta, saber que el mundo de hoy, que la literatura más actual no piensa en cristiano. Y lo que es peor, que no parece fácil aglutinar unas minorías católicas, coordinar una baza, jugar una pieza de la importancia de las que juega el adversario.

Me dice Marrero que el católico, por equivocada buena fe, le basta, parece bastarle, haberle bastado siempre con buenas intenciones y buenos principios. Pero hay que despertar a la acción intelectual, como a la acción social, y hacer nuestro el poder del pensamiento, que, según cita de Marrero, cuando no es aliado del espíritu, se convierte en su peor y más temible enemigo. Y para eso escribe él, para eso viaja y da conferencias y dirige revistas. En acusación de nuestra inactividad de católicos, en denuncia de la necesidad de agruparse y repensar. Y qué bien le viene a la provincia esta lección. Cómo necesitamos aprender que no basta con tener la verdad y la razón, sino que, por eso mismo, debemos hacer el esfuerzo intelectual, secundando a esas minorías en su enfrentamiento con doctrinas, filosofías y negaciones. Tan minorías, que a veces son un sólo hombre.

(Radio León, 26-IV-1960)

hasta *Picasso y el monstruo* (Editorial de la Universidad Complutense, 1986), pasando por las ediciones de otros libros no menos significativos sobre la danza o la escultura en movimiento de Angel Ferrant.

MAS ALLA DE LA PINTURA

por Luis Trabazo

Estos días he leído un libro sobre Picasso que me ha parecido una de las interpretaciones más inteligentes, sencillas y profundas de cuantas se han publicado sobre ese grande y a menudo mal comprendido artista español. Lo característico de ella es que, sin dejar de atenerse estrictamente al orden pictórico, el autor va sin embargo, más allá de la pintura. Y para bien: ir más allá de la pintura es, en realidad, la única manera posible de no traicionar la pintura al propio tiempo que la verdad.

Sobre pintura acostumbra a escribirse de una manera superficial y a veces boba, atendiendo principalmente a los accidentes, a la corteza más gruesa, y dejando en el olvido más absoluto la sustancia íntima de la obra, que es, en definitiva, la realidad espiritual de su autor, lo que se propuso su autor. Pues, en arte sobre todo, lo que cuenta en primer lugar, son las intenciones y, secundariamente, los resultados. Lo que importa principalmente es determinar aquello por virtud de lo cual la obra se engendra, pues sólo calando hasta el “hueso” resulta posible luego, diagnosticar a su vez el éxito o el fracaso, el mérito o la insignificancia de lo producido.

Todo cuanto hay de “manifestado” en una obra de arte es la consecuencia de una selección previa del espíritu que, precisamente en ese acto de selección pone de relieve su más peculiar y genuina naturaleza. Lo que más interesa, pues, cuando se analiza una obra de arte, es dilucidar esa visión universal del mundo y de la realidad que tiene el hombre al mismo tiempo que el artista.

Picasso, aparte de las meras “opiniones” expresas y aparte también de ciertas tendencias más o menos efímeras a las que haya podido eventualmente rendir culto, posee, en cuanto hombre y en cuanto artista (los dos forman siempre una sola pieza) una “*imago mundi*” característica, de la cual, en último extremo, procede su pintura y todo su arte.

La toma de contacto con la intimidad de una obra, es decir de un artista, cualquiera y su congrua valoración, constituye invariablemente, por parte del espectador, un acto de interpretación. Siempre que contemplamos una obra de arte no hacemos sino interpretar.

Lo único que puede pedirse a la interpretación, acto personalísimo y libérrimo, es que sea clara y coherente consigo misma, lógica y exenta de caprichos.

Lo que a mí me ha sorprendido en ésta de Vicente Marrero Suárez, es su rigor dialéctico inflexible —tal vez demasiado sistemático— una vez sentadas las premisas fundamentales. Para este joven y sagaz escritor el arte de Picasso significa antes que nada una actitud ante la vida que, quiérase o no, viene a resultar de la más pura estirpe española. Picasso —nos dice— odia hasta la raíz lo que nuestra época tiene de mecani-

al tema y con arranques de auténtica poesía pictórico-simbólico-aurina. *Picasso y el toro*, de Vicente Marrero Suárez —joven intelectual canario— es un magnífico ensayo que nos enseña mucho sobre uno de los más grandes pintores de todos los tiempos. En efecto, aunque el toro sea sólo uno de los aspectos de la pintura picassiana, todo lo que dice Marrero en torno a ese tema nos aclara el complicado mecanismo espiritual que produce esas combinaciones de líneas y colores que, generalmente, nos dejan estupefactos.

En la primera parte de este primer volumen de la “Colección Esplandián”, el autor expone sus ideas sobre la significación mítica del “animal misterioso, enigma con cuernos”. Usted, lector, va a la plaza y presencia las evoluciones del toro con una absoluta indiferencia por la inmensa cantidad de historia, de simbolismo y de esencias que el animal lleva adheridas a sus cuernos. Hasta Picasso, el arte se entretenía en recoger las minucias de este animal y de su vida. Picasso se ha fijado en lo fundamental. No ha visto los toros, sino el Toro, y le ha dotado de valores que seguramente no posee el cornúpeto, pero a los mitos no hay que buscarles las pequeñas exactitudes. Los mitos deben ser agigantados para que todo el mundo los vea, los adore o los tema.

En el segundo capítulo de la primera parte, Marrero nos habla lúcidamente de la interpretación ritual de la corrida: el traje de luces, cortarse la coleta, las capillas taurinas con sus cabezas de toro, la vuelta sideral al ruedo, las supersticiones, la innumerable cantidad de frases taurinas que han pasado al habla corriente con un sentido vitalísimo... Luego, la actitud del cristianismo ante la Fiesta. Para la visión cristiana, el hombre tiene dentro de sí un ángel y una bestia, un caballero y un caballo, un lidiador y un toro. El hombre se vence a sí mismo cuando el hombre-ángel vence al hombre-bestia. Todo esto nos lleva como de la mano a la visión que del toro tiene Picasso, porque no sería posible entender ésta sin colocar antes al toro en ese tercio trascendental donde va a lidiarlo el gran pintor. Pero en el estudio que hace Vicente Marrero Suárez no se olvida el contraste sin el cual no se entendería al toro de Picasso, no se olvida al caballo. Y lo que el autor dice del caballo es lo más bello, literariamente, de su libro.

Además, las líneas del toro y su temperamento se hallan presentes en muchas obras de Picasso donde no aparece directamente la forma del toro. Esto es lo que Marrero llama “la sombra del toro en las figuras de Picasso”. En este pintor, los toros son repelentes, terriblemente feos, pero no podrían ser “bonitos” representando en su pavorosa masa los instintos más ciegos y primitivos del mundo. El caballo, en cambio, aparece bello, angélico, con líneas casi de cisne. El toro, a veces, está de pie y su monstruosidad recuerda mucho a la de los crueles gigantes de los sueños infantiles. “Hay pintores de gusto macabro y estrambótico —dice Marrero— que, sin embargo, no son feístas al estilo de Picasso. El más profundo feísmo es el arte de afear lo feo, porque es feo verdaderamente, porque el artista siente la necesidad de exponer lo feo, y repulsivo con alguna justificación íntima... En toda verdad hay belleza”.

(España de Tánger, Suplemento literario, 1952)

resonancia universal durante casi medio siglo. En ese sentido, el libro de Vicente Marrero constituye un éxito de puntualidad, al que se añade la calidad de su propio pensamiento, ágil y denso a la vez, entrañado en el tema y entrañable para todo lector que se adscriba a lo fundamental por encima de lo banal.

(*Revista de Ideas Estéticas*, CSIC, Madrid, n.º 37, 1952)

EPILOGO A LA EDICION ALEMANA DE PICASSO Y EL TORO

por Werner Beutler

Pero por muy variadas que sean sus manifestaciones hay en todos sus pensamientos una concepción unitaria que le sirve de base. Marrero mismo ha señalado como una de sus ideas directrices lo que se ha llamado la idea de la “Grecia cristiana”, la unidad entre intelecto y creencia que ha experimentado una profunda escisión en los últimos siglos de nuestro tiempo.

Es interesante señalar que Marrero durante sus años de estudio en Alemania, se enfrentase por primera vez con este fenómeno en estrecho contacto con las preocupaciones del pensamiento alemán que giraban en torno a la Antigüedad y, sobre todo, en torno al mundo griego. Y ya se trate de Winckelmann o de Goethe, de Hölderlin o de Nietzsche, hasta el presente, el interés por el mundo griego ha ido en incremento, de tal modo que, en cierto sentido, ha llegado a superar en Alemania a los mismos estudios de pura especulación filosófica.

Las cosas han sucedido así según Marrero, por la toma de conciencia del hombre de espíritu del vacío interno producido en su mundo construido casi exclusivamente con pensamientos e ideas. De esta toma de conciencia ha nacido su necesidad de creencias. Pero una mera creencia no puede bastar a este tipo de hombre que busca una creencia que pueda parangonarse con el mundo de sus ideas, una relación entre fe y pensamiento, creencia e ideas parecida a la muestra brindada por el mundo griego. Recrearla en un nuevo estadio del espíritu es el deseo de todos los amigos de Grecia, fue ya el deseo de los románticos, algunos de los cuales hablaron también de la unión entre Grecia y el cristianismo.

Este fenómeno tiene, según Marrero, su correspondencia en España, sólo que en un sentido inverso. Los españoles, dice, constituyen un pueblo profundamente creyente y religioso, incluso sus odios y errores son también teológicos. Lo religioso ha influido durante muchos siglos en su especulación filosófica y teológica, en su poesía, y, sobre todo, en las cosas del arte y de su cultura popular. No hay ningún otro país de Europa en que campesinos y artesanos pudieran seguir con interés y sentido crítico la teología complicada y algunas veces abstrusa de los “Autos sacramentales”. No hay caso de cristianismo que cumpliera con su deber cultural de un modo tan completo y rico como el español. Místicos, teólogos, dramáticos y poetas ampliaron la teología escolástica en palabras e imágenes e inundaron el alma popular. Precedente que en su amplitud e intensidad no tiene paralelo en otros países, por ejemplo nada similar se conoció en la Alemania de antes de la reforma. Y tan profunda ha sido la influencia del cristianismo, que ha enraizado en las zonas de lo inconsciente y de lo oscuro del

lo que quiere decir ante todo hacer las cosas fructíferas para superar con ello la escisión existente en nuestro tiempo entre intelecto y creencia. No lo viejo, pues, como viejo, como pasado, sino como reciente, como presente, esto es lo que da sentido a todos los trabajos de Marrero, que, por otro lado, nunca ha querido atribuirse la paternidad de la palabra "Grecia cristiana", sino que reconoce su filiación con Menéndez Pelayo, el gran renovador de la vida intelectual española.

Que aquí no se trata de ningún estrecho nacionalismo se demuestra por el camino seguido. Los títulos de sus trabajos arriba indicados lo explica. Lo cristiano —aun cuando se busque en lo español— no puede ser nunca nacionalista, sino que tiene validez europea y universal. Este espíritu abierto es también el de la revista *Punta Europa* que Marrero dirige. Tan profundamente española como europea. Una de sus secciones fijas lleva el título tan significativo de "Horizontes abiertos", y sólo con un espíritu así puede trabajarse el tema España-Europa sin estrecheces ni falsificaciones.

* * *

Todo lo dicho hasta aquí es igualmente una introducción a su libro "Picasso y el toro". Lo que Marrero entiende bajo la expresión "Grecia cristiana", la confrontación con las dos corrientes que actualmente determinan la vida intelectual española; su aspiración por superar la escisión entre fe e intelecto, todo ello encuentra embocadura en esta obra.

De Picasso se ha dicho que tal vez sobre su obra se haya escrito en vida más que de ningún otro pintor. Pero apenas se ha dicho algo definitivo sobre su última palabra. Precisamente una publicación norteamericana, en la recensión de la edición inglesa de "Picasso y el toro"⁽¹⁾ recomendaba este libro a aquellos lectores fatigados por tantas lecturas meramente formales sobre su pintura. El mismo Picasso declaró en una entrevista que concedió al autor después de publicado el libro (la primera entrevista con Picasso aparecida después de 1936 en un diario español), que él se ha sentido siempre español y se mostró interesado por todas las cosas de su patria. Por otro lado, contempla Marrero a la corrida con la misma admiración y con el mismo asombro que un Hegel comparaba el romancero español a las mejores obras de la antigüedad, o como Nietzsche juzgaba, de un modo desconocido en España, a sus zarzuelas, o como Valery enmudecía ante la poesía de San Juan de la Cruz, o como los románticos alemanes veían el teatro de Calderón, Dostoyevski a Don Quijote, Claudel el fuego de la pintura española... Todo esto que es profundamente español, que no es común a todo Occidente y que sin embargo es profundamente occidental.

Marrero desarrolla los dos temas centrales de su libro a la luz de las relaciones entre creencia e ideas. Así ha podido convertirlo en una especie de guía para aquellos que quieran conocer la esencia de lo español.

(Glock und Lutz, *Nürubeng*) Reproducido en "Punta Europa", n° 15, Marzo 1957)

(1) Picasso and the Bull, Regnery, Chicago, 1956.

LA RAZA ULTIMA DE LA OBRA DE PICASSO

por Rafael M. de Hornedo, S.J.

Sobre Picasso —nos dice Marrero Suárez— “escasean las interpretaciones y, dentro de esta, aún más las monografías. Sobre un tema tan central en su pintura como es el toro, no existe, que yo sepa, ninguna”, y el autor lo intenta y lo logra, con esa flexibilidad próxima a la distensión y contorsión formal del ensayo moderno, que acerca salvadas, por supuesto, distancias ingentes —la obra literaria a la movilidad turbadora y grotesca de la imagen clásica, encerrada en el picassiano rapto de Europa trágica (1946). Picasso no es como Zuloaga y Vázquez Díaz, un retratista de toreros, o, como Solana, un pintor de corridas en las plazas pueblerinas. Su tristeza sobrepasa la de Solana, desaparecen en él del todo el carácter de “fiesta”. para hundirse en las fauces míticas del culto al toro. Marrero Suárez, ve acertadamente el dualismo maniqueo de la interpretación picassiana del toro y el caballo: “De la corrida, Picasso acentúa lo que tiene de contraste, de bipolaridad. Contrariedad. Claroscuro. Toro-caballo. Se queda sin salida. No la da. Están en el callejón y misterio de la bipolaridad (pág. 71). Es el mundo de la lucha entre la luz y las tinieblas. Los caballos de Picasso en estos cuadros son blancos y los toros negros, como el de la constelación taurina de Juan Ramón Jiménez en aurora de Moguer: “el negro toro solo surge, neto y bello, sobre la fría aurora verde, en el peñasco azul” (pág. 75). Nos movemos en ese mundo de centauros, faunos, sátiros, toros —de la mitología clásica. Pero esto dentro de esa oscilación temporal entre el realismo y el esperpento, que caracteriza su arte en el decenio (toméense aproximadamente las fechas terminales 1927-1937. Así por ejemplo, el Minotauro (1933) no recuerda las pinturas, sino al hombre toro atlético del animalista Barye en el Louvre. Claro que aquí, con un gesto de disparate de Goya, multiplicado en la Minotauromaquia (1935).

El autor ensaya en estas figuras taurinas de Picasso, una radical interpretación de su arte: “Tal su visión del toro que hemos expuesto aclara algo lo que es la raíz última de su obra. En uno de sus poemas, Picasso dice: “leyó el porvenir en el ojo del toro”; y lo vuelve a repetir en otras versiones de sus poemas tan especiales. Esta es su visión fundamental (pág. 119). Así logra darnos un libro sugerente, reiterativo; en el que podemos estar conformes o disentir en ocasiones. En algunos puntos, especialmente en el estudio sobre los mitos —salvando, por supuesto, la intención del autor— deseáramos más distinción y precisión de conceptos, y en otros más claridad sobre las posturas anti o pro picassiana.

(Razón y Fe, Madrid. Julio-Agosto, 1953)

EXTRACTOS DE CRITICAS EXTRANJERAS

“El libro de Marrero es la primera explicación de la obra de Picasso, ateniéndose al contenido.

(Wieland SCHIED: *Picasso, Heminegway un der Stier, Oesterreicher Furcher*. Viena, 4-X-1958)

ESPAÑA Y SUS DANZAS

por Melchor Fernández Almagro
de la Real Academia Española

Tiene razón Vicente Marrero cuando registra un absurdo fenómeno en la prometedora "Introducción" a su reciente libro "El enigma de España en la danza española". Vicente Marrero hace una afirmación que fuerza es compartir. "En España existe un evidente divorcio entre los hombres de letras, intelectuales, figuras representativas de la vida nacional, y los grandes artistas". Los grandes músicos, puntualizaríamos nosotros, para mejor esclarecimiento del caso. Los grandes pintores no han quedado nunca tan al margen como los músicos del interés que debieran merecer a los literarios. Nuestros grandes pintores no han conocido el vacío que, sin duda, hubo de rodear o poco menos, a nuestros más geniales músicos contemporáneos. Dijérase que la literatura se ha entre nosotros de espaldas a la música, pero no es tanto grado puede aplicarse la misma observación a la pintura. No podría hacerse la historia de la novela, del ensayo, de la poesía españolas, del siglo XX, rastreando sus orígenes en el XIX, para alcanzar a Goya, sin establecer estrechas y muy expresivas relaciones entre las letras y las artes plásticas, en inducción recíproca. Por ejemplo, es patente la relación, sin alejarnos demasiado, entre Blasco Ibáñez y Sorolla, o entre Unamuno, Baroja, Azorín... y Zuloaga, Regoyos, Solana...

Pero atengámonos a la patente realidad de la incomunicación, salvo contadas excepciones, de escritores y músicos, incluyendo en la creación musical a la muy afín, ya que no consubstancial, de la danza. Lo prueba, en primer término, la escasez de bibliografía propia acerca de esos temas, y así ocurre, como nos recuerda *Vicente Marrero*, que Carmen Amaya llegó del extranjero a nuestros escenarios precedida de publicidad tan prestigiosa como la que espontáneamente la procuraron un Cocteau o un Mauriac, como en años inmediatamente anteriores hubo de ocurrir con la inolvidable Antonia Mercé, la "Argentina", sin que aquí preludiaran las plumas su triunfo en París, hablando en tesis general. La estrecha vinculación de García Lorca al arte de Encarnación López, la "Argentinita", constituye un caso raro que no desvirtúa la regla general señalada por Vicente Marrero: "Lo que no hay en la literatura española de danza es la aportación de las grandes figuras de las letras y del pensamiento nacional, de los que tienen la misión de crear el clima favorable para que crezca, se pode, se extirpe lo innecesario..."

Ese reproche se dirige al escritor, en el sentido estrictamente literario, pero no al erudito o crítico, al técnico en la sutil y fascinante materia de la danza, enlazada, por definición, con nuestra música popular y aún con los cancioneros, o florilegios de poesía lírica, porque es notorio que, desde hace cuarenta o cincuenta años hasta hoy, los estudios a tal respecto han cundido extraordinariamente, y la prueba última estriba en la impresión de "descubrimiento" a que responde la sorpresa hasta la estupefacción, de no pequeña parte de nuestros públicos, ante un tesoro coreográfico-musical con el que no contaba; mejor dicho, contaban, sí, puesto que conocían perfectamente los bailes de su tierra, pero sin acertar a valorarlos. Y piensa el que esto escribe en su Andalucía natal, donde eran muchos los que no le daban la menor importancia a lo que se bailaba en el cortijo o en el patio de la casa, y, a veces, en esta o aquella plaza

inserta una más de sus felices observaciones: “Una música como la de Falla, en “El amor brujo”, no puede independizarse del carácter popular, de su complejo de música, danza, cante y ambiente que forma una unidad tan cerrada como cierta”. Así es, en efecto, y también que el baile y la música andaluces no deben separarse de sus congéneres de otras regiones españolas, a los efectos de una interpretación total y orgánica de la psicología nacional.

Vicente Marrero no intenta una respuesta que implique juicios dogmáticos a preguntas como las anteriores. En todo caso se lo impediría su arte de ensayista. Acumula y ordena, teniendo a la posible armonía, toda suerte de datos, y son de notar los que dan pie, por ejemplo, a páginas tan bien compuestas como las dedicadas a la danza española española en Oriente, en Sudamérica y en el mundo negro, que, entre otros motivos de interés, ofrece el de la terminología y subsiguiente riqueza léxica. En cuanto a los capítulos o párrafos dedicados a la crítica de bailarines, de uno u otro sexo, famosos a justo título —Carmen Amaya, Vicente Escudero, Pilar López, Rosario, Antonio, Mariemma...—, ya se comprenderá que las opiniones del autor no serán compartidas en todos y cada uno de los casos. Pero, naturalmente, esto no obsta, más bien favorece a los conceptos y a las expresiones de sensibilidad que dan contenido al libro, llamado a fijar un punto de referencia en esta delicada disciplina de la danza española. Mitad, arte muy complejo; mitad, vida natural, muy cargada de sentido.

(*La Vanguardia*, Barcelona, 25-II-1959)

UNA EXPRESION DEL ALMA IBERICA

por Carlos Luis Álvarez (*Cándido*)

Por curiosidad y gusto de lector, he preferido que en los periódicos y revistas de Madrid, como en otros muchos de España, apareciesen los comentarios y críticas a este libro antes de intentar yo una divagación acerca de él. Y ciertamente que muy poco podré decir que no se haya dicho. El pensamiento de Marrero, aplicado al espectáculo de la danza española, hace inteligible una realidad que está dispersa en el caos y de la que no suele poseerse más que vagas ideas e impresiones puramente sensoriales. Toda la diferenciación étnica y sociológica del español frente a los demás hombres, el cuadro completo de sus resortes vitales, está sumido en el arte como la espada en la vaina. Como señala un conocido filósofo moderno, la obra artística es capaz de llegar al ente mismo y su misterio por encima o por debajo de su inteligibilidad. Esa “voluntad de forma” que presupone el arte, es capaz de mostrarnos, mejor que cualquier otra investigación, nuestro “estilo” definitivo, el “ethos” de nuestro pueblo. Y si las esencias ibéricas palpitan ya en nuestra arquitectura megalítica que le diferencian de la traspirenaica, al verteerse casi exclusivamente en las construcciones dolménicas; si tras la melancolía y sosiego de los cuadros de Velázquez, “donde cada ser, cada cosa, posee una substancia profunda que lo individualiza al mismo tiempo que lo eterniza”, están guarecidos los rasgos peculiares de nuestra alma, y si en la Dama de Elche, la gran sacerdotisa, vibra el deseo de concreción individual frente a la abstracción simbólica, idealizadora y générica que es signo constante en las esculturas egipcias o griegas, en nuestra

—deliciosa en otros asuntos— cuando se trata de estudiarnos a nosotros mismos como nación y como pueblo. Sobre todo, esa frivolidad que toma un aire doctoral y se nutre de los tópicos que podrían hilvanar y repetir un loro amaestrado. Para remediar lo que se ha abusado en este sentido tenemos que animar a los que demuestran hallarse enamorados de lo español y lo demuestran lamentándose de lo que falta a la vez que alegrándose hasta la exaltación por lo que, afortunadamente, hay. Vicente Marrero Suárez es de éstos y hasta ahora ha repasado, con un criterio absolutamente desprovisto de patrioterismo pero con un hondísimo amor a España, los dos filones más ricos de nuestra expresión nacional: la danza y el toro.

Para Marrero, nuestra danza —no sólo la flamenca, aunque a ella presta mayor atención, sino la de todas las regiones españolas— es superior a la de cualquier otro país. En esto no se anda con medias tintas. Somos los mejores de los mejores cuando de bailar se trata. En lo cual no está solo puesto que nada menos que Diaghilev se lamentaba que el español, “que ha nacido para bailar, sea tan indisciplinado que no haya manera de constituir con españoles unos “ballets” como los rusos”. A esta opinión, que me comunicó en cierta ocasión una persona que conocía al gran director de los bailes rusos, le contesta sobradamente Marrero al estudiar con todo detalle las posibilidades que tenemos de formar compañías de bailes nacionales. Lo primero que nadie que las organizara podría olvidar, sería, naturalmente, el carácter fundamentalmente individualista de la danza flamenca, pero no se olvide que en los bailes regionales españoles existe ya la ordenación dinámica que sirve de base al “ballet”. Por otra parte, en el baile flamenco hay una arquitectura interna que ordena artísticamente esos movimientos brotados de los más hondo de la persona. Y en el libro de Vicente Marrero Suárez (*El acierto de la danza española*) encontramos el más fino análisis de ese equilibrio admirable que se da en el flamenco entre expresión espontánea e incontrolable y sujeción de ese baile a unas normas internas —normas que nacen de la misma espontaneidad, como si dijéramos—, las cuales obligan al bailarín y convierten en producto artístico su actuación.

Repasa Marrero lo realizado por el “ballet” de Pilar López, que él considera como un puente para lo que se podría hacer, la labor de Magriñá, el fenómeno tan significativo de Antonio (clara muestra de lo que es la adaptación inteligente de nuestra danza racial a las nuevas exigencias del arte coreográfico universal, fenómeno comparable a lo que representan en la música un Falla o en la pintura Picasso), las opiniones y la ortodoxia flamenca de Vicente Escudero, la danza hispanoamericana y sus relaciones con la española (con especial atención a la compañía de cantares y bailes que ha traído a Europa, Joaquín Pérez Fernández), el torbellino contagioso llamado Carmen Amaya, y otros muchos aspectos del baile español, que, para el autor, es en sí mismo un acierto. En el folklore universal, ninguna danza nacional es tan tremendamente expresiva como la de España y, dado que todo arte es comunicación, ninguna tan artística como la nuestra, precisamente porque cuando el español baila lo hace impulsado por una necesidad de su alma. El baile de espectáculo moderno ha fracasado en muchas ocasiones por falta de comunicación con el público, aunque los bailarines y los coreógrafos lo hayan hecho todo pensando en ese público y no, claro está, movidos por un impulso interno y poderoso. Pero la danza española, conmueve, emociona, y electriza aunque el bailarín no piense que está “haciendo arte” y se entregue por com-

sión comunitaria de una incontenible vida interior. Paso a paso el lector se siente elevado lococamente a la conclusión de la inmensa trascendencia social del baile. Acaba uno convencido como el autor de que la “danza es algo serio”.

Por las 175 páginas del libro pasan las grandes figuras: semblanzas luminosas de Carmen Amaya, Vicente Escudero, “La Argentina”, Mariemma, Antonio. Un penetrante análisis del flamenco, del zapateado, de la danza hispanoamericana, de “la alta danza”, y, sobre todo, de los bailes regionales de España, con su peculiaridad, su rico contenido, su trasfondo racial e histórico, que hacen de esta obrita un libro excepcionalmente importante para todos los que se interesan por el tema, y cautivador aún para aquellos que sólo ven en los bailes su aspecto lúdico.

Libro escrito en un estilo personalísimo, ágil, vivo, rico de imágenes, y tan adaptado al tema que podríamos llamarlo “estilo de danza”, estilo danzarín y vigoroso que nos enreda en invisibles espirales, llevándonos, en su amable vertigo, hasta la última página. Libro escrito con entusiasmo y amor, con fuego sacro, con expresiones audaces que revelan que en la balanza del autor pesan más la inspiración y el instinto poético que el estudio documentado. Tal es, por ejemplo, aquella frase: “El carácter trascendente e intrascendente —no estoy seguro si esto es herejía— depende de la bailabilidad o no de la música”. No califiquemos esta expresión de herética, pero si al menos de “sapiens haeresi”; y aunque consciente de que hay inmensas verdades que aparecen hallar cabida solamente en formulas cuasi —heréticas, no logramos alejar de la memoria, cierta música sublime, intraducible al lenguaje, de la danza, cuyo valor trascendente barruntana Lenin cuando decía que “era necesario segar varios millones de cabezas, y oyendo a Beethoven sentía deseos de acariciales”.

Libro jugoso y formativo, el de Marrero Suárez, que sabe moverse con garbo y dominio por diversos campos de la cultura; el arte, la poesía, la historia, la música, la filosofía. Quien ha escrito este libro posee un alma intensamente humanista, precisamente porque ha sabido descubrir bajo apariencias corporales, el profundo valor humano de la danza española.

(Razón y Fe, Madrid, Enero, 1955)

UNA TEORIA DE LA DANZA ESPAÑOLA

por Constantino Lascaris Comeno

Vicente Marrero, que ya había dado una excelente muestra de su capacidad de escritor sobre temas de arte con su libro *Picasso y el Toro* (ya presentado en estas páginas de *Revista de Ideas Estéticas*), en esta nueva obra plantea el problema mismo de la danza española. Tanto podría considerarse la obra como “crítica de arte” o como Teoría de Arte. En ambos órdenes representa una aportación y un acierto, sobre todo porque logra tratar un fenómeno artístico sin abandonar el ámbito de su expresión cotidiana y sin caer en la misión e intrascendencia de la reseña. Es, más bien, un tema artístico elevado a un plano intelectual, que adquiere la entidad de la filosofía del arte.

Desde diez puntos cala Vicente Marrero la danza española, buscando lo que de medular tiene en su propia presencia actual. Los variados tipos y matices de las danzas

Al otro lado del mar, la América española. Más allá, Filipinas, donde la atención por la danza constituye un capítulo serio de sus preocupaciones culturales. En Hispanamérica, un folklore variadísimo, matizado de orígenes e influencias muy diversos y en el que también cabe señalar una nota general española, perceptible incluso en bailes de pueblos negros, en los que el contacto con las danzas de España, ha dejado su huella. Este roce cultural y humano, generado durante siglos en una historia común, se ha reforzado más modernamente con la exportación de la danza española escénica, el *ballet* español, mixtificado tantas veces, pero que está sin duda enraizado en el más puro venero popular.

En toda esta danza, echada a voley en el mundo, pero bien arraigada en España, en la herencia de una rica profundidad histórica, está indudablemente latiendo España misma. Cómo son estos latidos, qué es ese enigma de España presente en la danza española, son ya otros tanto secretos a voces. Nos los ha descubierto Vicente Marrero en este libro curioso, científico cuando hace falta, apasionante siempre como todo relato que tiene por protagonista al hombre mismo.

(*Nuestro Tiempo*, Septiembre, 1959)

EN EL REDONDEL DE LAS LETRAS

por Néstor Alamo

Vicente Marrero, nuestro paisano destacadísimo, se está labrando a fuerza de talento un lugar envidiable dentro de las filas del pensamiento español del actual instante...

A vuela pluma recordamos las siguientes obras de este ponderado y sagaz escritor de la Isla: “Picasso y el toro”, “El poder entrañable”, “La escultura en movimiento de Angel Ferrant”, “El acierto de la danza española”, “Maetzu” y su último, interesantísimo volumen: “El enigma de España en la danza española”, título que acaba de aparecer en la muy prestigiosa “Biblioteca del Penamiento actual”.

De la calidad de esta “Biblioteca” tendremos referencia al saber que en sus nueve secciones vienen apareciendo textos rigurosamente seleccionados sobre la renovación de ideas que hoy se opera en el pensamiento universal, con las aportaciones que a tal renovación procuran los pensadores españoles de nuestro tiempo.

Ni el estilo ni la técnica de nuestro escritor se ciñen a la divulgación somera o la clásica faceta erudita, pesante, sin espíritu, grávida y poco atractiva. Concretamente, en este volumen que ahora, aparece, Vicente Marrero se enfrenta en plan de altura con la danza española; casi pudiera decirse que con el “*ballet*” español.

El título sólo es ya en acierto. En Europa —marcadamente en la Rusia de siempre y en la Inglaterra actual— el “*ballet*”, —es decir, la danza en su expresión mas refinada—, tiene sus escritores especialistas, como tiene sus “*balletómanos*”. En España no parece que carecemos de ambas especies y esencialmente de hombres con reponibilidad, sin veleidades frívolas, sin cascabeleos innes. En Vicente Marrero tenemos a este escritor. A través de la teoría de sus capítulos nos lleva en este último libro —que es una ampliación de su primer ensayo dedicado a la danza española— a una valoración universal y filosófica del danzar de España.

LA DANZA ESPAÑOLA Y LOS INTELLECTUALES

por José María García Escudero

Los intelectuales tenemos que luchar contra nuestro aldeanismo. Para nosotros, en buena medida, no existen los nombres ni los problemas de fuera. Pero tampoco existen fenómenos tan de nuestro tiempo como el cine (lo grave aquí no es que se esté “contra”, sino que se esté “fuera”, sin conocer siquiera el fenómeno), la música (Sopeña nos echa en cara un atraso de veinticinco años con respecto a Europa), la pintura (no se trata de estar al lado de la pintura moderna— que paradójicamente es principalmente obra de españoles—, sino de asimilarla, que es previo a plaudirla o rechazarla) o aún manifestaciones tan nuestras como la danza, que, por eso, falta de mentores, anda rondando por ahí.

Hace bastantes años que está la Sección Femenina realizando en una órbita nacional lo que en una esfera regional habían inciado los “esbarts” catalanes: salvar nuestras danzas colectivas. La labor de la Sección Femenina ha sido ensalzada; pero no ha sido objeto aún de la atención intelectual que merece. Nuestros intelectuales están en deuda con ella. Pues bien; ahora mismo ocurre que la otra manifestación de nuestra danza, la individual, está a punto de perder lo que todavía conserve de autenticidad, ya que por primera vez estamos pasando de objeto inconsciente del turismo de fuera a objeto consciente, propenso, por eso, a la comercialización de algo tan comercializable como nuestra danza.

Anda así el mundo y así anda España de flamenco de guardarropía de “auténticas” danzas gitanas para “expertos” del Toledo de Ohío o de Oklahoma, como si bailar flamenco fuera soltarse el pelo y todo empezara y se acabase en “furia” y “temperamento”. Vicente Marrero, en un libro sugerente, que me ha inspirado este comentario, *“El acierto de la danza española”*, distingue dos vertientes igualmente legítimas: el frenesí del Sacromonte y la sonrisa de Antonia Mercé, que para bailar no necesitaba disfrazarse de derviche, mitad pitonisa y mitad furia. Me parece mucho más saludable la segunda vertiente, y por eso me parece esperanzador que Antonio inicie acaso, bailando las sonatas del padre Soler, la restauración de nuestra olvidada alta danza. Pero en cualquiera de las dos vertientes es la inteligencia lo que puede salvarlas de la comercialización y del achabacanamiento, y esa inteligencia tiene que dársela la atención intelectual. De la facilidad con que, si no se franquean ciertos límites es prueba —señala Marrero— que nuestro viril zapateado se baile frecuentemente como puro ejercicio de circo: a lo Fred Astaire. Salvar la autenticidad de nuestra danza individual es tarea tan urgente como para la Sección Femenina lo fue en 1939 salvar nuestras danzas colectivas.

(Arriba, Madrid, 8-VI-1953)

MAEZTU: UN LIBRO CASI ABNEGADO Y HUMILDE

*por José María Pemán
de la Real Academia Española*

Vicente Marrero ha escrito un excelente libro sobre Ramiro de Maeztu. Es un libro casi abnegado y humilde, puesto que en él Marrero, que tiene tan demostradas sus grandes dotes literarias de ensayista, casi se esconde detrás de don Ramiro y casi se calla para que él hable torrencialmente. Todo el libro rebosa de textos de Maeztu. Y como éste escribió pocos libros e infinitos artículos, la labor ímproba de irle a buscar en las hemerotecas tenía que rendir máximos frutos de sorpresa. “Maeztu, hoy por hoy —dice el autor en su “preámbulo”— es una figura por descubrir”. Marrero le ha descubierto hilando, unos tras otros, textos olvidados o desconocidos. Su libro es como una especie de resurrección de los muertos. Y ese día de la resurrección y del Juicio sabido es que será el día de las grandes sorpresas.

La que nos da Maeztu es la de una figura de gran español, desarrollada en una línea creciente de preocupaciones, anticipaciones y claridades que saldan con un peso y volumen tal, que asombra su desproporción con las economías que en su evocación y recuerdo usan los españoles. Una juventud de nietzscheano, la empareja con aquellos colegas suyos del noventa y ocho, aprestados todos, tras una plataforma de audencia crítica y revisionista, a “algo”. Entre los defectos de aquella generación no cuenta el de la somnolencia o dejadez. Todos aquellos hombres sentían ante sí un crédito abierto para lo original y novísimo. Marrero dedica todo un capítulo a las “barbaridades” de Maeztu: algún que otro garrotazo propinado sin excesivo motivo y la travesía a gatas, para demostrar su despreocupación, de la plaza de la Cibeles. Todo esto está en fila con muchas otras originalidades de aquella promoción humana: paraguas rojo de “Azorín”; barbas de chivo de don Ramón; chalecos de Unamuno; boina sobre la cabeza y paradoja dentro, de don Pío. Originalidades. Pero “originalidad” se relaciona con “origen”. Origen, ¿de qué? Paraguas, boina, barba o garrotazo eran como cartelón y redoble de tambor, de una función que iba a empezar. Todo ello puede admitirse si la función vale la pena. “Llamar la atención” es comprometerse a no defraudar la atención que se ha requerido y convocado.

Naturalmente en todas esas coyunturas históricas la parte negativa es la más fácil. El manifiesto crítico es siempre hacedero. No hay más que un modo de destruir un edificio: hay infinitos estilos para reconstruirlo. Por eso aquellos hombres fueron todos “excéntricos” en la fila y camaradería, en la primera hora. Pero cuando se trató de “centrarse” cada uno buscó un centro distinto. Baroja cuenta, en sus Memorias, que en un viaje, ya maduro, encontró a Maeztu y Unamuno, y procuró evitarlos. Ortega y Maeztu —cuenta Marrero— se encontraron en la escalera de la casa y no se saludaron. La etiqueta de “generación” se fue haciendo cada vez más puramente cronológica. Porque es difícil seguir pensando como “equipo” un grupo cuyos componentes no se saludan.

¿Por qué, entonces, esa desproporción entre ese volumen de obra eficaz y su resonancia y recuerdo? Sobre Maeztu, como siempre, cae el silencio. Ortega, que le dedicó fraternalmente su primer libro, borra su dedicatoria de ediciones posteriores. La “Revista de Occidente” no dedica ni una gacetilla a la publicación de la “Defensa de la Hispanidad”. Esto, serenamente visto, es lógico y está en la línea de cuanto hemos dicho. La operación policial que sobre los españoles tuviera que realizar Felipe II para defender la religión que teníamos, hubo de ser lógicamente menos fanática y profunda que la que Enrique VIII de Inglaterra, hubo de realizar sobre su país para cambiarlo de religión por su gusto y deseo. Defender el ser —que es lo que hizo Maeztu, como Menéndez Pelayo— requiere menos fanatismo que volverlo de abajo arriba, como intentaban las sectas e instituciones de la Revolución. Para mantener verde mi fachada verde gasto menos pintura que para pintarla de azul o de amarillo.

(ABC, Madrid, 30-XII-1955)

¡CÓMO ME GUSTARÍA HABERLE CONOCIDO!

por Carmen Bravo Villasante

Vicente Marrero ha escrito una biografía de Ramiro de Maeztu, que hará exclamar a más de un lector joven: “¡Cómo me gustaría haberle conocido!” Precisamente el haber hecho un libro “rebasando en demania de datos suyos, con algunos capítulos que casi en su integridad son extractos de sus artículos”, sea la razón principal para que un Maeztu viviente, ejemplar y aleccionador brote de esas setecientas apretadas páginas, una vez más como en aquellos tiempos de tribuno apasionado, de escritor clarividente y profético.

Hay que reconocer que fueron magistrales los hombres de la anterior generación. Nadie como ellos para presentar ideas y pensamientos en una prosa tan sencilla y directa. En el libro de Marrero vuelve a impresionar el lenguaje claro y estimulante de Maeztu, hombre de ideas, periodista intelectual, interesado en los problemas de la cultura y en la tarea colectiva de resucitar el ideal de la patria.

En la primera parte del libro se concede más importancia a la figura del biografiado y a sucesos y anécdotas de sus primeros años (véase el capítulo “Las barbaridades de Maeztu”); en la segunda, a la ideología e historia de la época, de tan vario acontecer político. Maeztu dando forma al duro contorno español, éste influyendo poderosamente en la trayectoria espiritual de uno de sus más grandes hombres.

Paradójico, contradictorio, nietscheano, el Maeztu de los primeros tiempos, gracias a su fe en la inteligencia, alcanza las verdades fundamentales. Un día, leyendo a Kant confirma intelectualmente la existencia del espíritu. A partir de entonces Maeztu se convierte en un exaltado defensor de espíritu. “El ideal de felicidad será la senda del deber”, dice Maeztu, oponiéndose al ideal revolucionario de los derechos, y su fe en la libertad espiritual y el ansia de perfeccionamiento le hacen alentar una resurrección patriótica.

Considera Maeztu “el abandono como herejía nacional” y la pereza, la dejadez y la pérdida de tiempo, como nuestras mayores lacras. Para las almas dormidas, aun

que caracteriza el género flor de la inteligencia: ensayista muy a la inglesa, en cuanto a factura, pero de espíritu muy español, en creciente depuración literaria e ideológica. El ensayismo es género típicamente inglés, y así no es extraño que Maeztu, de sangre inglesa por línea materna, ofreciera —ofrece, mejor dicho, porque el valor de su obra está llamada a perdurar— no pocos puntos de contacto con Belloc y Chesterton. Vicente Marrero nos recuerda que el Maeztu solía negar el hecho de su conversión, en sentido estricto, porque según el “nunca había dejado de ser católico”. “Sólo se puede hablar —añade— de una radical transformación espiritual, que cambiaría la orientación y el rumbo de su vida”. Así fue, en efecto, y bien se ve que Marrero cuida de seguir la vida de Maeztu con ese criterio de continuidad que la Historia aplica a toda suerte de evoluciones. Maeztu se mantuvo fiel a sí mismo en cuanto a su capacidad y entusiasmo, buena fe, valor personal, preocupaciones morales, ansia de verdad... Y cuando recibió la Gracia de su iluminación, se predispuso al martirio. Dijérase que toda la vida de Maeztu, en sus distintas etapas, estuvo orientado hacia el sacrificio final. Para seguir esta línea, ondulante pero no quebrada, Vicente Marrero aporta multitud de datos, que no sólo importan al más cumplido conocimiento de la vida y obra de Maeztu, sino a otros escritores coetáneos, y por encima del anecdotismo que toda biografía hace indispensable, al movimiento intelectual de fines del siglo XIX y primer del XX. Dado el gran volumen de hechos, ideas y figuras que Vicente Marrero maneja a tal respecto, no es extraño que en este o aquel lector formule, incidentalmente, algún reparo. Pero no en vano pasa revista al autor, en adecuada perspectiva, a la España contemporánea, abundante en puntos polémicos, y cualesquiera fuesen las vicisitudes por que pasaron las relaciones de Maeztu con los grandes escritores de su generación —la del 98—, la verdad es que todos ellos contribuyeron al esplendor de un fulgurante período de nuestra Historia literaria.

“Yo no veo a París a través de la ventana, de un hotel”, dijo Maeztu cierta vez, aludiendo a determinados antecedentes de familia. Ni a Londres, ni a Berlín, ni a Roma, ni a La Habana de su adolescencia, ni al Buenos Aires de su madurez... En ningún lugar del planeta podía sentirse forastero un hombre como Maeztu, de tan intensa y vehemente vida interior, propicio por ello mismo a juzgar el mundo circundante con un criterio de profunda raíz humana. Todos guardamos de Maeztu una determinada imagen. Nosotros le recordaremos siempre, erguido, y abstraído como en el magnífico retrato de Echevarría, pero con el Cantábrico al fondo, a luz crepuscular.

(ABC, Madrid, 6-XI-1955)

VIDA Y PENSAMIENTO

*por Melchor Fernández Almagro
de la Real Academia Española*

Para contar la vida de Ramiro de Maeztu y fijar las directrices de su pensamiento, hay que recurrir a muchos otros pensamientos y vidas, no obstante tratarse de un escritor firmemente arragado en su singular e irreductible personalidad. Pero Ramiro de Maeztu participó de todas las preocupaciones de su tiempo, si bien las matizase con su propio criterio y nunca se dejara arrastrar por grey alguna, a título de halagado.

to de la Hispanidad es típico a este respecto, porque fluye de un doble movimiento de absorción y de expansión. En otro orden de consideraciones, la interpretación de don Quijote, don Juan y la Celestina sitúa a Maeztu en un punto de vista que domina la doble vertiente de los mitos españoles y la significación universal de nuestras más genuinas creaciones. En distinto sentido, por razón temática o tipo de preocupaciones, "La crisis del humanismo" responde, en reacción original y al mismo tiempo representativa, a la conciencia del hombre en horas de prueba: cuando eternos y siempre reñidos principios de autoridad y libertad habían sido puestos en entredicho por la apremiante realidad de la primera conflagración mundial. Maeztu aporta en ese grupo de ensayos el principio de "función" para basar las sociedades. y el haber visto la luz su obra, o parte de ella, en inglés y en castellano, viene a corroborar la amplitud de la onda emitida por el gran ensayista y captada por los centros más selectos de filósofos, sociólogos y políticos.

(*La Vanguardia*, Barcelona, 9-XI-1955)

MAEZTU VEINTE AÑOS DESPUES

Cartas marcianas

por Lorenzo Gomis

Hoy quisiera hablarte, querido Marcio, de un hombre que se llamó Ramiro de Maeztu. Lee, para empezar, unas palabras tuyas: será como si se presentara él mismo.

— Me imagino que después de muerto sentirán los visitantes de mi cementerio que hay una losa estremecida con el deseo de que me levante para escribir un artículo, meterlo en un sobre y esperar fatigado a que vuelva la energía nerviosa para ponerme a leer periódicos de nuevo, hasta que surja de su lectura la idea que ha de inspirar el nuevo artículo. No he hecho nunca otra cosa que agotarme en las cuartillas, encerrar en un sobre el espíritu desparramado en un papel y aguardar exhausto a que el reposo y la lectura me devolvieran la capacidad de pensamiento. No sé si valgo para otra cosa.

Valiera o no para otra cosa, lo cierto es que para el trabajo diario de las ideas, para la búsqueda afanosa del sentido ideológico de la actualidad, para la tarea de construir un ideal para su pueblo —tal, era, según él, la misión del intelectual—, para esto sí que valía. ¿Logró su intento? Ésta es otra cuestión. Hay que pensar que el escritor no trabaja solo, sino en medio de su público: y hay dos públicos sensibles a ciertas prácticas e impermeables a otras. Esto es lo que al parecer le ocurrió a Ramiro de Maeztu.

Un escritor joven, Vicente Marrero, acaba de consagrarle un libro. El libro tiene un preámbulo y las primeras palabras del preámbulo son éstas: "No ha sido Maeztu un autor con suerte". Tal vez tú me preguntés: pero ¿se da en España esa figura tan francesa, por ejemplo, del autor con suerte? Yo no sabré qué decirte; me temo que no, no se dé aquí. ¿Por qué? Puede suceder que una de las razones sea la que da Marrero, unas líneas más abajo, para el caso —¡tan significativo!— de Maeztu: "Se encontró en medio de encontrados ensañamientos". Y es que los ensañamientos pueden tomar tantas formas... Desde la más extrema, la muete, hasta la más cruel, el olvido, o la más sutil, la utilización partidista. No sería aventurado descubrir en el caso de Maeztu las huellas de cada una de estas formas. Murió, como había previsto, por obra de "una

“NO HAGO EN ESTA VIDA MAS QUE ARTICULOS DE PERIODICOS”

por Nicolás González Ruiz

La frase pertenece a Ramiro de Maeztu y está recogida en el preámbulo del excelente libro que a Maeztu dedica don Vicente Marrero (Madrid, Biblioteca del Pensamiento Actual. Ediciones Rialp. 750 páginas.

Sabíamos que la obra fundamental de Maeztu estaba en los periódicos. Pero eso lo sabemos los lectores de periódicos de cuarenta años atrás. No lo sabe, naturalmente, la juventud, a la que tanto le interesa la actitud de Maeztu. Pensando en ella, ha escrito el señor Marrero este libro, que es tanto biografía como estudio de las ideas del escritor y de su evolución; esto es, biografía completa. Interesan los episodios de la vida de Maeztu por la reacción que levantan en su espíritu y la trayectoria que esa reacción va tomando. Contarnos que estuvo acá o allá no tiene interés si no sabemos qué pensamientos despertó la estancia en ese acá y ese allá. El libro del señor Marrero nos satisface plenamente por cuanto realiza muy a fondo esa difícil labor de extraer la figura del gran caballero del ideal, prensado sobre el papel amarillo de las viejas colecciones de periódicos.

Para los periodista será siempre Maeztu una viva lección. El no desconfió nunca de la eficacia de una suerte de apostolado periodístico, si bien no dejaba de verlo como ha de verse todo apostolado: como un sacrificio cuyo fruto recogerán en lo futuro los demás. Contaba con el olvido como un factor inevitable. Somos nosotros hoy los que pensamos que en manera alguna se le debe olvidar porque nos damos cuenta de que el fruto no está recogido aún. Su lucha por la forja de ideales en una sociedad a la que acusa de haberlos perdido es ejemplar y homérica. Maeztu es el único hombre del 98 que obtiene la consecuencia positiva más cierta y más firme de la actitud negativa y disconforme, que es la inicial en la generación. El arranque en disconformidad es justo y es fecundo, cuando todo no se queda en la tarea negativa y demoleadoras. El Maeztu del tiempo último ha de ser entendido en función del Maeztu del tiempo primero. Verlo haciéndose a sí mismo en la busca de un ideal español es la gran lección que nos brinda.

Con ingenio y con algo más, dijo una vez Baroja que los hombres del 98 eran como la junta de anarquistas de “El hombre que fue jueves”, de Chesterton: anarquistas que al final todos habían resultado ser de la Policía. Pues bien, esto no se puede decir de Maeztu, siendo así que muchos pudieron pensar, superficialmente, que se decía por él. Su actitud es entera y vital siempre. Apunta al blanco, en el que da al final, como señala Marrero, desde un principio. Es un solitario, un “Robinson”. Busca lo mismo cuando siente inquietudes revolucionarias que cuando escribe en “Acción Española”. Es exactamente el mismo y ha marchado siempre a la cabeza de su tiempo. Son los otros quienes, pareciendo seguir adelante, se han quedado atrás. Maeztu va siguiendo en la práctica las consecuencias de su actitud espiritual, y en la última fase eso le cuesta la vida, que él tenía empeñada en la demanda desde el primer minuto.

Figura de su magnitud y singularmente de su continua preocupación ética, ha de ser rescatada del olvido en que caen necesariamente las colecciones de los periódicos. Esto hay que hacerlo no por justicia histórica, sino por interés nuestro actual, por interés por nuestra juventud. Con ese criterio está escrito el libro del señor Marrero,

es capaz de asimilarse a sus herejes. Y si no, no'". Fórmula deslumbrante, de esas que Maeztu prodigó desde su estreno hasta su muerte, y que le hicieron decir a un notable extranjero admirador suyo, que el gran vasco tenía el don de decir cosas sencillas de modo inolvidable.

Maeztu quedará como el autor de *Defensa de la Hispanidad*, en que fijó en forma insuperable la posición definitiva de su pensamiento, previa revisión de muchas ideas anteriores. Hizo allí enmienda honorable a la España eterna, algunos de cuyos aspectos había desconocido durante su apasionada juventud. Pero si corrigió su error juvenil, fue porque vio una de sus causas en el desinterés de sus compañeros de generación por los problemas nacionales. La crítica a los intelectuales hispanoamericanos, a quienes reprochaba igual defecto (reproducida por Emilio Becher en carta a Ortiz Grognet), fue extendida por Maeztu a los españoles. "En un artículo publicado en el Times" "—dice Marrero— Maeztu había denunciado este divorcio de las letras españolas con la vida nacional". El no tuvo casi otro tema. Y al cabo llegó a dominarlo con la pericia que se ve en su obra maestra.

El libro que comento señala con pertinencia el influjo que en vuelco tan trascendental tuvo la visita de Maeztu a Buenos Aires y su residencia aquí durante dos años como embajador de Alfonso XIII. Tuve entonces el honor y el placer de conocerlo y tratarlo asiduamente, con un grupo de amigos que lo rodeamos cuando su osada decisión de colaborar con la monarquía lo había dejado bastante aislado. Publicada su *Defensa de la Hispanidad* le escribí mi admiración; y me contestó en emotiva carta, algunos de cuyos párrafos reprozo: "Sobre su carta no podría decirle todo el placer que me ha causado. Para eso escribí mi libro: para que lo amasen los criollos de América, sobre todo. Mi padre (q.e.p.d.) era cubano: uno de los criollos educados en Francia y en la admiración de los Estados Unidos, que no sabía nada de la obra de España, ni sus ideales. Pero aún guardo en la mejilla el calor de sus lágrimas al despedirse de mí, en el barco de Cienfuegos que me llevaba a La Habana en 1892. No volví a verle nunca. Pero estoy cierto de que mi libro, tan contrario en apariencia a los ideales que mi padre profesaba, está escrito en el espíritu más hondo de mi padre y en realización de sus últimos ideales. ¿Qué es hoy la pobre Cuba, sino el ejemplo vivo de la catástrofe que sigue a un error en marcha? Pero, ¿qué es España, sino eso mismo? Hermanadas en el error, en el desastre, en el padecimiento, ¿qué podemos hacer cubanos y españoles, sino alto en la marcha al abismo y volver los ojos a los ideales de otro tiempo, mejor dicho, a la dirección adonde aquellos ideales apuntan?.. Así que lo que Vd. me dice es lo que más pudiera complacerme... Amenazados espiritualmente de uno y otro lado, los pueblos hispánicos necesitan afirmarse a sí mismos y ello les obligará a ahondar en sus raíces, que no son, como se ha dicho de esclavitud, sino de independencia, porque el espíritu de independencia está en la raíz de todo español".

Aporto esta contribución al recuerdo de Maeztu, que se reaviva en nuestros días.

(Clarín, Buenos Aires, 28-IV-1956)

de que el autor del ensayo trata de esclarecer la actitud de Unamuno ante Cristo —figura que obsesionaba a don Miguel— y, correlativamente, ante la fe cristiana.

Para Unamuno no había unidad más alta que la de sus “yo”. Cuando en uno de sus geniales paroxismos grita, con Michelet, “¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!”, se limita a hacer pasar el centro de gravedad de su vida por su personalidad —unidad inferior, desde el punto de vista cristiano—, y por la unidad superior, eterna y absoluta: Dios. Marrero dice, con elocuencia y oportunidad manifiestas, que “la tesis general diluida a lo largo del poema *El Cristo de Velázquez* viene a ser ésta: Jesús es el Hombre eterno, el Hombre ideal, mito creado por el hombre —por los hombres— en su instinto de inmortalidad, en su afán de no morir, en su hambre de vivir para siempre”... “el Dios real, sustancial y viviente para Unamuno sólo puede concebirse antropomórfico y finalista: nuestro immortalizador”. Esta tesis que enlaza perfectamente, en su sentido más hondo, con la sostenida en *Del sentimiento trágico de la vida*, según observa Marrero, nos dice: que Unamuno no ha comprendido o no ha querido comprender el sentido verdadero de Cristo, del cristianismo. Que el cristianismo consiste, inequívocamente, en sustituir el “yo” por Cristo, en ser “otro” Cristo. Para el cristianismo, ¿qué más da tú que yo? ¿Qué más da, si no somos en nosotros, pues que somos en Cristo? Para don Miguel era muy difícil comprender y sentir lo “otro” como realidad exterior a su “yo”. Este “yo” de Unamuno, voraz e insaciable como un escualo, de todo se alimenta y todo lo transforma en “yo”. Toda esencia la transforma en su existencia. Así, don Quijote, y así, del mismo modo, Cristo. La fe es crear a Cristo y a don Quijote. Mas al crearlos, lo que verdaderamente crea es su “yo”, antro en el que obliga a entrar a don Quijote y a Cristo. Esta voluntad centrípeta, o, como dice con mayor rigor Vicente Marrero, este “decidido voluntarismo creador”, semillero constante de cristos “sui géneris”, privados, si se me permite endurecer un tanto la expresión, está muy lejos de la voluntad centrifuga que es táctica del único posible cristianismo: “Me hallarás en la medida en que te renunciases”...

Creo que este examen de la actitud de Unamuno ante Cristo, agota el tema. Queda claro, por obra de Marrero, que el Cristo de Unamuno es distinto al Cristo de los Evangelios. Queda claro, igualmente, que a Unamuno no le interesaba el Cristo histórico. Pero —se me ocurre pensar— si alguien salvó, en última instancia, a aquel ingenio portentoso, no pudo ser sino el Cristo de los Evangelios, el Cristo histórico que don Miguel no comprendió ni en su corazón ni en su cerebro. Y quiero recordar aquella escena patética de Balzac agonizante, clamando en su delirio por Bianchón, el médico genial que podía salvarle: “¡Llamad a Bianchón, Bianchón me salvará!” Pero clamaba inútilmente, porque Bianchón había sido creado por él, era uno de los personajes de sus novelas. Bianchón no podía acudir, porque Bianchón era Balzac.

(Índice, Madrid, Septiembre, 1960)

LOS MÚLTIPLES UNAMUNOS

por Manuel G. Cereales

Es casi inconcebible que los comentaristas de Unamuno discrepen tan radicalmente en la interpretación del pensamiento religioso de un escritor que, como el antiguo rector de la Universidad de Salamanca, se pasó la vida convirtiendo en pasto de lectura sus problemas de conciencia y sus íntimas contradicciones espirituales. Estas contradicciones, abultadas por una exagerada propensión al empleo de la paradoja como recurso dialéctico, son seguramente la causa de los múltiples Unamunos que nos ofrecen sus intérpretes: el Unamuno ateo en el fondo, que en vano trata de disimular su falta de fe (Sánchez Barbudo, Corominas); el Unamuno heterodoxo, pero cuyo pensamiento esta impregnado de revelación cristiana (Moeller); el Unamuno para quien la religión es una mezcla de fe nacional y catolicidad (Cernuda); el Unamuno cuyas dudas cubren la presencia de un Dios que es el cristiano uno y trino (Marías); el Unamuno de doctrina luciferina (Landsberg)... Y otras muchas imágenes, sin que falte la de quien pretende presentarnos un Unamuno ejemplarmente cristiano...

Contra lo que se cree y proclama por muchos de sus apasionados lectores, Unamuno no fue ni un filósofo ni un teólogo. Por eso resulta muy laborioso cualquier intento de poner al descubierto la trama de un pensamiento que rehusó toda sumisión a un orden sistemático. Hoy estamos convencidos de que fue, ante todo, un gran poeta, con limitaciones de tipo formal en cuanto a su capacidad expresiva, pero con una fuerza y una personalidad que le ayudaron a superar las propias deficiencias y a luchar victoriosamente —hoy lo vemos— contra las corrientes y los gustos fugaces de su época. Su teatro, su novela y sus ensayos esperan una revisión a fondo que sitúe definitivamente a su autor en el alto puesto que le corresponde en la historia de la literatura española. Mientras tanto, e medida que crece la talla del poeta y se va perfilando la figura del escritor, disminuye, a mi modo de ver, la significación de Unamuno como pensador. Su religión y sus ideas filosóficas han perdido vigencia, porque en el plano de la pura especulación no han aportado nada nuevo ni original. Sus reflexiones sobre el tema religioso tendrán siempre un valor testimonial como reacciones que contribuyen a fijar una personalidad extraordinaria, en tanto que datos reveladores de un carácter. Podrían dilucidarse algunos de los problemas que plantean traladando, como apunta Marrero, el drama de Unamuno al dominio de la psicología profunda, siempre que —añado yo— esta ciencia disponga de medios de interpretación capaces y seguros de llegar a las zonas recónditas del alma humana.

Marrero ha seguido el método que ha creído más honesto y eficaz para abrirse paso entre las contradicciones de Unamuno y averiguar su interpretación de la religión católica y de la figura de Cristo. El procedimiento consiste en proseguir a través de la obra unamuniana —poesía, ensayo, obras de imaginación— las ideas que en el transcurso del tiempo avalan una continuidad de pensamiento. En un escritor lleno de contrastes, con capacidad para la simulación —el propio Unamuno llegó a desconfiar de su sinceridad— y con una marcada tendencia a desconcertar a sus lectores, no es fácil trazar las coordenadas del punto central de su visión crítica. Marrero hace abstracción de elementos accesorios e inseguros, frases más o menos ocasionales, estrofas cargadas de doble sentido o expresiones de significación ambigua —que muchas veces

por muchos como máximo expresión de la religiosidad unamuniana. Pero Vicente Marrero entra de lleno en el estudio de ese poema, descubriéndonos que también en él Unamuno canta a un Cristo mítico, simbólico, hegeliano, representativo de lo mejor de la humanidad, pero nunca al Cristo teológico ni al Dios encarnado. El lenguaje escriturístico del largo poema le ha hecho aparecer como un modelo de ortodoxia. Se llega al final de *El Cristo de Unamuno* con el temor de que don Miguel apenas creyó rectamente en ningún momento. Pero a tal afirmación se sigue en Marrero la de que Unamuno fingió su tragedia más que vivirla. Yo pienso que debemos reconocerle, siquiera, la gran tragedia de su presunto fingimiento.

(Diario de León, 1-X-1960)

ORTEGA

LA POSICION ESPECIFICA DE ORTEGA

por José M. Millás Vallicrosa
Catedrático de la Universidad de Barcelona

Es difícil encarecer, en pocas palabras, todo el inmenso prestigio que Ortega y Gasset gozó, en vida, entre intelectuales, ensayistas y universitarios. Todos los que estamos ya bastante adentrados en la segunda mitad de nuestra vida podemos dar pleno testimonio de ello. Nadie osaba parangonar a Ortega con ningún otro escritor. El no admitía comparación alguna. Era su talento soberano, la gracia apolínea de su elocución, de su verbo, tanto escrito como hablado. Además, Ortega con su atuendo, su ademán, su pose, parecía requerir este homenaje de parte de sus compañeros y amigos. Sólo con el gran fracaso de la República, con la obligada confesión por parte de Ortega de que “no era eso”, y también, por los ecos de sus polémicas con Ramiro de Maeztu, empezó a palidecer, entre algunos, su estrella. Luego, con la guerra de Liberación, expatriado en Lisboa, se inhibió olímpicamente de la marcha de los sucesos, en los cuales España se jugaba su esencia y su historia. Después de la liberación, hacia el 1940, volvió a Madrid, y evitó referirse al cambio de signo experimentado por su patria, al mismo tiempo que probaba de animar su antigua posición rectora del pensamiento con unos cursos culturales libres que no llegaron a cuajar, como tampoco fue muy fecunda la estela que dejó en su último viaje a Alemania.

Pero lo que siempre fue indiscutible para muchos fue el talento impar de Ortega, su gran formación europea y, sobre todo, la magia de su estilo fascinante y seductor. Yo diría que esta cualidad fue la principal en Ortega. Porque en la valoración de muchas de sus obras, la crítica tuvo que poner muchos reparos. Su interpretación de Andalucía no era aceptada por muchos andaluces, su visión de la España invertebrada levantó críticas de parte de eminentes historiadores, y a su última gran obra sobre la rebelión de las masas cabe decir que contiene una filosofía y unas consideraciones del todo “post eventum”. Además, hay que registrar en la marcha de su pensamiento unas graves rectificaciones. Sabido es que Ortega, ya de muy joven, cuando aún estudiaba el bachillerato en el colegio de los jesuitas de Málaga, perdió la fe, debido, al parecer,

ANTE LA COMPRESION DEL ORTEGUISMO

por L(ucio) A(lamo)

Vicente Marrero, prestigioso escritor canario, que cuenta, entre otros galardones cosechados, con el Premio Nacional de Literatura 1955, por su biografía de *Maeztu*, y el "18 de Julio" de 1959, por *El enigma de España en la danza española*, domina, en virtud de su vocación creadora y su vasta cultura, los más diversos géneros. Este nuevo libro suyo, cuya exégesis canta el título, fue escrito con la conciencia de que la comprensión del orteguismo como fenómeno en nuestra vida intelectual platea algunos interrogantes que no encajan dentro del marco filosófico propiamente dicho (aunque tampoco puedan descifrarse al margen de éste), y trata de contribuir a llenar esa laguna. Profundo, al tiempo que ameno; pletórico de ideas y de sugerencias, cabe muy bien decir que su lectura es imprescindible para quienes se interesan por el estudio de las corrientes del pensamiento contemporáneo.

(Pueblo, Madrid, 4-XI-1961)

ORTEGA, FILOSOFO "MONDAIN"

por Fr. Santiago Ramírez

Entre los muchos libros dedicados a Ortega, ocupa éste un lugar destacadísimo. Ha sido un acierto considerar esa faceta de Ortega y de su filosofía, que si bien no es la única como reconoce el autor, es sin embargo fundamental. Sin élla no se puede captar tal como es la vida y la obra del filósofo madrileño.

La descripción que Marrero hace del "mondain" es de *mano maestra*. "Para él —dice— lo fundamental no son las esencias, sino las circunstancias. Según él, la cultura, más que una manera de ser (esencia), es un estado (una manera de estar). Mas todo estado o manifestación supone una esencia, como toda esencia exige una manifestación. Pero el "mondain" se queda en las maneras de estar o de hacer, sin verificar el tránsito a la esencia, al ser donde reside la potencialidad de todas las acciones, la intencionalidad esencial que las abarca a todas.

Por algo el "mondain" es un concepto que suele ir unido a lo superficial, insustancial, frívolo, vacío... El "mondain" está, pero no es. Consciente o no de que es una nada siendo, carente de sentido esencial, no obstante encuentra acomodo estando en lo que ilusiona más o menos fantásticamente. Se considera sin naturaleza, aunque con historia. Vive de modas, y si tiene carácter no es precisamente el que viene de las zonas profundas del alma. Tanto en las formas de acercarse a los temas que trata como en el contenido de lo tratado, el "mondain" plantea siempre previamente una cuestión de profundidad. Su vida es un *Ersatz*, un artificio. No tiene espíritu, sino *sprit*. No es creador, aunque suele tener una gran capacidad de fabulación. Más que especulativo es pseudoespeculativo, intelectual por espíritu deportivo. No es creador, porque la creación sólo surge desde el ser. Los más grandes creadores de la humanidad han sido naturalezas fundamentalmente religiosas. La creación "mondain" es de distinta índole; dura lo que las generaciones. En él, el espíritu es absorbido por la cronología. La palabra

do de él. Quien menos, se habrá sentido tocado en su fibra estética y vital por este gran hechicero o seductor, el cual, habiéndose constituido en espectador supremo, fue durante largos años el espectáculo más inteligente y variado que se representó o que se presentó —pues de Ortega valía sobre todo su “presencia”— ante los españoles. ¡Qué duda cabe!

La aplicación del adjetivo “mondaine” a la filosofía orteguiana define “urbi et orbi” la posición de Vicente Marrero. Su crítica no arranca directamente del pensamiento filosófico tradicional. Antes al contrario, se alimenta de los propios supuestos orteguianos. Es, de este modo, una crítica de base o radical. Marrero no sitúa su énfasis crítico en las conclusiones del pensamiento de Ortega, sino que, aventurándose aguas arriba, llega a su manadero y trata de obtenerlo. Todo su libro es una argumentación contra el método. Como si dijésemos: intenta arrinconar a Ortega entre las cuerdas para no dejarle desarrollar su técnica fascinante, su luminoso pugilismo.

No deja Marrero de reconocer los valores extraordinarios de Ortega. Más de una vez alude al encanto supremo de su prosa. De mí sé decir que, siendo poco más de un adolescente, gustaba de recostarme y dormir sobre la prosa y aún sobre las ideas de Ortega. Tal vez fuese que de aquellas páginas emanase un poder hipnótico irresistible. El caso es que mis sueños eran siempre felices. ¿Qué español medianamente sensible podría dejar de reconocerlo? Quizá el mejor homenaje que podamos rendirle sea el de discutir acaloradamente en torno suyo.

(Blanco y Negro, Madrid, 28-X-1961)

LA ORIGINALIDAD DE UN ENFOQUE

por M. A. Galino

Catedrático de la Universidad de Madrid

A principios del curso actual, cuando las primeras tareas del nuevo ciclo docente acaparaban nuestros cuidados, un libro nuevo, de apariencia sencilla y ágil, pero de grave contenido, se impuso a nuestro interés al *soniquete* que en tono menor nos contaba por lo bajo: “¿otro libro sobre Ortega?”...

Pero se trata de una monografía que justifica ampliamente su aparición por la originalidad de su enfoque, que no es otro sino explicar a Ortega no sólo desde su perspectivismo, ni desde su razón vital, o desde su positivismo, sino desde una situación que pretende ser clave para entender las demás: la actitud *mondaine* que inspira las elecciones fundamentales de su pensamiento.

Pues bien, el autor denuncia los aspectos de la obra de Ortega, que podríamos llamar *mondains* por la prevalencia en ellos de una elaboración cuidadísima con detrimento de su coherencia interna; por “la caza de vivencias y sensaciones” allí donde esperábamos ideas; por su “sentido deportivo y festival de la vida”, que pierde así su verdadera y sería dimensión humana; por “las destrezas de oficio”, propias de un gran escritor nato como lo era Ortega, que le permiten escamotear las soluciones de los problemas planteados con un esguince gracioso o un desplante inesperado. No deja de ser sintomático para apostillar estas facetas levemente apuntadas, que Ortega se haya pro-

Y sin embargo... Vicente Marrero no ha querido terminar el libro sin unos toques de luz que, no por venir al final —al final vinieron también en la vida de Ortega— dejan de iluminar el edificio, como una ventana sobre el ancho campo abierta en lo alto de la torre., Me refiero al tema de la soledad y el desamparo abordados por don José en *El hombre y la gente* (1957). Hay aquí una especie de “salto mortal” hacia Dios a través de la soledad silenciosa que se convertirá así, en soledad “religada”. A esto lo llama Marrero salto mortal, porque al negar antes la analogía metafísica del ser, se había cerrado Ortega todo camino filosófico para ir hacia Dios, pero saluda en esos atisbos del último período de su vida, el lado más noble de una obra, por muchos motivos.

Si este salto a Dios desde la radical soledad humana, no modifica la obra anterior, pudo, en cambio, modificar su vida que desearíamos, al fin, apresada y salvada en el Ser de Dios.

Marrero ha hecho un buen libro. Como sólo puede hacerlo un amor defraudado. Se nos antoja la obra de discípulo desengañado, que confió en un maestro al que se le pidió más de lo que ralmente podía dar. Acaso sea esta condición la que mejor garantice “una crítica desde dentro”, hecha con lujo de lecturas y vigorosa meditación.

(Rev. de la Institución Teresiana, Enero, 1962)

SANTIAGO RAMIREZ, O.P.

LA BIOGRAFIA DEL P. RAMIREZ Y EL BRIOSO COMIENZO DE LA EDICION DE SUS OBRAS

por Lamberto de Echeverría

“Frente a la vanidad, insufrible a veces, de personas que sabiendo mucho menos y con méritos infinitamente menores sólo alcanzan a hablar incansables de sí mismas, aquel gran sabio que fue el P. Ramírez se resistió siempre a cuanto pudiese suponer exhibición. Ya fuese en un recreo o en un paseo, ya en público, a la hora de cosechar honores y distinciones, ya en la intimidad conventual, sea a la hora de publicar o a la de dar una clase, él se mantuvo siempre inmovible en la más resuelta, huraña a veces, defensa de su propia modestia”. Así escribíamos en junio del 68, comentando el entoces recién aparecido volumen “In memoriam”. Y evocando después los libros que había dejado pendientes de publicación, por su escrupuloso deseo de perfeccionarlos más y más, añadíamos: “Bueno sería que ahora, sin la resistencia que él podría oponer si viviese, se acometiera rápidamente una edición que impida queden inéditas miles de páginas llenas de profundo pensamiento, que él preparó con tanto mimo”. Ambos deseos, el de un P. Ramírez sacado de la oscuridad que a sí mismo se impuso, y el de una edición completa de sus obras, están realizándose.

En nuestras manos la biografía, y estudio de conjunto de su obra, que acaba de publicar Vicente Marrero. No vamos a señalar sus cualidades de escritor. Saltan a la vista: es claro en el lenguaje y en las ideas. Escribe un castellano preciso, no precioso

a la vista mientras escribimos: “De ipsa Philosophia in universum” y “De analogía”. La edición la patrocina y lleva a cabo el Consejo Superior de Investigaciones científicas, por medio de su Instituto Luis Vives, que ha editado también la biografía, circunstancia tras la que no es temerario adivinar la mano de un entusiasta tomista y admirador del P. Ramírez que se llama Angel González Álvarez. Dos imprentas, la de Ribadeneira y la salmantina de Calatrava están trabajando simultáneamente, pues son doce los volúmenes que se hallan ya en trance de composición y tirada, y hay que decir con verdad que no desmerece la modesta imprenta salmantina junta a la poderosa madrileña en pulcritud y limpieza de sus trabajos. El plan está completo y el brioso comienzo de esperanza de una feliz realización total.

Más afortunado que el P. Noberto del Prado, otro gigante de la teología moderna, algunas de cuyas obras siguen aún inéditas, el P. Ramírez va a tener pronto editada toda su obra. Entonces se podrá apreciar lo que puede llegar a dar de sí una inteligencia extraordinaria (por algunos comparada a la del mismo Santo Tomás, llamándole “Thomas redivivus”), actuando en el sosiego de la vida conventual, cuando a lo largo de los años se aplica con pasión, en la mejor línea de la tradición dominicana, al estudio. Ya desde ahora, repasando las áureas páginas del “De analogía”, sentimos el orgullo de que hayan sido escritas en Salamanca, prosiguiendo aquellas hazañas intelectuales de nuestros mayores. Todos estamos de enhorabuena.

(La Gaceta Regional, Salamanca, 20-V-1971)

SANTIAGO RAMIREZ, O.P. (1981) EN LA SUA OPERA. UN EJEMPLO O UNO SCANDALO?

por G. Pirini

Divus Thomas. Así titula su amplia, enjundiosa y minuciosa recensión de 55 páginas.

Divus Thomas (Placenza, Italia) 79 (1976), págs. 78-133.

SANTIAGO RAMIREZ: SU VIDA Y SU OBRA

por Michel Bastit

Hay obras teológicas importantes que han preferido para su elaboración el silencio de los conventos o la discreción de las cátedras universitarias a los ruidos y resonancias de los periódicos. Por ello hemos de agradecerle a Vicente Marrero que haya consagrado su libro al mejor conocimiento de los trabajos del profesor de Salamanca y Friburgo (Suiza) el P. Ramírez, Formado en la gran escuela de los dominicos españoles, ha pasado su vida enseñando en los centros académicos antes citados y en los conventos de su Orden. Deja una obra inmensa, escrita en su gran parte en latín y de forma un tanto austera para el lector moderno, por haber centrado sus comentarios al margen de los cursos dedicados a Santo Tomás. Al aspecto externo de la forma ha preferido la exposición de un pensamiento profundo y a la vez firme, cuya influencia se ha hecho

RUBEN

LA FAMA DE RUBEN

por Federico Carlos Sáinz de Robles

Entre los años 1896 y 1916 fue Rubén Darío ídolo de los poetas del mundo hispánico; quienes le atribuían y jaleaban la revolución y la implantación escandalosa, pero feliz, del modernismo poético. Lo cual, si en la segunda atribución era verdad de a folio, no lo era en su primera, pues que dicha revolución lírica antes de 1896 había tenido en América y en España precursores de mucha consideración. Allí: Díaz Mirón, Manuel José Othon, Manuel Gutiérrez, Nájera, Gastón Fernando Deligne, Julián del Casal... Aquí: Manuel Reina, Emilio Ferrant, Manuel Paso, Ricardo Gil y, sobre todos, el malagueño Salvador Reina, auténtico iniciador del modernismo en España, inventor de ritmos y metros, grandilocuente y polifónico, joyero de imágenes novísimas. Sino que llegó a España (1892, 1898, 1904, 1909, 1914...) aquel bravo, amable, generoso, derrochón indio que fue Rubén, poeta inmenso por la gracia de Dios, y se erigió en ídolo y modelo de la nueva tendencia poética, conformándola a su antojo y embelleciéndola a lo mujer fecunda paridora incansable.

Cuando yo empecé a escribir, hacia 1916, se mantenía intacta, y muy alta, la fama de Rubén. Pero ya sin los mismos entusiasmos incondicionales en España, donde los jóvenes poetas se arribaban al suave y excitante posmodernismo de Juan Ramón Jiménez y el caliente intimismo pensante de Antonio Machado. Los jóvenes declamábamos con énfasis y afanes musicales poemas de Darío; pero a la hora de la verdad buscábamos, para sentirnos fieles a una emoción recóndita y retintieneante, a nuestro don Antonio, a nuestro don Juan Ramón. Estas dos devociones aún se acentuaron en España después de 1939, con los apéndices del lorquismo y de los *neos*: neoromanticismo, neopopularismo, neogarcilasismo, neogongorismo, neoconceptismo... Lo cierto es que durante muchos años, entre 1916 y 1970, la fama de Rubén fue más un alto valor "sobrentendido" que un valor vigente capaz de seguir influyendo. Lo cual que no fue justo, ya que la deuda poética del mundo hispánico con el genial nicaragüense permanece impagada en su justa cotización. Por supuesto que ni en América ni en España hay imitadores incondicionales de Darío. Mas estas juventudes de los dos Continentes que hablan el castellano, entregadas al superrealismo más desconcertante en relación con el modernismo, deben a Rubén las mismas posibilidades de discrepancia que los pintores abstractos o los levementes figurativos, por ejemplo, al Goya descubridor y desbrozador de todos los nuevos caminos del arte pictórico. Porque tales discrepancias, tan fecundas para el arte como para la literatura parten, indefectiblemente, de unas tendencias, de unas revoluciones geniales que fueron en su momento escándalo, sorpresa, sugerencia fenomenal, veta aurífera.

Vicente Marrero, devotísimo de Rubén Darío, ha creído oportuno escribir un largo y magnífico ensayo recordando y reafirmando los valores poéticos y raciales del más genial mantenedor del modernismo lírico, para reavivar en los olvidos las brasas poéticas de Rubén. Marrero divide su ensayo en tres partes: el mundo de Darío; Rubén y la crítica, y vigencia de Rubén. Y señala que precisamente para Antonio Machado,

ca el título en la pregunta con que termina su exposición: “¿Acaso tenemos algún otro poeta a lo largo del siglo que haya ocupado su lugar, superado su mensaje y del que podamos decir que sea tan “nuestro” —y este a todo lo ancho del mundo hispánico—, como cuando decimos “nuestro Rubén?””.

Marrero hace hincapié también en el españolismo de Darío, considerándole “un adelantado en su amor a España”. Y explica: “Su amor a Cristo, su amor al ejemplo histórico y cristiano de España tan vinculado al de Hispanoamérica, harían definitivamente de Rubén el grande, profundo y ejemplar poeta que conocemos (pág. 51). Expone Marrero unas ideas raciales sobre la Hispanidad que fueron archivadas hace tiempo, y las une a la tradicional religiosidad española, tan sui géneris: después afirma que el concilio ha favorecido la peculiar visión religiosa de Rubén Darío “cuando no por su acrisolada espiritualidad, por su innegable sentido sacral de la vida” (pág. 60).

Preferimos con mucho la segunda parte del ensayo, “Rubén y la crítica”; en ella pasa revista Marrero a las opiniones que ha suscitado la obra del nicaragüense, empezando por Bowra y Cernuda, y siguiendo con Valera, Machado y Juan Ramón Jiménez. No se llega hasta tiempos más cercanos, puesto que nunca se propuso Marrero una visión de conjunto de la vigencia actual del poeta; más bien insiste en las opiniones que sus coetáneos mantuvieron, y las desarrolla con visión de hoy, para ver si acertaron o no en sus juicios. De todo modos, las dos muletas en que apoya sus opiniones Marrero son Menéndez Pelayo y Maeztu, los únicos críticos sin error posible, a su modo de ver, pese a que muchas de las tesis mantenidas por el polígrafo santanderino, cuya grandeza nadie puede discutir, hayan tenido que ser revisadas totalmente en nuestros días. En fin, concluye Marrero, “Rubén, más que un poeta para los días laborales, es un poeta de domingo”.

(*La Estafeta Literaria*, Madrid, 15-V-1971)

TAN ATINADO COMO OPORTUNO

por J.L. Vázquez Dodero

Este ensayo obtuvo el Premio “Rubén Darío” de Sao Paulo en 1967. Se compone de tres partes: “Su mundo”, “Rubén y la crítica” y “Su vigencia”. Marrero tiene el acierto de abordar la poesía de Rubén con la profunda, con la inextinguible admiración que merece. Lo sitúa en la altura inconmensurable que ocupa. “Una admiración sin límites, una veneración incondicional. Para Antonio Machado era el poeta supremo”. Estas palabras son de Gerardo Diego. En el libro de Marrero se registran los juicios que, a partir de Valera y Menéndez Pelayo (los primeros que supieron descubrir o presentir el genio de Rubén), ha merecido, además, a Maeztu, que pasó de las reservas al entusiasmo, Juan Ramón, d’Ors, D. Alonso, Valle-Inclán, Ortega, P. de Ayala. Justamente acabo de leer el ditirámico estudio breve que este último dedica a Darío en la selección de artículos “Nuestro Séneca” (Edhasa, 1966). Las espléndidas páginas de Pérez de Ayala (“R.D., poeta y trovador”) debieran conocerlas los jóvenes poetas. La crítica de Marrero a la actitud de Cernuda no puede ser más ponderada y serena. “Nuestro Rubén” es tan atinado como oportuno.

(*Blanco y Negro*, Madrid, 27-II-1971)

DE CARA AL MUNDO HISPANICO

por Jaime Delgado
Catedrático de la Universidad de Barcelona

Su autor analiza, describe y razona las relaciones amistosas que unieron entre sí a Pereda, Galdós, Menéndez Pelayo, don Juan Varela, "Clarín" y Rubén Darío, principalmente, así como los contactos que tuvieron con otros escritores de su tiempo. Esa amistad tiene una sede geográfica principal: Santander, y se nutre con lo que cada uno de los miembros del grupo aporta a ella. Primero, la figura central es Pereda, a cuyo alrededor se agrupan don Marcelino y Galdós. Después, el centro pasa a Menéndez Pelayo, en quien se apoya Valera y que atrae a Leopoldo Alas y a Rubén. Este último completa el cuadro con la fundamental aportación del mundo hispánico y la esencial novedad de su creación poética, así como "Clarín" y Galdós significan la fuerza con que asoman las nuevas tendencias de la época. Y una de éstas, por cierto, aunque no circunscrita al dominio de la literatura, se llama hispanoamericanismo, entre cuyos primeros paladines se cuenta Valera, quien el 26 de mayo de 1886 escribía a Menéndez Pelayo, desde Bruselas, estas palabras: "Nosotros, si esa nación ha de volver a ser nación digna de su pasado, debemos influir y prevalecer hasta ejercer cierta hegemonía en el Nuevo Mundo. Sobre todo en el hispano-parlante".

La lección que Marrero extrae de la amistad que relata se refiere al comportamiento de sus protagonistas ante su relación amistosa, pues todos ellos la concebían "con un profundo respeto hacia las ideas de los demás, sus sentimientos, opiniones y preocupaciones patrióticas y religiosas, pero intransigente ante la farsa y los falsos valores, sensibles a la repulsa del escándalo y de las mañas arteras de una publicidad en el fondo degradante". Ello se explica porque, "pese a las diferencias que existían entre estos escritores y a los defectos de cada uno de ellos, todos poseían un asidero de algo trascendente, sin lo cual no se comprende el servicio a la amistad, sólo concebible reconociendo algo superior a que entregarse". Y que lo comprendieron así parece demostrarlo el hecho de haber ofrecido su amistad como modelo a sus compañeros y colegas escritores, según los proclamaron Galdós, Menéndez Pelayo y Pereda en sus respectivos discursos de ingreso en la Real Academia Española.

Marrero cita con profusión textos de la correspondencia cruzada entre los protagonistas de su obra, y a veces esas citas textuales son muy extensas. La razón que aduce para ello es clara y convincente: desea que hablen directamente los mismos actores de la historia y concede mayor espacio a los escritos menos reproducidos y que resultan, por tanto, más difícilmente asequibles al lector. De este modo, Marrero ha logrado reunir un amplísimo conjunto de datos y testimonios, que no sólo ilustran perfectamente el tema que se propuso desarrollar, sino que componen también todo el cuadro general de la época, al menos en sus lineamientos más importantes. Si a esto se añade que el autor hace, en ocasiones, pertinentes reflexiones acerca de los acontecimientos que narra y se agrega que la narración y la consideraciones están pulcramente escritas, será justo concluir afirmando que el nuevo libro de Vicente Marrero es sumamente útil para alcanzar un conocimiento más completo de la época y de los hombres a que se refiere.

(La Prensa, Barcelona, 10-XI-1971)

Esto que describe con magistral estudio y pluma extraordinaria Vicente Marrero me lo había olido yo toda mi vida. Es lo que me motivó a saltarme la generación del 98, después de conocermela a fondo, y a no congraciarme con ella. Recuerdo que don Pío Baroja, el formidable escritor, me honró al final de su vida con unas cuantas atenciones. Entre ellas un libro dedicado, y me recibió en seis o siete ocasiones. Aún me parece escuchar su voz, diciendo:

— Esto de escribir aquí no funciona. Esto es tonto. ¿Quién escribe por ahí..? En España, digo. Porque se escribe, ¿no? El teatro parece dar más dinero. Pero los libros... Oigame, Paso... ¿Quién escribe por ahí?

(El Alcázar, Madrid, 29-I-1972)

EJEMPLO DE UNA AMISTAD

por Alejandro Fernández Pombo

La amistad de la que hace historia Vicente Marrero es la que a lo largo de los años hubo entre Pereda, Varela, Clarín, Pérez Galdós, Menéndez y Pelayo y Rubén Darío, figuras estelares de la literatura hispánica en los años finales del XIX y los primeros dle XX; nombres que, encasillados, ocuparían lugares muy distintos tanto por sus géneros y estilos como por su ideología; aunque las diferencias en este terreno, eran más aparentes que reales muchas de ellas.

El autor de este interesante ensayo, que ayuda al recto esclarecimiento de una época, no sólo nos cuenta cómo fue esa amistad (que casi siempre tuvo por escenario a Santander), sino que insiste en el hecho de que fuese posible. Lección permanente, pero ejemplo poco repetido en nuestras letras. Una “cumbre de entereza y cordialidad” que casi produce asombro, y desde luego acrecienta la admiración hacia los protagonistas.

(YA, Madrid, 19-II-1972)

PAGINAS EJEMPLARES

por J.L. Vázquez Dodero

A quien conozca los múltiples epistolarios de nuestros más altos nombres de la literatura del siglo XIX y principios del XX, este jugoso e interesantísimo libro de Vicente Marrero no le producirá esa sensación de sorpresa, administración y, tal vez, asombro que experimentará, sin duda, el lego en la materia. Marrero, al hilo del ambiente histórico —y del biográfico de los corresponsales— va seleccionando trozos de cartas de Pereda, Rubén Darío, Leopoldo Alas, Valera, Menéndez Pelayo y Galdós. El espectáculo que sus amistades nos ofrecen es sencillamente conmovedor. Un entendimiento profundo y a menudo entrañable reflejan las cartas que esos primates se escriben. Ya estén de acuerdo o ya discrepen y discutan, el respeto y el afecto se sobreponen

por evidenciar una espontánea compenetración afectiva. Y nos recuerda que Rubén Darío desembarcó en Santander en 1892, poco antes de entablar relación directa con quienes fueron los primeros en escucharle y de alentarle.

Historia de una amistad es la crónica de una coincidencia fecunda entre artistas de primer orden, y una advertencia discreta y firme para un tiempo en que las opiniones encontradas crean por todas partes absurdas barreras y lamentables abismos. Nos demuestra cómo, en ciertas zonas del espíritu, pueden convivir pacíficamente, e incluso profesarse inalterable afecto, un cristiano a machamartillo como Pereda y un descreído tan honrado como Pérez Galdós, un escéptico elegante como Valera y un apasionado creyente como Menéndez Pelayo. Y nos aporta la nostalgia inevitable de unas horas que quisiéramos haber vivido, los atardeceres de cielo y mar en torno al jardincillo de "San Quintín", cuando allí florecía la comunión espiritual del creador de *Fortunata* y del historiador de las ideas estéticas, cumbres solitarias y sublimes de un país y de un tiempo.

(Alerta, Santander, 13-VIII-1971)

ducción tan vasta y diversificada aunque dignamente trinitaria (Amor, Saber, Poder) y aun —en cierta medida— contradictoria vitalmente como la del pensador de la Hispanidad en diferentes etapas de su trayectoria.

Para Marrero, Maeztu, en suma, ha sido como una especie de guía patrio por entre los múltiples y muy intrincados vericuetos que unen la España de la Restauración y del Desastre del 98 con la que desemboca en la guerra de 1936, que tiene, además, en Maeztu una de sus víctimas más caras y destacadas. Y tanto más aleccionador y elocuente se le revelan su testimonio y significación cuando los contempla y estudia desde los clamorosos desgarramientos, rectificaciones y arrepentimientos en que se produjeron, situándolos en constante contacto y diálogo con otras figuras señeras de nuestro panorama cultural, ya se trate de Menéndez Pelayo, Unamuno, Ortega, Antonio Machado, D'Ors, así como otros representantes de las generaciones del 98 o de la República. Finalmente, reparemos en su más bien silenciosa disparidad ante algunas figuras señaladas de nuestra derecha y hasta de su propio equipo intelectual de Acción Española, y tendremos los rasgos más salientes de su perfil.

Sostiene, sin embargo, Marrero, en un artículo publicado en ABC el 29-10-1986 para conmemorar el cincuenta aniversario del asesinato de don Ramiro, y pese a haber sido él el más caracterizado editor de las obras de éste —sobre todo de las que no fueron recogidas en su vida en forma de volúmenes—, que no se ha acertado a presentar debidamente la dialéctica interna y vigorosa de su pensamiento, ni como pensador de la Hispanidad ni en su íntimo contacto con el mundo anglosajón, del que, desde los primeros años del siglo, e instalado en su atalaya de Londres, fue un adelantado a la hora de explicar a sus compatriotas las características tan sui generis de la Inglaterra moderna. Tampoco se le han hecho todavía justicia a Maeztu a la hora de delinear los trazos más definitorios de su personalidad, ni se ha prestado la atención que merece, por ejemplo, a su interés —desde una visión muy peculiar del centro como sistema y no como mero partido— por integrar a la vez que superar las innegables virtudes y deficiencias del liberalismo de cuño inglés, por tantos conceptos tan característico en la vida política y social del mundo moderno.

En cambio, el conocimiento de la obra —y el aprecio por su valor— de Santiago Ramírez ha sido más bien tardío en Vicente Marrero. Admira, sobre todo, en él, la modalidad inequívocamente realista de su pensamiento, su claridad —no meramente verbal y menos aún superficial— de ideas, así como su inconfundible mordiente a la hora de atenzar principios y claves entre las entidades intelectuales más subidas. Y ello al margen de alharacas y ruidos publicitarios, con una obra que —como se dice en la solapa del libro que le dedicó,

tablecido de nuestra época, al lado de Einstein y Charles Chaplin. Enigmático y elocuente enclava el suyo en la desgarradora encrucijada en que se encuentra el mundo contemporáneo. En cualquier interpretación, no hay otra figura del área cultural hispánica de nuestro tiempo que haya alcanzado las dimensiones estelares de Picasso —su tan sobado misterio—, que ha encontrado en Marrero a un estudioso empecinado, alineado entre sus más asiduos y profundos intérpretes, y que no ha cesado de meditar sobre su significación merodeando entre los aciertos y fallos.

Pero, tal vez sea el talante del P. Santiago Ramírez el que más hondamente haya tocado la inquietud espiritual de Vicente Marrero. Encarna uno de los dechados supremos que se han dado últimamente en nuestras latitudes espirituales, modelo de abnegación y de entrega desinteresada a la verdad. Ejemplo paladino que nos habla por sí solo de cómo la verdad entraña siempre algo de divino, aunque una vida tan intelectualmente recoleta —y, por tanto, tan silenciosamente apartada de las múltiples sollicitaciones que agitan la vida cultural contemporánea— haya podido sorprender, y asombrar, a algunos excelentes conocedores y aun a buenos compañeros suyos, dada su innegable y descollante calidad. Actitud, insisto, abnegada, centrada en la humildad y en la paciencia y que supone —en la visión de Marrero— la más fina y profunda disposición que inequívocamente define a quien de corazón ama la verdad.

¡Qué distinto talante al de Maeztu —maestro de periodistas, atento siempre a lo que agita el viento de la calle—, o al talante de Picasso, que se ha atrevido a poner patas arriba a la misma imagen humana! Y, sin embargo, Marrero se ha interesado viva, amplia y profusamente por estas tres grandes figuras, con sus respectivas y disímiles dimensiones.

Puntualizaciones las anteriores que, sin proponérselo expresamente Marrero, por venir las más de ellas rodadas, barruntan ya, como en todo escritor de raza, los perfiles más propios de una auténtica y original significación —pese a su horror a pasar por tal—, fraguada sin premuras ni impacencias en los pasos contados que se ha visto en la ineludible necesidad de dar.

TRES ENTREVISTAS EN EL CORAZON DE EUROPA

por José Julio Perlado

Por estas tres visitas a tres personalidades del pensamiento, el arte y la filosofía, realizadas en 1947, 1954 y 1946, respectivamente, y que Vicente Marrero nos ofrece hoy como tres entrevistas en el corazón de Europa, se abre nuestro interés y nuestra inquietud se aviva.

que se ha propuesto, abstracción hecha de si ha conseguido hacer diana en ella. Es decir, que lo importante es ese “camino” que el ensayista abre, porque en él está el arte y el espíritu de quien avanza marcando rumbo. Pero ya está dicho que cuanto importa en tales obras no es la consecución última —concluyente o no, y de la que podemos discrepar—, sino la originalidad de la búsqueda y la provocación en que complica a nuestro particular interés. En sus tres ensayos “relámpagos” a que ahora me refiero, importa más que la idea que en nosotros deja del espíritu y de la filosofía de Guardini y Heidegger, y del espíritu y del arte —con filosofía “sui generis”— de Picasso, el método y la forma con que se acerca a ellos para “interpretarles” en aspectos, y hasta en matices, cuya “impresionabilidad” más pudiera estar en el ensayista que en aquellos personajes famosos. No obstante, conviene afirmar que las entrevistas nos dejan la seguridad de haber estado nosotros con los tres, en sus habituales climas y ambientes, en sus concretos mundos trasmundos, en sus vivencias normalizadas y en sus vivencias sobrehumanas; dando, por supuesto, a esta suprahumanidad sentido peyorativo.

Quien haya leído los tres ensayos de Vicente Marrero quizá pueda dudar de saber el más y lo más de Guardini, Heidegger y Picasso; mas tendrá la seguridad de saber de los tres cuanto de humano en ellos persiste enraizando sus portentosas obras.

(Madrid, 23-I-1960)

LA OBRA DE MAEZTU

por Enrique Zuleta Álvarez
Rector de la Universidad, Mendoza (Argentina)

Es muy elogiable la idea de conmemorar el centenario del nacimiento de Ramiro de Maeztu, con la condición de un volumen que agrupe algunas de sus obras principales.

Vicente Marrero ha prologado y seleccionado el material de esta obra, cuya fama y calidad nos dispensa de redundar en el elogio de la misma. Y ha sido un gran acierto encomendarle esta tarea, pues Marrero es, sin disputas, la máxima autoridad en los estudios maeztunianos, como lo acreditan el ser autor de la magistral biografía de Maeztu, que abriera brecha para la nueva corriente de investigación y revalorización de esta gran figura de las letras y el pensamiento español y el tener a su cargo la edición de sus obras escogidas, parte de las cuales ya ha sido editada y otra se halla en curso de publicación.

Marrero examina las diversas etapas biográficas de Maeztu y subraya la importancia de sus años en Inglaterra (1905-1919), cuando se dedicó casi por entero a la cuestión social, con respecto a la cual desarrolló un pensamiento que tuvo honda influencia en el socialismo inglés de aquella época. Pero con ser muy importante dicha etapa, no cabe duda, indica Marrero, que son los años de madurez los que definen su personalidad y le permiten coronar una estupenda hazaña intelectual: descubrir la clave de una empresa hispánica en el marco de nuestro tiempo.

Recuerda Marrero que la obra de Maeztu debe ser juzgada a la luz de las circunstancias azarosas de la vida española y, desde luego, del compromiso militante que asumió en defensa de sus ideas. Su adhesión a Primo de Rivera en 1927, por ejemplo,

— Sólo en apariencia ya que las influencias más dispares se funden extrañamente en el espíritu. Cuando tenía veintiún años, en 1943, se me metió en la cabeza, casi obsesivamente, el nombre de Heidegger. No paré hasta ir a Alemania y allí pasé la peor época de la guerra. Al quedar aislado aquel país, muchos creyeron que había caído yo también. Mis estudios filosóficos tuvieron un espantoso fondo de bombardeos, y quizá haya sido esto para mí una advertencia de que para el intelectual se han acabado ya las torres de marfil. En fin, en Friburgo pude estudiar con Heidegger, cuya influencia en el pensamiento de nuestro tiempo ha sido formidable.

— ¿Y Guardini?

— En este gran pensador católico admiro al intérprete de Pascal, de Dostoyewski, Dante, Hölderlin... y al autor de esa extraordinaria obra “Der Herr” (El Señor)... Es curioso, y demuestra su amplísima curiosidad intelectual, que fuera precisamente Guardini quien me hiciera resaltar, durante una conversación, el gran interés que tendría hacer una buena interpretación de Picasso.

— Y usted la hizo, señor Marrero.

— Lo he intentado. Mi “Picasso y el toro” ha tenido muy buena fortuna en el extranjero. Ahora lo traducen en los Estados Unidos, y ya está traducido, esperando turno de publicación, en Alemania e Italia. La segunda edición española aparece ahora en la “Biblioteca del Pensamiento Actual” que dirige Rafael Calvo Serer.

— Tengo ya muy avanzado un nuevo ensayo: “La procesión, el arte y la primavera”, y en él continuaré exponiendo mi idea de la religiosidad española como una fusión de naturaleza y espíritu, frente al divorcio existente hoy en los países nórdicos entre espíritu y materia. Quisiera cerrar mi ciclo de ensayos con un libro que podría titularse: “España la Grecia cristiana”, o algo así.

— ¿Qué tiene usted que decir, señor Marrero, sobre esa tendencia a considerar el ensayo como obra de vulgarización o como cosa incompleta?

— Es de una falsedad absoluta ese punto de vista. Me gustaría escribir un “Elogio del ensayo”, en el que pudiera dejar bien claro que si el ensayo es característico de nuestra época no se debe a una superficialidad de la mente actual sino, por el contrario, a una razón de ser profunda. La aversión que sienten un Kierkegaard, un Camus, un Sartre, por los sistemas cerrados, coincide con la preocupación más honda del pensamiento tradicional. Porque incluso para el tomismo, el hombre no puede agotar la última esencia de las cosas, no puede encerrar el pensamiento en un sistema. Lo único que puede hacer es eso: un intento, un ensayo. No olvidemos tampoco que en Montaigne el nacimiento del ensayo como género fue posterior a la forma del pensamiento que él reconoció como “ensayo”.

— ¿Quiere usted hablarme de lo que tiene usted ahora en la fragua, aparte de “La procesión, el arte y la primavera”?

— Tardará un poco en ser publicado, en la “Biblioteca del Pensamiento Actual”, un libro mío: “Vida de Maeztu”.

— ¿Cuál es el Maeztu de usted? Porque temo que nos lo estén estereotipando como a Menéndez Pelayo, y cada día es más necesario, por el contrario, ser objetivos con nuestros grandes hombres y hacérselos amar a todos los españoles.

En ella queremos agrupar, tan pronto se ultimen los detalles de organización, a cuantos vean en las ideas de don Ramiro el camino más firme y seguro para el porvenir de España. El camino es ancho. Los "Amigos de Maeztu" será una Asociación con las puertas siempre abiertas.

Tiene, pues, este acto, dentro de su sencillez, un triple significado: Con la vista en el pasado, es un homenaje de adhesión a las ideas de un hombre que dio su vida, su obra y existencia por España; en el presente es un testimonio de gratitud al hombre joven y maduro escritor, que nos ha dado un libro eje y guía; mirando al porvenir, este acto reúne a un grupo de hombres decididos a laborar por España. Cumplidos el pasado y el presente, preparémonos con optimismo, esfuerzo y entusiasmo a conquistar el futuro.

Gracias a todos por vuestra presencia, gracias a Marrero por su libro y por su tarea, gracias a Maeztu, por cuya alma elevamos una oración en lo más hondo de nuestros corazones.

Homenaje a Vicente Marrero... "Punta Europa", nº 15, marzo 1957, pág. 123.

MAEZTU, HOY

por Joaquín Arrarás

Queridos amigos:

Vicente Marrero es el intelectual que mejor ha sabido comprender e interpretar a Ramiro de Maeztu, y es también el discípulo que con más entusiasmo, fidelidad y constancia a seguido al maestro.

Yo, a quien don Ramiro le dispensó el honor de su amistad, y que quiero y admiro a Vicente Marrero puedo decir que encuentro grandes analogías entre ambos: en su seriedad, en su carácter, fuerte y enérgico, en su rigorismo dialéctico. Descubro incluso analogías físicas: en su estatura, en su robustez maciza, en su entrecejo, en la severidad de su dicción, en el tono de su voz y hasta en sus exaltaciones indignadas con rafagueos coléricos al reaccionar frente al error, la impostura o la superchería de los demagogos y de los sofistas. No acaban aquí las semejanzas. Inquietos de altísima preocupación van al encuentro de verdades superiores; los dos buscan apoyo y luz para sus exploraciones místicas o teológicas en la vida y en las obras de dos dominicos eminentes gloria de la Orden y de la Iglesia española. Maeztu en el padre Arintero y Marrero en el padre Ramírez. Una idéntica fuerza magnética les orienta y empuja hacia las mismas cimas espirituales.

Vicente Marrero además de fiel discípulo de Maeztu en su más fervoroso panegirista y su más acérrimo defensor. Guardián devoto que cuida con amor el rescoldo de su recuerdo avivándolo hasta convertirlo en llama con su pluma ardorosa y tajante como tizona de bien templado acero. Sin Marrero el culto a la memoria de Maeztu hubiese decaído hasta el apagamiento por el abandono e indiferencia de los buenos y la conspiración del silencio de los adversarios.

Así, desde su primer libro *Picasso y el toro* (1951), traducido a varios idiomas, nos informa Marrero de otros frutos de su labor, que confía publicar pronto. Conjunto de estudios sobre Picasso, a quien Marrero conoció, entrevistó —la primera entrevista se publicó en la prensa de nuestra guerra— y trató en varias ocasiones; trabajos cuya publicación reanuda ahora con este *Picasso y el Monstruo*.

Oportunísima su edición e interesante en verdad su contenido. El libro se lee bien y sin tregua. Insiste el autor en un tema muy suyo, lo que revela una línea de pensamiento coherente y consecuente que ahora profundiza de manera decidida, lo que, por otra parte, es lógico, en aspectos que ya le habían preocupado y movido a reflexión. Su autor, que llevaba algún tiempo callado, se revela en *Picasso y el Monstruo*, como en otros estudios suyos anteriores, uno de nuestros más cotizados y considerados internacionalmente especialista sobre Picasso. En cualquier interpretación y valoración de su obra, no podrá negarse la idoneidad de su enmarque, a tono con la trascendencia de su enfoque interpretativo y la propiedad de su inquietante significación.

(*Gaceta Complutense*, N.º 80, Noviembre, 1986)

LOS MONSTRUOS DE PICASSO

por Manuel Cereales

El escritor Vicente Marrero lleva muchos años dedicado al estudio del arte de Picasso. En 1951 publicó *“Picasso y el toro”*, libro traducido a varios idiomas europeos y elogiado por el propio pintor. En otras publicaciones aparecieron diversos ensayos suyos sobre la obra del artista, hasta llegar al más reciente, *“Picasso y el monstruo”*, primera entrega de una serie de trabajos pendientes de publicación: *“El fenómeno Picasso”*, *“Picasso y el arte de guiñar el ojo”*, *“Picasso, Ortega y el proyecto español de modernización”* y *“Picasso ante la pintura religiosa”*. Estos títulos, anunciados en la contraporta del último libro, corresponden al análisis de fenómeno picassiano desde distintos ángulos.

En *“Picasso y el monstruo”* se propone desentrañar la *“significación tan llamativa de los monstruos”*, es decir de aquellos cuadros de Picasso con representaciones de figuras humanas, de uno y otro sexo, distorsionadas en formas monstruosas. Lamenta Marrero la ausencia de monografía sobre temas tan sugerentes. Precisamente hace unos días, José María Carrascal, corresponsal de *“ABC”* en Nueva York, nos hablaba de la aparición de una nueva biografía de Picasso centrada en este aspecto de su arte, atribuyendo la deformación de las figuras femeninas a una voluntad diabólica nacida del resentimiento contra las mujeres que compartieron su vida.

No alega Marrero consideraciones de carácter biográfico. Examina la pintura en sí, aunque teniendo en cuenta la extraña y fascinante personalidad y el singular temperamento del artista. ¿Qué significan los retratos monstruosos en el mundo de Picasso y en general el del arte contemporáneo? Antes de ceñirse al campo específico de su ensayo, Marrero remonta su investigación de este tipo de configuraciones artísticas aberrantes a épocas históricas lejanas, desde la Edad Media hasta nuestros días, deteniéndose especialmente en Goya como el más ilustre antecedente de tan desconcertante pintura.

Respeto Santo Tomás tan viva y hondamente la dignidad de la persona humana que su concepción del hombre, se fundamenta, en última instancia, en Dios, principio, fin y norma de todo lo humano. Entre el solipsismo insolidario y la impersonalización o despersonalización social, se comprende que cualquier desenfoque, por pequeño que sea, de un concepto tan central como éste, cause verdaderos estragos. Es lo que se advierte, entre otros, en el concepto de persona de Maritain, cuyas consecuencias pueden hoy registrarse, política y socialmente, en considerables sectores de la cultura católica, pero que no es el de Santo Tomás, aunque como tal se presente.

Ha sido una singular fortuna para España contar en estos momentos con la edición en marcha por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de las obras completas del P. Santiago Ramírez (1981-1967) —han salido ya diecisiete gruesos volúmenes—, considerado como uno de los más grandes discípulos e intérpretes de Santo Tomás de todos los tiempos. Obra consagrada íntegramente a despertar la confianza en una visión segura e incuestionable de su pensamiento. Resulta difícil encontrar en nuestro tiempo, donde tanta confusión se ha derrochado, inclusive entre los mismos tomistas, precisiones de tan subidos quilates y tan pertinentes como las suyas.

(**ABC**, Madrid, 7-IV-1974)

quien reuniera por vez primera en forma de libro los artículos dispersos de don Ramiro dedicados a esta materia, que juzga capital en una visión preliminar, conjunta y actual de nuestro sentido de la economía. Y podría decirse otro tanto de manifestaciones de similar trascendencia, si bien en contadas ocasiones se para en la desmenuzación de sus detalles —labor más propia de especialistas—, como su primerizo estudio dedicado al sindicalismo alemán de posguerra, en el que se comenta la ley de propiedad de Adenauer; o como el más reciente en el que se detiene en la función social del heredamiento de aguas de Arucas y Firgas, y más concreto, en algunas de sus extraordinarias o más salientes particularidades que, pese a su carácter tradicional, no dejan de resultar hoy sumamente llamativas.

Con todo, de entrada, se dan unas líneas de un escritor nada sospechoso, Victoriano Cremer, que acertó, en 1960, a dar con el tono más pertinente a la hora de centrar la actitud de que hace gala Marrero en tales menesteres. Y ello totalmente al margen de otros juicios —que, sin duda, Cremer no compartiría—, puesto que, como nuestro autor ha repetido en múltiples ocasiones, el ejercicio del sentido de la objetividad no se identifica con el de la neutralidad.

DESPACIO Y POR LA CALLE

por Victoriano Cremer

A solo dos días de la fiesta del Libro, que entre nosotros tiene una celebración tan poco ejemplar, acertó a pasar por una de nuestras más sugerentes tribunas culturales —la del Círculo Medina— el escritor Vicente Marrero. Y con palabra precisa y conceptos bien elaborados y sabidos, depositó un puñado de ideas importantes, atenuadas al grave, al permanente y contradictorio problema del escritor comprometido.

Esto de “escritor comprometido” es cosa de que no acaba de entenderse, de una manera seria y generosa en España —y mucho menos en las porciones españolas que son las provincias— y era necesario que alguien, con la dotación intelectual y el criterio de Vicente Marrero, viniera a esta plaza leonesa a lidiar el toro, ciñéndose y dominando. Tan completa, tan clara, tan convincente fue su faena, que el público selecto que acudió a completar su información, se sintió totalmente complacido, recogiendo en el recuerdo algunos de los momentos fundamentales de la lidia...

Como cuando, entre la estreñaza de los inhabituales, afirmó que el escritor no tiene por qué no tener ideas políticas, como cualquier otro hombre. ¡Bueno fuera! Solamente que sería deseable que el escritor, en cuanto tal, se atuviera al supremo compromiso de las ideas madres: la verdad, la justicia, la belleza, eludiendo en lo posible un politicismo que pueda degenerar en mimetismo...

sona humana no es un medio para el Estado. Para el autor, hay dos modos distintos de entender el poder: uno entrañable y otro técnico. El poder entrañable supone una actitud afectiva capaz de realizar la fusión de los ciudadanos entre sí; su fundamento está, pues, en el afecto. El poder técnico, en cambio, es el que requiere del príncipe que sea, como afirmaba Maquiavelo, híbrido de bestia y de hombre. Y el autor analiza, desde esta perspectiva, el marxismo, el fascismo, el socialismo y el liberalismo.

Esta obra, que concluye con un estrambote sobre el tema inevitable de las generaciones, y que propone la Grecia cristiana como ideal, está salpicada de ágiles atisbos y lúcidas sugerencias sobre los riesgos del centralismo, la importancia de lo humano en política, los fallos de las alianzas democrática-cristianas y la política social al viejo estilo.

Pese a una cierta inonexión expositiva —quizá puramente estilística—, el libro tiene íntima unidad y revela a un pensador joven y profundamente inquieto por los temas más vivos.

(ABC, 30-XI-1952)

LA ORIGINALIDAD DE UN PLANTEAMIENTO

por Manuel G. Cereales

Vicente Marrero, joven escritor que ha irrumpido en nuestra vida literaria con tres libros de calidad, publicados en el plazo de unos pocos meses, en los que una extensa y sedimentada cultura no excluye el ardor juvenil, se ha enfrentado con decisión con los más profundos temas políticos. Alguien puede alegar que estamos saturados y fatigados de literatura política. Esto es cierto, pero también lo es que las ideas y los regímenes políticos —y el Estado mismo, en su concepción y en sus cristalizaciones— están pasando por una crisis en la que hay mucho de desengaño, de escepticismo y de desesperación. La salida de esta crisis puede ser peligrosa. Todos tememos que lo sea. Mucha gente no sabe a qué atenerse, puesto que está viendo cómo se desmoronan de día en día tantas cosas que le habían presentado —y que ingenuamente había aceptado— como sólidas y definitivas. Los que dan por fracasadas todas las experiencias, en adelante se abstienen u optan por adherirse, un poco a ciegas, a soluciones en apariencia radicales, pero que en realidad no son más que variantes, deformaciones o consecuencias de los errores padecidos. Y se trata de saber si quedan todavía caminos practicables.

“El poder entrañable” presenta la originalidad, no de inventar, sino de descubrir y de coordinar y poner de manifiesto un conjunto de verdades políticas. Lo que Marrero llama con expresión acertada “Poder entrañable”, no es más que el reconocimiento de esta concepción cristiana de la persona llevada al terreno de las realizaciones políticas. En el origen y en la esencia del poder están las propias limitaciones. “El rey —dice— se halla dotado de autoridad en su esfera, como los súbditos en lo que les es propio. El súbdito no es medio de un conjunto, natural, cuya representación sería el soberano, sino criatura del mismo Dios que ha otorgado al soberano su soberanía”.

Las Constituciones políticas elaboradas por los ideólogos se olvidaron de esta supremacía de la persona. Sin embargo, las Constituciones entrañables, que no son ne-

la afirmación de la necesidad de insertar a Dios en la política con todas sus consecuencias (pág. 14-15); el auténtico concepto de la representación política (págs. 24-25); el repudio de la libertad abstracta (pág. 57); son otros tantos extremos en que Marrero llega por su lado, en la remota vía de un paralelismo que me honro en subrayar.

Hay en el libro un acierto y un error de terminología. El acierto ese vocablo tan expresivo de “poder entrañable”, que ha de incorporarse a la técnica juspolítica por su maravillosa expresividad. El yerro seguir hablando de la soberanía para un poder dentro de su esfera, cuando más acertado habría sido corregir la palabra acuñada por el europeo Jean Bodin tan como lo hiciera el hispano Gaspar de Añastro Insunza, sustituyéndola por la mucho más oportuna de “suprema autoridad”.

Con los dos libros hasta ahora publicados Vicente Marrero se nos acusa una de las personalidades intelectuales más flexibles y vigorosas de la España contemporánea.

(Anales de la Universidad Hispalense, Año XII, N.º III, 1951)

LA GUERRA ESPAÑOLA Y EL TRUST DE CEREBROS

NUESTRA GUERRA COMIENZA A INTERPRETARSE

por Alfredo Kindelán

Tal vez sea corto plazo, el de un cuarto de siglo, para que un período o un acontecimiento esté maduro para su historicidad, y fuese mejor alargarlo; pero, con ello, se correría el riesgo, de que la muerte se vaya llevando a protagonistas y testigos presenciales, que hubieran podido amportar testimonios veraces y auténticos de episodios y peripecias, en que ellos actuaron, como actores, presenciaron, o supieron por relatos fieles de otros protagonistas. Tal riesgo ha causado ya daño a la historia de nuestra reciente guerra civil apenas terminada. Han desaparecido, sin dejar Memorias, muchos de los principales actores del cruento drama; y, en los 23 años transcurridos desde la Victoria, apenas se ha escrito nada serio, ni objetivo, respecto a la importancia de aquel suceso; con la consecuencia deplorable, de que las generaciones jóvenes, que no intervinieron en la guerra, no puedan comprender la trascendencia histórica mundial de lo que se ventiló en España en aquellos treinta y dos meses; y aún los que de ello estamos convencidos, por haberlos vivido, vamos necesitando ya que se nos refresque la memoria, para que cumplamos el deber, que tenemos de evitar que las juventudes españolas, den por superado el episodio, empleando el participio, con énfasis juvenil, en sentido peyorativo.

Se da la paradoja de que nuestra guerra ha sido hasta ahora, más estudiada y comentada en el extranjero que en nuestro país; escritores y políticos, de categoría, de varios países, la han enfocado bajo prismas diferentes en muchos casos, sin benevolencia, ni objetividad. Entre los políticos, jerarquías de la Iglesia y castrenses, filósofos, historiadores y otros intelectuales, de gran renombre, citaré a Trostky y a Stalin; a los cardenales de Westminster y de París; a los generales Weygand y Duval; Belloc, Roy Campbell, Mauras, Claudel, Massis, Marcel, Brasillac, Peer, Bacari, Tenisse, Maritain...

El puñado de españoles que decidimos poner coto *manu militari* al deslizamiento célebre de nuestra Patria hacia el comunismo anárquico, creyendo llegado el momento de que el Ejército irrumpiese en la política estatal en defensa de las esencias de la nacionalidad, orientamos inicialmente nuestro plan hacia un golpe de Estado militar, que deseábamos incruento o poco cruento; nos repugnaba derramar sangre de compatriotas. Podíamos esperar que así fuera, ya que en previas consultas pudimos comprobar contábamos con los mayores prestigios de la familia castrense: Sanjurjo, Franco, Martínez Anido, Godet, Mola, Orgaz, Ponte, Monaterio, Queipo, Cabanellas, Fanjul, Villegas, Yagüe, etc.; comulgaba con nuestro ideario la mayor parte de los marinos y muchos aviadores.

Con tan valiosos elementos, como garantía de seriedad, se solicitó la adhesión de todos los mandos de Cuerpo o superiores, encontrando divididas las opiniones. Aunque la mayoría se adirieron a nuestros propósitos, mandos superiores tan destacados como los de las divisiones de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia y el de las fuerzas de Marruecos se pronunciaron en contra nuestra. Esto nos obligó a desistir de nuestro plan inicial de dar un golpe de Estado, solución incruenta, que supone la adhesión de todos los mandos, y sustituirla por la de pronunciamiento, que tan buen resultado había dado, unos años antes, al general Primo de Rivera; en este sistema de rebelión se cuenta con que la razón y la justicia del Movimiento arrastrarán a los indecisos y a los prudentes, y el Gobierno se verá obligado a ceder su puesto a los sublevados. Así sucedió en aquel caso, porque teníamos un rey español y muy patriota, y fracasó en nuestro caso, porque el Gobierno atendió sólo a conservar su puesto, dio armas a las masas populares, y el nuevo primer ministro, Giral, aconsejó a las tripulaciones de los buques asesinar a los oficiales y tirasen sus cadáveres por la borda. Esta defección de gran parte de nuestra Flota, que impidió el transporte a la Península de las fuerzas que iniciaron el Movimiento en África, hizo fracasar esta fase del pronunciamiento.

Era, sin embargo, tan grande el arraigo que tenían nuestras ideas entre los españoles, que se produjo en casi todas las regiones un levantamiento nacional comparable al de 1808, con que se inició la Guerra de la Independencia. En Navarra se ofrecieron a Mola más de cuarenta mil voluntarios —todos los hombres aptos para empuñar un arma—; y su ejemplo fue seguido en otras regiones, las de mayor solera y tradición. El Ejército se limitó a encuadrar estos combatientes voluntarios y a instruirlos para la guerra. Así comenzó una tercera fase: la de Alzamiento Nacional, y, al no querer ceder el Gobierno, hubo necesidad de organizar una guerra civil regular que había de durar treinta y dos meses y terminar victoriosamente el 1 de abril de 1939. A esta lucha, en etapas sucesivas, le son aplicables los calificativos de guerra ideológica y Cruzada. Fue una guerra ideológica en que nos se ventilaba intereses ni ventajas materiales, sino diferentes formas de interpretar los deberes del hombre y se enfrentaban altos valores espirituales. Era también una lucha mundial, iniciada por Rusia, que había perdido en nuestro suelo la batalla inicial de su lucha contra Occidente. Era, por fin Cruzada. He de confesar que, hasta el libro de Marrero, que cité al principio, con elogio, no estaba yo convencido de que pudiéramos llamar Cruzada más que a las guerras en que tenemos enfrente a la Medio Luna, y en la nuestra combatían bravamente en nuestras filas muchas unidades de moros. La magnífica documentación de dicho libro, con textos de los Pontífices Pío XI y Pío XII; de cardenales y arzobispos españoles, y hasta de Marañón y Unamuno, así como las cifras espeluznantes que se leen en otro libro, igualmente bien documentado: *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, de Antonio Montero, 6.832 personas consagradas a Dios, me han convencido de que debe llamarse a nuestro Movimiento: Cruzada o Guerra Santa.'

(Punta Europa, Madrid, nº 81, Enero, 1963)

EL PUNTO NEURALGICO

por Nazario González, S.J.
Decano de la Facultad de Filosofía y
Letras (Universidad de Barcelona)

Este nuevo estudio que presenta Vicente Marrero se encuentra estrechamente ligado a su obra política de más empeño hasta el presente, *La guerra española y el trust de cerebros*. Allí marcó el hachazo de un impulso que sirviese de hito para sucesivas marchas más empujadas y sutiles. A veces hemos pensado, metidos en las páginas de ahora, que hubiera sido mejor distanciar más ambas creaciones, dejar que creciese entre una y otra un terreno de nadie, barbecho del olvido, a fin de que el pensamiento y aun el estilo de hoy, gozasen de una mayor frescura. En un terreno formal, pero que es la superficie ligada a una dimensión de profundidad, hubiéramos saludado con gusto una distinta composición tipográfica, otra presentación de la portada, nueva visualidad de las páginas, a fin de que el libro no tuviese excesivos resabios de *Trust*.

Pero vengamos al contenido. Busca realizar el autor una crítica del actual régimen político español. Gesto valiente. Ahora bien, es una crítica realizada desde dentro: desde la aceptación del mismo régimen, con cuya fundamentación espiritual se siente plenamente identificado. Y, sin embargo, no es ni una crítica de tapadillo, oficial —Marrero no está incorporado a la política activa—, ni tampoco casera, de paredes adentro y entumecida. Al contrario, Marrero se esfuerza siempre, desde el ángulo de una honestidad de la que no hay por qué dudar, en acoplar a su crítica las corrientes ideológicas de otras fronteras y en hacer uso de una flexibilidad en el pensamiento que sólo se puede conseguir viviendo en clima de inteligencia abierta.

Tal planeamiento de la obra entraña un punto neurálgico, que alguien podrá apostillar de escollo. Una situación política sólo puede dar el paso a una posibilidad de perfectibilidad y no a un viraje, si se basa, en una verdad jurídica —recaemos en la conocida fórmula del Estado de Derecho— integrada por el consentimiento del pueblo y a un tiempo —esto es importante— por su bienestar objetivo. Lo contrario es política de grupo y contingencia, por la que no procede arriesgar ni el esfuerzo de una vida leal ni la teoría de un libro en la oritanción del que reseñamos. Para llegar a la posición salvadora, puede servir la reelaboración y profundización, manejándola a placer y haciendo, si es preciso que salte de sus clásicos moldes de un viejo concepto: el de Constitución. El Movimiento puede aspirar a ser una Constitución una carta otorgada y al mismo tiempo autootorgada a sí mismo por el pueblo en la fecha de la victoria, en 1939; ratificada luego con una conformidad fundamental de parte de los distintos grupos que se han ido relevando y conviviendo desde entonces en el *poder*, sin necesidad de ceñirse a la clásica fórmula de la *rotación*. Abajo está el pueblo llano entretenido en la praxis de una indudable curva ascendente de mejorar y fuera una minoría plenamente aceptable y que *a priori* tiene que existir y junto o frente a ésta una oposición que circunstancialmente puede ser eliminada de raíz. ¿No excluye Suiza, Grecia, Alemania Federal al partido comunista y, sin embargo, son reconocidamente libres y modernas?

Es preciso retrotraerse a los momentos de los primeros días de gestación de los grupos que han colaborado en el Movimiento para comprender la enorme distancia que media entre la mentalidad de un falangista, de un tradicionalista, de un monárquico

El uso que hace Marrero de la palabra “cruzada” no constituye novedad. Franco empezó a utilizar ese término poco después de que la guerra empezara; lo mismo hizo el Cardenal Primado de España cuando dijo: “Se trata, en el fondo, de una guerra de principios, de doctrinas... El espíritu cristiano contra el marxismo materialista”.

Hay que recordar que este punto de vista no ha sido compartido por Maritain, Bernanos, Mauriac y otros escritores católicos. Ellos defendieron el bando republicano gubernativo bajo el que tuvieron lugar las matanzas descritas por el libro de Montero. Constituye en la actualidad para muchos una posición paradójica.

Camus y otros muchos consideraron esa contienda como la guerra de la democracia contra el fascismo: pero Marrero pone de manifiesto que el levantamiento se llevó a cabo sin ninguna idea de establecer un régimen político definido. Hugh Thomas subraya el republicanismo de Mola, y “¡Viva la República!” fue el grito de muchas de las fuerzas que se levantaron contra el Gobierno. Los intelectuales españoles, orgullosamente individualistas, que repudiaron al Gobierno de la República, están libres de toda sospecha de fascismo: Unamuno, Ortega, Baroja, Marañón, Azorín, Pérez de Ayala, Menéndez Pidal, d’Ors, Morente.

Marrero, con sus ideas fundamentales de que la guerra fue una guerra de religión y la fe católica es la fibra del destino de España, pertenece al grupo tradicional de los pensadores españoles cuyos nombres más excelsos son Balmes, Menéndez y Pelayo y Maeztu. En los últimos de su vida, Ramiro de Maeztu, que habría perdido y reencontrado su vida y su fe, mantuvo la opinión de que el problema de España fue el divorcio entre el Estado y los principios religiosos. Menéndez y Pelayo dedicó toda su vida al estudio de España. Llegó a la conclusión de que la religión católica era la única fuerza de la unidad nacional de España y la base fundamental de la cultura española. La vida de la nación, su arte, su ciencia, su política interior, la expansión extranjera, las realizaciones militares y la vida moral del pueblo está todo inspirado por la fe católica. El grupo tradicionalista en la vida española adopta la “unidad religiosa” como su lema y lo transfiere a la acción en términos del Estado confesional.

Una fuerte oposición a esta tradición parece existir en el curso de los profesores de universidad que fundaron la “Institución Libre de Enseñanza” en el siglo XIX. Ellos asumieron la tarea de edificar una cultura humanística en la que la fe católica tuviera un carácter marginal. Su influencia en las letras españolas del pasado medio siglo ha sido inmensa. Y es notable el número de los escritores mejor conocidos y más publicados durante estos años que han dejado al margen su condición de católicos. Los escritores de España tienden a adquirir un valor simbólico como consecuencia de la división entre esas dos escuelas, de pensamiento y de creencias. El artista recibe en seguida una definición y en un momento dado, la controversia se extiende a nuevos terrenos y la gente empieza a hablar de tradicionalistas y liberales, o reaccionarios y progresistas, o exclusivistas e integracionistas, o aislacionistas y europeístas.

La guerra terminó con numerosos intelectuales españoles en el exilio. En el interior de España los nombres que empezaron a sonar con proyección exterior fueron los de Laín, Tovar, Conde, Ridruejo, Marías. Escribieron en los primeros números de la revista *Escorial* y monopolizaron prácticamente la vida intelectual de la guerra española.

La sitúa en su verdadero punto, señalando de mano maestra sus antecedentes próximos y remotos. La interpreta en su verdadero y auténtico sentido de Cruzada, según la concibieron y apellidaro los que la hicieron: pueblo, ejército e iglesia. Y explica su verdadera proyección y trayectoria a través de las dificultades superadas y de las realizaciones logradas durante estos cinco lustros.

Nuestra guerra tuvo dimensiones ecuménicas por los valores espirituales y religiosos que en ella se ventilaban. Y no menos que con las armas en el campo de batalla, se luchaba con el intelecto en el terreno de las ideas. Lucha, esta última, que no se acabó el primero de abril de 1939, sino que continúa todavía entre españoles, tomando en ella parte no pocos extranjeros de diversos continentes.

El señor Marrero, con una información asombrosa y un estilo envidiables va pasando revista a todos los conatos de explicación falsa o insuficiente dentro y fuera de nuestras fronteras, poniendo las cosas en su punto.

No es libro oficial ni oficioso, sino independiente y personal. Por eso hace sus críticas pertinentes a unos y otros, pero con objetividad y serenidad, y con sentido constructivo.

Ante ciertas corrientes de tergiversación, de falsificación, o simplemente de preterición, la presente obra es el mejor antídoto. Y prueba de ello es el éxito extraordinario de librería que ha obtenido. Tenemos entendido que está a punto de salir una segunda edición.

España se encontró a sí misma en 1936, y debe conservar su propio ser en los tiempos venideros.

(*La Ciencia Tomista*, Salamanca, nº 90, 1963)

UNA BANDERA QUE SE CLAVA

por Jaime Montero

En el silencio, como todas las buenas obras, ha brotado entre nosotros un libro sobre España: “La guerra española y el “trust” de cerebros”, de Vicente Marrero. No nos bastaría para vivir y hacer fecunda y salvadora nuestra “fe” de hombres convencidos de la trascendencia histórica de lo que se ventiló en España con nuestra guerra, sin “obras” como ésta. Porque con ella se evita uno de los dos pecados capitales que, como dice muy bien Marrero en su libro, podrían darle muerte: la ignorancia de sí mismo.

El libro, que desde su título hasta su epílogo, constituye un clarinazo, no ha tenido hasta el día —materialmente tampoco ha habido tiempo para ello— lo que se dice buena Prensa. Ni mala. Pudiera ocurrirle que hasta los amigos callaran —como dijo Menéndez Pelayo al publicar sus “Heterodoxos”—, porque, como él, ha dicho o procurado decir la verdad a todos. Y este podría ser el resumen de la parte central y más extensa del libro, en cuyos apartados relata la historia interna de la guerra española, considerada como manifestación reciente y culminación superadora de la vieja escisión hispánica.

el puesto en el combate de unos pocos que sentían en lo hondo de su ser el germen de la magna empresa española latente en el largo Movimiento Nacional, que cobró nueva y definitiva expresión sangrienta en la última guerra interior de España, hoy, después de aparecido este libro profundo e incitante, tiene ya, como revista, el significado genuino, comprometedor y exigente de una bandera que se clava para cubrir bajo la enseña nacional una eleva posición que ya no puede abandonarse.

(“ABC”, Madrid, 10-1-1962)

LA CONSOLIDACION POLITICA. TEORIA DE UNA POSIBILIDAD ESPAÑOLA

EL PROBLEMA QUE A TODOS ACUCIA

(*Heraldo de Aragón*)

Este uno de los libros políticos más interesantes publicados desde hace mucho tiempo. Cómo se plantea abiertamente el problema, que a todos acucia, de la sucesión política del régimen español actual. ¿Qué va a ocurrir cuando desaparezca el actual Jefe del Estado? ¿Puede admitirse una intangibilidad de determinadas circunstancias del régimen vigente? Para el autor estas preguntas han de ser contestadas, y lo son por él, dentro de la más absoluta y total aceptación de los principios del Movimiento Nacional. Estos son intangibles. Su adaptación política ya no lo es tanto. La consolidación del Movimiento que ha de producirse con posterioridad a la actual capitanía del Estado español, requerirá una parcial modificación de algunas circunstancias del sistema que hoy impera. Esta modificación es deseable. Permitirá una generalísima intervención de los españoles en el régimen y puede y debe hacerse dentro, estrictamente dentro, de sus leyes y de sus instituciones fundamentales. El autor señala concretamente algunos puntos que han de ser modificados, apunta la dirección que puede seguirse para cambiar otros y expone, por fin, cómo la consolidación deseada habrá de realizarse, ineludiblemente, dentro de la Monarquía, por cuya rápida y definitiva entronización aboga. Baste todo ello para señalar el enorme interés de este libro, cuya crítica detallada acaso debiera llevarse a otra sección de este periódico, pues se refiere, como puede verse, a los grandes problemas de la política nacional. Haberlos planteado así, a las claras, en estas páginas, es un mérito que el señor Marrero ha contraído y que el país deberá pagarle un día.

(*Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 6-II-1965)

UN LIBRO LOGRADO

por Fr. Santiago Ramírez, O.P.

Esta obra de Marrero ocupa un lugar destacado entre las publicadas en este año judicial de la Paz. Alerta, documentada, constructiva —no exenta de crítica constructiva—, es fundamentalmente orientadora hacia nuevas conquistas y mejoras.

enjuiciar y actuar como un autómatas sometido a la coerción de medios y normas y a mil formas de presiones más o menos disimuladas". De ahí que, según Marrero, "las conciencias más inquietas y despiertas de nuestro siglo estén hoy, ante todo, contra cualquier forma acusada de autoritarismo". La conjunción de orden y libertad es el problema de España. Resolver esa aparente antinomia es resolver el futuro. Marrero nos pone en guardia contra el paternalismo, en el que siempre "hay una raíz dictatorial". Y añade: "La represión del ejercicio normal, espontáneo, de la libertad humana queda en el espíritu como una condición de la que se siente necesidad de desahogarse".

Atinadamente discurre también Marrero sobre la democracia, de la que dice que, "en su más profunda significación, es la sujeción de los que gobiernan a la vigilancia jurídica de la nación, o la participación de ésta, más o menos directamente..., en la resolución de los graves negocios del Estado y en la dirección de sus destinos". El binomio cruzada-liberación es para Marrero la bandera y "el ideal social más elevado que hoy pueda vislumbrarse en los horizontes de nuestro tiempo".

(YA, Madrid, 4-VI-1964)

LA CONSOLIDACION POLITICA

por Gonzalo Fernández de la Mora

Lo que Marrero propone es un genuino desarrollo del 18 de julio sin caer ni en el extremo paternalista ni en el demoliberal. ¿En qué consiste esta fórmula que tanto se parece al justo medio del conservatismo? Consiste en afirmar la intangibilidad de los Principios —hoy Ley Fundamental—, en incrementar la capacidad representativa de las Cortes, en fortalecer las sociedades intermedias, en delimitar los poderes y modo de designar al jefe del Gobierno, en regular la libertad de Prensa, y en aceptar los partidos políticos accidentales. Respecto al futuro de la jefatura del Estado, Marrero se pronuncia tajantemente por la Monarquía hereditaria. Su crítica del presidencialismo y del regionalismo es acertada y dura; y sus reservas acerca del joven eventual funcionamiento del Consejo de Regencia son extraordinariamente fundadas.

Muchos españoles llevan años luchando por un programa de desarrollo del espíritu del 18 de julio, muy parecido al que se desprende de este libro. Es lo que yo llamaría una "lealtad creadora" al Alzamiento ni fosilización, ni degeneración, ni salto atrás. Y es una ventura que, como sincera y valientemente lo hace Marrero, se rompan lanzas en este línea. Dentro de ella, mis puntos de vista coinciden, en lo fundamental, con los del autor. Pero mi función crítica no es política sino intelectual, y ello me obliga a remontarme del plano pragmático al teórico, porque una cosa es la política y otra las ciencias sociales. No basta que una decisión concreta sea acertada para que cualquier modo de argumentación sea válido.

Pero tampoco sigo a Marrero cuando afirma que "hoy la democracia no es tanto una forma peculiar de Gobierno como un elemento esencial que ha de entrar en todos los sistemas políticos". También es equívoco y polivalente el vocablo "democracia"; pero en su acepción científicamente más pura significa gobierno del pueblo y, en definitiva, voluntad general. Y ambas nociones atraviesan gravísima crisis. Llevamos siglo y medio de demoliberalismo; pues bien, de esta corriente bifronte yo no me quedaría con la democracia condenando al liberalismo, sino más bien al contrario.

eso es lo que primero que el libro va a ser para sus lectores. Lo ha escrito Marrero buscando siempre rigor, claridad y justeza en sus ideas, y ha conseguido dar una visión del presente español coherente y bien fundamentada; pero sucede que esas visiones tan coherentes, tan claras y tan bien fundamentadas se originan siempre de una fe —las teorías políticas que solemos manejar nacieron de creencias o de deseos, despojándose luego de sus vestiduras locales para hacerse cosmopolitas, y no universales, como creía el siglo XVIII, porque hoy sabemos que la universalidad no rebasaba casi nunca las fronteras de Europa más que para penetrar en la de América.

Los supuestos de la obra de Marrero están más claros que la luz, y él no los esconde jamás: el que desee las mismas cosas que el autor y crea, sobre poco más o menos, lo que Marrero cree, encontrará en este libro un motivo estupendo de meditación, ya que pasa sobre todos los temas que nos preocupan. Por el contrario, quien parta de otros supuestos, no tenga la fe de Vicente Marrero y piense que el Movimiento ha sido otra cosa, verá en el libro una fuente casi inagotable de polémica y de diálogo. No es malo el que se enciendan el diálogo y la polémica sobre estas ideas. Lo que nadie podrá regatear al libro de Marrero es claridad, aplomo. No hay en él medias tintas ni sombras que desdibujen sus pensamientos. Por otra parte, el libro es muy extenso y abarca muchísimos aspectos de la vida española, tanto de la política como de la social. De una u otra manera, todas las cosas que mueven el presente —entendiendo la palabra en su acepción más lata— están en esta páginas. Y se han expuesto con apasionamiento, a veces, hasta con vehemencia. Es un libro concebido para la polémica, aunque no fuese más que porque está en sus páginas todo lo que hoy inspira a la mayoría de los europeos odio o amor, adhesión o repulsa, cuidado o desprecio.

(*La Estafeta Literaria*, Madrid, n.º 295, 4-VII-1964)

DIÁLOGOS ESPAÑOLES: TRADICIÓN Y FUTURO

por Francisco Umbral

Tras “*La guerra española y el trust de cerebros*”, Vicente Marrero ha vuelto sobre el problema de España, sobre “el estado de la cuestión”; en un libro reciente: “*La consolidación política. Teoría de una posibilidad española*”, que viene a completar el anterior. Dado el interés del tema y el valiente planteamiento de este ensayista singular, combativo y pensante, la crítica y el elogio han brotado en torno. Entre estos últimos hay alguno que llega a calificar el quehacer de Marrero como de verdadero magisterio continuador de la línea de Menéndez Pelayo y Maeztu.

— Me aterra la palabra magisterio. Yo no desempeño labor docente alguna. Soy simplemente un ensayista. Creo, no obstante, con Santo Tomás, que la misión educadora es la más alta que puede desempeñar un hombre, pero nunca —consciente de mis limitaciones— he pensado en ella. Por lo demás, me encuentro muy satisfecho de ser autor de ensayos. Trato en ellos de resolver intelectualmente mis preocupaciones y problemas. Y en la medida que los resuelvo, trato de que otros compartan mis ideas si de algo pueden servirles. Juzgo el ensayo como el género moderno por excelencia y el más adecuado a las actuales circunstancias.

corrientes ideológicas actuales, disolventes de toda idea suprasensible y que no admiten la posibilidad de un Estado confesional con tendencia humanista desacralizadora que ha conseguido adeptos y ha sembrado la escisión en la propia Iglesia con consecuente pérdida de autoridad y jerárquico poder.

Un tercer plano donde se examina más a fondo la evolución actual sobre nuevas formas de cristiandad en el mundo y más pujantemente en España; se analiza la actitud de quienes pretenden reducir el Evangelio a estrechos límites temporales y terrenos o ven al hombre —con un falso concepto de caridad— esencialmente como sujeto político y exclusivamente participante del desarrollo social. Se examinan con tacto las relaciones Estado-Iglesia a la luz de trabajos eminentes de teólogos católicos y protestantes y de documentos conciliares.

Y como resultado de estas premisas, la conclusión en un cuarto plano de lo que España quiere o debe pretender en estas circunstancias, debatida por enemigos de dentro y de fuera, de ultraidealistas y papanatas, sin concesiones ni a unos ni a otros, inspirándose en un pensado régimen mixto en que la monarquía, oligarquía y democracia tenga la debida y ponderada intervención en orden a conseguir el bienestar espiritual y temporal de los ciudadanos. Todo esto puntualizado, atomizado, discutido con serenidad, sobriedad, contundencia y lógica que rara vez se ven en libros de esta naturaleza, en los que —según el decir de Plinio— siempre hay algo aprovechable. Este de Vicente Marrero es todo él aprovechable.

(Crítica, Madrid, nº 614, Abril, 1974)

NUEVA DEFENSA DE LA HISPANIDAD

por Eulogio Ramírez Molina

Si yo hubiera tenido que titular el último libro de Vicente Marrero, entregado a las librerías en este año de 1974, no sería el de “España, ¿en el banquillo?” el que yo le hubiera puesto, como le ha puesto su autor o editor. Yo le hubiera puesto a este volumen el título de “Nueva defensa de la Hispanidad”, porque de eso se trata en él precisamente, de repetir en nuestros días el gesto de don Ramiro de Maeztu. Sin duda, Vicente Marrero que, como premio nacional de literatura por su biografía de Maeztu, pasa por ser el más devoto y conocedor del ya Conde póstumo de Maeztu, habrá tenido en sus mientes la idea de titular esta obra suya “Nueva defensa de la hispanidad”, pero, por modestia, le habrá parecido gran osadía querer parangonarse con don Ramiro de Maeztu.

Yo acabo de leer tanto las declaraciones recientes de André Malraux a “NEWS-NWEK”, como “La grande prostituée” de Jean Cau y estos dos escritores franceses independientes sostienen asimismo que Occidente se halla en plena decadencia; que la democracia liberalista atraviesa una crisis insuperable. Malraux llega a reconocer que el tipo de “caballero” configurando por la cultura española es una forma de ser hombre, cosa que ya no sabe Occidente: proponer u arquetipo de hombre. Pues bien, las tesis de Jean Cau y de André Malraux, en cierto modo son convergentes y complementarias de las de Vicente Marrero. Malamente se podría proponer a los españoles de hoy

La economía dirigida de la época nacional socialista alemana, terminó con el Sindicato en su acepción de Sindicato de clase, pero en contraste con esta anulación de la acción sindical coincidió la llegada a una situación obrera tan privilegiada económica y socialmente como no se recuerda en ningún país de Europa.

Los sindicatos alemanes habían nacido dentro del orden liberal capitalista, que, con su ley social propia, justificó la reacción sindical. Por esto según iba cayendo el capitalismo dentro del radio de acción del Estado, fue perdiendo el sindicalismo su razón de ser. En 1945 surge de nuevo la Organización Sindical Alemana, bajo un decidido propósito de conservarse apolítica, y determinada por unas características que la hacen totalmente distinta del primitivo sindicato clasista y de la Organización Obrera Centralizada del Estado Hitleriano. Esta transformación se debe particularmente al cambio experimentado por las formas sindicales que han hecho pasar al Sindicato desde su primitiva posición de instrumento de lucha hasta unas nuevas formas de instrumento de representación y gestión empresaria.

La revolución ha llegado en ocasiones a alterar y disminuir la posición del monopolio que los gobiernos mantenían en materia de ordenación legal, y particularmente, las atribuciones, facultades y competencias relativas al trabajo.

En Alemania, aún en los tiempos del Nacional-Socialismo, ha permanecido siempre en pie aunque más o menos debilitada en sus extremos, la estructura clásica: retribución, trabajador, empresario, cada uno en su sitio. Pero ha correspondido a la Alemania de la Postguerra la extraordinaria misión de ser el país en el que los miembros del sistema van a fundirse creando un tipo anómalo de Sindicato-Empresario que ya no es ni sindicato ni empresario propiamente dicho, sino que constituye una realidad totalmente distinta.

Hay que considerar el hecho de que un Sindicato que empieza a ejercer funciones de empresa indica que el sistema se aproxima al socialismo y este socialismo en ocasiones deseable no deja en otras de ser alarmante. El avance representado por la Ley de Codeterminación y Gestión, de 21 de mayo de 1951, promulgada en una época en la que uno al menos de los países ocupantes, Inglaterra estaba regido por un Gobierno socialista, fue paliado por la Ley de octubre de 1952, notablemente más conservadora.

En torno a estas palpitantes cuestiones, la colección "O crece o muere" nos proporciona, fiel a su cometido de ser el barómetro permanente de la actualidad europea, un folleto que en poco más de cincuenta páginas nos da una versión lo más imparcial posible sobre este candente problema. Quizá la precipitación vertiginosa con que se producen los acontecimientos en el mundo de hoy haya privado de actualidad si no a la totalidad a gran parte de las ideas contenidas en el folleto. Pero de todas formas "El Sindicalismo alemán de la postguerra" constituye un documento vivo y valiosísimo sobre uno de los más importantes movimientos sociales de nuestro tiempo.

(Jornal, Madrid, nº 50, 1954)

“Y esta es la gran responsabilidad histórica de la Falange en el plano intelectual. Falange no es el titular exclusivo ni excluyente del poder político, pero tiene una idea muy clara de la esencia del poder político, de la dialéctica entre el poder y la inteligencia, de la estructura de la sociedad contemporánea, de las exigencias de la propia realidad española y de lo que conviene y debe hacerse para usar bien del poder que se tiene. Sabe que la sociedad contemporánea exige por propia condición la existencia de un poder político altamente concentrado y fuerte. El sueño de una sociedad pluralista, con poderes más o menos “entrañables” y armoniosamente conjugados entre sí, es, en el mejor de los casos, una utopía, quién sabe si deseable, pero, desde luego, irrealizable. Siempre que tropiezo con algunas de estas inocentes tentativas de signo romántico me acuerdo de un juicio certero de Rousseau, cuyo alcance sólo se comprende cabalmente cuando se saca el corolario. Dice el agudo ginebrino que en una comunidad determinada la cantidad de poder es siempre la misma. La afirmación es tan justa que puede tomarse a la letra como un axioma de la teoría política. Y aquí viene el corolario: lo que varía son los grupos que lo detentan. En la sociedad actual, el juego no está planteado primordialmente entre el Estado y los poderes tradicionales, “entrañables”, sino entre aquel y los grandes poderes anónimos que detentan de hecho el poder sin asumir la responsabilidad que comporta, el “gobierno invisible”. En ese juego ni una brizna de poder se pierde. Lo que el Estado cede o se deja sustraer pasa automáticamente a acrecer el haber de los poderes anónimos. La cantidad de poder es la misma, pero el resultado del juego no es indiferente para los que soportan el poder. Hay una diferencia radical entre soportar un poder que persigue el bien general y soportar poderes que sirvan de intereses particulares. En la situación presente la opción está entre el sometimiento a los grupos que controlan las gigantescas organizaciones impersonales que configuran de hecho nuestro vivir cotidiano y el poder político, por definición público, por esencia, responsable. La opción es inexcusable y las bellas cantinelas sobre la descentralización constituyen otra nueva cortina de humo para ocultar ideológicamente la realidad. Entre las tácticas del juego por parte de los grupos de presión está la difamación sistemática del poder político.

(Arriba, Madrid, 22-XII-1953)

Otro tipo de réplica, también muy divulgada, pero de características distintas, fue la difusión de diez mil separatas de la revista del C.S.I.C. Arbor, “En torno a un juicio sobre Ortega y Gasset” (Nº 91-92, Julio-Agosto, 1953), contestación de Marrero a la carta enviada al presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y firmada por Dionisio Ridruejo, Julián Marías, Alfonso García Valdecasas, Emilio García Gómez, Miguel Cruz, José Luis L. Aranguren, Salvador Lisarrague, Luis Díez del Corral, Emilio Lafuente Ferrari y Pedro Laín Entralgo en relación con el orteguismo católico:

Remitida por el Excmo. Sr. Presidente del C. S. de I. C. se ha recibido en la Redacción de ARBOR una copia de la siguiente carta:

Madrid, 12 de mayo de 1953.

tusiasmo español, voluntad de veracidad y rigor intelectual, afán de comprensión y plenitud, somos, en abrumadora mayoría, sincera, pública y notoriamente católicos. Si los árboles han de conocerse por sus frutos, hay que decir que los de Ortega no han sido de descristianización.

Le rogamos, señor Presidente, que tenga la bondad de hacer insertar esta carta en la revista donde ha aparecido la nota a que hacemos referencia, para que sus lectores tengan conocimiento de cuál es nuestra postura inequívoca como católicos, como intelectuales españoles y como discípulos de Ortega.

Con nuestra gratitud anticipada y nuestra mayor consideración, le saludamos muy atentamente,

Dionisio Ridruejo.

Julián Marías.

Alfonso García Valdecasas.

Emilio García Gómez.

Miguel Cruz.

José Luis L. Aranguren.

Salvador Lissarrague.

Luis Díez del Corral.

Enrique Lafuente Ferrari.

Pedro Laín Entralgo.

Como atención debida en justicia a los lectores de ARBOR, se explican seguidamente los más notorios fundamentos de la afirmación que ha dado pie a la protesta anterior.

Se hace constar, en primer término, que ARBOR lamenta vivamente verse obligado desde fuera a hacerlo así. En éste un tema enojoso, por muchos conceptos, y de modo especial porque su aireamiento, innecesario en los detalles, puede contribuir a enrarecer el ambiente en torno a la intimidad de una persona, que por su edad y por la cuantía de su esfuerzo tiene derecho a que le dejen en paz. ARBOR, cuya línea de pensamiento es por completo contraria a las concepciones religiosas y españolas de Ortega y Gasset, expresa con este motivo su respeto ante la ancianidad de este pensador de renombre internacional, así como la mejor esperanza ante el futuro de su pensamiento y de su vida.

El texto que en aquella carta se cita, sin decir que de dónde procede está tomado de un artículo de Ortega: *La forma como método histórico* (O.C., tomo III, pág. 522, 2.^a edic., 1950), y fue escrito en 1927 como comentario a un folleto del exégesis protestante del profesor Bultmann, una de las lumbreras del protestantismo alemán contemporáneo. Exégesis que la Iglesia Católica condena como heterodoxa y de la que Ortega dice al principio de su artículo que en ella “se resume admirablemente con insólita claridad el estado actual de la exégesis evangélica”. Para Ortega, en efecto, “la nota más conservadora —en estas elevadas investigaciones— ha sido dada no por un católico ni por un protestante, ni siquiera por un exegeta de oficio, sino por historiador puro”; no creemos engañarnos si vemos en esta frase una alusión al *Origen y comienzos del cristianismo*, de Eduardo Meyer. Por consiguiente, hay que tener en cuenta que la cita de Ortega contenida en la carta en cuestión corresponde a un texto escrito en alabanza de una obra heterodoxa que Ortega toma como modelo para censurar al mundo católico español.

Hace ya veinte años que el excelentísimo y reverendísimo señor don Rafael García y García de Castro, actual arzobispo de Granada, en su libro *Los intelectuales y la Iglesia*, págs. 283-289, dedicó a ese mismo párrafo de Ortega un largo comentario, del que reproducimos a continuación algunos juicios:

“No, no es ése el modo de librarse del pasado. Para el mal de pasado no queda sino una digestión histórica y es preciso que hoy en nuestra Constitución no hagamos sino disponer ese futuro de noble combate histórico con el poder eclesiástico”.

“Por eso, nosotros propondríamos que la Iglesia, en la Constitución, aparezca situada en una forma algo parecida a lo que los juristas llaman una Corporación de Derecho Público, que permita a Estado conservar jurisdicción sobre su temporalidad”.

“Iniciemos, señores, esta sería organización de España en pueblo de trabajadores. Hagámoslo, como toda la gran reforma de España que vamos a intentar, con el tiempo justo, sin acelerarnos, pero sin retardarnos”. (*Rectificación de la República*. Obras. Ed. 1932. págs. 1.371-2).

“Hoy se disputan el porvenir nacional dos poderes espirituales: la cultura y la religión. Yo he tratado de mostraros que aquélla es socialmente más fecunda que ésta y que todo lo que la religión puede dar lo da la cultura más enérgicamente”. (*La pedagogía social como programa político*. O.C. Ed. 1950. Tomo I, págs. 519-520).

“La rebelión de los pueblos se había hecho en nombre de todo eso que se llama razón, cultura, etc. Estas vagas entidades vinieron a ocupar en el corazón de los hombres el mismo puesto central que antes había ocupado Dios, otra entidad no menos vaga. Hay una extraña propensión en los hombres a alimentarse, sobre todo, de vaguedades”. (*Misión del bibliotecario*. O.C. Ed. 1951. Tomo V, pág. 220).

“Dios queda disuelto en la historia de la humanidad; es immanente al hombre; es, en cierto modo, el hombre mismo padeciendo y esforzándose en servicio de lo ideal. Dios, en una palabra, es la cultura. “Tú eres mi mejor yo”, canta una vez Schelley a la mujer que inspira sus canciones; podría decirse que Dios es el conjunto de las acciones mejores que han cumplido los hombres: el Partenón y el Evangelio, Don Quijote y la mecánica de Newton, la Revolución francesa y la “Historia Romana”, de Mommsen, las cooperativas de consumo y el régimen parlamentario; Dios es lo mejor del hombre, lo que enorgullece, lo que intensifica su energía espiritual, la herencia científica y moral acumulada lentamente en la historia”. (*La teología de Renan*. O.C. Vol. I, 2ª edición, 1950, pág. 135).

“Las guerras y las emigraciones de los pueblos, los cambios de los imperialistas, revoluciones, los azares de la humanidad al hilo del tiempo, representan las inquietudes de un Dios que se está haciendo. La historia es la embriogena de Dios y, por tanto, una especie de teología; recordar, hacer memoria del pasado, se transforma de este modo en un misterio religioso, y al Cuerpo de Archiveros competen hoy las funciones encomendadas a los párrocos y sus coadjuntos. La filosofía, según Renan, tienen curas del alma” (Ibidem, pág. 136).

“Los esquimales sostienen que el hombre se compone de tres partes: su cuerpo, su alma y su nombre. Nombrar es, pues, en algún modo tener la cosa; por eso es tan general en las épocas primeras dar al niño dos nombres, uno falso, que se hace público, y otro auténtico, que sólo la madre lo sabe y luego comunica al esposo. Un resto de esta magia nominal conserva el lector piadoso cuando se persigna en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo”. (*Notas del vago etío*. O.C. Vol. II, 2ª edición, 1950, pág. 447).

Resulta innecesario añadir más citas. Recientemente ha sido recopilada una buena serie de ellas en el folleto del P. Juan Roig Gironella, S.J.: *Lo que no se dice. Con una antología Teofánica de textos de Ortega y Gasset*, Instituto Filosófo de Balmesiana, Barcelona, 1953. Y esta antología, que se ciñe a los textos de la última edición de *Obras completas*, aún deja fuera algunos demasiado contundentes, como los que figuraban en la edición de 1932, y que han sido evitados en las versiones publicadas después de nuestra guerra.

* * *

Finalmente —y en relación sobre todo con el efecto de las ideas orteguianas sobre las conciencias—, reproducimos unas frases de quien por su autoridad y por su experiencia directa tiene valor de testimonio excepcional. En el número 497 de “Juventud”, de 21-27 de mayo de 1953, se publicó una carta del capellán nacional del Frente de Juventudes, en que se dice.:

“Vaya como ejemplo el pensamiento religioso de Ortega.

“Hay en su larga obra juicios y apreciaciones para todos los gusto acerca del catolicismo o acerca de verdades y actitudes fundamentales del catolicismo, desde claras manifestaciones de apostasía hasta lúcidas afirmaciones de la misión civilizadora del cristianismo, sin contar con los mil silencios injustos y las no escasas expresiones poco respetuosas, cuando no irrisorias, que aparecen en sus escritos sobre aspectos de la vida cristiana junto a alabanzas y elogios de las enseñanzas de Jesucristo. Estas fluctuaciones, esta línea quebrada de la mente religiosa orteguiana es la que dado fundamento real para el discrepante modo de enjuiciar su pensamiento religioso.

“Más aún. No hay que echar en olvido que para valorar la obra de Ortega no basta manejar sus libros: es preciso conocer el efecto en las almas de los que han recibido el impacto de esos libros. Personalmente conozco hombres por cuyo espíritu el aliento intelectual de Ortega ha pasado como un ciclón devastador de sus creencias religiosas. Otros, sin llegar a perder la fe, se enfriaron de tal manera, que fríos siguen todavía. ¿Que también hay casos de lo contrario? No lo sé. Pero a lo más sería prueba de que en la órbita de los hechos la influencia de Ortega es tan ondulante como en la esfera de la especulación, y, por tanto, que nuestra generación no tiene nada que aprender de Ortega en punto a catolicismo. En eso no es maestro ni lo ha sido nunca”.

De índole similar, aunque en un terreno muy distinto, fue la carta dirigida, el 30 de Enero de 1962, al entonces director de Arriba, Rodrigo Royo, privada y profusamente distribuida en ciclotip, por no haberla insertado en su periódico, que atacó duramente “*La guerra española y el trust de cérebros*”, habiéndose producido poco después su cese como director de dicho diario.

Entre las polémicas que pueden alinearse con las anteriormente citadas, son de mencionar, entre otras, la que figuró como separata “De diálogo en diálogo” con el catedrático P. Nazario González S.J. y José M. García Escudero, (Punta Eruropa, N.º 90, Octubre, 1963) o la réplica aparecida en el diario Pueblo sobre “La nueva derecha española” (30 de Abril de 1966), carta y respuesta a Ortí Bordás; o el artículo “La guerra española y los “exquisitos” (Iglesia-Mundo n.º 323-324, Julio, 1985), en el que comenta la historia y la historiografías recientes, a raíz de un trabajo aparecido en el número 21, extraordinario de la revista Cuenta y razón, amén de otras recensiones y citas de muy diversa índole, aparecidas en toda suerte de publicaciones, cuya sola enumeración resultaría muy prolija, saliéndose, además de los límites trazados en el presente volumen.

BIENVENDIO A LA POESÍA

por José García Nieto
De la Real Academia Española

“Vicente Marrero, prosista, bien venido al reino de la Poesía”, podríamos decir a modo de saludo a este escritor de tan buena ley, de tan buena talla y tan bien probadas en otros géneros, y poeta un poco tardío, parece que tiene que disculparse en estas cuartillas, desde las que nos da paso a sus versos por entrar en un menester que no frecuente. ¿Pero alguien, en verdad, puede llamar a esa puerta misteriosa, a ese extenso umbral, donde cada ser que toca un verso no espera otra cosa que el milagro del que ha cogido el fuego con la mano?

Poesía llama Marrero a su obra, y en el solo título ya nos avisa de que, sin desdén y sin énfasis, “cree” en su poesía, en este haz de páginas que no son su prosa. Poesía de tema, de argumentos cortos, de destellos que se interrumpen para que se pueda el poeta refugiar en la espera del tema. Por lo tanto, poesía que se escribe con una mano puesta sobre el “asunto” y otra sobre el corazón... El mismo nos dirá: “Pasarán las épocas —no me importa repetirlo— y la poesía seguirá insistiendo en unos mismos temas esenciales, inseparables de nuestra condición humana...” Para decirnos un poco más adelante: “No ha faltado la sospecha un tanto equivocada, aunque formulada con las más afectuosa consideración, de que mi entrega a la poesía ha sido como el fruto de quien, un tanto desengañado, se recoge en la intimidad para cultivar el verso...” Porque siempre hay miedo a la entrada, miedo a ocupar un sitio como prohibido en ese atrio de los petas.

Tema, por una parte; refugio, por otra. Algo así como si Vicente Marrero tuviera que justificar una intromisión en un lugar donde podía estar hace ya tiempo. Pero lo que nunca sabe el poeta es que la palabra lírica se le concede a unos extraños elegidos y en unos determinados momentos de lo que nunca acaban de sentirse dueños.

Habría que tranquilizar a Vicente Marrero respecto al acierto de este libro, que poco tiene que ver con los versos de ocasión de un aficionado que escribe poesía, de vez en cuando, como algo más entre su vida. Esta es la vida, éstos son sus fundamentos, que pueden arrancar de una soledad o de un acontecer. En él estaba la poesía, mucho antes de que se decidiera a abrirnos el cofre.

Me gustaría decirle a Vicente Marrero que sólo el final de un poema puede llenar todo el vacío del mundo. Y que de ese caudal yo me he quedado a veces con la sorpresa, con la confirmación de que por ahí camina ya toda la poesía: “Paloma”:

...sobre los arenales de la pena

O en otros poemas: “Con la mano en el pecho”.

su mano en la penumbra de la espada.

En “Campo de guerra acaso fue de amor”:

*mientras no nos alumbre aquella llama
más allá del engaño y de la muerte.*

En “Jardín de amor”:

*...aquel temblor del árbol de la vida,
aquel rumor del silbo de la gracia.*

De este riguroso proceso deviene la limpidez de su escritura. Marrero ha estudiado bien su lección poética, se ha dejado contagiar (volvemos al moguefeño: “contagio, que no quiere decir —¡cuidado!— imitación”) de quien le interesaba; luego ha cantado lo suyo, lo por él vivido, sufrido, gozado. En primer lugar, Castilla —ya lo hemos dicho—, haciendo el son a su andadura adolescente; luego, la visión entrañable de su tierra, su “encuentro en la raíz”; y ese personaje del cuadro inmortal, levantado a golpes de soneto, con su razón: “aunque se hable de otro no cesa de hablarse de sí mismo”; “Rondan los alisios” representa un regreso a lo insular, si contemplado desde distinto ángulo, desde muy dentro: “que si mueren los árboles / su esencia permanece”; “Más allá de la paz y de la guerra” es un libro, por su temática, arriesgado, y el autor así lo comprende: un libro en el que “circunstancia y significado luchan para no perder su específica entidad”; “Viaje en carroza”, en fin, es un homenaje, desde Europa, a Pedro Pablo Rubens, y el preferido del poeta. El no vacila en dar sus motivos, en explicar por qué. En suma, más de doscientas páginas de apretada lectura, un buen montón de poemas; y el hálito de lo auténtico en cada verso.

Hay en este hombrón canario, en este recio escritor a quien podrán discutirse sus puntos de vista, nunca su valor para defenderlos, un como rubor de adolescente, de poeta nuevo para que enseña por vez por vez primera a los demás sus versos, a solas cincelados; y es que su adolescencia quedó muy atrás, y su condición de curtido hombre de letras así en todas las mentes. Citamos —última vez— a Juan Ramón: “Alentar a los jóvenes; exigir, castigar a los maduros; tolerar a los viejos”. Marrero atraviesa esa madurez de la que se exige a la que se castiga. Y lo sabe. Sin embargo, aquí están sus poderes. “Que tu canto sea sólo de amor”, se ha dicho a sí mismo, con palabras shakespearianas. Sus poderes, ese amor y ese canto, le valen ahora para alejar temores, para pisar firmemente en el camino de la poesía. Amar y cantar:

“la clave clara de una limpia historia”.

Tal reza su verso.

(La Vanguardia, Barcelona, 3-X-1974)

LAS HORAS ENCONTRADAS

por Guillermo Díaz-Plaja
De la Real Academia Española

ENSAYO Y LIRISMO.— ¿Qué trazo espiritual enlaza lo ensayístico y lo lírico? Obviamente, el predominio de lo subjetivo. Si, a grandes rasgos, agrupamos lo “exterior”, en los géneros épico y novelístico, bien podemos estimar que la actitud “interiorista” señala un mismo talante; si bien el plano intelectual se traduce al ensayo, como el afectivo se transforma en poema. Tanto más cuanto hoy los elementos culturalistas del hecho poético señalan una muy difusa frontera entre ambas actitudes.

No en vano el lírico convierte en vivencia estética lo que es soterrada memoria intelectual:

*He palpado despacio la increíble
inocencia que informa este universo:*

*el viento de Castilla
cómo les llama.*

(Pág. 29)

Poesía transida de la mejor castellanidad, la que adelgaza el aire en los deliquios de los místicos, tan exactamente enclavados en la geografía meseteña, llena de “castillos interiores”:

*Ya está dentro el castillo
bien hondos los cimientos.
Todo un fuero del alma,
al abrigo del viento.*

(Pág. 52)

Así, fiel a la norma poética, a su recuerdo inmarcesible de la lección trascendente de eternidad que de Castilla emana:

*Castilla del silencio
a la luz definida
sin medida de tiempo.*

(Pág. 56)

ENCUENTRO EN LA RAÍZ.— “Las horas encontradas” es, en el libro, la segunda parte que complementa el grupo poemático que bajo el título “Canción en Castilla” abre el volumen. Ilógicamente, puesto que “Las horas encontradas” exaltan la raíz insular grancanaria del poeta y debieran figurar al principio. Posee, además, originalidad temática, especialmente en la traslación del paisaje isleño y, acaso, mayor hondura de pensamiento. En el primer aspecto nos da, además, una visión entrañable y campesina del recuerdo familiar. En el segundo, su filosofía existencial, sencilla y honda: el padre, la madre, los amigos, los hermanos, la mujer, los hijos.

*Loco de luz, de tanto amor, con hondo
silencio fecundado bajo sombras
de breves ramas, es el nido como
el claro corazón, la preparada
lágrima, alerta ya y oliendo sólo
a rosa primeriza...*

(Pág. 87)

Sin caer en localismos fáciles, o en recursos folklóricos. Vicente Marrero alcanza a darnos la impregnación de su emocionada memoria de la infancia, que prolonga su silenciosa armonía en las vivencias de la madurez:

*Hoy como entonces quiero cantar, bajo
el jubiloso son de la ñamera,
por las calles y plazas con el verde
gozo, pero no pueden levantar
mis ojos las distancias en el alma.*

(Pág. 93)

FORMA.— El poeta canta “buscando rimas pobres que no ocultan —el corazón ya libre de espesuras— y del vuelo imposible de los pájaros”. Utiliza la estrofa

*tendió su manto negro el aguacero
y no pudimos guarecernos. ¡Vivo,
eterno corazón del agua! Mientras
nos íbamos cubriendo con las hojas
de la ñamera generosa y frágil,
nos mojábamos más y comenzábamos
a cantar...*

Este narrativismo lírico le da su tono a todo el libro. Vicente Marrero ha acertado a escribir con sobriedad de poeta muy actual, de poeta joven, diríamos, incluso. La luz originaria de sus islas natales nos llega en estos versos empobrecida —o enriquecida— por la melancolía del poeta. No es ya una recreación paisajística lo que en el libro se plantea, sino una valoración del ayer hecha inevitablemente desde los batidos del presente. Pero esto no obsta para que toda la breve entrega esté bañada en una grata luminosidad de infancia isleña, de mundo entre el mar y el volcán.

Vicente Marrero, que tanta buena voluntad ha puesto siempre en darse a través de sus libros de política y ensayo —y que no siempre lo ha conseguido plenamente—, se nos da mejor ahora, como poeta. Y es una alegría para nosotros comprobar que la lucha de las ideas —tan aspérrima, a veces— nos ha matado en él al niño que jugaba al balón bajo la lluvia.

*Importaba poco el barro
en las rodillas o en la cara. Poco
que el tierno regocijo de la lluvia
calase nuestros huesos.*

En nota a la edición de este libro se nos informa de que la entrega forma parte de un volumen inédito. “Por la luz obligado”, rehecho varias veces y aún en el telar. “En todo caso, su autor, ha vuelto con este cuaderno a sentir la emoción —velada por la incertidumbre entre el temor y la alegría— que suscita siempre un primer libro”.

(El Norte de Castilla, Valladolid, 1966)

RUBENS Y UN POETA

por Carlos Murciano

Año rubensiano fue este que concluye. Cuatro siglos cumpliéronse del nacimiento en Siegen (Estfalia) de tan genial artista, de hombre tan noble. Pío, felice, triunfador Pedro Pablo, pintor incansable, cortesano dilecto, diplomático hábil. Sus tres gracias son dos: Isabel, Helena. Entre tales polos se mueve, en torno a su doble eje gira, avanza, crea. Su personalidad colma la primera mitad del XVII, y Europa se le entrega. El polvo de las centurias no ha velado sus lienzos. Esos bermellones, esos carmines, esos púrpuras, esos amarillos dorados, que tantas veces se remansan sobre un lecho de rosados y grises y que no empecen, en ocasiones cimeras, la severidad (“Última comunión de San Francisco”, por paradigma rotundo), siguen fulgiendo y pasmando, hoy como ayer.

No hemos olvidado los españoles la efemérides. Y cosas muy atinadas y caladoras escribiéronse en estos meses acerca del maestro. Mas uno piensa que hubo cierta

Como ensayista —afirmación rotunda y rápida, Premio Nacional de Literatura en 1945— como escritor, polemista, aventando, planteando temas de superior plano, recia cuadratura entre serena y apasionada, nervio propio, enjundioso y mirada original, ha descollado responsabilizando el pensamiento nuevo, castizo y a la vez voluntariosamente evolutivo, de la presente época, consistencia magnífica universitaria, con formación cultural de gran europeo. Auténtico, documentadísimo maestro.

Leemos este nuevo libro de Vicente Marrero, poeta, con la emoción singular de recordarnos mozo, a su edad, estudiante como él, en las orillas del Tormes. Espléndido, jugoso, moceril homenaje del canario “que lleva el mar en la garganta”, hasta la “Castilla del silencio —a la luz definida— sin medida de tiempo”; Castilla madre, sentida líricamente ahora como en primera vez; Salamanca de las dos Catedrales y un viejo Berruguete único, puerta maravillosa de la Universidad y aulas de Fray Luis y Miguel de Unamuno, Salamanca inolvidable de la Plaza Mayor paseada del brazo de Fray Lesco a principios de siglo, piedra sobre piedra dorada, río caudaloso de juventud, música de viejas campanas sonoras y aromas virginales, visión de tierra infinita en trigales eternos, y la canción a coro subiendo a las torres.

Vicente Marrero advierte al campo poético desde sus disciplinas ensayísticas, criticistas, con un ademán recatado, una espontaneidad valiosa y deliciosa que poco a poco expende, redondeando ahora como actualidad, felizmente ofrecida en este libro publicado por la Editorial Oriens —colección “Arbole”—, cuyo título “Las Horas Encontradas y Canción en Castilla”.

Entrada efectiva en la gran poesía, exigiendo lugar señalado en la anchurosa antología formal, agua limpia y cristalina del río, forma robusta y atrayente dentro del plerórico cauce.

Viene con un cancionero propio, oído fino, en la añeja cantata popular; enamorado de las coplas galanas y los corales indesvanecibles sobre el aire de la recia, fecunda y amorosísima tierra de Castilla.

Las “Horas Encontradas”. Encuentro de Vicente Marrero “en la raíz, exaltación del recuerdo isleño, hondas ternuras suaves del hogar y la familia. “Hoy como entonces quiero cantar, bajo —el jubiloso son de las ñámeras — por las calles y plazas con el verde —gozo, pero no pueden levantar — mis ojos distancias en el alma...”.

“A mi memoria viene —las veces que subí muy de mañana —al rincón de los pinos, al Santuario —para dejar, allí donde ha rendido —buena parte del suyo todo isleño— trozos de mi querer y mi tierra”. Subía con mi madre o mis amigos —por el atajo, entre eucaliptus, sobre —los estanques de arcilla entre las cañas —tras los pasos de quienes, ya descalzos—, con una guitarra conmovida, nos ayudaban a seguir la fiesta —del caminar hacia el inagotable —pino de luz cubierto por las joyas —nupciales, por los brillos de pulseras —y de sortijas y aderezos, galas —que los arconciolos más ocultos —salieron para adorno de la Virgen...”.

Poesía nuestra serena, profunda, emocionada. Poesía limpia como afirma Díaz-Plaja. Muy bello libro.

otra parte, son ya muchísimos los que han fracasado en el intento. Además, hay tantas cosas que explicar y que todavía no se han explicado debidamente. Por ejemplo, muchos hablan del olvido de nuestra guerra en la mente de los jóvenes de ahora, y estos, en cambio, en su poesía, apenas hablan de algo sin mencionar directa o indirectamente a nuestra guerra. Sucede que los políticos suelen ser malos lectores de poesía.

Por otra parte, no es Marrero, como sospechaba un tanto equivocado aunque con la más afectuosa consideración la pluma tan bien cortada de Francisco Umbral, que, al comentar su primera entrega poética, lo ve como un escritor un tanto desengañado que se recoge en la intimidad para cultivar el verso; algo así como un intelectual que, fatigado de su quehacer, se pone a escribir poesía como si fuese —son sus palabras— “un poeta que ha vivido ahogado por la política y ahora da el golpe de Estado, se deshace de sus cadenas y viene a primer término para decirnos la verdad más honda de un escritor y un luchador que ya sólo quiere, quizá, escribir unas cuantas palabras verdaderas”. No hay dudas de que la expresión poética es de distinta índole a la del ensayo y a la de otras eminentemente intelectuales, y en el caso de Marrero ha venido a enriquecer su ya rica personalidad de escritor. Pero la incompleta aunque bastante significativa selección de poemas que a continuación publicamos, dice por sí solo algo muy distinto de lo que entonces sospechaba Umbral, y muy en consonancia con lo que desde su aparición en las letras ha venido, de uno u otro modo y siempre de manera infatigable, sosteniendo su autor. Lo ha visto agudamente un poeta uruguayo, Hugo Pedemonte, que en uno de los últimos números de *Poesía Española*, al comentar la calificación de “poesía grácil y entrañable” con que López Anglada adjetiva la poesía de Marrero en la solapa de su libro, añade por su cuenta: “Si con sosiego hondo como el que tienen los valles, porque esto lo puede aquel que sabe también escuchar a las montañas”.

(Iglesia-Mundo, Madrid, 25-VII-1974)

VICENTE MARRERO, 1922. RAICES DE UN ESCRITOR

por María Dolores de Asís
Catedrático de la Complutense

Su obra poética se ha divulgado cuando el escritor ha alcanzado su etapa madura. El nombre de Vicente Marrero era conocido por los ensayos, entre los que destacan *El Cristo de Unamuno* y *Maeztu*. Fue Premio Nacional de Literatura en 1955 y dirigió la revista “Punta Europa” allá por los años cincuenta y sesenta. Hay que llegar a 1974 para encontrar editado su *Poesía*, apenas conocida por un círculo de críticos y amigos. En este volumen se recogen cinco libros de poemas: *Canción en Castilla*, *Las horas encontradas*, *Rondan los alisios*, *Más allá de la paz* y *Viaje en carroza*, y un “cuadernillo” —así presentado por su autor— de cinco sonetos con el título de *Con la mano en el pecho*. La aparición tardía de la obra no significa que la poesía haya sido un quehacer de última hora; su autor recuerda en el prólogo de *Poesía* que ya en 1949, a la vuelta de una estancia de seis años en el extranjero, traía un libro de versos bajo el brazo, que entonces no publicó. Vicente Marrero nació en Arucas (Gran Canaria) en 1922; fue estudiante de la Universidad de Salamanca y desde hace años reside en Ma-

“Punta Europa”, la prestigiosa revista que dirige Vicente Marrero y de la que es presidente del grupo fundador Lucas María de Oriol, ha alcanzado la alta cima de su número 100. No es frecuente que una revista de tipo cultural logre en nuestro país una vida tan dilatada, ya que estas empresas del espíritu suelen ser, generalmente, efímeras. De aquí que el número 100 de una revista de pensamiento constituya siempre un capítulo raro e importante en la vida cultural. Con esta cifra redonda “Punta Europa” está casi en vísperas de festejar también su décimo año de vida.

Al frente de “Punta Europa” figura un cuadro de asesoramiento editorial prestigiado con nombres relevantes: José Luis de Oriol y Urigén, Juan José López Ibor, José Camón Aznar, Santiago Ramírez, O.P., José María Millas Vallicrosa, Carlos Ruiz del Castillo, Consuelo Sanz Pastor, Fernando Martín Sánchez Juliá, José María Ramón de San Pedro, J. Entrambasaguas y Gregorio Marañón son, entre otras, las personalidades de la vida española que avallan la publicación de cada número.

En las páginas de “Punta Europa” se han publicado textos de Arnold J. Toynbee, Christopher Dawson Romano Guardini, Goetz Briefs, John Dos Passos, Evelyn Waugh, Juan R. Sepich, Russel Kirk, Dominique Dubarle, O.P. Vintila Horia, Stamatu, Uscatescu, Gastón Baquero, ... por citar sólo a algunos de los colaboradores extranjeros que han prestigiado sus páginas. Los ensayistas hispánicos integran una copiosa y representativa nómina del pensamiento español de ahora. Además de muchos nombres enunciados anteriormente pueden citarse los de Vicente Risco, Alberto Martín Artajo, Manuel Lora Tamayo, Antonio Millán Puelles, José María García Escudero, Jorge Vigón, Alejandro Díez Macho, Venancio D. Carro, O.P., Lili Álvarez. Eustaquio Guerrero, S.L., Juan Vallet de Goytisolo y Alfonso Prieto, entre otros. En el Pliego Literario de la revista se han publicado poemas, estudios y narraciones de diversos autores: Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, José María Pemán, Rafael Laffon, Rafael Morales, José García Nieto, José Hierro, Victoriano Crémer, son nombres muy cuajados en la poesía española a los que han unido sus voces las novísimas promociones: Carlos y Antonio Murciano, Manuel Alcántara, Eladio Cabañero, María Elvira Lacaci... La creación literaria aparece pautada por nombres tan significativos como los de Zunzunegui, Borrás, Mihura, Carmen Laforet, Ángel María de Lera, y la crítica ha sido ejercida por Manuel G. Cerezales, Carlos Luis Álvarez, Jiménez Martos, Martínez Ruiz, Francisco Umbral y Fernando Ponce.

Tanto el momento cultural español como el panorama social y económico ha sido analizado desde las páginas de la revista con gran penetración.

Al rendir la revista sus cien navegaciones hermosas y difíciles pudo afirmarse, fundadamente, que la ejecutoria de “Punta Europa” había sido fiel a los propósitos iniciales. Gracias a la asistencia leal de un núcleo de lectores fue posible festejar esta honda y sencilla conmemoración”.

MADRID LITERARIO: LOS LUNES DE PUNTA EUROPA

por Francisco Umbral

Se trata de unas reuniones a puerta abierta en el domicilio de la revista. Estas tertulias se celebran todos los lunes, con un considerable ajeteo de gentes literarias, que suelen renovarse más o menos de semana en semana. La reunión de un reciente lunes coincidió con la invasión de Cuba, y cada nuevo contertulio llegaba con sus noticias bélicas. De sobresalto en sobresalto transcurrió la velada. Cuando nos fuimos, lo de Cuba seguía en el aire.

(*Madrid Literario*, El Norte de Castilla, 1962)

COLOQUIO

En una de las salas del Museo Cerralbo, y organizado por Amistad Universitaria, ha tenido lugar un coloquio sobre el tema “La guerra española y el trust de cerebros”, Vicente Marrero, autor del libro de igual título, respondió hábilmente a las delicadas preguntas que se le plantearon a lo largo de dicho coloquio.

(*Madrid Literario*, El Norte de Castilla, 7-2-1962)

EL ESCRITOR, AL DÍA

Por Carlos Murciano

El primer número de la revista *Punta Europa* vio la luz en Madrid en enero de 1956, bajo la dirección de Vicente Marrero. No conocía yo entonces a Marrero, mas sí tenía algunos amigos en la revista, que nos escribieron a Arcos pidiéndonos colaboración a Antonio y a mí. Yo envié pronto la primera: un artículo sobre Hemingway y su viejo pescador, que vio la luz en el número 3. Meses después, daba yo el salto definitivo a Madrid e iniciaba mi colaboración fija en *Punta Europa*, que iba a mantener hasta su desaparición, en diciembre de 1967. Vicente Marrero vivía entonces en la calle de la Reina Victoria y allí, o en las reuniones semanales de la calle Montalbán, sede de la revista, comenzó una amistad que hoy —a salvo de tantas cosas— perdura.

Marrero es un hombre moreno, corpulento y afable. Paquita, su mujer, es rubia, delgada, de ojos azules. Sonríe siempre, mientras va de un lado a otro de la casa, acerca un cenicero —Vicente fuma sin parar— o una botella de Jerez, dice algo grato. Tres de sus cuatro hijos varones han nacido —como sus padres— en Arucas; el último, en Madrid. Hablamos ahora en su nueva casa de la avenida de América, en un salón amplio, cuyas paredes recubren los libros, dos cerámicas de Picasso, lienzos del siglo XVI y algunos dibujos de su paisano Manolo Millares. Marrero es un hombre preparado, amplio en saberes. Sus años pasados en Alemania contribuyeron a solidificar su formación, dotándole de una mayor vastedad de miras. Después de casi treinta años de haber cursado sus estudios de doctorado en Derecho y de una fecunda labor de pu-

El Cristo de Unamuno (1960), *Ortega, filósofo mondain* (1961) y *La guerra española y el trust de los cerebros* (1963), levantaron sonadas controversias. Sin embargo, a raíz de su marcha de *Punta Europa*, Marrero pareció guardar silencio. He aquí nuestra pregunta inmediata:

¿Por qué?

— El mío ha sido un silencio relativo. Una cosa es publicar y otra escribir. No he cesado de escribir durante este tiempo. En enero del pasado año entregué varios libros a distintas editoriales, que han comenzado ahora a salir.

Durante estos últimos años, Marrero ha desplegado una intensa actividad poética. Además de sus colaboraciones en revistas, Caffarena dio a luz sus dos primeras entregas —*La voz que no conoces* (1966) y *Con la mano en el pecho* (1969)— y López Anglada, en su colección *Arbolé*, acaba de recoger otros dos libros en un solo volumen: *Las horas encontradas* y *Canción en Castilla*. A Marrero, como a tantos otros poetas de aquellas latitudes, Castilla le atrae. El mismo dice en sus versos: “A los que llevan / el mar en la garganta, / el viento de Castilla / cómo les llama”. Preguntamos ahora al poeta por su vocación, por su obra, cuyo crecimiento lento y seguro hemos seguido muy de cerca.

— La poesía no es para mí, como pudieran sospechar algunos, una vocación tardía. Siempre hice poesía. Cuando regresé de Alemania, en 1949, después de varios años de estudios en aquel país, traje dos libros bajo el brazo: *Picasso y el toro*, que publiqué pronto, y un libro de poesía que, afortunadamente, desistí de publicar. Contribuyendo a desanimarme buenos amigos como Rafael Morales, Carmen Laforet, Manolo Cerezales..., por lo que les estoy profundamente agradecido. Yo venía empapado de Valéry, de Rilke, de Hölderlin..., que no me obnubilaron el corazón, pero sí la vista. Incomprensiblemente para mí, yo había profundizado muy poco en el verdadero oficio castellano de hacer versos y en nuestra poesía contemporánea, de un nivel artístico superior a la que fuera de nuestras fronteras me había sorbido el seso. Me ha costado, bien sabe Dios cuánto, limpiar mi cabeza de telarañas y ponerme a practicar los menesteres más elementales y humildes como artesano del verso.

— De aquellos “monstruos sagrados”, ¿mantienes alguno en pie?

— Sigo conservando un gran afecto al vienés Hugo von Hofmannsthal. Me gustaría poder traducirlo al castellano.

— ¿Cómo te sientes después de haber publicado tus primeros versos?

— El no publicar poesía, más tarde o más temprano, hubiese tenido seguramente para mí las consecuencias de una frustración. Algo hubiese quedado sin expresar..., algo irrefrenable y, sin no me equivoco necesario. Prueba de ello es que tengo pendientes dos libros más, de tamaño similar a los ya editados: *Rondan los alisios*, preparado para la imprenta, y *¿Cuándo verán los ojos?*, este último a la espera de mejor título, de pequeños retoques y también del acto de quijotismo puro de algún editor que se arriesgue a editarlo.

Hacemos una pausa en nuestra charla. Atardece. El cielo, antes anubarrado, tiene ahora un color violeta, terso. Por la ventana entra las voces de los niños que juegan en un jardín cercano. Es la hora del *ángelus*. Vienen a nuestra memoria los versos iniciales de un poema titulado precisamente así, perteneciente al libro *Canción en Castilla*:

Antes de que se le vaya el santo al cielo y se extienda en más complicadas disquisiciones, le interrumpo:

— ¿Y qué relación existe entre este concepto de verdad y lo que dices del nacionalismo?

— Si reconocemos que, a lo largo de la historia, los españoles han hecho algunas conquistas válidas, meritísimas muchas de ellas (que si no entrañan una total posesión de la verdad, sí, al menos, algo auténtico, capaz de mejorar, pero capaz también de evitar toda repulsa de carácter absoluto o derrotismo directa o indirectamente suicida), entonces la consecuencia lógica es admitir algo que se llama nacionalismo, patriotismo o tradicionalismo —el nombre es secundario—. Quienes no se inclinen a admitir este razonamiento, corren, a mi juicio, el riesgo de convertirse en ombligo del mundo.

— ¿Qué hay de tus nuevos ensayos?

— Acaba de salir *Nuestro Rubén*. Es una deuda que tenía que pagar y, hasta cierto punto, una reconciliación con un primer amor de adolescencia. Con gusto lo hubiese ampliado, pero heube de antenerme a los límites fijados por las bases del premio que obtuve: el del Centenario Rubén Darío, en Sao Paulo (1967). En este libro, resalto fundamentalmente su actitud ante el simbolismo, como precursora de la de Antonio Machado.

— ¿Libro inmediato?

— *Santiago Ramírez: su vida y su obra*, preludeo a la edición de las Obras Completas de este sabio español, que ha comenzado a editar el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Han salido ya *De Inpsa philosophia*, en dos tomos; pronto saldrán los dos primeros de los cuatro que componen su *De analogía...* Por su trascendencia, yo comparo la edición de estas obras, en su campo, a las de Menéndez Pelayo en el suyo. El P. Ramírez ha sido el pensador que más ha contribuido a ordenar mis ideas.

— ¿Puedes decirme en pocas palabras el secreto de la actual situación española?

— No soy aficionado a los *slogans*, pero creo que el secreto está en tener confianza. Porque es confianza lo que de manera alarmante empieza a fallarnos.

— Confianza, ¿en qué o en quiénes?

— En las cosas, en los principios, en las ideas, más que en las personas, aunque entre nosotros, es archisabido, tiene gran predicamento la importancia que concedemos a los valores personales. Pero si perdemos la confianza en las cosas, comenzamos a beberle los aires a la confusión y a flotar en la niebla, deporte que hoy practican muchos empeñados en hacer del equívoco una industria nacional.

— ¿Das a esto una interpretación política?

— ¿Por qué no? La política es para todos un deber, una obligación. Consagrarse al servicio de elevados ideales políticos es de lo más grande que puede hacerse en la vida, por lo que entraña de servicio al país, al bien común, a los demás...

— Esto, más que política, es moral.

— Por supuesto, mucho más importante que la política en sí, sobre todo en su acepción más vulgar, es la moral, y todavía mucho más trascendente la fe. No digamos nada del arte que se requiere para expresar bien todo esto u otras cosas: por ejemplo, que por la paciencia se mantiene el hombre en posesión de su alma; que la tristeza no

según nos infunde la fe en abierta correspondencia con la verdad que se nos ha ido manifestando en todos los campos y desde la más completa y alegre visión de todas las cosas.

Verdadero lugar común, si por común se entiende lo más valioso de nuestra humanidad —según una idea de Santo Tomás de indudables resonancias sobre la que debemos a Marrero notables desarrollos—, con su insoslayable sentido de una verdad que no se nos impone ni es manipulable, sino que libremente luce y se acepta amorosamente. Esa verdad —como sostuvo Terencio, seguido en este punto por San Agustín— que es odiada porque cada uno ama su verdad, resistiéndose a menudo a admitir la que no es la *suya*, de modo similar a lo que ocurre con el bien, que, sin más, es superior al mal, pese a las debilidades de los que se suelen considerar buenos. Un mal que para imponerse necesita recubrirse o disfrazarse de bien. Un mal, en definitiva, que Dios tolera para que el triunfo del bien resplandezca al fin con más amplitud y profundidad.

Por eso, tan sólo con una actitud ante la verdad que esté pendiente siempre de su más plena realización —lo que no quiere decir de ningún modo que sea enteramente deficiente y menos aún inexistente tanto en sentido agnóstico como relativista, sino que también se opone a quienes, de modo igualmente criticable, se sienten satisfechos por creer haberla encontrado de una vez por todas—. Se comprende el tradicionalismo medular y de buena ley que sigue Marrero, inconfundible, por otra parte, ante cualquier otra actitud anti-progresista. Todo lo contrario, según revela, sin más, su obra hasta por sus títulos.

Así, para Marrero, el hombre no ha de sentirse como si todo lo que realmente existe dependiese de la propia capacidad de comprensión de su mente, y menos en un siglo —como es el presente— en el que, con frecuencia, se tiene la sensación de que muchos tratan de invalidar de raíz lo que hicieron los anteriores, como si nuestros antepasados hubieran sido incapaces para ejercitar su razón o como si el ser razonable estuviese sólo reservado a estos tan exorbitados y umbilicales hijos del siglo, pese al derroche de irracionalismo del que constantemente hacen gala. La actitud tradicionalista, en cambio, no propugna la validez o continuidad del pasado por el mero hecho de serlo, sino por lo que en él se revela de acierto, al igual que rechaza lo que en este pasado pudiera haber de estancado, de erróneo o de definitivamente superado. Tradicionalismo, en suma, sólo explicable satisfactoriamente por esa actitud ante la verdad de que he hablado. Una verdad en parte conocida y en parte por conocer que —por más que ensalcemos sus máximas realizaciones históricas— no puede satisfacernos del todo en tanto no se agoten sus posibilidades, que, no por ser tales, dejan de ser en ocasiones tan acuciantes como necesarias.

continúe resultando en amplios sectores de la sociedad actual, sobre todo en los más jóvenes, tanto o más atractiva la actitud rebelde que la tradicional, nos dice, también a mera vista de pájaro y por los motivos que fuesen, lo que en substancia sostienen uno y otro. En el fondo, no cabe duda de que es el estado actual de la sociedad el que, en primera instancia, parece dirimir el cariz de la susodicha cuestión de talentos tan diversos. Pero si en todo ello hay una cuestión de profundidad, también la hay de objetivos concretos, ante los cuales nuestra atención no ha de de tolerar ninguna clase de distracción, dispersión o de baratas concesiones.

De ahí la trascendencia que supone en la actual coyuntura por la que atraviesa el mundo que vivimos y, más en concreto, nuestro país, de atenernos a ultimidades o a las dimensiones más absolutas adscritas a lo existente. Para ello se requiere, cada vez de forma más depurada, un sentido de la precisión, sobre todo de la palabra y, más en concreto, de la que atañe a las creencias. No admite infravaloración alguna, al margen de lo que se crea o deje de creerse, el alcance de su lenguaje con su correspondiente actitud ante la vida, dado el candente y actual proceso de secularización y desangelado positivismo que nos rodea por tantas partes.

Estado de la cuestión que ha de tenerse muy en cuenta, bien se eche mano de las virtudes cristianas que se han vuelto locas, según la visión genial de Chesterton; bien se tenga ante los ojos el extremo de degradación a que ha llegado la capacidad de indignación o, si se prefiere, de rebeldía, del archielogiado talante del hombre español. O, para usar un término más de nuestros días, su radicalización, que no se suele interpretar ahora en el sentido extremista que tiene la virtud en la doctrina clásica de impronta aristotélica, tan distante por otra parte de la centrista mediócritas de tinte horaciano.

Cuestión que, por no agotarse en una superficial dicotomía de derechas e izquierdas, nos permite comprender, entre otras particularidades, el interés de Marrero por algunos aspectos del arte de Picasso, el rebelde por antonomasia de la tan sobada modernidad y que, no obstante, ofrece aspectos dignos de una interpretación más esmerada o menos superficial de como se ha solido ver. Y desde otro ángulo de mira, más bien bipolar al picassiano, una actitud inequívoca o validamente tradicional, sobre todo en el mundo de la política, situada bajo la égida del llamado Estado moderno, ¿puede, acaso, contemplarse o despacharse como meramente conformista, continuista o bovinamente complaciente?

¿Fallan las palabras? Si la palabra falla es que previamente ha fallado la comprensión o una equitativa o mejor fundamentada aproximación a la verdad. Pero con solo pensar de este modo, volvemos a enlazar con lo que ya dejamos dicho en páginas anteriores sobre la dignificación de un buen magisterio, en lo que no hay, finalmente, por qué volver a insistir.

sin embargo, si nos atenemos a la de más pública circulación y más aireada en los órganos de difusión, el contraste de pura humanidad no puede resultar más drástico, sin salirnos de una dicotomía entre lo humano y lo inhumano. Nos basta con no apartar los ojos de las guerras, la contaminación y degradación del medio ambiente, explotaciones, abusos, injusticias, errores, mentiras...; panorámica en la que ya no resulta tan extraño que se deje oír una voz apocalíptica, por la que sienten tanta propensión los alemanes, como la de Güther Grass, que nos habla de un Apocalipsis, como ha hecho recientemente con ocasión de haber recibido el premio Feltrinelli, pero de un Apocalipsis sin Patmos, sino tan sólo de tejas abajo y radicalmente secularizado.

La Humanidad pesa lo suyo, de tal forma que no se ha de hablar con ligereza de la confianza en las alas de los ángeles o de las más diversas soflamas, cuando la realidad terrestre habla de modo tan elocuente y, en ocasiones, agobiante, de una penosísima degradación en las relaciones entre historia y verdad, libertad y autoridad, o de los límites existentes entre la rebeldía y la tradición de que hemos ya hablado. Panorámica en la que la voluntad del hombre no cuenta en exclusiva, entre otras razones porque esa voluntad se halla muy lejos de ser unánime aun a la hora de aceptar incuestionables adelantos. Así, sin abandonar la esfera humana, actúa siempre un sentido de la distinción que, en última instancia, se ventila misteriosamente entre la iniquidad y la salvación, aunque este misterio no cesa de repetirse con una cara oculta —repetición distinta de lo mismo— a lo largo de nuestra propia vida.

En el mismo año, colabora con el Consejo Superior de los Jóvenes de Acción Católica, siendo fundador de un grupo de acusada impronta intelectual, “Pacomia”, cuyo asesor fue el catedrático del Doctorado de Derecho —y años después arzobispo— fray José López Ortiz. Entre sus participantes, están como universitarios Torcuato Fernández Miranda, Angel González Alvarez, Federico Rodríguez, Claudio Colomer...

1943. Obtiene un estipendio Humboldt —Humboldt Deutsches Studienwerk für Ausländer— y marcha a la célebre universidad alemana de Friburgo en Brisgovia, en la que sería lector de español. Permanece en ella cerca de seis años, de lo más cruciales de su formación, y, en tanto precisa las lindes de su vocación, vive en el corazón de Europa una época que pasa por una de las más convulsas de su historia contemporánea. En el *Vorlesungsverzeichnungen* de La Universidad consta con el horario de sus clases el de los títulos desarrollados en los distintos cursos.
1949. Después de visitar varios países de Occidente, en especial Italia y Francia, se reintegra a la vida española. Y una vez regularizada su situación militar, y después de haber pasado casi un año en su isla natal, la única vez que lo haría hasta la fecha, año en que se hace novio de quien sería su futura esposa, realiza, al fin, su servicio militar como oficial de complemento en Pamplona.
1951. Cofundador con un grupo de amigos tradicionalistas de la editorial Cálamo, de vida un tanto efímera, publica en su colección Esplandián *Picasso y el toro*, perfeñado durante sus años de estancia en Alemania, aunque su introducción fuera ampliamente reelaborada en Pamplona, en la célebre biblioteca taurina —legado Ibarra— de la Institución Príncipe de Viana. Desiste, a su vez, aconsejado por buenos amigos —Rafael Morales, Carmen Laforet, Manolo Cerezales, Rafael Santos Torroella...—, de publicar su primer libro de poesía, que había preparado en Alemania asesorado por el célebre intérprete de la poesía moderna, el profesor Hugo Friedrich, director de su Departamento y buen amigo suyo.
1952. Aparecen, también en la misma colección Esplandián, las primeras ediciones de *El acierto de la danza española (El enigma de España en la danza española)*, en su segunda edición) y *El poder entrañable*, su primer libro de pensamiento político.
1953. Se incorpora a la secretaría de la revista “Arbor”, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, siendo muy conocida su réplica “En torno a un juicio sobre Ortega y Gasset (nº 91-92, julio-agosto 1953), de la que se hicieron diez mil separatas. Figura también como colaborador del Departamento de Cultura Moderna del C.S.I.C.
1955. El 25 de mayo contrae matrimonio con María Francisca del Toro Acedo, natural también de Arucas, matrimonio del que han nacido cuatro hijos: Bernardino (1956), licenciado en Derecho; Manuel (1957), arquitecto; Vicente (1962), licenciado en informática; y Daniel (1969), que acaba de dejar sus estudios universitarios de Ciencias Exactas para ingresar como novicio en la religión del P. Claret. Obtiene el Premio Nacional de Literatura por su obra dedicada a la vida y pensamiento de Maeztu.

1960. Publica en la Prensa local (y también en "ABC") una serie de artículos sobre el problema del agua en Canarias, artículos seguidos con vivo interés por sus paisanos.
1961. Figura entre los organizadores de las Jornadas Literarias de Avila, propiciadas por la Asociación Menéndez Pelayo.
1962. Con motivo de la publicación de *La guerra española y el trust de cerebros*, se desató una polémica muy sonada que alcanzó unas de sus cotas más llamativas con la destitución de Rodrigo Royo como director del diario del Movimiento, "Arriba".
1963. Asiste en Roma como mero espectador a la apertura solemne de la segunda sesión del Concilio Vaticano II.
El 24 de junio fallece cristianamente su madre y, al año siguiente (24-XII-1964) su padre, a los que se sentía honda y entrañablemente unido.
1964. Recibe una pensión de la Fundación March, así como otra especial en 1969 para la elaboración de la obra que dedicó a *Santiago Ramírez: su vida y su obra*.
1966. Deja la dirección de la revista "Punta Europa".
En este mismo año es nombrado Jefe de los Servicios Administrativos de la Secretaría Técnica del Ministerio de Gobernación.
1967. Obtiene el Premio Internacional Rubén Darío de Sao Paulo por un libro que será editado en 1970 por el Instituto de Cultura Hispánica.
1969. Gana por oposición la Jefatura del Gabinete de Prensa del Ministerio de Gobernación, plaza de plantilla no escalafonada, única que existía en España para los Jefes de Prensa de los distintos Ministerios.
1970. Lee su tesis doctoral sobre la vida y obra de Santiago Ramírez en la Universidad de Sevilla, con la calificación de *cum laude*.
1973. Se reincorpora como profesor de Universidad en la Complutense y explica desde su creación la asignatura de Movimientos Artísticos Contemporáneos, inaugurada por él en el tercer curso de la recientemente creada Facultad de Ciencias de la Información.

Ha figurado ya como director de la edición de las Obras de Maeztu, comenzada primero en la Editora Nacional y seguida por Ediciones Rialp, con una decena de volúmenes formados en su mayoría por artículos de Maeztu hasta entonces no recogidos en libros. También ha dirigido la edición del grueso volumen *Obra de Ramiro de Maeztu*, de 1314 páginas, publicado por la Editora Nacional, con ocasión de conmemorar en 1974 el centenario de su nacimiento. Labor en cierta medida similar a la publicación en 1971 por el C.S.I.C. de su obra *Santiago Ramírez, su vida y su obra*, coincidiendo con la edición de los primeros y magistrales volúmenes de las Obras Completas del sabio dominico.

Con anterioridad a la muerte del General Franco, y cuando empezaba a incubarse el proceso de la transición, publica algunas obras significativas como *Historia de una amistad (Pereda, Rubén Darío, Clarín, Valera, Menéndez Pelayo, Pérez Galdós)* (1971) y *¿España en el banquillo?* (1973).

- Ortega, filósofo Mondain*, 1961. Ediciones Rialp, 355 págs.
- Santiago Ramírez, su vida y su obra*, 1971. C.S.I.C., 336 págs.
- Historia de una amistad* (Pereda, Menéndez Pelayo, Galdós, Valera, Clarín, Rubén...).
Novelas y Cuentos, Madrid, 1971, 319 págs.
- El P. Arintero y Ramiro de Maeztu*, Presentación por Armando Bandera, O.P. Salamanca, 1986, 67 págs.

Políticas

- El poder entrañable*, 1952. Col. Esplandián, 191 págs. (agotado; 2ª edición, corregida y aumentada, en preparación).
- El sindicalismo alemán de la postguerra*, 1954. Colección "O crece o muere", 44 págs. (agotado).
- La guerra española y el trust de cerebros* (3ª edición, 1963). Ediciones Punta Europa, 647 págs.
- La consolidación política, teoría de una posibilidad española*, 1964. Ediciones Punta Europa, 306 págs.
- España, ¿en el banquillo?* 1973. Ed. Escelicer, S.A., 286 págs.

OBRA POETICA

- La voz que no conoces*, 1966, El Guadalhorce, Málaga, 22 págs.
- Con la mano en el pecho*, 1969, El Guadalhorce, Málaga, 19 págs.
- Las horas encontradas y Canción en Castilla*, 1970, Arbolé, Madrid, 108 págs.
- Poesía*, 1974, Doncel. Libro joven de bolsillo, Madrid, 227 págs. (Recoge toda la obra poética editada hasta la fecha. Agotado).
- Canción isleña y Tablado de la gracia*, Fundación Mutua Guanarteme, Las Palmas, 1989.
- Paloma del mar*, (inédito). 1º Certamen Literario Ciudad de Gáldar. Premio Francisco Rodríguez Batllori, (poesía) 1989.

TRADUCCIONES Y PUBLICACIONES EN OTROS IDIOMAS

- Picasso and the bull*, Regnery, Chicago 1956, trad. de Anthony Kerrigan.
- Picasso und der Stier*, Glock und Lutz, Nürnberg 1957, trad. de Werner Beutler.
- La correnti delle Estetica spañola negli ultimi anni*, en *Momenti e proble midì storia dell'estetica*, Marzorati, Milán 1959.
- Don Juan en tant juge*, en "La Table Ronde" (París) n° 141, septiembre 1959, págs. 70-82, trad. de Mathilde Pomés.
- Visite à Picasso*, en "La Table Ronde" (París) n° 142, octubre 1959, págs. 118-124, trad. de Mathilde Pomés.

II

- Semblanza y arte de Jorge Oramas*, en "Punta Europa", n.º 9, septiembre de 1956 (Cuartillas leídas en el acto de la inauguración de la exposición antológica de Jorge Oramas, organizado por la Escuela "Luján Pérez" en los locales de la Sociedad Económica de Amigos del País).
- La Montaña de Arucas*, en "Arriba" (Madrid), 26-V-1964).
- Pregón de las fiestas del Pino*, en "El Eco de Canarias", 30-VIII-1969.
- Folklore canario*, edición especial para la Compañía Telefónica de España con motivo de la inauguración de la Estación terrena de Agüimes (Gran Canaria), 1971.

ARTICULOS DE REVISTA (SELECCION) Y OTROS ESTUDIOS ⁽¹⁾

- Textos de doctrina política. El tradicionalismo español del siglo XIX*. Selección y prólogo, Ed. Nacional, Madrid 1953.
- Luis María Saumells*, Cuadernos de Arte del Ateneo de Madrid, Madrid 1954.
- Los disciplinantes de Goya* en "Revista Goya", n.º 26, Madrid 1954.
- La segunda patria de Camus*, en "Punta Europa" n.º 50, febrero 1960.
- Forjadores del mundo moderno*, Planeta, Barcelona 1960 (Dieciseis pequeñas biografías: Windhorst, Kierkegaard, Engels, Husserl, Max Weber, Unamuno, Maurras, Belloc, Djajilev, Max Scheler, Chesterton, Picasso, Maritain, Schumpeter, Heidegger, Sartre).
- La reconciliación dinástica y el siglo XIX*, en "Punta Europa" n.º 28, abril 1958.
- Una observación sobre la mentalidad moderna*, en "Nuestro Tiempo", noviembre 1960.
- La distinción cristiana*, en *Psicología y pensamiento existencial (Homenaje a Romano Guardini)*, vol. II, Ed. Guadarrama, Madrid 1963, págs. 155-201.
- De diálogo en diálogo*, en "Punta Europa", n.º 90, octubre 1963, págs. 51-75.
- Newman, Karl Muth y el renacimiento de la literatura católica*, en "Punta Europa", n.º 101, Septiembre 1964.
- La institucionalización del Movimiento ¿como partido o como ordenación de la política nacional?*, en "Punta Europa", n.º 99-100, agosto 1964, págs. 68-91.
- Santiago Ramírez O.P. In memoriam*, Convento San Esteban, Salamanca 1968, págs. 86-90.
- Picasso y el último toro*, n.º 75, julio 1962 y "Mundo Hispánico", n.º 285, diciembre 1971.
- En torno a la Guardia Civil. Notas para una antología*, en "Revista de estudios históricos de la Guardia Civil, n.º 7, 1971, págs. 129-158.
- Homenaje a Gerardo Diego*, Organizado por el Club Urbis y el Tercer Programa de Radio Nacional, Madrid 1973.

(1) En esta selección se ha excluido muchos ensayos publicados en revistas en especial todos aquellos, que están incluidos en libros ya publicados o en vías de publicación

ENTREVISTA, VISITAS Y CONVERSACIONES (NO RECOGIDAS EN LIBROS)

Entrevista con Gabriel Merce, en "ABC" (Madrid) de 9-VI-1962.

Conversación con John Dos Passos, en "ABC" (Madrid) de 17-XII-1963).

Hablando con Goetz Briefs sobre sindicalismo, en "Punta Europa", n.º 54, junio 1960.

Conversación con el Prof. Wilson, en "Arriba" (Madrid) de 28-VI-1964.

La celda del P. Ramírez, en "ABC" (Madrid) de 22-XII-1967).

TRADUCCIONES

La situación actual del que filosofa. Un soliloquio, de Josef Pieper, en "Arbor", n.º 81-82, septiembre-octubre 1952.

Actualidad del tomismo, de Josef Pieper, Colección O crece o muere Madrid 1952.

Incertidumbre y riesgo, de Peter Wust, Ed. Rialp, Madrid 1955.

Procesiones de España, de Domingo Dubarle, en "Punta Europa", n.º 16, abril 1957.

Fronteras, de M.A. Couturier, en "Punta Europa", n.º 16, abril de 1957.

LIBROS INEDITOS

Entre sus trabajos inéditos, además de los consagrados a los autores o maestros de su preferencia, como los dedicados al arte de Picasso, en parte ya anunciados en la solapa de su libro *Picasso y el Monstruo* (1986), Editorial de la Universidad Complutense), entre los que se hallan más perfilados *El último Picasso* y *Picasso ante la pintura religiosa...*; o los que ha elaborado en torno a la obra y significación de Ramiro de Maeztu: *Estilo, emoción e ideal de Maeztu (al margen de una amistosa polémica con Eugenio d'Ors)*, *Maeztu, visto por los demás, Antología...* Tiene además ya perfilados o en vía de revisión en su fecundo y un tanto inagotable taller de escritor, otros estudios, algunos más bien amplios como *La poesía, más allá de la guerra y la paz de España*, *El Cristo de los pueblos o una Grecia en gracia de Dios*, *Introducción a Zurbarán*, *La imagen del niño en la pintura española*, *Un nombre para la lucha. Política realista*, *Ante los acantilados blancos de Dover (Reflexiones ante el mundo anglosajón)...*, amén de unas cuantas entregas de más que pergeñada y muy personal poesía.

BIBLIOGRAFIA SOBRE LA OBRA DE VICENTE MARRERO (SELECCION) ⁽¹⁾

ADAMEC, Charles, J: *The Christ of Unamuno*, en "Modern Age", vol. n.º 2, primavera 1961, págs. 200-202.

AROSTEGUI, Antonio: *Una conjura española contra Maritain*, Ediciones SEU, Granada 1952.

- GARCIA ESCUDERO, José María: *La vida cultural, crónica independiente de doce años (1951-1962)*, Editora Nacional, Madrid 1963, págs. 375-391.
- GOMIS, Lorenzo: *La ciudad a medio hacer (Meditaciones y diálogos sobre problemas españoles)*, Barcelona 1956, págs. 135-143.
- GONZALEZ, Nazario: *Los silencios, la guerra y la derecha Diálogo con un libro adulto*, en "Razón y Fe", tomo 168, n.º 786-787, págs. 35-50.
- HOMENAJE A VICENTE MARRERO: por Alfonso Osorio, Lucas María de Oriol y Urquijo y el Conde de Ruiseñada, en "Punta Europa", n.º 15, marzo 1957, págs. 114-120.
- HORNEDO, Rafael M.^a de: *Jornadas Literarias de Avila*, en "Razón y Fe", tomo 164, julio-agosto 1961.
- INCONTRO ROMANO DELLA CULTURA (ATTI), "Centro de vita italiano", Roma 1962.
- LASCARIS Y COMENO, Constantino: *El acierto de la danza española*, en "Revista de Ideas Estéticas", C.S.I.C., n.º 143, 1953.
- MAPA LITERARIO DE LOS LITERATOS DEL ATLANTICO SUR DE ESPAÑA. *Apunte para un censo de escritores nacidos en los litorales atlánticos del sur de España*. "Estafeta literaria", n.º 282-83, 1964.
- MARTINEZ, B.: *Santiago Ramírez, su vida y su obra*, en "Verdad y Vida", n.º 123-124.
- MORODU, Raúl: *Acción Española*, orígenes ideológicos del franquismo, Madrid 1980.
- PEMAN, José María: *Cien artículos*, Escelicer, Madrid 1957, págs. 227-231.
- PEREZ EMBID, Florentino: *Revistas culturales de postguerra, Temas españoles*, n.º 215, Madrid 1956, págs. 25-27.
- PERINI, G.: *Santiago Ramírez O.P. (1891-1967) en sua opera. Un esempio o un scandalo*, en "Divus Thomas" (Piacenza) n.º 79, 1976, págs. 78-133.
- RAMIREZ, Santiago: *Ortega, filósofo mondaine y La guerra española y el trust de cerebros*, en *La Ciencia Tomista*, (Salamanca), n.º 90, 1963, págs. 193-194 y 361-362.
- REY ALTUNA, Luis: *Picasso y el toro*, en "Revista de Ideas Estéticas", tomo X, n.º 37, 1952, págs. 100-101.
- RODRIGUEZ BATLLORI, Francisco: *Glosario de un lector*, Ed. Fragua, Madrid 1977, págs. 75-79.
- ROIG GIRONELLA, Juan S.I.: *Estado actual de la polémica en torno al orteguismo*, en "Espíritu", tomo VIII, 1959.
- ROJAS, Carlos: *Diálogos para otra España*, Ariel, Barcelona 1966.
- SAINZ DE ROBLES, Federico C.: *Panorama Literario*, volumen III, Madrid 1956, págs. 181-183.
- SANTA CRUZ, Manuel de: *Apuntes y documentos para la historia del tradicionamismo español (1939-1966)*, tomo 17, Madrid 1988, págs. 276-280.
- SCHMIED, Wieland: *Picasso, Hemingway und der Stier*, en "Osterreicher Furchen" (Viena), 4-X-1958.

<p>J. P. Donnelly (107), Fr. Santiago Ramírez, O.P. (109-112), Jaime Montero (110), "Heraldo de Aragón" (112), Bartolomé Mostaza (113), Gonzalo Fernández de la Mora (114), Emiliano Aguado (115), Francisco Umbral (116), E. de Asís (117), Eulogio Ramírez Molina (118), Raúl Chavarri (119).</p>	
VI.— REPLICAS Y POLEMICAS AL MARGEN	121
VII.— LA HORA DE LA POESIA	129
<p>José García Nieto (130), Carlos Murciano (131), Guillermo Díaz-Plaja (132), Francisco Umbral (135), Carlos Murciano (136), Luis Doreste Silva (137), Jaime Caldevilla (139), María Dolores de Asís (140).</p>	
VIII.— PUNTA EUROPA	143
<p>Florencio Martínez Ruiz (145), Francisco Umbral (146), Carlos Murciano (146).</p>	
IX.— PUENTE HACIA EL FUTURO	153
<p>Curriculum vitae (159), Libros (163), Obra poética (164), Traducciones y publicaciones en otros idiomas (164), Prólogos (165), Más prólogos y otras publicaciones canarias (165), Artículos de revistas -selección- (166), y otros estudios (166), Artículos de periódicos; Notas para una selección (167), Entrevistas, visitas y conversaciones (168), Traducciones (168), Obra inédita (168), Bibliografía sobre su obra (168) Índice de láminas (171).</p>	

1. Con Picasso y su hija Maya.
2. Con los pintores Manolo Millares, Feito, Elvireta Escobio (de pie), el escultor Angel Ferrant y el poeta rumano Horia Stamatu.
3. Autógrafo de Picasso.
4. Portada de la edición norteamericana del libro *Picasso y el toro*.
5. Retrato de Vicente Marrero por S. Looser durante sus años de estancia en la Universidad alemana de Freiburg i.Br.
6. La celeberrima torre del Münster (catedral) de Freiburg. i.Br.
7. El editor Dr. Hermann Herder y señora con V. Marrero en la conmemoración del centenario de la Editorial Herder.
8. Con los bailarines Vicente Escudero y Carmen Amaya.
9. Con el pintor canario José Aguiar y el poeta Rafael Morales.
10. Autógrafo del bailarín Vicente Escudero.
11. Con el filósofo francés Gabriel Marcel.
12. Con el novelista norteamericano John Doss Passos.
13. Con S.E. El Jefe de Estado, el excelentísimo Sr. Don Francisco Franco Bahamonde, con motivo de una visita de la directiva del Hogar Canario de Madrid.
14. Con sus Majestades los Reyes de España, el matrimonio Marrero en la Zarzuela, con ocasión de su reunión anual con los escritores españoles.
- 15 y 16. Dibujos de Manolo Millares para la revista "Punta Europa".
17. Rótulo dibujado expresamente para la revista por Angel Ferrant.
18. Retratos del autor por Guayasamin, Manolo Millares y el rumano Dragutescu.
19. Autógrafo del Historiador de la Filosofía Guillermo Fraile O.P. sobre el libro *Santiago amírez: su vida y su obra*.
20. Con el poeta y académico Gerardo Diego.
21. En un recital del poeta y académico José García Nieto, con el poeta Carlos Murciano.
22. Conferenciante en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander en compañía del filósofo húngaro nacionalizado inglés Aureliano Kolnai, el catedrático P. Todolí de la Complutense y el profesor Maureau de la Universidad de Burdeos.
23. En el Hogar Canario de Madrid con Josefina y Claudio de la Torre, Sáinz de Robles y Francisco Aguilar y Paz.
24. La mesa presidencial del homenaje de que fue objeto con el Conde de Ruiseñada (Juan Claudio de Güel, marqués de Comillas), Don Lucas M^a de Oriol y Urquijo, José Camón Aznar, Herrero de Tejada y Alfonso Osorio.
25. En familia con su esposa e hijos.
26. A los siete años de edad.
27. Pronunciando unas palabras ante el monumento de don Benito Pérez Galdós en el Retiro madrileño en un acto organizado por el Hogar Canario de Madrid.
28. En su casa natal de Trasmontaña (Aruacas).
29. San Esteban de Salamanca.
30. El P. Santiago Ramírez a su regreso de una sesión conciliar.

IMPRESA PEREZ GALDOS, S.L.
Profesor Lozano, 25 - El Cebadal
Teléfono: 22 24 87
35008 Las Palmas de Gran Canaria

Dep. Legal. G.C. 914 - 1989

31. El P. Santiago Ramírez en la Comisión preparatoria del Concilio (3º izquierda).
32. Autógrafo del Prof. José Gaos.
33. El filósofo Martín Heidegger.
34. En su juramento como profesor titular de la Universidad Complutense, apadrinado por Don Angel González Alvarez, catedrático de Metafísica.
35. Al recibir de manos del rector Villapalos de la Universidad Complutense, la medalla por los servicios prestados a la Universidad.
36. En la reunión internacional del C.E.D.I. en El Escorial con S.A. el príncipe Enrique de Starhemberg, los norteamericanos el Prof. Wilhemsen, el matrimonio Buckley, Enrique García y Antonio Fontán.
37. Con el Presidente de la Liga Europa, Dr. Riedweg, uno de los promotores y organizadores de la peregrinación de la Juventud, en torno a S.S. Juan Pablo II a Santiago de Compostela en el presente año.